ESTRATEGIAS DE LA IMPLANTACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Eduardo de Fuentes Gómez de Salazar

COLECCIONES MAPFRE 1492

El descubrimiento y conquista de América por los españoles fue un hecho trascendental para la Humanidad por sus consecuencias y asombroso por la pequeñez de los medios materiales con que se llevó a cabo. La ocupación de un continente extenso, poblado y rico rompió el equilibrio entre los pueblos y colocó a Europa en posición dominante. Permitió que los valores romano-cristianos de su civilización se proyectasen a escala universal. Desencadenó una revolución en los conocimientos científicos, geográficos y náuticos. Y todo ello se produjo por la iniciativa de un Estado, recién constituido sobre las bases de países de trayectoria histórica marginal, ejecutándose por minúsculos grupos de hombres dotados de medios elementales y separados por enormes distancias de sus raíces. El autor se centra en esta obra en aquellos aspectos que más impresionan desde una óptica estratégica militar: de la evolución de los planteamientos a lo largo del proceso de implantación a la fase de consolidación y defensa.

Eduardo de Fuentes Gómez de Salazar (Madrid, 1932). Licenciado en Derecho. Coronel de Infantería y del Estado Mayor. Profesor de Estrategia y Geopolítica en la Escuela Superior del Ejército. Del Instituto Español Sanmartiniano. Colaborador de distintas publicaciones.

Colección Armas y América

ESTRATEGIAS DE LA IMPLANTACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés Gallego
Director de Colección: Miguel Alonso Baquer
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Eduardo de Fuentes Gómez de Salazar
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-265-5 (rústica)
ISBN: 84-7100-266-3 (cartoné)
Depósito legal: M. 15691-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

EDUARDO DE FUENTES GÓMEZ DE SALAZAR

ESTRATEGIAS DE LA IMPLANTACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

EDITORIAL
MAPFRE

ESTILEMAS DE LA IMPLANTACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

A Sacramento,
Marina y María Dolores,
que hicieron posible esta obra

ÍNDICE

Nociones preliminares y método adoptado 11

Capítulo I. La europa cristiana previa al Descubrimiento 23

Capítulo II. Primeros planes exploradores del Atlántico 37

Acontecimientos 37
Consideraciones estratégicas 82

Capítulo III. Búsqueda del Mar de las Indias 103

Acontecimientos 103
Consideraciones estratégicas 124

Capítulo IV. Conquista del paso a la Mar del Sur 139

Acontecimientos 139
Consideraciones estratégicas 160

Capítulo V. Hernán Cortés y la conquista del Imperio azteca 177

Acontecimientos 177
Consideraciones estratégicas 209

Capítulo VI. Francisco Pizarro y la conquista del Imperio inca 227

Acontecimientos 227
Consideraciones estratégicas 270

Conclusiones 289

APÉNDICES 299
Cronología 301
Bibliografía utilizada 305

ÍNDICE ONOMÁSTICO 309

ÍNDICE TOPONÍMICO 317

NOCIONES PRELIMINARES Y MÉTODO ADOPTADO

El descubrimiento y conquista de América por los españoles al finalizar el siglo XV fue un hecho trascendental para la Humanidad por sus consecuencias y asombroso por la pequeñez de los medios materiales con que se llevó a cabo. La ocupación de un continente extenso, poblado y rico rompió, a nivel planetario, el milenario equilibrio de las relaciones entre los pueblos y colocó a Europa en posición dominante. Permitió que los valores romano-cristianos de su pujante civilización, hasta entonces encerrados en un reducido solar, se proyectasen a escala universal. Desencadenó una verdadera revolución en las áreas de los conocimientos científicos, geográficos y náuticos. Y todo ello se produjo a iniciativa de un oscuro Estado, recién constituido sobre la base de países de trayectoria histórica marginal, ejecutándose por minúsculos grupos de hombres dotados de medios elementales y separados por enormes distancias de sus raíces. Bien puede decirse que nunca con tan pocos elementos llegó a conseguirse tanto.

La magnitud de la empresa conquistadora, la brillantez de sus resultados y la escasez de recursos empleados acreditan, de manera evidente, el acierto de los estrategas que la dirigieron. Acercarse a ellos para revisar con rigor y objetividad su obra buscando deducir de la misma los criterios y principios con que la afrontaron, es el objeto de este libro. No se pretende en él emitir juicios de valor, sino examinar el comportamiento de los conquistadores de aquella época con arreglo a los patrones estratégicos actuales para extraer enseñanzas de orden práctico o general y abrir el camino, incluso a través de la polémica, a más hondas investigaciones en una materia muy poco tratada hasta ahora.

El primer paso a dar en este intento debe ser de carácter conceptual

y terminológico. Porque parece prudente, antes de nada, concretar a quién debe corresponder el calificativo de estratega, habitualmente utilizado con ambigüedad, y cuál es el perfil que asignan a esta figura las doctrinas modernas. Sólo después de conocerse, a grandes rasgos, el papel genérico que deben representar esta clase de dirigentes podrá, por contraste, ser analizada y valorada la labor de quienes la desempeñaron en un determinado momento histórico.

Etimológicamente, la palabra procede de los vocablos griegos *stratos,* que significa «ejército», y *ageín,* sinónimo de «conductor». En su acepción primitiva, pues, estratega era el conductor del ejército, el jefe superior de la fuerza organizada y armada por una sociedad. Originariamente, era el prototipo del guerrero que asumía las más altas responsabilidades de mando para ejercerlas cuando el conflicto bélico se producía.

A través de los tiempos, la figura ideal del estratega fue configurándose mediante la experiencia y el ejemplo aportados por quienes, con sus victorias militares, se consagraron como maestros. Epaminondas, Alejandro, César, Gengis Khan, Gonzalo de Córdoba, Federico de Prusia, Guillermo de Suecia, Napoleón, Wellington... fueron algunos de los modelos clásicos. Sus campañas se estudiaron con rigor para deducir reglas, principios y fórmulas que facilitasen el triunfo en las confrontaciones violentas. Así, identificada con el arte de la guerra, surgió la estrategia como disciplina propia de guerreros, circunscrita al empleo de los ejércitos.

Pero la guerra, fenómeno social que amenaza vitales intereses colectivos de los pueblos, planteó siempre complejas situaciones que reclamaban medidas de diversa naturaleza y no sólo militares. No obstante, a lo largo de los siglos, la opinión dominante consideró que en los conflictos bélicos el instrumento decisivo estaba constituido por los ejércitos. Éstos, depositarios de la fuerza colectiva, conjuntos de hombres especialmente adiestrados para la lucha, se hicieron cada vez más numerosos y voluminosos. Necesitaban disponer de arsenales cada vez más amplios y dotados con las armas o ingenios que la ciencia y la técnica de cada momento proporcionaban. Exigían una organización adecuada a los medios disponibles y demandaban ser dirigidos con unos criterios peculiares derivados de la naturaleza violenta de la lucha. En consecuencia, el arte militar fue engrosando con normas y preceptos relativos a cuestiones de dirección, orgánicas, técnicas y de procedimiento tan variadas y numerosas que reclamaban una interna clasificación orientada a su aplicación funcional y operativa. Así, el genérico arte de la guerra

llegó a subdividirse en tres grandes ramas denominadas Estratégica, Táctica y Logística.

En este orden de ideas, la Estratégica se concibió como la parte del arte militar dedicada a cuanto atañe específicamente al general en jefe, supremo planificador y director de las operaciones bélicas, responsable de la preparación y conducción superior de los ejércitos para situarlos en posición ventajosa de cara al enfrentamiento y aprovechar convenientemente los resultados del mismo. Era la ciencia de la acción para la acción dentro del marco militar. La Táctica se ocupaba del enfrentamiento en sí mismo, del empleo de las unidades armadas en la confrontación directa. Nació y se desarrolló como el arte de disponer, mover y emplear las tropas con orden, rapidez y recíproca protección para batir al enemigo en la serie de combates que configuran la batalla. Y la Logística, por su parte, se encargaba de considerar cuánto había de tenerse en cuenta para sostener la lucha, proporcionando a los combatientes, con oportunidad, todo lo que éstos requerían para vivir, moverse y combatir. Era, en definición de Beaufre, la ciencia de los movimientos y abastecimientos militares.

Con este planteamiento, la milicia llegó a concebirse como la corporación de los guerreros, de los hombres destinados a participar en la guerra aplicando los preceptos del arte bélico en cualquiera de sus ramas. Una corporación que imprimía carácter a sus miembros al exigirles compartir unas doctrinas o conocimientos generales y desarrollar unas cualidades comunes —valor, disciplina, resistencia física y capacidad de sacrificio, especialmente— derivadas de los graves riesgos y fatigas inherentes a toda contienda violenta. Una corporación, en fin, con estructura de pirámide, en cuyo vértice superior se situaban los estrategas, los tácticos o militares de armas formaban el núcleo y los logistas o militares de servicios ocupaban la base.

La anterior concepción que, en líneas generales, reservaba la guerra a los militares, estuvo muy arraigada durante siglos, pero no fue unánimemente compartida. Desde siempre hubo pensadores, más preocupados por la finalidad que por los medios de la guerra, convencidos de que el esfuerzo militar en las contiendas puede ser necesario e, incluso, protagonista, pero no, forzosamente, suficiente. Quinientos años antes de Cristo, el chino Sun-Tzé recomendaba medidas psicológicas previas y paralelas a las militares para derrotar al enemigo sin librar batallas y ocupar su territorio sin necesidad de penetrar en él con fuerzas regulares. A

tal fin, en las «Trece reglas para la guerra» que de él nos han llegado, proponía:

> ... corromped todo lo que hay de calidad en el enemigo con ofertas, promesas y presentes..., alterad la confianza del pueblo impulsando a sus mejores jefes a acciones vergonzosas y viles..., sembrad la disensión entre ellos excitando los celos y las desconfianzas..., enmoheced el ánimo de la tropa..., enviadles mujerzuelas para que les corrompan..., ganad a vuestros intereses a sus administradores...

Ofrecía, en resumen, un catálogo de procedimientos que, eludiendo la directa confrontación armada, concurrían al fin último de debilitar, hasta anularla, la capacidad enemiga de resistencia a las amenazas. En su opinión, el mejor general o estratega no era el más hábil en plantear y dirigir batallas, sino el que acertaba a vencer sin necesidad de librarlas. Belisario, con semejante criterio, sentenciaba: «la victoria más feliz y completa radica en obligar al enemigo a desistir de sus propósitos sin sufrir nosotros daño alguno». Maquiavelo, en su época, hacía suyas estas ideas. Lenin las elevaba a categoría preferente señalando la necesidad de explotar las oposiciones de intereses que dividen a la burguesía internacional antes de emprender la guerra para derrocarla. Mao-Tsé-Tung repetía casi al pie de la letra las máximas de Sun-Tzé animando a gastar cuanto sea posible en la tarea de corrupción y decadencia, «pues cuanto más dinero gastéis en ello mayores beneficios se obtendrán». Y así, puede hablarse de una escuela distinta a la tradicional. Ésta consideraba militares a los tácticos y logistas, pero separaba al estratega del estricto círculo militar exigiéndole una mayor atención y dominio de los procedimientos de presión indirecta y un cerebro más de político que de guerrero, tan predispuesto para la intriga, sin límites ni escrúpulos, como para la aplicación material de las armas y los ejércitos.

Entre estas dos tendencias que se disputaban, llevando las diferencias a límites nunca alcanzados, vestir al estratega de uniforme o de paisano, surgió el pensamiento de Clausewitz. Influido por el genio ejecutor y práctico de Napoleón, considera que «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Subraya que, siempre, la guerra se plantea en una determinada situación política, estalla por motivos políticos y constituye una prolongación de las relaciones políticas de los contendientes, en la cual se utilizan elementos y procedimientos distintos a los ha-

bituales. Su fin estriba en someter la voluntad del enemigo para lo que es necesario dejarle indefenso, objetivo esencial de los ejércitos. Y ante tal panorama, no cabe separar la paz y la guerra como si fuesen cotos reservados, uno a los políticos y a los militares el otro. Ambos tienen una labor permanente y diferenciada a desempeñar. De sus tesis puede inferirse que en la pirámide de la dirección de la guerra, los gobernantes, conocedores de las necesidades, posibilidades y fórmulas políticas, pero no necesariamente expertos en la conducción militar, ocupan el vértice superior desde el que deben señalar la finalidad a obtener y el rumbo general a seguir en el conflicto bélico. Bajo ellos, quedan el o los estrategas encargados de materializar los fines deseados en objetivos concretos, así como de planificar y dirigir la acción, no sólo de los recursos militares, sino también de todos aquellos otros que puedan concurrir para facilitar la victoria militar. Subordinados a su mando están los militares de armas y servicios con la misión de aplicar los ejércitos empleándolos como instrumento que, en la mente de Clausewitz, sigue siendo decisivo para resolver, a través de los combates, el conflicto.

Las últimas generaciones de tratadistas occidentales han seguido, en general, las líneas apuntadas por Clausewitz resistiéndose a considerar válidos el maquiavelismo y los métodos de coacción psicológica, basados en la insidia, por estimarlos innobles. El desprecio de los procedimientos indirectos no se produce sólo por razones éticas y morales. Influyó mucho en su descalificación la escasa garantía de éxito que a lo largo de los siglos han ofrecido, porque si resultó fácil y atractivo predicar, como método bélico, la desmoralización del contrario y la anulación de su voluntad de resistencia, difícil, por no decir imposible, fue lograrlo en plazos breves y sobre grandes poblaciones y extensos territorios. Sin embargo, esta crónica incapacidad práctica cambia de signo con el fulgurante desarrollo de las ciencias sociales y las transmisiones. La sociología, la psicología, la propaganda, la publicidad y otra serie de ciencias especializadas avanzan vertiginosamente en el estudio del comportamiento humano y de las masas y descubren fórmulas eficaces para influir en ellas, creando estados de ansiedad y necesidad explotables, tanto comercial como políticamente. Los medios de comunicación social proporcionan la plataforma complementaria. A través de ellos, las informaciones y los mensajes, oportunamente tratados, pueden llegar casi instantáneamente hasta el último rincón de la Tierra, con sus correspondientes y sugestivas cargas intencionadas. Esta posibilidad de utilizar procedimientos indirec-

tos con fines bélicos crece coincidiendo con una revolución científica e industrial generalizada que transforma, entre otras muchas cosas, el panorama entero de la guerra. La potencia destructora de las armas y sus alcances se multiplican. La aviación, la artillería y la movilidad de los transportes dilatan sin límites los teatros de operaciones. La lucha directa en los frentes se extiende a las retaguardias, permanentemente amenazadas. Los riesgos y daños, que antes soportaban las tropas, son compartidos ahora por los pueblos enteros. La guerra se hace total en las dos grandes conflagraciones mundiales del siglo xx y exige la contribución activa de todos los ciudadanos y de todas las fuerzas disponibles de la sociedad. Los ejércitos siguen siendo piezas importantes en el tablero general de la contienda, pero ya pocos piensan que ellos solos bastan para resolverla. Después, las guerras de descolonización aumentan la confusión, al demostrar cómo fuerzas armadas teóricamente irregulares y endebles combinando la acción de procedimientos militares e indirectos, eran capaces de batir a los brillantes ejércitos regulares de las grandes potencias. Palestina, Vietnam, Corea, Malta, Argelia marcan verdaderos hitos en este aspecto. Paralelamente, la devastadora potencia del arma nuclear, monopolizada por las superpotencias, es usada para buscar el equilibrio entre los bloques de naciones en el terror a la destrucción mutua asegurada y surgen modalidades de guerras no declaradas que pretenden por todos los medios disuadir a cualquier potencial agresor, fundándose en el temor a la represalia o respuesta aniquiladora.

El concepto de estrategia se modifica al compás de los desarrollos bélicos. Todavía después de la Segunda Guerra Mundial pensadores avanzados como Raymond Aron y Liddell Hart siguen la estela de Clausewitz afirmando que es «el arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los resultados fijados por la política». Pero frente a ellos se levantan las doctrinas revolucionarias de Mao y Ché Guevara que fían la suerte de la guerra preferentemente en la potencia de las fuerzas psicológicas y morales. Se producen movimientos intelectuales que invierten las tendencias tradicionales, como el de Bernard Brodi en la Universidad de Yale de los Estados Unidos, al sentenciar: «Hasta aquí, el objetivo de nuestro sistema militar ha sido ganar las guerras; a partir de ahora, su objetivo principal será evitarlas». Surgen autores, como el francés Ailleret, que niegan la existencia misma de la estrategia, relegando la palabra a un simple calificativo útil sólo para indicar un nivel operativo. Otros, como el contralmirante J. C. Wyllie, la despojan de su capa militar concediéndo-

le una amplitud desmesurada al definirla como «ciencia que recoge los preceptos teóricos que deben aplicarse a todo propósito unido a un sistema de medios para lograrlo», lo que permite hablar tanto de estrategias militares como políticas, económicas, industriales e incluso deportivas o de cualquier otro género. McNamara, en cambio, la constriñe a un plano abstracto y político concibiéndola como «norma que traduce los fines políticos en conductas efectivas».

Nos encontramos, pues, con una enorme disparidad de opiniones en torno a lo que constituye materia estratégica y, consecuentemente, sobre quiénes están llamados a practicarla y cuáles han de ser sus modos de comportamiento. Esto implica la tarea de elaborar un método de trabajo aceptable para examinar, desde puntos de vista estratégicos, la obra y la actitud de los conquistadores hispanos en la fase de implantación americana. A este respecto, parece imprescindible sentar unos criterios que permitan determinar un modelo teórico de estratega con el que comparar, en sus distintas facetas, las figuras españolas más relevantes. Ello obliga a elegir una entre las distintas opciones doctrinales existentes. Y, a estos efectos, se ha decidido utilizar como guía del presente trabajo la doctrina enunciada por el general francés André Beaufre en su *Introducción a la Estrategia,* obra que, en opinión de B. H. Liddell Hart, constituye «el tratado de Estrategia más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que haya sido publicado en el transcurso de esta generación». Los sólidos conocimientos en que se basa, la amplitud con que recoge las experiencias de los antiguos y los modernos tipos de guerra, el rigor de los razonamientos que aplica y la ponderada lógica de sus conclusiones, garantizan el equilibrio de los métodos que puedan extraerse de sus tesis.

Para Beaufre, la Estrategia «es el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto» y, también, «el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política». Con arreglo a estas definiciones, el marco dentro del cual debe incluirse la materia estratégica requiere, en primer lugar, la existencia de una dialéctica de voluntades, de una situación de voluntades enfrentadas. En segundo lugar, exige que los antagonistas decidan emplear la fuerza, cualquier clase de fuerza siempre que concurra la militar, en su pugna. Y, en tercer lugar, demanda que la aplicación consciente de la violencia se efectúe para conseguir unas finalidades políticas, o lo que es lo mismo, unos intereses conectados a los negocios de Estado que, como

tales, están afectados o condicionados por la situación momentánea de la comunidad internacional. En consecuencia, el método adoptado en el presente libro recomienda empezar por el examen somero de la *situación geopolítica existente en Europa al finalizar el siglo* XV, como punto de arranque y marco general del proceso español expansionista hacia América. A continuación, el método pretende analizar la situación dialéctica concreta en que se vio envuelta España en aquella época, pero como no se produjo en un solo momento, sino que varió a lo largo de un proceso de medio siglo de duración, metodológicamente se ha resuelto descomponer el proceso en fases para *describir los acontecimientos* de cada una completa y rigurosamente, analizando, fase a fase, *la situación dialéctica existente* con los *Estados o colectividades enfrentados, fuerzas de todo orden existente en los mismos, características de los gobernantes o responsables políticos del momento y finalidad política disputada.*

Sentada su primera conclusión genérica, Beaufre pasa a considerar que la Estrategia, más que una doctrina formal y académica, es un método de razonamiento y acción intermedio entre el que utiliza el político gobernante y el militar puro. Sus practicantes, los estrategas, necesitan ofrecer una faceta política en la que no puedan faltar unas imprescindibles dotes psicológicas e intuitivas y unas cuotas de poder general que les permitan adoptar decisiones. Por ello, en nuestro método, tras el análisis de la situación dialéctica correspondiente a cada fase del proceso de implantación hispano, se estudiarán los *estrategas que intervienen con su identificación, características personales, cuota de poder disponible y propósitos previos.*

Para el autor elegido como guía, el condicionante básico de la conducta del estratega viene dado por la finalidad que le imponen los responsables políticos. Esta finalidad ha de traducirse en la selección de unos objetivos por los que el enemigo está dispuesto a pelear y aquélla se cumplirá sólo cuando el adversario se convenza de que emprender o continuar la lucha le resulta inútil. A tal objeto,

> el estratega debe alcanzar la decisión creando y explotando una situación que acarree una desintegración moral del adversario suficiente como para llevarlo a aceptar las condiciones que se le quieren imponer.

Su tarea debe consistir, primero en planificar la acción de cuantos medios estén a su alcance, para ejecutar después lo concebido aprovechando las coyunturas de las situaciones variables. En consecuencia, el método

adoptado prevé, en cada fase del proceso, examinar *los planes estratégicos generales y operativos iniciales, con su finalidad o misión, la idea general de actuación, la distribución de medios y recursos y las condiciones de ejecución previstas.*

Pero la situación previa cuenta sólo para el arranque de la acción. El enemigo, el desgaste propio y circunstancias de múltiple carácter introducen modificaciones que obligan a variar las previsiones. El arte del estratega, a lo largo de la campaña, descansa en la elección de los medios y procedimientos más adecuados a cada momento para combinar su acción, de manera que la resultante produzca el máximo efecto quebrantador sobre el enemigo. Precisa dosificar las fuerzas para evitar desgastes prematuros y mantener siempre reservas para asestar el golpe decisivo en el lugar crítico y el momento oportuno. Para elegir éstos, necesita apreciar con ponderación las vulnerabilidades del enemigo y las condiciones que rodean la situación. Porque el estratega no actúa en el vacío ni se mueve en el ambiente estable de un laboratorio. Tiene enfrente una voluntad presumiblemente tan fuerte como la suya dirigida por una inteligencia que buscará, a su vez, encontrar las debilidades del contrincante para batirle en toda oportunidad asequible. Resulta necesario, por tanto, analizar las pautas de comportamiento. Y con nuestro método esto se hará en cada fase del proceso examinando *el comportamiento operativo del estratega respecto a la misión, el enemigo, los medios y las circunstancias* para extraer las actitudes más significativas y aleccionadoras.

Indudablemente, el examen del comportamiento de un estratega debe resultar ilustrativo y ofrecer conclusiones de interés, mas Beaufre estima que es conveniente intentar averiguar, además, si su conducta procede o se ajusta a algún tipo de principio o regla orientadora a la que pueda concederse valor permanente o general. Por lo tanto, teniendo en cuenta las anteriores ideas, se determinó incluir en el método un apartado dedicado a investigar, para cada estratega y en cada fase del proceso de implantación, los *principios aparentes de comportamiento operativo referidos, en especial, a la selección de objetivos, la economía de fuerzas y la libertad de acción.*

Por último, André Beaufre señala que, a través de los tiempos, la mente de los estrategas ha concebido muy variados tipos de soluciones para afrontar situaciones que fueron peculiares e irrepetibles. Pero, en su conjunto, piensa que las infinitas combinaciones de medios empleadas pueden englobarse en cinco grandes modelos de planificación estratégica. El modelo número uno o de «amenaza directa» ha sido preferentemente utilizado cuando el estratega dispone de medios muy potentes y

pretende un objetivo modesto; consiste en recurrir a la intimidación del enemigo amenazándole con aplicar la aplastante superioridad disponible a la vez que se le intenta convencer de la escasa trascendencia que para él tendrá la aceptación de las condiciones impuestas. Es el modelo preferido por las grandes potencias, en especial desde que disponen del arma nuclear. El modelo número dos, llamado «de presión indirecta», se ajusta a los casos en que el objetivo es también modesto, pero no se dispone de una superioridad militar decisiva y evidente; consiste en buscar el desenlace a través de acciones más o menos insidiosas de carácter político, diplomático y económico respaldadas con preparativos bélicos orientados a inquietar más que a resolver, dado el escaso margen de libertad de acción esperable. El modelo número tres o de «maniobra de aproximación indirecta» se ha empleado en las ocasiones en que se persiguen objetivos importantes embebiendo en la acción fuerzas militares reducidas. Trata de ir consiguiendo sucesivos objetivos secundarios en amplios espacios y durante procesos de larga duración aparentemente inconexos pero concurrentes en la meta final. Ha sido particularmente utilizado por el Reino Unido y aquellos otros países defensivamente fuertes que no precisaban de grandes esfuerzos para garantizar su seguridad y disponían de fuerzas ofensivas con notoria autonomía. El modelo número cuatro, al que podría denominarse «subversivo», supone la disponibilidad de un amplio margen de libertad de acción con escasez de fuerzas armadas, para perseguir objetivos vitales. Se basa en el desencadenamiento calculado de procesos agitadores o revolucionarios en los distintos sectores de la actividad social tendentes a convertirse en conflictos crónicos o de larga duración. Se combina en ellos una realidad de lucha total o generalizada con una extensa actividad guerrillera o terrorista que obliga al agredido a esfuerzos considerables y prolongados difíciles de soportar y sostener. En sus últimas etapas puede, incluso, llevar a la insurrección popular armada o a la realización de esporádicos esfuerzos militares regulares. Sus resultados fueron óptimos en los planteamientos de Mao, Ché Guevara, Grivas y en las guerras de liberación colonial recientes. El modelo número cinco, «conflicto violento militar», suele darse cuando la superioridad de medios es notable y el objetivo perseguido trascendente. La solución más frecuente se ha venido buscando, en estos casos, por el camino directo de las armas, bien mediante la destrucción del ejército enemigo en la batalla o bien mediante la ocupación de su territorio. Constituye la modalidad ortodoxa o clásica empleada por los caudillos históricos y con-

sagrada por Napoleón y Clausewitz, pero que, especialmente en la modernidad, ha propiciado el desarrollo de devastadores conflictos generalizados. Este cuadro clasificatorio será utilizado como último punto de consideración en el examen de cada fase del proceso, a fin de esquematizar una *consideración global de las operaciones referidas al modelo estratégico aplicable y las peculiaridades observadas.*

Capítulo I

LA EUROPA CRISTIANA PREVIA AL DESCUBRIMIENTO

Para llegar a entender los criterios estratégicos que animaron a los autores de la implantación española en América, parece inevitable comenzar por conocer cuál era la situación en que se encontraban aquellos hombres. El ambiente vital que les rodeaba. Las ideas y los sentimientos que prevalecían en la sociedad de su tiempo. En una sociedad que formaba parte del conjunto europeo en un momento histórico muy peculiar.

La Europa de los reinos cristianos del siglo XV constituía un complejo foco humano en ebullición. Después de un largo Medievo de oscurantismo y de luchas intestinas localistas, sus pobladores entraban en una fase de progreso que les impulsaba a buscar nuevos horizontes y a extender el radio de acción de sus influencias. Las clases dirigentes ya no se conformaban con desarrollar su actividad en el entorno inmediato, ni con disputar a sus vecinos la hegemonía regional. Su acendrado y beligerante espíritu religioso se había hecho universalista y llevaba en sus entrañas la necesidad de exportarlo y transmitirlo a las gentes y tierras infieles, casi siempre lejanas. La elevación del nivel de vida en las ciudades y la aparición de una burguesía apegada al bienestar material espoleaba el deseo de buscar riquezas y potenciaba las actividades comerciales, inevitablemente viajeras. El fuerte renacimiento cultural y científico despertaba la curiosidad y el gusto por la aventura a la vez que agudizaba el hambre de saber y de aplicar los nuevos conocimientos. Todo, en aquellos tiempos, estaba a favor de las iniciativas ambiciosas a nivel privado y colectivo aunque, naturalmente, la tensión expansionista variase en función de las circunstancias particulares de cada uno de los países sociales definidos por una ya larga e intensa historia.

El efervescente movimiento expansionista que, como una epidemia

contagiosa, sacudía, en general, a los europeos, se producía en un espacio geográfico del que sus moradores tenían sólo un conocimiento imperfecto e incompleto. Las masas populares, de las que salían la inmensa mayoría de los viajeros, marinos, expedicionarios, comerciantes y soldados, continuaban creyendo que la Tierra era plana y que en sus confines, así como en los de los grandes mares, existían abismos insondables conectados a zonas en que acechaba, inevitable, la catástrofe. Únicamente minorías intelectuales ilustradas admitían la esfericidad del mundo y ello, siguiendo en general las ideas de Tolomeo que encerraban grandes errores en la apreciación de las distancias, aceptando como axiomas la existencia de una franja tórrida ecuatorial absolutamente inhabitable para el género humano; así como bandas polares muy amplias también inaccesibles a la penetración del hombre. Un influyente sector de la intelectualidad cristiana negaba con argumentos filosófico-religiosos incluso la posibilidad de existencia de antípodas, ya que, siguiendo el discurso de San Agustín, e ignorada todavía la ley de la gravedad, no podía concebirse que existieran lugares donde los árboles crecieran con las raíces hacia el cielo y donde la lluvia cayera al revés. Todo lo cual hacía que los impulsos expansivos se dirigieran preferentemente hacia los espacios continentales que circunvalaban al Mediterráneo, aquel viejo «Mare Nostrum» que continuaba siendo el ombligo de la humanidad conocida.

Con estos planteamientos, el europeo de entonces seguía mirando al océano que bañaba sus costas occidentales como la gran frontera del fin del mundo. Como la masa de agua que toleraba tan sólo una navegación prudente, costera, porque en altura aquel mar tenebroso resultaba impenetrable. Hacia el sur, en cambio, contemplaba un África aureolada de misterio, temible por estar en ella el islam enemigo, atrayente por ser tierra de paganos evangelizables y muy poco conocida más allá de las riberas mediterráneas. Los cartógrafos dibujaban confusamente sus límites meridionales haciendo que se soldaran a las míticas tierras de un fabuloso rey llamado en las leyendas «Preste Juan», al que se suponía cristiano y enemigo de los seguidores de la Media Luna, mientras se daba como probable que sus dominios, llamados por algunos «Indias Terceras», se extendieran hasta la espalda de las verdaderas Indias orientales.

Las Indias, para los europeos medievales, eran los espacios lejanos cuya existencia descubrió Marco Polo describiéndolos como un fantástico reducto de grandes riquezas en su célebre libro *Il Millone.* Estaban más allá del este mediterráneo. Detrás del gran arco dominado por los turcos

otomanos y por los musulmanes norteafricanos enemigos absolutos de la cristiandad. Eran el solar de los tártaros y mongoles a quienes se presumía enemistados, como el Preste Juan, con las fuerzas del islam, y por tanto, predispuestos a la alianza con los cristianos frente al enemigo común. Ya en 1336, Jourdan Catalani de Sévérac, en la obra *Maravillas de Asia,* afirmaba que en la remota lejanía del inmenso continente existían tres Indias. La India Menor, identificada como la parte septentrional de Indostán, que producía, entre otras muchas cosas, diamantes. La India Mayor, que abarcaba el sur del Indostán, Ceilán, Indochina e Insulindia, de donde procedían las especias, las perlas, el árbol de oro y los elefantes. Y la antes aludida India Tercera o del Preste Juan, que venía a situarse hacia la localización de la actual Etiopía. Otros autores aludían a Cipango y a las largas y ricas costas de China. Pero, en conjunto, no existían precisiones geográficas sobre este gran marco que atraía de manera continua los sueños ambiciosos de los mercaderes ansiosos de conectar con sus riquezas, los afanes proselitistas de los místicos evangelizadores y los sondeos políticos de los reyes cristianos interesados en hallar posibles alianzas a retaguardia de los seguidores de Alá.

Como hacia el norte los europeos sólo tenían noticia de la existencia de pueblos bárbaros asentados sobre pobres e inmensas estepas, resulta comprensible que durante la baja Edad Media, ante este panorama proporcionado por los escasos conocimientos geográficos, las líneas europeas de expansión se orientaran casi obsesivamente sobre el Mediterráneo para irradiar desde éste hacia oriente, dando lugar a las Cruzadas.

El Mediterráneo era el mar conocido que favorecía la navegación por las cortas distancias, por la multitud de puertos y refugios que ofrecía y por la tranquilidad de unas aguas que permitían el empleo de galeras de bajo bordo con remos que ayudaban a las velas. Era una plataforma naval segura, muy especialmente desde que se divulgó el uso de la brújula y se podía contar con magníficas cartas de navegación italianas y mallorquinas en las que se registraban con precisión los detalles de las costas y de los vientos apuntándose, incluso, no pocos trazos de las corrientes marinas.

En las costas del Mediterráneo estaba Roma, núcleo espiritual aglutinante del orbe cristiano, y estaban los Santos Lugares, cuna y faro de su religión. Hacia estos puntos llegaban desde la Europa atlántica y central los aluviones de cruzados, dispuestos a batir con las armas el poder sarraceno, y las expediciones comerciales de los mercaderes. Y en esta

área se encontraron la vieja civilización medieval cristiana, austera, radical, universalista, y la no menos universalista civilización musulmana, brillante, desarrollada y monopolizadora de todo el comercio procedente de oriente, tanto por las rutas terrestres continentales como por las marítimas del Índico y el mar Rojo.

Mercaderes y cruzados necesitaron apoyar sus expediciones en zonas de sostén próximas que les sirvieran de trampolín, de refugio y de almacén y así fueron surgiendo emporios mercantiles en las costas italianas y aragonesas que se convirtieron en puertas obligadas para el tráfico comercial europeo tanto exportador como importador. La propia Roma, Génova, Venecia, Barcelona y las ciudades francesas del mediodía, no sólo se enriquecieron, sino que alojaron a las más adelantadas escuelas de marinos y abanderaron poderosas flotas mercantes que sacaban del territorio europeo los excedentes de su producción y hacían llegar a los mercados urbanos las ricas mercancías orientales.

A lo largo de varios siglos, con los pueblos ibéricos empeñados en su particular guerra de reconquista y los europeos centrales sumidos en la parálisis política derivada del feudalismo, fueron los reinos y repúblicas mediterráneos quienes mantuvieron encendida la antorcha expansionista y lograron establecer, tras las cabezas de puente abiertas por los cruzados, prósperas factorías en los puertos de levante que conectaban con las redes comerciales del Extremo Oriente. Así, desde las capitales mercantiles de la cristiandad mediterránea se montaron verdaderas líneas regulares de comercio marítimo que acababan en el gran arco Constantinopla-Alejandría enlazando con los puertos del mar Negro, de Siria y de Egipto abastecidos desde el centro y el extremo de Asia por las rutas terrestres de las grandes caravanas y por las navales que desde el Índico remontaban al mar Rojo. Allí, las naves cristianas cargaban productos manufacturados como azúcar, alfombras y seda, piedras preciosas, tintes y, sobre todo, especias —nuez moscada, jengibre, pimienta y clavo—, que alcanzaban precios desorbitados en los mercados continentales. El pago de estas mercancías no podía cubrirse con los escasos productos cambiables de procedencia europea y exigía la entrega de oro o moneda acuñada, con el consiguiente déficit de la balanza comercial cristiana y el empobrecimiento numerario de los países protagonistas.

Para compensar el déficit y encontrar oro suficiente, desde los mismos centros comerciales se constituyó una segunda línea comercial naval dirigida a los puertos septentrionales de África. Por ella circulaban los

mercantes europeos cargados de manufacturas metálicas, armas, tejidos, efectos navales, productos agrícolas y joyas que demandaban los pueblos poco desarrollados del Magreb. Éstos, escasos de recursos naturales propios para ofrecer a trueque, pagaban entregando mercancías también llegadas desde oriente o con oro bruto o amonedado procedente de las minas del Sudán.

Las mercancías acumuladas por este doble tráfico en los principales puertos italianos, catalano-aragoneses y franceses pasaban a los circuitos de distribución interior del Viejo Continente, inicialmente, por rutas terrestres. Pero éstas resultaban lentas e inseguras al estar siempre amenazadas por los salteadores y caras por quedar sujetas a las múltiples aduanas creadas por un mosaico creciente de pequeños estados. Por lo que, poco a poco, fueron apareciendo líneas regulares marítimas que, haciendo escala en los puertos levantinos y meridionales de la península ibérica, pasaban por Gibraltar al Atlántico para rendir viaje en el embudo del canal de la Mancha abasteciendo los mercados establecidos en los puertos británicos, franceses y de Flandes. A su regreso, las mismas naves se encargaban de efectuar las exportaciones de sus clientes, restando buena parte de actividad al antiguo tráfico terrestre.

Este esquema de juego comercial, montado muy paulatinamente y sostenido con notable esfuerzo, fue encontrando dificultades crecientes a medida que aumentaba el poderío turco. Los otomanos comenzaron por incrementar los impuestos mercantiles a las caravanas y continuaron por amenazar la misma existencia de las factorías cristianas comerciales. Memet II, que había instalado su capital en Constantinopla, ocupó los últimos principados griegos, invadió los Balcanes apoderándose de Servia y Bosnia, tomó los establecimientos venecianos de la costa albanesa y sometió a vasallaje a Valaquia, Moldavia, el kanato de Krimea y el emirato de Karamania. Sólo pagando fuertes tributos consiguieron perdurar, a partir de la ocupación momentánea de Otranto que se produjo en 1440, los últimos enclaves comerciales europeo-occidentales.

Al propio tiempo, la actividad de los piratas y corsarios musulmanes en las aguas norteafricanas entorpecía la corriente comercial del Magreb y llegaba a amenazar de estrangulamiento el paso por el estrecho de Gibraltar. Con lo que, a finales del siglo XV, todo el engranaje político-económico europeo se sentía conmocionado y estaba necesitado de una solución al problema general. Había un objetivo común muy claro, el de restablecer las relaciones con las fuentes de riqueza del Extremo Oriente

y la cuestión se centraba en encontrar un camino diferente al que los otomanos estaban entorpeciendo. El terreno de las ideas y de los intereses estaba, pues, abonado para recibir con entusiasmo propuestas de solución que ofrecieran esperanzas.

En la Europa previa al descubrimiento se planteaba un problema común que, de una manera o de otra afectaba a todos, si bien no todos se encontraban en las mismas condiciones para resolverlo. Las circunstancias geopolíticas de cada uno de los estados constituidos tenían que influir, como lo hicieron, a la hora de asumir la responsabilidad y el costo de la gran aventura, consistente en abrir nuevos caminos en espacios desconocidos.

Por razones de interés económico, de experiencia comercial y náutica e incluso de supervivencia política, las repúblicas de la península italiana, en aquel momento, tenían que ser las más obsesionadas por hallar proyectos viables que abrieran nuevas rutas. Pero su posición geográfica y los medios disponibles no las favorecían. Estaban alejadas del área donde habrían de encontrarse las nuevas tierras, encerradas en el Mediterráneo y con flotas de galeras por completo inadecuadas, para profundizar en las movidas aguas atlánticas, como de hecho se probó con el desastre de dos expediciones genovesas que intentaron avanzar hacia el sur, después de pasar por el estrecho de Gibraltar. Su momento político tampoco era el idóneo.

El caso catalano-aragonés era, en cierto modo, parecido al italiano. Sus intereses miraban hacia levante y el lejano oriente. Desde los tiempos de Jaime I, sus atarazanas construían magníficas naves para la navegación mediterránea, en las cuales marinos ilustres como Roger de Lauria no sólo habían obtenido glorias y riquezas, sino que habían atesorado una inestimable experiencia técnica y práctica. Poseían excelentes escuelas náuticas, los mejores archivos de cartas de marear, la más abundante legislación sobre comportamiento naval en cuanto a porte de buques, tripulaciones y maniobras de guerra y paz. Estaban, por esto, en buenas condiciones técnicas para la realización de grandes empresas navales. Contaban con un Estado rico y fuerte en el que la sociedad estaba animada por los altos ideales religiosos y espirituales generados en la Reconquista. Mas la geografía y la política del instante vedaban sus capacidades de acción hacia occidente, pues carecían de puertos en el Atlántico y sus salidas hacia el mismo se mantuvieron cerradas hasta la integración con su poderoso vecino Castilla.

Los pueblos centroeuropeos geográficamente quedaban descartados en la lista de presumibles candidatos a descubridores. Ni su situación ni su vocación, eminentemente continentales, podían predisponerles a aventuras que tuvieran el mar como escenario.

En la punta noroccidental de Europa, los países escandinavos sí contaban con oportunidades naturales favorables a los eventuales descubrimientos, si bien su estructura política e incluso algunas razones geográficas las limitaban. En función de las distancias que hoy se conocen, ellos estaban entre los más cercanos a las costas de América del Norte. De hecho, son varios los vestigios históricos que apuntan hacia la posibilidad de que pequeñas expediciones salidas de sus puertos alcanzaran las tierras del continente, aún ignoto. Pero de ahí a que esos países, en la frontera del siglo XV, estuvieran en condiciones de acometer expediciones de envergadura hacia poniente media un abismo práctico. Porque el oceáno en su área no ofrece vientos favorables, opone la dirección permanente de sus corrientes marinas, presenta un clima hostil a la navegación en las altas latitudes y sólo había proporcionado tierras pobres e inhóspitas, como las de Islandia, a los que en él se habían aventurado.

Por debajo, en latitud, de los escandinavos, el archipiélago británico aparece en los mapas de ahora, como el espacio europeo privilegiado con respecto a la posición de las Américas. Poseía buenos puertos, muy larga experiencia marinera atlántica e historia favorable al emprendimiento de empresas expansivas. Sus habitantes podían haber contado con amplias oportunidades descubridoras, pero las circunstancias políticas de la coyuntura no estaban a favor de aventuras ultramarinas. La monarquía inglesa bastante hacía con intentar imponer su hegemonía en el descontinuo territorio y la sociedad estaba empobrecida.

Al otro lado del canal de la Mancha, los Países Bajos parecían compartir con los ingleses muchas de las oportunidades descubridoras. Sus tierras estaban abiertas al océano. Su tradición naval y comercial era muy grande. Grandes capitales habituados al riesgo de los movimientos de largo alcance respaldaban la avanzada infraestructura de sus buenos puertos e instalaciones mercantiles. Pero todo esto no contaba con un poderío político autónomo, como para decidirse a emprender unilateralmente con sus buenas flotas mercantes iniciativas independientes.

Francia, siempre potencia continental de primer orden y con una situación geográfica excepcional, no atravesaba circunstancialmente un momento demasiado brillante de su trayectoria histórica. A caballo entre

el Mediterráneo y el Atlántico, con buenos puertos en ambas riberas, inclinó su política exterior hacia la búsqueda de la hegemonía continental en pugna con el imperio y con España y tuvo que desatender una política de expansión naval, para la cual disponía de reducidos medios. Era, pues, un país potencialmente expansivo pero momentáneamente mucho más preparado para empresas terrestres que para aventuras oceánicas.

Al sur de Francia, los pueblos de la península ibérica, geográficamente próximos a las áreas donde se producirían los descubrimientos, espiritualmente animados por un catolicismo proselitista fraguado sobre siglos de continuadas luchas religiosas, políticamente dirigidos por poderes absolutistas y con una notable estabilidad social, atravesaban un momento histórico que les predisponía a extender su radio de influencia.

Portugal, en particular, ofrecía unas especiales circunstancias favorables, primero, porque la evolución de la Reconquista le había dejado, desde muchos años atrás, materialmente arrinconado contra el Atlántico y con este mar como único camino abierto a sus aspiraciones de salida exterior. En segundo lugar, porque tal posición le había empujado a convertirse en adelantado de las técnicas de la navegación oceánicas y en poseedor de una flota apropiada para profundizar en las turbulentas aguas atlánticas. Y, finalmente, porque sus dirigentes habían comenzado ya a buscar una ruta hacia las Indias circunvalando África y acumulado experiencias y conocimientos geográfico-científicos en las mejores escuelas de navegantes. El cénit de tales iniciativas lo alcanzaron con la genial aportación del Príncipe Enrique. Hasta el punto de que Jaime Cortesao, en la *Historia de América* dirigida por Ballesteros, llega a afirmar que

> la personalidad y la obra del Infante Don Enrique como líder nacional de una empresa, marcan en la Historia de la Geografía una época nueva y decisiva. Por primera vez, el pensamiento de la exploración del planeta se transforma en plan de una nación, se vitaliza con un método, adquiere carácter científico y llega a tener ininterrumpida continuidad.

De un modo paulatino, los portugueses buscaron y lograron configurar un tipo de buque de vela adecuado al régimen de vientos y corrientes atlánticos; se preocuparon no sólo de descubrir sino también de explorar derrotas utilizables para llegar y volver a las zonas costeras e insulares africanas por ellos alcanzadas; y se esforzaron en estudiar el modo de fijar la posición de los buques en alta mar y los mejores métodos para señalizar

con precisión, en las cartas y mapas, los lugares relativos que correspondían a los litorales y espacios reconocidos.

Al finalizar el siglo xv Portugal era la nación europea con mejores condiciones objetivas para realizar el gran descubrimiento de las tierras todavía ignoradas del orbe. Geográficamente, sus tierras eran lo más cercanas a los lugares ocupados por aquéllas y sus bases ultramarinas estaban próximas a las zonas de vientos y corrientes marinas favorecedoras de la navegación con los rumbos adecuados. Científicamente, la escuela de Segres y los archivos reales, disponían de los conocimientos más avanzados y de los expertos mejor formados de la época. Técnicamente, sus marinos poseían los métodos de navegación suficientes para llevar a cabo largos viajes de altura sin perder el conocimiento de la propia posición, ayudados por la brújula, los cálculos y observaciones astronómicas precisas y la posesión de las más completas cartas de aquel tiempo. Habían adoptado la carabela como idóneo instrumento transoceánico y construido naos o buques similares a aquella, de mayor tonelaje, que les facultaban para emprender aventuras navales de larga duración.

Poseían un fuerte espíritu religioso capaz de empujar a los idealistas, un ambicioso sentido comercial estimulador de las empresas que ofrecieran buenas perspectivas mercantiles y un ánimo audaz, entrenado a lo largo de un siglo de constantes aventuras marítimas. Su poder demográfico, con menos de un millón y medio de habitantes, no era demasiado relevante aunque tampoco muy inferior en términos relativos al de los restantes miembros de la dividida sociedad europea del momento. Y, por si todo esto fuera poco, las circunstancias políticas de la coyuntura le proporcionaron un monarca idóneo como Juan II, el Príncipe Perfecto, centralizador de los poderes del Estado, autoritario, fuerte, decidido y empeñado en llevar adelante un plan estratégico largamente preparado por Enrique, el Navegante. Tal vez sólo en este prudente plan de expansión portugués estuvo la causa de que no fueran naves lusitanas las que dieran con el Nuevo Continente. Porque su lógica les desvió de las rutas que luego resultaron acertadas, dado que ellos se marcaron como objetivo final unas Indias a las que estaban convencidos de llegar por el camino circunvalador de África que monopolizaban, y en el que estaba ya inscrito otro objetivo tan fundamental como las ricas tierras del golfo de Guinea.

Si en la última década del siglo xv, de toda Europa era Portugal el que más posibilidades descubridoras teóricas reunía, quien podía seguir-

le, siempre en el plano especulativo, era su vecina Castilla. Porque su solar metropolitano y sus bases avanzadas de Canarias no estaban lejos de las áreas en que habrían de producirse los descubrimientos. Y porque había alcanzado un poderío político y naval que se orientaba hacia aquellas áreas, debido tanto a las peculiaridades de su geografía como a las circunstancias concretas que condicionaban su particular historia.

Castilla, nacida como reino en el siglo XI, se desarrolló en un constante batallar contra el poder musulmán, lo que infundió en sus gentes un acendrado espíritu religioso proselitista y un recio carácter acostumbrado a las empresas guerreras. Su poder militar fue creciendo paulatinamente a lo largo de una Reconquista que mantuvo a sus gobernantes continuamente obsesionados en empujar sus fronteras hacia el sur y prácticamente desentendidos de lo que ocurría en el resto de Europa.

En el siglo XIV las pugnas entre la realeza y la nobleza por controlar el poder, típicas medievales, afectaron también a Castilla e influyeron para que ésta se viera mezclada en conflictos internacionales y para que sus responsables políticos se interesaran en las cuestiones de mayor atractivo para las naciones adelantadas. De hecho, tras la batalla del Salado (1340), en la que los castellanos lograron rechazar la última gran embestida de los benimerines musulmanes, los acontecimientos internos van a propiciar las ingerencias extranjeras en el seno de Castilla.

Un momento crítico para la posterior evolución castellana se produce en 1356 cuando frente a Pedro el Cruel, se levanta la nobleza, que obtiene el apoyo del aragonés Pedro el Ceremonioso, estableciéndose entre ambos bandos un pulso equilibrado sin decisión clara, lo que impulsó a los contendientes a buscar refuerzos exteriores entre las naciones próximas que ya estaban empeñadas en la guerra de los Cien Años.

El conflicto civil castellano, elevado a la categoría de internacional por la importante participación extranjera, tuvo un largo desarrollo y contribuyó decisivamente a modernizar y actualizar el potencial militar tanto terrestre como marítimo de un pueblo que hasta entonces había estado acostumbrado a combatir con criterios propios y medios locales.

La contienda, tras múltiples avatares en los que intervinieron no sólo Aragón, Inglaterra y Francia sino también Portugal, Navarra y hasta el reino mahometano de Granada, finalizó prácticamente con la muerte de Pedro y la definitiva instalación en el poder de la dinastía Trastamara. A lo largo de ella se consumó la mayoría de edad naval castellana hecho que habría de resultar decisivo para sus posteriores aspiraciones descu-

bridoras y conquistadoras. Los éxitos principales se los apuntó el almirante Bocanegra, quien batió a los ingleses en La Rochela haciendo prisionero al almirante Juan de Hastings, y su sucesor el almirante Fernán Sánchez Tovar, quien llegó a penetrar en el Támesis y a incendiar Gravesend y Winchelsea en 1430. Tras ellos, el poderío vasco-castellano se hizo predominante en el espacio atlántico inmediato y habría de culminar, en 1451, con la espectacular toma de Burdeos.

El interés de Castilla por las cuestiones internacionales y por los asuntos basados en el comercio marítimo vuelven a manifestarse de modo descollante con Enrique III de Trastamara. Éste se muestra tan atraído por conectar con las Indias y sus riquezas y por buscar aliados contra los turcos que envía sendas embajadas al Gran Tamerlán en 1402 y 1406, mientras confía la conquista de Canarias al aventurero Bethencourt.

El archipiélago canario, del que se tenía noticia en Europa desde la antigüedad, no fue reconocido por completo hasta que, en 1312, el genovés Lancerotto Marocello desembarcó en una de las islas que en adelante llevaría en su honor el nombre de Lanzarote. Mallorquines, como Jaume Ferrer, vizcaínos y portugueses visitaron sus costas. Andaluces, como Martín Ruiz de Avendaño, muerto tras violar a la mujer del guanarteme Zauzamas, y Francisco López, también asesinado, tomaron posesión de algunas de sus partes en nombre de Castilla. Pero hasta el siglo XV nadie fundó en sus tierras establecimientos permanentes. Nadie antes de Bethencourt, pese a que en 1344 el papa Clemente VI predicase una cruzada con fines de conquista evangelizadora del archipiélago otorgando su dirección, luego frustrada, al infante castellano Luis de la Cerda con el título de Príncipe de la Fortuna.

Juan de Bethencourt, hijo del señor de Grainville fue un aventurero dedicado a la piratería en las costas de Normandía hasta 1392. Cruel, de conducta disipada y fama de gafo o leproso, dilapidó su fortuna familiar y con los restos de ella concibió el montaje de una expedición colonizadora de las remotas islas meridionales. Para ello obtuvo fondos de uno de sus tíos, Roberto, y se asoció a Gadifer de la Salle consiguiendo el concurso como capellanes del abad Juan Le Verrier y del fraile Pierre Butier.

La expedición organizada por Bethencourt parte de La Rochela en mayo de 1402 y desembarca en Lanzarote a finales de junio. Sus miembros, que respaldan su actividad en un «privilegio de conquista» otorgado por Enrique III de Castilla en favor de Roberto de Braquemont y delegado por éste en su sobrino Juan, dominan sin grandes dificultades la

primera de las islas visitadas construyendo en ella el castillo de Rubicón. No obstante, las fuertes resistencias encontradas después en Fuerteventura movieron a Bethencourt a dejar a Gadifer al frente de la empresa para dirigirse a España, donde tenía parientes influyentes, en solicitud de reconocimiento y apoyo. En diciembre, la Corona castellana le nombra rey feudatario de Canarias con derecho de batir moneda y obligación de recaudar el quinto real sobre los productos isleños que se obtuvieran. Meses después, logra que un importante grupo de hombres de guerra reclutados por el comendador de Calatrava y el traficante de esclavos sevillano Alfonso de las Casas, embarque en Sevilla para réforzar el destacamento dejado en las islas. Vuelve personalmente a éstas en 1404, provocando disensiones que obligan a que Gadifer se retire de la empresa. Según Bonnet, Bethencourt vendió Canarias al conde Niebla reservándose Fuerteventura, en tanto otros autores consideran que al señorío de Niebla sólo pasaron algunas islas menores repartiéndose las restantes las familias Casas y Peraza. Fuera como fuese, lo importante es que desde esta época la soberanía del archipiélago se asigna a Castilla, siendo ratificada por el Concilio de Basilea, que así lo reconoció frente a las pretensiones momentáneamente esgrimidas por Portugal, tras la poderosa expedición de Fernando de Castro a Gran Canaria en 1424. Y trascendental fue que los Reyes Católicos asumieran, en 1477, la totalidad de los derechos de conquista encomendando ésta a Juan Rejón y Pedro de Algava, cuya misión se vio facilitada por la conversión al cristianismo del rey indígena Tenesor Semidán, que recibió el nombre bautismal de Fernando Guanarteme.

En conjunto y como consecuencia de los acontecimientos históricos que les habían precedido, los Reyes Católicos, en el momento de construir España como unidad política, encontraron un Estado que poseía grandes recursos de carácter naval disponibles para cualquier empresa ultramarina. De Aragón recogían su enorme tradición geográfica y científica así como una infraestructura comercial firmemente asentada en el Mediterráneo y las nada desdeñables flotas y escuelas de navegación de Cataluña y Baleares. En Andalucía disponían de medios abundantes que sostenían el enlace de las líneas comerciales mediterráneas con las que llegaban a los mares del norte europeo dominando desde el mar de Alborán mediterráneo hasta las Canarias, bien adentradas en el Atlántico. En el norte español, tenían el vigoroso núcleo de las flotas vizcaínas, que se encargaban de transportar en todos los sentidos las exportaciones caste-

llanas de lana, cueros, miel, cera y hierro, así como el vino de Gascuña hasta Flandes e Inglaterra. Su control comercial del golfo de Vizcaya y del canal de la Mancha era manifiesto. De modo que la Nueva España, geográficamente cercana al área de los descubrimientos, disponía de medios técnico-navales adecuados para las grandes exploraciones y entraba en una fase política privilegiada por la concentración de poder en manos de dirigentes soberanos excepcionales. Luego, es la concurrencia de circunstancias políticas favorables lo que explica el fabuloso éxito de la empresa.

Capítulo II

PRIMEROS PLANES EXPLORADORES DEL ATLÁNTICO

Acontecimientos

En la bisagra de las Edades Media y Moderna, las circunstancias sociopolíticas hicieron que en la punta meridional de Europa se produjera una poderosa concentración de energía humana. Los pueblos de su solar, acostumbrados durante siglos a la guerra, saturados de ideales religiosos expansionistas, codiciosos de las riquezas que otros les habían mostrado y con un avanzado nivel cultural en sus clases dirigentes, tendían a desbordar las fronteras alcanzadas para aplicar su creciente fortaleza a empresas exteriores.

Portugal, apartado de la lucha directa con los musulmanes, arrinconado contra el mar, buscó en éste la salida a sus excedentes de poder eligiendo la ruta geográfica más asequible a sus condiciones. cuando consideró viable la posibilidad de alcanzar las Indias contorneando África, tomó su litoral como eje de progresión general y trató de monopolizar el tráfico a lo largo del mismo, cubriendo su flanco en las islas Azores y Madera. Las riquezas que obtenía, muy especialmente del golfo de Guinea, espolearon su afán para profundizar cada vez más hacia el sur con el respaldo interesado no sólo de la Corona, sino de una burguesía rica y conectada a los circuitos financieros tanto de Flandes como italianos. Y el propio éxito inmediato, unido a la debilidad demográfica del país, le indujeron a no distraer sus esfuerzos del rentable camino elegido.

Castilla, a medida que se acercaba al final del proceso de reconquista territorial emprendido contra el moro, fue irradiando su influencia en dos direcciones también trazadas sobre la plataforma marítima inmediata.

Hacia el norte, buscó dominar la vía que llevaba al canal de la Mancha y los mercados de su entorno aprovechando el progresivo desarrollo de las flotas vizcaínas. En el sur, con Sevilla como polo o foco prioritario de actividad, trató de controlar el espacio gibraltareño naval en el que confluían las líneas comerciales mediterráneas y atlánticas y estableció en las Canarias una posición avanzada que, muy poco después, resultaría afortunadamente decisiva. Mientras, en la fachada mediterránea, el reino de Aragón con Cataluña en vanguardia, no renunciaba al mantenimiento de las rutas que enlazaban Iberia con las tierras italianas, por un lado, y las norteafricanas de Orán, por otro. Pero encontraba en el sólido dique que formaba el islam, la barrera contra la que se estrellaban sus esfuerzos por conectar con Oriente.

Este variado conjunto de iniciativas, nacidas y desarrolladas paulatinamente durante casi una centuria, no afectaron, sin embargo, al espacio oceánico existente más allá de la línea Azores-Madera-Canarias-África que se alzaba como un muro impenetrable para cualquier mentalidad europea todavía escasa de preparación científica, consciente de que los medios y procedimientos náuticos disponibles no eran adecuados para la navegación de altura y cargada de temores supersticiosos acumulados desde la antigüedad por tenebrosas leyendas. Un muro que fue transformándose en polo atrayente y tentador a medida que crecían los conocimientos sobre la configuración terráquea y el arte de navegar y mejoraban las condiciones marineras de las naves.

Por razones de simple proximidad geográfica, los litorales africanos e ibéricos eran plataformas privilegiadas para que de ellas partiera la embestida capaz de derribar el muro del océano ignoto. Y fue en una de éstas donde se acumuló la fuerza suficiente para actuar como ariete, al surgir España como nueva unidad política integradora de los potenciales espirituales y materiales de Castilla y Aragón, bajo el mando enérgico de los Reyes Católicos.

En la última década del siglo xv todo estaba dispuesto para que se abriera definitivamente el camino de la mar océana. Faltaba sólo la espoleta capaz de hacer estallar el cúmulo de energías momentáneamente concentrado en Hispania proyectándolas hacia occidente. Y el papel de espoleta lo asumió un hombre de cualidades personales extraordinarias cuya trayectoria vital modeló providencialmente su carácter, dándole oportunidad de reunir todos los requisitos precisos para emprender la gran aventura del descubrimiento. Un individuo llamado Cristóbal Co-

lón, de cerebro y ánimo superdotados, que supo aprovechar acertadamente las circunstancias que le rodearon.

La gran categoría individual de Cristóbal Colón se hace patente al comprobar que no gozó inicialmente de la menor ventaja. Todo debió hacerlo partiendo de la nada. Su origen fue tan modesto, tan insignificante, que se han necesitado generaciones de investigadores para localizarlo en Génova y, muy probablemente, en el año 1451, casualmente el mismo en que naciera su patrocinadora la reina Isabel de Castilla. La familia procedía de la pequeña localidad de Quinto y su padre, Domenico Colombo, fue un humilde menestral que desempeñó los oficios de quesero, tabernero y guardián de la genovesa puerta de Olivella, además de hacerse tejedor de lana y de dedicarse activamente al pequeño comercio de ésta en las comarcas próximas a su residencia.

Domenico Colombo casó, en 1445, con Susana Fontanarossa, hija del también tejedor Giacomo, teniendo una prole de cinco vástagos que aumentaron las estrecheces de su hogar. Cristóbal o Cristoforo, Giovanni Pellegrino, Bartolommeo, Giacomo (Diego para los españoles) y Bianchinetta fueron los hermanos que se criaron en una casa familiar de pocos recursos dentro de una ciudad cuyo esplendoroso poder había entrado en fase de decadencia.

Cristóbal, como sus hermanos, no pudo asistir a las escuelas reservadas a las aristocracia, ni se formó en la Universidad de Pavía como pretende su hijo y biógrafo Hernando, empeñado en ennoblecer el pasado paterno aún a costa de falsearlo. Fue un autodidacta que, eso sí, se contagió desde la cuna de las inquietudes y conocimientos latentes en el ambiente de la sociedad a la que pertenecía.

Desde muy pequeño, Cristóbal acompañó a su padre en los constantes viajes comerciales. El mismo afirma, en carta fechada en 1501 y dirigida a los Reyes Católicos:

> a edad muy temprana entré en el mar navegando, habiendo continuado hasta hoy. El arte de la navegación lleva a desear, a quien sigue esa vocación, descubrir los secretos de este mundo. Son más de cuarenta años los que hace que yo sigo esta práctica y todos los mares que hoy se navegan yo los he recorrido...

Lo que, de ser exacto, le convertiría en un precoz marinero de nueve años de edad, aunque participante sólo en viajes cortos y esporádicos,

dado que continuó residiendo en Génova hasta que en 1470, sin abandonar la tejeduría lanar de la ciudad, Doménico traslada su casa y familia a Savona donde instala un negocio de vinos y quesos.

A partir de los veintiún años, existen documentos que siguen vinculando a Cristóbal Colón con Savona, aunque al parecer ya sus viajes marítimos se hacen más frecuentes y largos llegando en uno de ellos hasta la isla de Chíos. En 1473, a los veintidós años, se sabe que embarca, posiblemente ya con responsabilidades de mando, en un barco fletado por Renato de Provenza, el rey Reynel, para apresar una galera de su enemigo Juan II de Aragón. La aventura es descrita en primera persona por el biógrafo Hernando Colón de la siguiente manera:

> Llegado cerca de la isla de San Pedro de Cerdeña, me fue dicho que iban con aquella galera dos navíos y una carraca, por lo que se alteró la gente que iba conmigo y decidieron no seguir más adelante sino volver atrás, hacia Marsella, en busca de otra nave y más compañeros. Y yo, viendo que no podía de ningún modo forzar su voluntad, concedí lo que reclamaban y mudando la punta de la brújula, hice desplegar la vela al viento, siendo ya de noche; y al día siguiente al salir el sol, nos encontrábamos en el cabo Cartagena, creyendo todos como cosa cierta que nos encontrábamos en Marsella.

Lo que viene a demostrar su ingenio, su audacia y su capacidad de engaño cuando aspira a un fin decidido.

Colón abandona involuntariamente Savona en 1476. Génova había organizado una expedición armada para enviar, protegido, un cargamento de mercancías al norte de la Europa atlántica. Cinco navíos componían la escuadra. Entre éstos figuraban las galeras *Roana, Squarciafica* y *Bettinella,* la capitana *Bechalla,* al mando de Cristoforo Salvago, y un ballenero. Colón embarcó en la capitana y el convoy partió de Noli el 31 de mayo. Génova, entonces en paz con Aragón, Castilla y Portugal, no presumía agresiones a sus barcos antes de los mares del norte y, en efecto, su flotilla pasó sin incidentes las Columnas de Hércules y, el 31 de agosto, rebasó la altura del cabo de San Vicente enarbolando la capitana pabellón de Borgoña, que estaba, a la sazón, en guerra con Francia. Descubierto el grupo de navíos por el francés Guillaume de Casanova, llamado Coulomp o Coulon, el Viejo, que dirigía una flota corsaria de quince unidades, éste decide atacar a los supuestos borgoñones entablándose un duro combate, en el cual se hundieron cuatro naves francesas y tres

genovesas, entre las que figuraba la *Bechalla*. Colón, herido y apoyado en un remo, logró salvar las seis millas que le separaban de la playa de Lagos, donde fue recogido, curado y atendido por los hospitalarios habitantes. Después se trasladó a Lisboa, en la que, según la mayoría de los investigadores, se encontraba su hermano Bartolomé y una floreciente e influyente colonia de comerciantes genoveses que le acogió con los brazos abiertos. Allí colaboró en las oficinas del florentino Girardi y se dedicó al dibujo de mapas y cartas de navegar, tarea para la que mostraba una notable habilidad.

Desde su forzoso desembarco en Portugal, el misterio que rodea su infancia y adolescencia comienza a disiparse y se encuentran fuentes escritas suficientes para poder recomponer año a año su estancia lusitana. De ellas se deduce que, a pesar de estar perfectamente instalado desde el primer momento en la próspera colonia comercial italiana de Lisboa, no permanece tranquilo. El mar le llama. El mar, cuyos secretos náuticos conocía ya a fondo desde su experiencia mediterránea. El mar que no logró acobardarle tras el naufragio y cuyas dimensiones y posibilidades parecen interesarle de una manera apasionada, pues sólo así puede explicarse que antes del año de su estancia en Portugal se incorpore a una expedición marítima de la que él mismo daría cuenta en una carta afirmando «yo navegué cien leguas más allá de la isla de Tile».

Históricamente está demostrado que el viaje a Tile se produjo en el año 1447 y que, con el nombre de Tile, Colón se refería a la Thule que Tolomeo citaba como límite septentrional del mundo conocido.

Tolomeo de Alejandría, astrónomo, matemático, experto en óptica y música, había producido varias obras muy difundidas en el Medievo, especialmente las tituladas *Geografía* y *Almagesto*. En ellas planteaba una teoría geocéntrica según la cual, el Universo entero gira alrededor de la Tierra no admitiendo en ésta los movimientos de rotación y traslación. Concedía a nuestro planeta unas dimensiones bastante inferiores a las reales, apuntaba la posibilidad de cruzar el Atlántico con vientos favorables y consideraba que algunas zonas de la Tierra eran inhabitables por el calor, en la banda ecuatorial, y por el frío en los casquetes polares. Otro clásico citado por el propio Colón en sus cartas a los Reyes fue Séneca, quien en su tragedia *Medea* hablaba de un marino que, guiando a Jasón, conseguiría llegar a tierras aún más lejanas que las de Thule.

Todo parece apuntar a que Cristóbal Colón, en naves portuguesas, viajó a los mares del norte en un año en que las aguas no se helaron,

visitó Islandia y quizá Terranova y las Shetland, para regresar a Lisboa con datos prácticos muy claros sobre las condiciones de los mares y los vientos en altura. Y, posiblemente, con nuevos indicios sobre la existencia de lejanas tierras, recogidos en los comentarios de los marineros y pescadores tratados durante el viaje.

Sin embargo, aún no parece que en su cabeza hubieran germinado proyectos concretos de empresas ultramarinas. Sigue trabajando en tierra en casas comerciales italianas. Continúa dibujando junto a su hermano cartas náuticas y, muy pronto, contrae matrimonio con una mujer que le pondrá en contacto con las gentes que rodearon a Enrique el Navegante y con él compartieron toda la información obtenida del océano. Felipa Moniz de Perestrello, su esposa, estaba emparentada por vía materna con la poderosa casa de Braganza y era hija de Bartolomé Perestrello, muerto hacía algún tiempo después de haber alcanzado a ser un conocido navegante redescubridor de las islas Madera, lo que le valió ser nombrado capitán donataro de la isla de Porto Santo. Como consecuencia de este enlace, Colón recibe de su suegra una importante colección de cartas náuticas dejadas por el marino muerto, así como las notas y datos que las ilustraban. Su formación sobre la lejana frontera oceánica crece.

Cuando ha cumplido los veintiocho años de edad, en 1479, Colón es un personaje ante el que se ofrece un porvenir risueño en términos económicos.

Por su entorno familiar se relaciona con las clases dominantes portuguesas y, muy particularmente, con quienes tienen a su cargo cuanto se refiere a las exploraciones y el comercio en el área atlántico-africana. Por su nacionalidad de origen está vinculado a las grandes casas comerciales genovesas radicadas en Lisboa que negocian tanto con las nuevas colonias ultramarinas que los portugueses van constituyendo, como con los puertos mediterráneos italianos. Como marino, Colón posee una gran experiencia probada en todos los mares transitados por naves genovesas y lusitanas y, por si fuera poco, cuenta con intereses personales en los confines meridionales, sobre la isla de Porto Santo. Es un individuo llamado a enriquecerse con las pacíficas empresas mercantiles, aun cuando son notorias sus inquietudes aventureras alimentadas por una cultura que le ha permitido recoger difusas nociones geográficas del mundo todavía desconocido y estimulan su fantasía viajera.

Por este tiempo, se produce una nueva circunstancia que va a influir hondamente en el carácter y el destino del marino genovés. Su amigo,

el florentino Girardi, le presenta a un médico (algunos lo consideran abad religioso) llamado Fernando Martins. Era éste un hombre influyente que había residido largamente en Italia y conservaba muy buenas relaciones con los intelectuales más destacados. Entre éstos se contaba Paolo del Pozzo Toscanelli, geógrafo, médico, matemático y astrónomo florentino con quien Martins mantenía correspondencia desde 1464, año en que se encontraron en la ciudad de Todo con motivo del entierro del cardenal Cusa.

Martins charla largamente con Colón sobre cuestiones geográficas y le muestra una carta de Toscanelli, fechada el 25 de junio de 1474, en la que el sabio florentino le informa, para que a su vez sea informado el monarca portugués, sobre las posibilidades de alcanzar las Indias por la ruta oceánica de poniente. Colón vivamente impresionado por la lectura, hace copiar el texto a su hermano Bartolomé, rellenando los márgenes del manuscrito con anotaciones y comentarios reveladores del impacto espiritual y mental recibido a través del escrito.

Toscanelli estudiaba la comunicación con el lejano oriente basándose en los cálculos de Marco Polo quien había añadido, erróneamente, treinta grados de longitud al extremo de Asia, colocando las costas de China donde en realidad están las de Terranova. Para él, el Rey de Portugal podría alcanzar desde Lisboa la «nobilísima y grandiosa ciudad de Quinsay, capital de Ce-Kiang... poseedora de doce mil puentes de piedra...», viajando en línea recta hacia poniente por una ruta de veintiséis grados de extensión, cada uno de los cuales contaba con doscientas cincuenta millas. Calculaba también que el espacio entre Canarias y Asia era de 3.000 millas marinas (distancia que Colón equivocó aún más reduciéndola a 2.400 millas) y ofrecía optimistas impresiones sobre las posibilidades de navegación en esta ruta.

La carta de Toscanelli, entregada en su día por Martins a los asesores de la Corona, había sido archivada por éstos sin mayor consideración puesto que afectaba a temas no confluyentes con los tradicionalmente emprendidos por el reino y llegaba en una época poco propicia a las aventuras náuticas. Muerto el infante Enrique, el Navegante, Alfonso V había vuelto la espalda al mar enfrascándose en una política continental que absorbía toda su atención y acabó en una desastrosa confrontación con Castilla. Para Colón, en cambio, las ideas de Toscanelli se convierten en premonitorias tornándose en obsesivo su propósito de navegar hacia poniente para llegar a oriente.

La vida de Colón cambia tras las noticias de Toscanelli. Para algunos, le escribe por lo menos una vez, recibiendo del florentino una animadora respuesta. Otros niegan la existencia de una verdadera correspondencia epistolar entre ambos. La hubiera o no, lo cierto es que el marino genovés decide visitar por sí mismo los confines meridionales del océano. Se traslada con su mujer a Porto Santo a fines de 1479 o a principios de 1480. Tiene allí a su hijo Diego. Atiende la hacienda familiar heredada y emprende una serie de expediciones para recorrer las más avanzadas bases portuguesas.

La experiencia hace que se confirmen en la cabeza de Colón las vagas ideas científicas hasta ese momento acumuladas. Ve cada vez más realizable la marcha hacia las Indias por el nuevo camino y se da cuenta también de que para emprenderlo sería necesario el apoyo real, pues los mercantilistas comerciantes difícilmente arriesgarían sus riquezas en empresas de gran magnitud e incierta viabilidad.

Muerto en 1481 Alfonso V, su sucesor Juan II desempolva la vieja estrategia exploradora de El Navegante y da nuevo impulso a las iniciativas marineras. Esto lo comprueba Colón en su viaje a Guinea de 1482, donde visita el Castillo de la Mina y, al morir su esposa Felipa en 1483, decide regresar a Lisboa con un proyecto explorador completo basado en las informaciones de los clásicos, en las ideas científicas de Toscanelli, en las noticias recogidas de los navegantes y en una argumentación final, según la cual nada de lo por él propuesto podía oponerse a los criterios dogmáticos de las Sagradas Escrituras.

En la Corte portuguesa, Colón mueve todas sus influencias familiares para hacer que su proyecto llegue al Rey. Consigue, incluso, que éste lo reciba personalmente y aunque, según Gama Barros, Juan II saca una pobre impresión del visitante al que considera iluso y visionario, logra que la Corona designe una Comisión para estudiar la oferta colombina. De ella formarán parte el médico real, Rodrigo, el obispo de Ceuta, Diego Ortiz, y el cosmógrafo judío José Vicino.

Casi dos años duran los debates de la Comisión, lentos, perezosos y poco animados. Sus componentes consideran el proyecto de Colón exento de novedades llamativas. Las relaciones de escritores clásicos que cita eran ampliamente conocidas en los medios cultos. La aportación de Toscanelli había merecido juicios negativos y se mantenía arrinconada en el archivo real. Las referencias a relatos de navegantes contemporáneos eran demasiado imprecisas. En resumen, coinciden con Colón en creer erró-

neamente que la esfera terrestre es de tamaño muy inferior al real y, también como él, estiman que el Atlántico baña las costas de China al ignorar la existencia intermedia de todo un continente y otro océano. Pero, a pesar de ello, piensan que el camino interesante para llegar al gran objetivo asiático no es el que pretende seguir el exaltado navegante italiano, sino el que llevaban abriendo por África los propios portugueses. Camino que ofrecía la ventaja de estar reservado a Portugal por el papa Calixto III, quien había prohibido a las restantes potencias cristianas intentar descubrimientos sobre él.

En consecuencia, en el año 1485 la Comisión real portuguesa presentó un informe contrario al proyecto de Cristóbal Colón argumentando que el mismo no ofrece apoyaturas científicas suficientes y reclama privilegios excesivos para su autor.

Colón, que había seguido ansiosamente el curso de los debates de la Comisión, debió percatarse de la importancia que se concedía a las citas técnicas, puesto que en la biblioteca que su hijo reunió y ahora se conserva, aparecen una serie de obras científicas que, según todos los indicios, fueron adquiridas y estudiadas por él después de 1483. Se trata del *Imago Mundi,* del último gran geógrafo de la tradición escolástica cardenal D'Ailly; del tratado *De sphaera mundi,* de Sacróscobo, de inspiración tolomeica; de la *Historia rerum ubique gestarum,* de Eneas Silvio Piccolomini, luego Pío II, en edición de 1477, y de una edición abreviada de *Il Millone,* de Marco Polo, que debió convertirse en el libro favorito del aspirante a descubridor, a tenor de la enorme cantidad de comentarios marginales escritos de su puño y letra que han quedado en sus páginas.

Con los datos extraídos de estas obras, Colón rehace el proyecto que Juan II ha rechazado y funda la nueva versión en tres tipos de razones. Razones —por él llamadas «naturales»— que giran en torno a la esfericidad del globo y a las medidas del mismo, aportando los datos facilitados por Tolomeo, Mauricio de Tyro, Alfagran y Mandeville. Razones náuticas, contando como tales los indicios de nuevas tierras recogidos por los marinos que con él trataron. Y razones científicas entresacadas de los textos antes mencionados. En este conjunto de razones apoya los nuevos argumentos para respaldar su propósito, ya convertido en obsesión, de navegar por Occidente a Oriente. Inmediatamente se dedica a exponer sus propósitos a varios reyes y señores europeos. Lo hace escribiendo a los monarcas de Francia y a las señorías de Génova y Venecia, de las que no consta obtuviera respuesta. Envía a su hermano Bartolomé a la Corte

inglesa también sin éxito. Y él mismo no duda en levantar su hogar de Lisboa para dirigirse en persona a España, que considera potencia con posibilidades preferentes para acometer la empresa soñada. Así, sale de territorio portugués camino de Huelva para dejar a su pequeño hijo Diego en el hogar de su cuñado Miguel Muliarte, casado con una hermana de Felipa Moniz.

La Historia no acaba de explicar suficientemente por qué el padre y el hijo viajeros deciden precisamente dirigirse al convento de La Rábida, que resultará un lugar providencial para que llegasen a buen término las gestiones preparatorias del descubrimiento. El padre De las Casas asegura que la visita se debió a la profunda devoción que Colón sentía por la Virgen María y San Francisco. Otros autores también reconocen que en aquella época el aspirante a descubridor, siempre muy religioso, atravesaba por una fase de su vida especialmente mística en la que buscaba en el Creador la fuerza y el consuelo que las contrariedades le demandaban y que, por ello, se acercaba a los templos y abadías prefiriendo las atendidas por los frailes franciscanos que tenían fama de muy viajeros y contaban con nombres tan famosos entonces por sus expediciones como los de Oderico, Rubroequis o Piancarpino. Fuese cual fuese el motivo, lo indudable es que Cristóbal Colón, hombre de treinta y cuatro años de edad, con el cabello ya completamente blanco, de alta estatura y con un niño de ocho años cogido a su mano, solicita posada y refrigerio a los frailes del convento franciscano de La Rábida, que se alzaba en las afueras del pueblo de Palos, a primeras horas de un caluroso día de verano de 1485.

El guardián del convento que recibe a los viajeros es fray Juan Pérez de Marchena, hombre ilustrado, instruido en cosmografía y conocedor de los ambientes políticos y de las inquietudes en ellos sentidas por haber sido durante años confesor de la Reina. Una persona con una preparación idónea para captar y valorar positivamente las ideas que Colón le confía y que, generosamente, le aloja en el convento y le pone en contacto con los marinos residentes en Palos organizando unas tertulias que sirven para que el genovés perfile, todavía más, sus proyectos.

Las tertulias a las que se incorpora Colón están dirigidas por el físico de Palos, García Hernández, y en ellas el genovés desvela sus secretos propósitos recibiendo, a cambio, informaciones que los confirman. El piloto Pedro de Velasco relata de qué manera un día, perdido en el océano descubrió una gran isla que llamó de «las Flores». Otros dan cuenta también de que dos marinos andaluces, desviados de su derrota al dirigirse

a Irlanda, llegaron a unas playas que suponían pertenecientes al legendario reino de Tartaria. Y no se omiten relaciones más o menos fantásticas de experiencias marineras que dan por segura la posibilidad de alcanzar el Extremo Oriente por rutas marítimas occidentales. Todo ello no sólo reafirma las inquebrantables convicciones colombinas, sino que interesa y llega a entusiasmar a los contertulios, que, poco a poco, se convierten en patrocinadores animosos de los planes allí sostenidos por el genovés.

Fray Juan Pérez, convencido de que las ideas de su huésped son viables y de que podrían redundar en beneficio de la cristiandad y la Corona, envía a aquél a Córdoba, donde se halla la Corte, con efusivas cartas de presentación dirigidas al prior del monasterio de Prado, fray Fernando de Talavera, que, a la sazón, era confesor oficial de la reina Isabel. Este personaje, preocupado fundamentalmente por las cuestiones eclesiásticas y sin especial preparación científica, apenas atiende al visitante. Tampoco el ambiente de la Corte era propicio a recibir con atención las sugerencias del modesto viajero, puesto que toda la inquietud pública se centraba en la campaña contra el reino de Granada, que acababa de iniciarse. La indiferencia inicial fue, por lo tanto, casi completa, pero la insistente presión del padre Marchena y la constancia del autor del proyecto lograron interesar al legado pontificio Antonio Giraldini y al cardenal don Pedro González de Mendoza, que accede a recibir a Colón y a escuchar sus razones para sumarse inmediatamente después al coro de sus protectores, gestionando una audiencia definitiva de los Reyes.

Trasladada la Corte a Salamanca, todavía en el año 1486, los Reyes Católicos reciben a Colón y escuchan cumplidamente las exposiciones que éste les hace. El proyecto le parece sugestivo a Isabel, a quien atrae la posibilidad de evangelizar todo un mundo pagano. Fernando, más pragmático y frío en sus cálculos, no muestra un particular entusiasmo en el asunto, aunque, inmediatamente, solicita de sus servidores le consigan copia de un ejemplar de la obra de Tolomeo, que sabe se encuentra en Valencia. Finalmente, dado que los monarcas estiman que el proyecto se basa en principios científicos discutibles, deciden someterlo a consideración de una asamblea de personas ilustradas presidida por el confesor Fernando de Talavera. Como miembros de tal Consejo se nombran a varios cosmógrafos, astrónomos y matemáticos reputados, en su mayoría clérigos mucho más preocupados por los aspectos teológicos relacionados con el proyecto que por la viabilidad práctica del mismo.

En las reuniones celebradas en el convento de San Esteban de Salamanca y en la finca de Valcuevo se esgrime principalmente la Biblia como medio de contraste para el plan examinado.

Los debates son cada vez más adversos a Colón, pero, paralelamente, éste consigue ir aumentando el número e importancia de sus admiradores y protectores. Entre éstos destaca el religioso dominico fray Diego de Deza, teólogo y preceptor del infante don Juan, que le da asilo en su convento y no ceja de informar favorablemente a la Reina. Están, también, los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli. E, incluso, parecen colocarse de su lado los propios monarcas, pues existe un documento extendido por el contador real Alfonso de Quintanilla en el que se conceden a Cristóbal Colón, por algunos servicios, seis mil maravedises a los que se añadirían otros cuatro mil a finales de año.

Durante las sesiones de la Junta de Salamanca, Colón sigue los avatares de la itinerante Corte. Marcha a Málaga, donde conoce a Beatriz Enríquez Arana. Se aposenta en Córdoba, estableciendo con esta dama intensa relación sentimental. Viaja a Portugal con una finalidad no esclarecida y allí se entera de que Bartolomé Dias ha conseguido hallar el extremo meridional de África doblando el cabo Tormentoso o de Buena Esperanza, mientras Diego de Covilhao ha llegado a la India atravesando Etiopía y Arabia. Regresa a España en 1488 y en estado de gran penuria debe afrontar el nacimiento de su hijo natural Hernando, venido al mundo el 15 de agosto como consecuencia de su emparejamiento con Beatriz Enríquez. Como en Portugal, debe recurrir a sus habilidades de dibujante de cartas de marear para poder sobrevivir. Hasta que en mayo de 1489 es de nuevo llamado a la Corte por los Reyes, extendiéndosele una cédula por la que se ordena a todos los súbditos del reino darle alojamiento decoroso a lo largo de su desplazamiento.

Agotada su paciencia, en el año 1491, Colón escribe a los Reyes solicitando una respuesta definitiva a su proyecto. Descubre entonces que la Junta de Salamanca ha rechazado finalmente su plan y recomendado a la Corona su abandono por debilidad de los fundamentos. Intervienen el cardenal Mendoza y su antiguo protector Diego de Deza, ahora obispo de Palencia, para asegurarle que la desatención real es sólo momentánea, comprometiéndose ellos a reactivarla en cuanto se liquide el sitio de Granada, que acapara su atención entera. Pero las razones de sus amigos no pueden ya contrarrestar la pesadumbre del fracasado aspirante y decide marchar a Francia con su proyecto bajo el brazo para someterlo

a la consideración de Carlos VIII. Antes se dirige al convento de La Rábida para recoger a su hijo Diego, mientras fray Juan Pérez de Marchena realiza desesperados esfuerzos para impedir el exilio de su protegido. En ese sentido, pide audiencia a la Reina haciendo uso de su antigua condición de confesor y, una vez admitido a su presencia, insiste con tanta elocuencia y energía en las ideas y los planes de Colón que Isabel solicita de inmediato la presencia del navegante, librando una fuerte cantidad de su personal peculio para que el genovés pueda volver a la Corte en las mejores condiciones.

En 1491, con veinte mil maravedises de origen real en su bolsa, Colón se reincorpora a la Corte cuando ésta se encuentra instalada en el grandioso campamento de Santa Fe, en un ambiente eufórico de victoria a consecuencia de la rendición del rey Boabdil el Chico de Granada. Asiste a los actos de pleitesía del último monarca moro peninsular y es recibido por los Soberanos Católicos cuando éstos se encuentran predispuestos a emprender nuevas y grandes empresas.

Seguro de sí mismo, más convencido que nunca de sus ideas, Cristóbal Colón expone definitivamente un auténtico plan de actuación para el reino de la nueva España recién consolidado. En los antecedentes basa las posibilidades en la esfericidad terráquea y en las medidas aparentemente bien calculadas por los autores que se las inspiraron. Señala una doble finalidad a la ambiciosa acción: cristianizar enormes territorios paganos y abrir el camino a España de las grandes riquezas de las Indias desde antiguo explotadas por mercaderes del Mediterráneo y a punto de quedar monopolizadas por los portugueses. Fija como objetivo final las opulentas costas de Cipango y Kathay, describiéndolas con todo el lujo de detalles que Marco Polo facilitó en sus conocidos relatos. Señala como línea a seguir la navegación siempre hacia poniente desde las islas Canarias para llegar en derechura a oriente. Y solicita como medios para ejecutar el proyecto, barcos, tripulaciones y suficientes provisiones para la ida y el regreso en un plazo total de tres meses.

La sola posibilidad de llevar el Evangelio y difundirlo en remotas tierras paganas entusiasma a una Isabel, con fiebre de proseguir la empresa cristianizadora que acaba de culminar en Granada. Fernando encuentra en la oferta recién presentada todos los atractivos de engrandecimiento material que la Corona aragonesa había sentido en relación con las antes inalcanzables Indias. Ambos aceptan, en principio, asumir los propósitos del proponente y para formalizar su decisión ordenan que éste

comparezca ante una nueva junta de expertos compuesta por los más distinguidos hombres de ciencia de la Corte.

La Junta, en la que figuran algunas personalidades ya partidarias de la causa colombina, opone los mismos reparos científicos que se hicieron en Portugal y Salamanca, pero, en esta ocasión, dos ardorosos defensores apoyan la postura de Colón y rebaten las críticas. Nada menos que el nuncio apostólico, monseñor Giraldini, espectador de los debates en su calidad de preceptor de los infantes, reacciona contra los que esgrimen argumentos teológicos para invalidar la iniciativa y afirma que San Agustín y los Santos Padres tenían plena autoridad en cuanto a los dogmas religiosos y la moral, pero no existía prueba alguna de que se hubieran especializado, también, en cosmografía, siendo así que muchas de sus afirmaciones habían quedado invalidadas por las audaces empresas portuguesas. Por su parte, Luis de Santángel desvía todas las objeciones de carácter científico y lleva la cuestión al terreno financiero ensalzando la gran envergadura de los beneficios previsiblemente obtenibles frente a los moderados costos materiales que se habrían de empeñar. Es aquí cuando el ánimo del rey Fernando vacila temeroso de endeudar con nuevos gastos al Tesoro, debilitado por la larga guerra. Cuando la reina Católica acuerda tomar la empresa a cargo de la Corona de Castilla y, si ésta no llegara a alcanzar su financiación completa, manifiesta su intención de aplicar a tal fin incluso sus propias y personales joyas. Y es entonces cuando, inoportunamente, irrumpe el mismo Colón presentando unas exigencias personales que asombran a todos y desconciertan a la mayoría. No es un simple fanático dispuesto a vender sus ideas a cualquier precio. Cree firmemente en su proyecto, pero sabe también los riesgos y dificultades que encierra. Está decidido a emprender la tremenda aventura conscientemente, mas sólo a cambio de que, si llega a triunfar, el éxito le reporte ventajas proporcionales a su magnitud. Por ello, exige ser nombrado almirante de los mares que recorra, virrey de las tierras que se encuentren, con privilegio de presentar ternas de candidatos a gobernadores de las mismas y derechos a percibir el décimo de todos los beneficios que en la expedición se obtengan.

Llegados a este punto, los monarcas, apoyados por una escandalizada Corte, no aceptan proseguir el debate y despiden al ambicioso extranjero, que de nuevo recoge sus bártulos y abandona Santa Fe tan desesperado como inflexible en sus planteamientos.

La noticia de la marcha del genovés conmociona a sus patrocinado-

res. La íntima amiga de la Reina, doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya; el contador mayor de Castilla, Alonso de Quintanilla; el secretario racional de la Corona de Aragón, Luis de Santángel, y, posiblemente, don Luis de la Cerda, marqués de Medinaceli, acuden de nuevo a los aposentos de doña Isabel e insisten en las maravillas del proyecto que podría engrandecer a España sobre todas las naciones a cambio de unos premios sobradamente merecidos si aquel iluminado viajero culminara la hazaña. Convencida la Soberana, despacha correos que alcanzan a Colón en la localidad de Pinos Puentes y le hacen regresar al Real para firmar las Capitulaciones de Santa Fe el día 17 de abril de 1492. Según este contrato establecido entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, se aceptan las siguientes bases: primera, que Colón y sus descendientes gozarían para siempre del título de Almirante de las islas y tierra firme que encontrasen en el océano. Segunda, que sería nombrado virrey y gobernador de todas aquellas tierras por descubrir, con privilegio de presentar a los Reyes tres candidatos para el gobierno de cada provincia, entre los que el Soberano elegiría el definitivo. Tercera, que tendría derecho a reservar la décima parte de todas las riquezas o artículos de comercio que se obtuviesen por cambio, compra o conquista dentro de su almirantazgo, deduciendo antes su coste. Cuarta, que él, o el lugarteniente por él designado, serían jueces únicos en todas las causas y litigios que ocasionara el tráfico entre España y los países a explorar. Quinta, que se le autorizaba correr con la octava parte de los gastos para el armamento y equipamiento de los barcos que hubieran de ir al descubrimiento, recibiendo a cambio, la octava parte de las utilidades obtenidas. Además, por cédula de 8 de mayo, se nombra a su hijo Diego paje del infante don Juan con una renta anual de 9.400 maravedises.

La ciudad portuaria escogida es Palos de Moguer, porque en ella coincidían los pocos apoyos con que contaba Colón y la circunstancia de que sus habitantes estaban obligados, por castigo regio, a mantener durante un año dos carabelas al servicio público. Pero dos barcos no se consideraban suficientes para la aventura prevista, estimándose imprescindible un tercero para caso de avería o hundimiento de cualquiera de los otros. Y el tercer buque es fletado por el propio almirante con la colaboración financiera del superior del convento de La Rábida y del rico hacendado y marino amigo de éste Alonso Pinzón.

El 8 de mayo comienzan en Palos los preparativos expedicionarios. Había que reunir los fondos precisos para el fletamiento y Colón encuen-

tra en los hermanos Pinzón los colaboradores generosos y perspicaces que le adelantan la octava parte de los gastos que con arreglo a las capitulaciones debería aportar el almirante para tener después derecho a rescatar la octava parte de los provechos. La Santa Hermandad aporta un millón cuatrocientos mil maravedises que hacen efectivos sus tesoreros, el antiguo benefactor de Colón, Luis de Santángel, y Francisco Pinelli. El mismo Santángel, a título personal, invierte en la empresa otros trescientos cincuenta mil maravedises. Lo que hace un total de dos millones, al que debe sumarse el más de medio millón de maravedises que gastaron los Pinzones en el avituallamiento.

Por Orden Real, la ciudad de Palos entrega armas y prepara dos carabelas. Una, llamada *Santa Clara,* bautizada con el nombre de *Niña* por pertenecer a la familia Niño, contaba 17,10 metros de longitud. Otra fue la rebautizada como *Pinta,* casi de iguales dimensiones a la anterior. Y la tercera, alquilada a Colón por Juan de la Cosa, piloto natural de la santanderina Santoña, fue una nao que se llamaba *Gallega* y vio cambiado su nombre por el de *Santa María,* eligiéndose como capitana por su mayor tamaño, ya que alcanzaba los 39,10 metros de longitud.

Problema mucho mayor fue el de reclutar tripulaciones. El pueblo, disgustado por la dura sanción que suponía el fletamiento de dos buques, está reacio a contribuir de forma personal a una empresa antipática. El fantasmagórico almirante director del empeño carece de prestigio. Culpado de contribuir al castigo decretado por los monarcas, se le hace motivo de burlas por sus ideas quiméricas. Y la aventura, en general, se considera absurda, pues exige navegar por mares desconocidos para llegar a tierras nunca vistas por verdaderos cristianos. Los testimonios que aún se conservan, de vecinos como Juan Rodríguez Cabezudo, Arias Pérez o Alonso Vélez, recogen abundantes observaciones en este sentido y hablan del fracaso de los primeros llamamientos hechos a voluntarios con ofrecimiento de sueldo en monedas de oro. Cuentan que hubo de recurrir al reclutamiento de gentes a las que se ofrecía la redención de todo tipo de penas pendientes con la justicia. Y dicen que sólo surgen voluntarios entusiastas cuando decide incorporarse a la empresa Martín Alonso Pinzón, armador local de notoria fama que había permanecido algún tiempo en Italia y que se convierte en apóstol del viaje dando por seguro que en él se llegaría a maravillosas ciudades que proporcionarían riquezas abundantes.

Con el dinero recaudado se acondicionan las tres naves avituallándo-

las para doce meses y se organizan las dotaciones. Colón asume el mando de la capitana con marineros santanderinos y vizcaínos, atraídos por su propietario Juan de la Cosa, y, andaluces de la zona. La *Pinta* lleva como capitán a Martín Alonso Pinzón con su hermano Francisco Martín Pinzón como piloto, enrolándose en ella sus propietarios Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, así como numerosos miembros allegados al clan de los Pinzones de Palos. El mando de la *Niña* se encomienda a Vicente Yáñez Pinzón, que nombra piloto a Alfonso Niño, acompañado de no pocos representantes de la familia Niño, de Moguer. En conjunto, según la investigadora americana Alicia B. Gould, son ciento tres hombres, de los cuales sólo ochenta y siete han podido ser identificados nominalmente. Uno es genovés, otro veneciano, uno más portugués y el resto andaluces, vizcaínos y cántabros. Modesto La Fuente eleva la cifra a ciento veinte personas, afirmando que entre las mismas se cuentan noventa marineros, un médico o físico, un cirujano, un escribano y algunos sirvientes de varias clases.

El plan de Colón, científicamente erróneo y humanamente fantástico, se pone en marcha en el puerto de Palos de Moguer, Andalucía, España, el viernes, 3 de agosto de 1492. Comienza con una solemne Misa en la que comulgan todos los viajeros, zarpando la flotilla media hora antes del ocaso para aprovechar la brisa que permite salvar sin vacilaciones la barra de Saltes en la desembocadura del Odiel.

El viaje hacia las Canarias constituye una verdadera marcha de aproximación en términos militares. La ruta es sobradamente conocida tanto por Colón como por sus capitanes y pilotos. No existe un peligro inmediato que temer y ello permite probar las capacidades marineras de las naves y las tripulaciones, así como ajustar los comportamientos del conjunto a los criterios del almirante. Éste aprovecha los días de tranquila navegación para establecer las normas de trabajo, organizar las guardias, acordar las señales y maniobras a efectuar y ejecutar diversos simulacros. Todo transcurre con normalidad hasta que, ya próximos al archipiélago, la más ágil de las carabelas, la *Pinta,* rompe el timón y debe ser auxiliada para poder alcanzar con dificultades un refugio seguro. A los ocho días de singladura, el 11 de agosto, la pequeña flota recala en isla Gomera, emprendiéndose la búsqueda de alguna otra embarcación que pudiera sustituirla. El empeño resulta imposible porque en aquellos momentos Alfonso Fernández de Lugo, nombrado capitán general para la conquista de La Palma y Tenerife, vuelca todos sus esfuerzos en la paci-

ficación de éstas y no puede permitir que se le distraiga cualquiera de los recursos existentes en la zona. En vista de ello, la *Pinta* es reparada con medios de circunstancias y el día 6 de septiembre la nao capitana, seguida por las dos carabelas, zarpa de La Gomera penetrando definitivamente, con rumbo oeste, en la zona de acción reservada para la gran empresa. El viento es favorable y la bonanza tanta que el almirante anota en su diario frases de gran satisfacción diciendo que la navegación «resultaba tan fácil como en el río de Sevilla y el clima tan agradable como en el mes de abril en Andalucía». De este modo, sin problema alguno, el día 10 de septiembre los navíos están a la altura del meridiano veinte y avanzan a buena velocidad. Las inquietudes comienzan poco después. Desde el 11 de septiembre se aprecia que la declinación magnética altera la dirección de la brújula obligando a introducir correcciones que siembran la desconfianza. Los ánimos parecen preocupados, aunque tal estado no se exterioriza. Las gentes recuerdan que Colón había anunciado unas cortas distancias hasta las tierras de Asia y éstas no aparecen por ninguna parte. Consideran que pronto será necesario dar la vuelta y temen perderse con mayor probabilidad a medida que el alejamiento crece. Por ello, el almirante recurre a una estratagema para calmar los ánimos, como ya hizo en su juventud cuando de noche dirigió un barco a Cartagena haciendo creer a sus tripulantes que marchaba a Marsella. Ahora, lo que se le ocurre es falsear las distancias midiendo con precisión las millas marinas recorridas, pero comunicando a sus subordinados cifras diariamente muy inferiores a las reales. De este modo, consigue alcanzar el día decimosexto el meridiano treinta y el vigesimosegundo el cuarenta. En esta fecha una profunda calma detiene la marcha y aumenta el pesar de los expedicionarios, que reaccionan gracias a la decidida postura de Martín Alonso Pinzón, quien, tras un cambio de impresiones con el almirante, se muestra partidario de seguir arrastrando tras de sí a sus numerosos familiares. Por consejo suyo se toma durante seis días rumbo suroeste para acercarse a zonas sobre las que se habían observado abundantes vegetales flotando sobre las aguas.

El día 1 de octubre, Colón recobra la derrota del oeste y prosigue un tenso avance en el que cada mañana constituye una decepción para el centenar de viajeros ante la visión única de la inmensa sábana de agua salada. El día 7 de octubre nueva calma chicha y nueva proposición de regreso que el genovés rechaza con el apoyo, otra vez, de Martín Alonso. Ahora los indicios de vida terrestre próxima son más abundantes. Vuelve

a cambiarse el rumbo hacia el suroeste para seguir la línea de vuelo de unas aves vistas en la lejanía y el almirante apunta en su diario que la gente parece no poder más. En esas condiciones, la noche del 11 al 12 de octubre, Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez creen vislumbrar la luz de una antorcha en la lejanía y al amanecer desde la *Pinta,* siempre situada en vanguardia, Rodrigo de Triana lanza el grito entusiasta que anuncia el descubrimiento de unas tierras que, más adelante se sabría, eran ya del cuarto continente.

En realidad, según la mayoría de los historiadores, la posición alcanzada marcaba 24° 6' 15" de latitud norte y 76° 46' de longitud oeste, lo que la sitúa en el extremo de las Lucayas o Bahamas frente a una isla que los indígenas llamaban Guanahaní y hoy se conoce como Watling, aunque otros autores, como Fernández de Navarrete, fijan como punto de llegada uno de los grandes islotes de las Turcas o las Caicos.

Consciente del ascendiente obtenido sobre los suyos, al encontrar suelo, Colón comienza a actuar dando solemnidad a sus movimientos y rodeándolos de toda la pompa y boato posibles. De este modo, desembarca para tomar posesión del territorio y lo hace de forma procesional, que se relata así en el diario de a bordo:

> El Almirante salió a tierra en la barca, armado, y Martín Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era Capitán de la *Niña.* Sacó el Almirante la bandera real, y los Capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una I. Encima de cada letra su corona, una de un cabo de la Cruz y otra de otro.

Su comportamiento está revestido de simbolismo. Desea hacer pública ostentación de que no actúa en nombre propio ni siquiera en el de Castilla, sino en el de la nación española representada en las banderas por la corona y las grandes iniciales de los monarcas católicos Fernando e Isabel. En ese acto, bautiza el territorio isleño con el nombre de San Salvador.

No encuentra el almirante naturales del país que puedan informarle de los datos que necesita. Sólo descubre gentes desnudas y huidizas que les observan desde lejos con asombro y temor. Decide continuar la navegación y el día 15 toca en una segunda isla a la que denomina Santa María de la Concepción. El 16 desembarca en otra de mayores dimensiones a la que aplica el nombre de Fernandina. El 19 descubre una más atrayente a la que designa como Isabella y el día 22 alcanza Cuba, que

bautiza como Juana. Ballesteros, agudamente, hace notar cómo el descubridor, al decidir la toponimia, elige una nomenclatura que revela la escala jerárquica de valores que él respeta como supremos: primero Dios, luego la Virgen, después los Reyes, dando preferencia al varón, y, finalmente, la princesa heredera.

Al alcanzar Cuba, de gran tamaño, cree haber llegado a Cipango o a tierra firme continental. Los indígenas parecen aquí menos salvajes que los antes vistos y llevan algunos adornos de oro que estimulan la imaginación de los viajeros esperanzados de acercarse, al fin, a los focos de riqueza que constituían la primera de sus metas personales. Sin embargo, los exploradores enviados al interior no hallan pistas del país buscado, ni tesoros de importancia, por lo que el almirante zarpa primero con rumbo norte, siguiendo la dirección en que los indios le indican podría encontrar oro y, posteriormente, al tropezar con vientos contrarios, cambia de derrota y circula entre las maravillosas Antillas. En este tranquilo deambular, el día 21 de noviembre se produce un incidente grave. Los Pinzones embarcados en la *Pinta,* ansiosos de llegar primeros a los lugares de riqueza, abandonan al resto de la flota dirigiéndose hacia donde los indios dicen que se bate el oro y domina una raza superior. La deserción, que hubiera resultado desastrosa un mes antes, cuando Martín Alonso Pinzón era el jefe de mayor prestigio, constituye un duro golpe para el almirante, pero aumenta todavía más la cohesión entre la gente embarcada en las dos naves que aún conserva, pues todos comprenden que nadie salvo él está capacitado para proseguir y regresar un día a la metrópoli.

De vuelta a Cuba y tras buscar afanosamente la isla Bulaque, en la que, según creían entender a los indios, existían grandes filones áureos, Colón ordena levar anclas y abandona las costas de la mayor de las Antillas con rumbo sur para encontrar otra gran isla, de umbrosos bosques y amplios estuarios de ríos, a la que se denomina La Española por su parecido con algunas zonas de la añorada patria. La menguada escuadra va tocando distintos fondeaderos de la tierra que los indígenas, bastante más acogedores que los tratados hasta entonces, llaman Haití. El diario del almirante señala estancias en puertos a los cuales sucesivamente denomina de San Agustín, La Concepción y La Paz. El día 19 de diciembre cientos de canoas indias rodean a las dos carabelas, mientras una embajada solicita al almirante audiencia para el cacique Guacanagari, aparentemente el más poderoso o influyente de las comarcas próximas.

Colón dispone todo para recibir con el mayor esplendor al anunciado personaje, pero sus planes quedan truncados por un desgraciado accidente. En la noche del 24 al 25 de diciembre, un error del timonel de guardia en la *Santa María* provoca que ésta se deslice, empujada por la corriente, hasta unos bajos arenosos, donde queda encallada con una fuerte inclinación. Ni la gran experiencia marinera del almirante ni las ayudas prestadas desde la *Niña* pueden impedir que la nave se pierda, por lo que a lo largo del día 26 se estuvieron llevando a tierra todos los elementos útiles de aquella nao con la ayuda inapreciable y amistosa del propio Guacanagari y sus servidores.

El incidente obliga a modificar la actitud colombina. Su decisión es inmediata. Construir con los restos de la *Santa María* un fuerte, dotarlo con guarnición suficiente para convertirlo en símbolo de la soberanía española y volver rápidamente al país de origen para anunciar lo conseguido y recabar refuerzos.

El fuerte de Navidad, levantado con el maderamen de la *Santa María* y rodeado por una honda capa de tierras, es el primer poblado español de América. En él quedan la artillería de la nao capitana, alimentos para un año, abundantes simientes para sembrar y un grupo de treinta y nueve expedicionarios al mando de Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo. Una pequeña barca, parte del vino que aún restaba y las municiones salvadas del naufragio quedan también en la guarnición, que despide emocionada a la *Niña,* el día 3 de enero de 1493, mientras Guacanagari y sus principales entregan regalos a los viajeros en actitud amistosa.

El domingo 6 de enero aparece la carabela *Pinta,* que navegaba en sentido contrario, sin tampoco haber hallado las riquezas buscadas. Martín Alonso Pinzón presenta a Colón unas poco convincentes explicaciones que el almirante acepta, resignado, como hechos consumados. Ya juntas las dos carabelas siguen costeando islas en un último intento de descubrir otro posible lugar con abundante oro. Hasta que, el día 16 de enero, el almirante ordena a las carabelas enfilar otra vez la Mar Océana con rumbo noroeste para tornar a las bases metropolitanas.

El comienzo del regreso es placentero, con tiempo delicioso y mar plana, pero a partir del 3 de febrero, el ambiente cambia haciendo difícil la progresión de dos pequeñas naves brutalmente gastadas por el enorme viaje realizado. Un gran tormenta dispersa a la pareja y aterroriza a las tripulaciones que, sin embargo, responden bravamente a las órdenes de

sus capitanes, uniéndose a sus oraciones recitadas a grandes voces por encima del fragor de las inmensas olas. El temor a morir llega a ser tan inmediato que Colón escribe un documento en el que reseña los principales acontecimientos de la empresa realizada y envolviéndolo en tela encerada, lo introduce en un pequeño barril que echa a las aguas por si alguien puede enterarse así de lo hecho y transmitirlo a los Reyes de España, si los dos navíos zozobrasen. Al propio tiempo, todos los tripulantes prometen enviar un representante en peregrinación a Guadalupe si llegan a salvarse y echan a suertes la persona que debería encargarse de cumplir la promesa, lo que acabó correspondiendo al mismo almirante.

Vencida la tempestad, la *Niña* continúa la navegación en solitario sin la menor noticia de su compañera, arribando el día de febrero a la pequeña isla Santa María de las Azores. Allí, los navegantes se apresuran a cumplir algunos de los votos hechos en las jornadas terribles en tanto que soldados portugueses de guarnición en las islas apresan a unos marineros. El almirante se ve obligado a apartarse de la costa isleña, a la que regresa el día 22 para, al fin, convencer al capitán portugués, obteniendo de él la libertad de los cautivos.

Reemprendida la derrota hacia España, la navegación se hace de nuevo peligrosa. Con el navío cada vez en peores condiciones por los daños sufridos, Colón opta por acogerse al seguro y conocido puerto de Lisboa entrando en el estuario del Tajo, el 4 de marzo de 1493, para fondear en Restelo, desde donde envía una rápida estafeta a los Reyes de España anunciándoles su regreso.

Enterado el Rey de Portugal, Juan II, de la semiforzosa arribada del almirante español, le cursa una primera invitación, en términos considerados insolentes, para que pase a la nave real, lo que es rehusado. Una segunda solicitud, planteada respetuosamente, hace posible formalizar una entrevista revestida de todos los honores. El desarrollo de ésta ofrece contradictorias versiones en los principales historiadores. Para unos fue tensa y agria, en tanto que para otros la conversación revistió caracteres entrañables y amistosos. Al cabo de ella, justificada la razón de la presencia del navío español en aguas lusitanas, reconocida la calidad del almirante de Castilla y repuestos sus hombres de la inmensa fatiga, Colón es autorizado a salir del puerto para poner proa hacia Palos, donde llega el día 14 de marzo. Casi a la vez, entran en el puerto andaluz Martín Alonso Pinzón y su carabela *Pinta,* dando cuenta al almirante del modo que pudo zafarse de la tempestad para alcanzar a duras penas el puerto

gallego de Bayona, desde donde envió correos a la Corte para comunicar lo acaecido.

Recibidos en triunfo en el puerto en donde habían quedado muchas familias de expedicionarios, los hombres de Colón empiezan a comprender un poco la magnitud de su gesta. Hasta entonces, el afán de sobrevivir había colmado sus aspiraciones diarias pero ahora comienzan a sentirse protagonistas de una empresa llamada a hacerse famosa. El propio almirante recobra el orgullo que parecía bastante deprimido en el tono de la carta enviada a los reyes desde Lisboa. En ella, daba cuenta de todo lo realizado con cierto aire de disculpa por no haber conseguido el oro y las riquezas que había propuesto como uno de los fines de sus planes, para con ellos, contribuir al rescate y reconstrucción de los Santos Lugares. El texto de su misiva deja la sensación de que su autor teme que los resultados prácticos desilusionen a los monarcas y a los financieros de la empresa, por lo cual magnifica la fertilidad de las tierras halladas, insiste en haber alcanzado las Indias dejando en ellas una factoría como se había calculado y señala que se ha logrado abrir una ruta nueva exclusiva para las deseadas especias. Incluso ensalza la posibilidad de que los incultos y salvajes indígenas puedan constituir una productiva fuente de riqueza trayéndolos a Europa para ser vendidos como esclavos, como había comprobado hacían los portugueses en África, hipótesis que rechazan de plano los Reyes Católicos al reconocer desde el primer momento que aquellos seres poseían alma, prohibiendo su esclavitud.

Sólo dos o tres días permanece Colón en Palos, posiblemente recogido de nuevo en el Monasterio de La Rábida y dando cuenta cumplida de su aventura a los amigos y socios que participaron en su preparación. Después se traslada a Sevilla, donde comienza a saborear la gloria en la multitud de homenajes que se le rinden. A la vera del Guadalquivir, superado por completo el inicial complejo de fracaso, vuelve a recomponer sus proyectos y envía una segunda carta a los Reyes proponiéndoles una nueva expedición. Recibe, asimismo, carta de los monarcas que halaga inmensamente su vanidad. Porque, en el escrito, los soberanos le tratan con todos los honores que, habían sido concedidos en las Capitulaciones y con entusiastas frases de elogio le encarecen su presencia en Barcelona lugar donde ellos se encuentran.

Entre tanto, Martín Alonso Pinzón agoniza en su casa de Palos. Según Hernando Colón, que parece reflejar la animadversión de su padre por la deslealtad sufrida en las Antillas, el capitán de la *Pinta* enfermó

de envidia y de temor a los procesos a que pudiera someterle el almirante. Según Fernández de Navarrete, el marino que había hecho posible la rápida partida y que resolvió las crisis más graves durante el viaje de ida, no falleció de pesar sino que fue una de las primeras víctimas de la terrible sífilis, enfermedad desconocida en Europa pero endémica en todo el área del cuarto continente y que con devastadora fuerza prendió en la raza blanca hasta el punto de que fray Bartolomé de las Casas llegó a decir años más tarde:

> Todos los españoles incontinentes que en aquellas islas no tuvieron la virtud de la castidad, fueron contagiados; de cien acaso se salvó uno.

A primeros de abril, con su séquito de marineros expedicionarios entre los que figuran los seis indios exhibidos como atracciones de feria, Cristobal Colón emprende viaje hacia la Corte. El recorrido por Castilla es un verdadero paseo triunfal para el gozoso Colón. Las muchedumbres salen a contemplar la lucida comitiva que se detiene en Córdoba donde el almirante saluda a Beatriz Enríquez Arana y al hijo natural de ambos, Hernando, que ya contaba cinco años de edad. Después todos los pueblos y ciudades del camino van convirtiéndose en gloriosos finales de etapa hasta llegar a Barcelona donde los Reyes esperan con arreglo al más lujoso protocolo, no se sabe ciertamente si en la Plaza de Armas o en el salón del Tinell del Palacio Real. Lo que sí consta es que los dos monarcas conceden al almirante el honor de sentarle a su lado, le dan tratamiento de don, entonces reservado sólo a los autores de hazañas destacadas, y le hacen anunciar como

> Don Cristóbal Colón, almirante de la Mar Océana, Virrey y Gobernador de las Islas por él descubiertas en las Indias.

Terminada la relación que Colón hizo de todo lo acontecido con la brillante retórica en él usual y con porte altanero de senador romano, los monarcas ordenan se entone el más sonoro Te Deum en acción de gracias. El Rey recorre las calles de la capital condal llevando a un lado al infante don Enrique, lugarteniente de Cataluña, y al otro al almirante de la Mar Océana, que así consume sus momentos de mayor gloria. Don Pedro González de Mendoza, cardenal primado de las Españas, recibe en su palacio al encumbrado navegante y es allí donde, según algunos, se

produce la anécdota del huevo que habría de hacerse famosa. La euforia real resulta contagiosa y en todas las regiones de la nación se celebra con entusiasmo la noticia, en términos que quedan reflejados en estos párrafos de una carta que Pedro Mártir de Anglería dirige al conde de Tendilla:

> Recordáis que Colón, el de la Liguria, estuvo en los campamentos instando a los Reyes para que le enviasen a recorrer en las antípodas occidentales un nuevo hemisferio de la Tierra... pués Colón ha vuelto sano y salvo. Dice que ha encontrado cosas admirables. Ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones. Ha traído algodón y aromas...

Finalmente, se autoriza a Colón a poner en su escudo las armas reales de Castilla y León junto con cinco anclas significativas de su almirantazgo, el símbolo de un archipiélago y un lema o divisa que reza: «Por Castilla y por León nuevo mundo halló Colón».

El plan explorador diseñado y ejecutado por Cristóbal Colón y asumido por la Corona de España obtiene de este modo un sonoro éxito. En Europa la demostración realizada se reputa como el más maravilloso acontecimiento de todos los siglos despertándose una fiebre viajera generalizada hacia las que se llamaban Indias Occidentales así como a sus habitantes indios, pues persistía el contumaz error colombino de estimar que las tierras visitadas eran aledañas a las costas asiáticas.

Aparentemente, el proyecto original no necesita cambio alguno. Se ha confirmado la existencia de un nuevo camino virgen hacia la Especiería, del que se han colocado unos jalones que es preciso reforzar y completar cuanto antes. Y los soberanos españoles se apresuran a hacerlo con la diligencia característica de doña Isabel y la clara visión política de don Fernando.

Sin modificar en absoluto la orientación inicial, se encomienda a Colón la preparación de una segunda expedición, al tiempo que se adoptan importantes medidas organizativas y administrativas. Se crea una Junta asesora, embrión del futuro Consejo de Indias, cuya dirección se encomienda al arcediano de Sevilla, Juan de Fonseca. Se adoptan medidas administrativas precursoras de la futura Casa de Contratación organizándose una lonja principal para el Comercio con Indias en Sevilla y dependencias en Cádiz. Se prohíbe, con arreglo a los criterios mercantiles restrictivos de la época, ir a comerciar con las nuevas tierras sin conocimiento y licencia del superintendente Fonseca. Estos organismos comerciales se encargan de hacer grandes provisiones de animales, grano, semillas y

plantas para enviarlas allende los mares. También en ellos se acumulan mercancías y elementos de trueque pensando en el comercio con los indígenas. Los artículos necesarios para proveer las expediciones se declaran libres de impuestos. Se ordena a los patrones de los barcos de los puertos andaluces, que los mantuvieran continuamente dispuestos para eventuales necesidades expedicionarias. Se abren oficinas de alistamiento de marinería y de artesanos de toda clase deseosos de atravesar el océano. Y se reclutan eclesiásticos para que se trasladen como misioneros a propagar la fe entre los gentiles.

En el frente de la política internacional, la Corona se percata de inmediato de que muchas potencias europeas y muy especialmente Portugal, podrían disputar a España la exclusiva de uso de la ruta abierta, y para favorecer sus derechos acuden a Roma aprovechando la circunstancia de que es español el pontífice Alejandro VI. En este sentido, impetran del Papa una bula que confirme la posesión de las tierras ya descubiertas y de las que en el futuro apareciesen en el océano occidental, en atención a los servicios prestados a la cristiandad por Castilla al preservarla de la dominación mahometana. La bula, *Inter Caetera,* otorgada el 3 de mayo de 1493, es seguida de otra muy singular en la que, para evitar conflictos entre España y Portugal, el Pontífice traza una línea imaginaria que corre de polo a polo de la Tierra en el sentido de los meridianos, a cien leguas de las islas de Cabo Verde, y declara que todo lo que se descubriera a occidente de la misma debe pertenecer a los españoles quedando para los portugueses lo que se hallase a levante de ella.

Obtenida esta ventaja diplomática y advertidos los Reyes Católicos de que Juan II de Portugal efectúa preparativos militares, envían como embajador a Lisboa a don Lope de Herrera con órdenes y facultades secretas para que entorpezca cualquier intento de organización de armada que observe, informando de inmediato a la Corona de cuanto aconteciese. El monarca portugués, apreciando la creciente tensión que se está generando y considerando su notoria inferioridad militar, adopta una política conciliadora comprometiéndose a no dejar salir de su reino escuadra alguna en el plazo de dos meses.

Mientras en las cancillerías se libra la batalla diplomática, en Sevilla se disponen a ritmo acelerado los preparativos de la segunda expedición. Para cubrir sus gastos, la Corona contrata un empréstito al que añade el producto de los bienes confiscados a los judíos. La organización se encomienda al superintendente de Indias, Juan Rodríguez de Fonseca, quien

pronto fue reuniendo en el puerto una magnífica flota compuesta por 3 grandes navíos y 14 carabelas.

En esta ocasión no se producen las dificultades de reclutamiento del primer viaje sino todo lo contrario. El problema estriba en seleccionar a los más capaces y útiles de entre la multitud de aspirantes que quieren sumarse a la partida, unos por espíritu guerrero, que ya no tenía campo de aplicación en la península concluida la guerra con los moros, otros por codicia de los bienes que presumían abundantes, no pocos por afanes evangelizadores y hasta algunos por curiosidad e inclinación aventurera.

Colón, al que se concede el mando supremo reafirmándosele en sus prerrogativas, dispone de cuatro criados y séquito y enarbola su insignia en la nave *Marigalante,* rebautizada *Santa María.* Con él marchan personajes insignes, como su hermano Diego, el caballero del Ampurdán Pedro Margarit, amigo personal del Rey Católico, el médico sevillano Chanca, que haría las veces de cronista, el cartógrafo Juan de la Cosa, los capitanes Alonso de Ojeda y Juan Ponce de León, así como un buen número de funcionarios de palacio que ocupaban cargos burocráticos y gozaban de la confianza real. El total se eleva a 1.500 hombres entre funcionarios, marinería, artesanos, aspirantes a colonos y hombres de armas. El grupo de misioneros es importante, incluyéndose en él frailes del Monasterio de Montserrat como Bernardo Boyl, nombrado vicario apostólico, y Ramón Pané; franciscanos como los españoles Juan y Pedro Pérez, el borgoñón Juan de Tisin y el neerlandés Juan Deledeule; agustinos y de otras órdenes. Con ellos regresan a su tierra natal, después de ser bautizados con gran solemnidad, cinco de los seis indios que trajera Colón en su primer viaje, habiendo quedado el sexto como paje del infante Juan. Las naves disponen de avituallamiento calculado para seis meses.

Cuando todo está dispuesto, los distintos elementos van concentrándose en la bahía de Cádiz desde donde se da a la vela la lucida armada el día 25 de septiembre de 1493, una hora antes de salir el sol.

La flota toca en Gran Canaria el día 2 de octubre y el 5 arriba a La Gomera, donde el almirante realiza una exhibición de fuerza, a modo de parada triunfal, haciendo disparar toda la artillería de las naves con el pretexto de homenajear a la hermosa señora de la isla, doña Beatriz de Bobadilla. Luego, se dirige a la isla de Hierro y desde ella se lanza al océano tomando un rumbo suroeste muy distinto a los que utilizó en los anteriores viajes de ida y vuelta. Por este camino, pese a tener que afrontar breves temporales, bate su propia marca trasatlántica llegando en sólo

diecinueve jornadas al extremo meridional de las pequeñas Antillas. Con gran regocijo de tripulaciones y pasaje, el 3 de noviembre se arriba a la isla Dominica, nombrada de tal modo por ser domingo aquel día. Sin apenas reposo por no encontrar amplitud para el fondeo de las muchas naves, se pasa a otra isla que parecía desierta y que fue llamada Marigalante, como la nao capitana. Tras tomar posesión de la misma, se alcanza una mucho mayor a la que se bautiza como Guadalupe en cumplimiento de una promesa hecha a los monjes del extremeño monasterio de ese nombre. En ésta, se efectúa un desembarco observándose que los indígenas huían despavoridos de los cristianos abandonando hasta los propios hijos. En las aldeas de chozas desalojadas se encuentran restos humanos importantes que evidencian prácticas frecuentes de canibalismo, por lo que se supuso que allí habitaban los caribes, temidos por las poblaciones tratadas durante la anterior estancia. Este descubrimiento afecta negativamente a los menos beligerantes pasajeros y crea un fuerte estado de tensión durante los días en que permanece extraviado en las selvas un grupo formado por el capitán Diego Márquez con ocho de sus hombres. Al regreso de éstos, sanos y salvos, el almirante decide dirigirse directamente a La Española sin aceptar mayores dilaciones. Sobre la marcha, va poniendo nombres a las distintas islas avistadas, por lo que en su Diario y en las cartas de navegación fueron apareciendo las primeras referencias a Montserrate, Santa María, la Redonda, Santa María de la Antigua, San Martín, Santa Cruz, Santa Úrsula y Las Once mil Vírgenes. Durante aquellas singladuras, algunas de las naves son atacadas por grupos de salvajes en canoas que demuestran gran valor y audacia en la pelea y una impavidez sorprendente cuando son apresados. Persiguiéndolos se llega a la isla donde parecen tener su centro de actividad, llamándola en lengua nativa «Boriquen», nombre que se cambió por el de San Juan Bautista y que hoy se conoce como Puerto Rico. En dicho lugar, se halla un pequeño palacete regularmente construido que se supone era sede del cacique principal, pero no puede encontrarse rastro de habitantes dado que éstos se escondieron en los bosques al descubrir la escuadra. Por ello, tras cuarenta y ocho horas de exploración se prosigue viaje hasta localizar, el 23 de noviembre, una nueva tierra identificada como parte de Haití o La Española.

Grupos de indios en canoas se acercan a las carabelas ofreciendo saludos en nombre de distintos caciques, pero el almirante, sin detenerse, sigue costeando hasta alcanzar la embocadura del puerto de Navidad al

anochecer del 27 de noviembre. El júbilo de las dotaciones comienza a trocarse en desconfianza cuando los saludos al cañón efectuados desde las naves no obtienen respuesta en tierra.

A la mañana siguiente, destacados varios botes para reconocer la zona, hallan totalmente destruido el fuerte y cadáveres y restos de la guarnición dispersos por varios lugares. Algunos indios manifiestan que el autor de la matanza fue el cacique Caonabó, cuyo nombre significa «Señor de la casa de oro», cabecilla de una feroz tribu de caribes del interior, quien se había concertado contra los españoles con otro cacique llamado Mairon o Maireni. Según tales versiones, el cacique Guacanagari había tratado de oponerse a la agresión siendo derrotado y herido en una pierna, por lo que Colón decide visitarle con su médico, sin poder llegar a constatar que la herida hubiera sido real. No obstante, por considerar conveniente dar la impresión de que continúa confiando en el antiguo aliado, lo invita y aloja en las naves junto con su plana mayor. Pero después de muchas lágrimas y protestas de lealtad, Guacanagari y los suyos escapan a media noche confirmando con ello las sospechas de su doblez.

En vista de lo ocurrido, el almirante determina abandonar el escenario de aquellos sucesos trágicos y decide erigir una ciudad que asegure la posesión de la isla en un paraje más favorable. Envía varias partidas exploradoras y selecciona finalmente un cómodo y abrigado puerto situado en una comarca feraz bien dotada de agua. Allí, desembarca a la gente con sus utensilios y armas y comienza la edificación de un poblado de estilo hispano, con calles regularmente trazadas, casas hechas de piedra y madera, un templo pequeño y varios almacenes. En él aloja a hombres de armas, menestrales y campesinos dotándoles de animales, víveres y semillas en abundancia. De esta manera, hace surgir la primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo, a la que se da el nombre de Isabela en honor de la reina de Castilla. Veinticinco días se tarda en levantarla y el día de la Epifanía de 1494, los trece sacerdotes misioneros la bendicen en un solemne Te Deum.

La gran actividad desarrollada, las duras experiencias vividas y el insano clima tropical del territorio, hacen mella en muchos de los expedicionarios, especialmente en aquellos que procedían de la Corte y no estaban suficientemente templados para las fatigas. Las enfermedades son frecuentes y el ánimo general disminuye de manera notable al no verse cumplidos los sueños de rápido enriquecimiento y fácil prosperidad que la mayoría, inconscientemente sentía. El mismo Colón ha de permanecer

postrado en cama algunas semanas y determina enviar a España, cuanto antes, buena parte de los barcos con quienes parecieran menos capaces de aclimatarse. Pero deseaba que los repatriados no volviesen de vacío y por ello envía a explorar el interior a sus capitanes Ojeda y Corbalán, hasta entonces los más distinguidos.

Los dos capitanes, al frente de cortas partidas, se internan en la isla y comienzan a dar pruebas de la sorprendente audacia y del temerario valor que distinguiría a los hispanos a lo largo de la conquista. Confirman la existencia de la cruel tribu de los caribes que tenía atemorizadas a las restantes del archipiélago.

El regreso de los exploradores cargados con abundantes muestras de oro reanima sensiblemente a los colonos que, además de la decepción sufrida en su llegada, aceptan de mal grado las órdenes de un almirante con escasas dotes de mando y que, junto a sus grandes virtudes, muestra signos crecientes de dureza y avidez de carácter. Con las riquezas obtenidas se envía, rumbo a España, una flota de doce carabelas en las que embarcan algunos de los hidalgos más desengañados y bastantes mujeres y niños indios de los rescatados en las aldeas caribes, con la idea de que fueran instruidos en la fe cristiana y regresaran algún día como intérpretes y misioneros. La flota se hace a la mar el 2 de febrero de 1494 al mando del capitán Antonio de Torres, hermano de una gran dama de la Corte, quien lleva cartas a los Reyes con solicitudes y encargos expresos del gobernador sobre los refuerzos y elementos que estima necesarios.

Nada más alejarse los barcos, Colón sigue en persona los pasos de Ojeda, deseoso de confirmar sus hallazgos de oro. En el mes de marzo recorre la llamada Vega Real que con el título de ducado poseerían sus descendientes.

La ausencia del almirante de la Isabela y la permanencia en ésta de buen número de hidalgos que no aceptan trabajos manuales pretendiendo siempre ser empeñados en ocupaciones militares, favorecen el descontento de los habitantes. Faltan alimentos pese a que las semillas traídas de España germinaban con abundancia. El equipo de gobierno no acierta a imponerse. Y Colón tiene que regresar precipitadamente de sus excursiones para sofocar el primer conato de levantamiento. Su supuesto cabecilla, Bernal Díaz de Pisa, fue apresado y desarmadas las cinco naves ancladas en el puerto para impedir su uso por posibles desertores. Las ansias bélicas de los hidalgos son momentáneamente atendidas al organizarse partidas enviadas en todas direcciones para pacificar la isla.

Cuando la calma ciudadana parece restaurada, Colón reanuda su actividad de un modo que va convirtiéndose en obsesivo. Quiere a toda costa conectar con el Estado de Kathay y desea por encima de cualquier otra cosa hallar las fuentes del oro. Lo demás es para él accesorio y sólo le preocupa en tanto en cuanto no complique sus planes. Por ello nombra a su hermano Diego presidente de la Junta de Gobierno de la Isabela, le alecciona para que impida todo intento de sublevación colonial y decide embarcarse en las tres naves disponibles para proseguir sus reconocimientos navales a partir del 24 de abril.

Descubre y reconoce Jamaica, la más hermosa de las tierras por él vistas, según su Diario, pero su desolación es grande al no encontrar ni remotos vestigios de oro. Costea de nuevo Cuba tratando de convencerse de que ella era la llamada Áurea Quersoneso por los seguidores de Marco Polo y el centro de las maravillosas islas que Mandeville sitúa en el mar de la China. En su alucinación, llega a hacer que, por dos veces, el notario público Fernando Pérez de Luna realice una encuesta entre los expedicionarios dejando constancia en acta formal de que unánimemente juran, bajo pena de perjurio que llevaría aparejado el corte de la lengua, que se hallan en una península de la Tierra Firme. No descansa. El insomnio va minando su salud y esto, unido a la alimentación inadecuada, hacen que caiga en un estado de postración que inquieta a sus seguidores moviéndoles a regresar a La Española.

En el reducto fundamental de los expedicionarios, la situación general no ha mejorado. Diego Colón carece de dotes naturales de mando y alimenta la subversión con medidas impopulares. Nadie ignora su condición de extranjero y pocos reconocen su autoridad delegada por el virrey. Los encargados de mantener el orden en el interior de la isla actúan sin el menor control provocando el desasosiego de los indígenas. Las mujeres de éstos, según el jesuita padre Cappa, buscan la compañía de los españoles atraídas por el mayor vigor de su raza. Esto desencadenó una epidemia de sífilis que alcanza incluso a capitanes como Pedro Margarit y propicia el levantamiento de los indios, cuyos caciques se conciertan para luchar unidos contra los invasores.

Colón, mejorado de sus males, encuentra en la Isabela a su hermano Bartolomé, aquel a quien había enviado como embajador de sus ideas a la Corte de Inglaterra. Había llegado desde España al mando de tres carabelas fletadas por los Reyes con vituallas. El reencuentro supone un grato acontecimiento para el apurado almirante que, de inmediato, recurre

a sus criterios basados en el nepotismo para designarle adelantado de las Indias. Esto hace subir la marea popular del disgusto, que crece debido a la dureza de las medidas adaptadas por la familia gobernante, hasta el punto de que, un día, un importante grupo de disidentes entre los que se encontraban nada menos que el vicario apostólico Bernardo Boyl y el capitán Pedro Margarit, se apodera de uno de los barcos surtos en el puerto y escapa proa a España. La deserción desespera al almirante, que no teme el malestar ambiente pero sí, y mucho, el efecto que puedan producir en los Reyes las denuncias de los fugitivos.

Mientras estos acontecimientos se producen en el teatro de operaciones oceánico, en la metrópoli el poder supremo de la nación actúa en un marco cada vez más amplio que es necesario tener en cuenta para darse idea de la magnitud de sus decisiones y de la importancia de las mismas.

En un panorama de ambiciosa política europea, el frente abierto por Colón en el océano es para los Reyes de una importancia capital. En él sigue ofreciéndose la oportunidad de evangelizar masivamente que desvela a la Reina y la de encontrar los recursos necesarios para las empresas hegemónicas emprendidas por el Rey. Pero para ello, en primer lugar, es preciso neutralizar a Portugal como competidor, pues Juan II, frente a las bulas de Alejandro VI que señalaban una línea divisoria de influencias cien millas al oeste de Cabo Verde, esgrime una bula papal de 15 de marzo de 1456 que extendía los derechos portugueses *usque ad indos.*

Apoyándose en la citada bula de Calixto III, Juan II envía una embajada a la Corte española, a la sazón en Barcelona, proponiendo como línea de división para los descubrimientos la formada por el paralelo que pasa por Canarias. Al norte de la misma, según su propuesta, todas las tierras de infieles que se localizasen serían para España. Al sur, para Portugal.

Los Reyes Católicos demoran la contestación hasta que Colón sale en su segundo viaje e, inmediatamente después, comisionan a su más hábil embajador para que se persone en Lisboa y presente la respuesta hispana. Ésta es rotunda. De ningún modo se acepta el paralelo de Canarias como línea divisoria porque ello sería contradecir lo dispuesto por el pontífice reinante. A cambio, proponen que Portugal mantenga todas sus posesiones de África y adquiera las que vayan surgiendo en la ruta africana de las Indias reservándose a España todas las restantes tierras por descubrir em el océano occidental. Juan II reacciona con indignación y llega

a querer impresionar a la embajada haciéndola presenciar una brillante demostración de la caballería real. Mas, enterado de que al otro lado de la frontera se aprestan efectivos que duplican los suyos para caso de confrontación, decide buscar fórmulas de entendimiento pacífico. Por supuesto, rehúye toda posibilidad de recurrir a Roma en arbitraje porque sospecha que Alejandro VI continuará siendo parcial en beneficio de sus compatriotas españoles y ofrece zanjar el tema en una conferencia bipartita. Prospera la sugerencia y se reúnen en Tordesillas las comisiones representantes de las dos Coronas, que llegan a un acuerdo y propician la firma, el 7 de junio de 1494, del tratado que lleva el nombre de la localidad salmantina. En él se acepta por ambas partes que el límite entre las áreas descubridoras quede fijado por la línea que, de Polo a Polo, corre en sentido de los meridianos 370 millas a poniente de las islas de Cabo Verde. El occidente para España y el oriente para Portugal. En el acuerdo se prevé que cada una de las naciones envíe a Canarias dos carabelas con científicos de su confianza encargados de señalizar de alguna manera la línea ideal aceptada. Esto último no llega a realizarse, pero la firma del tratado produce dos esenciales efectos. Uno, inmediato, que sirve para afirmar la paz entre los dos competidores. Otro, imprevisto para los firmantes, que permitirá más tarde a los portugueses asentarse en Brasil, impidiendo la exclusividad española en América, y que hará posible a los españoles, años después, reclamar la posesión de las islas de las Especierías al otro lado del mundo.

Asegurado políticamente el espacio operativo, los Reyes Católicos siguen con pulso muy firme cuanto ocurre a sus fuerzas expedicionarias.

En el mes de octubre, arriban a Cádiz las tres carabelas fugadas de La Española con el vicario Bernardo Boyl y Mosén Pedro Margarit, a quienes apoya y protege el arcediano y superintendente Fonseca ya abiertamente enfrentado a la familia Colón de una manera casi visceral. Las denuncias publicadas por los desertores producen escándalo general pero los Reyes las reciben con una serenidad notable. Su reacción es pausada. Tardan más de un mes en ordenar a fray Boyl que se les presente para informar y, luego, dejan transcurrir aún otro mes largo antes de adoptar una decisión que fundamentan más en las necesidades materiales que deben estar padeciendo las gentes de Indias que en las irregularidades denunciadas. Así, en carta de 18 de febrero de 1495 ordenan despachar sin dilación cuatro carabelas con bastimentos para la colonia ultramarina y manda que con ellas vaya Juan Aguado, repostero de capilla de la Casa

Real, que había regresado de Indias con anterioridad. A este personaje se le otorgan las funciones de pesquisidor con comisiones concretas en el supuesto de que hubiese fallecido el almirante, del que no había noticias, pero con instrucciones terminantes de ponerse a su servicio caso de encontrarle, limitándose entonces a recoger informes sobre la situación ambiente y regresar con ellos a la Corte. Cautamente, los Reyes ordenan a Fonseca que en la expedición no se admitan personas que ya hubieran estado en las colonias, medida que debería mantenerse hasta que se tuviera información completa y cierta de lo que en ella realmente ocurría.

La expedición de Aguado es de momento retenida por la llegada de los barcos del infatigable Antonio de Torres que, una vez más, regresa de La Española trayendo noticias del almirante, así como los bienes, indios y cartas que éste había preparado para contrarrestar las denuncias que suponía habría presentado el padre Boyl. Para reforzar sus argumentaciones explicativas regresa entre los viajeros el propio hermano de Colón, Diego. Éste es tratado con dureza por Juan Fonseca, quien, con pretextos poco sólidos, le embarga el oro que traía restituyéndoselo únicamente cuando le llegan terminantes órdenes de los Reyes en tal sentido.

Al fin, acabando agosto, zarpan de Cádiz las carabelas con Juan de Aguado a bordo. Van muy bien abastecidas y aprovisionadas con herramientas para diferentes oficios, abundantes raciones de harina, bizcocho, vino y otros alimentos y medicinas, contando con un pasaje en el que figuraban muchos artesanos y labradores. En las disposiciones de los monarcas se anuncia que esa flotilla pretende ser la primera de una serie de otras, siempre integradas por cuatro naves, que zarparán cada tres meses para regularizar de manera estable la comunicación con las Indias. Los monarcas en esta ocasión adoptan una política económica más estricta para resarcirse de los crecientes gastos. Así, conceden a todos los expedicionarios la facultad de rescatar oro de los indígenas o juntarlo por cualquier industria que se les ocurra pero con la obligación de entregar a los contadores reales dos terceras partes de lo que recogieran, quedando sólo un tercio para el interesado, que debía reducirse a un quinto si el mismo gozaba de sueldo del Estado. La explotación de las minas y criaderos de Coibo se contrata con el afamado minero Pablo Belvís, a quien se asigna un sueldo fijo de mil ducados y la décima parte del oro que por su industria extraiga, siempre que no rebase de otros mil ducados al año.

Las carabelas de Aguado llegan a la Isabela en octubre de 1495 mientras el almirante se encuentra pacificando el interior de la isla y la

ciudad es gobernada por Bartolomé Colón. Juan de Aguado, que durante el viaje se había enemistado con Diego Colón, también pasajero de su flota, desembarca con altivez negándose a cumplimentar al gobernador interino, a quien sólo presenta una de las cartas reales. El abierto enfrentamiento a la familia Colón atrae el aplauso del sector de colonos disconforme con el almirante, produciéndose entre los pobladores un fuerte estado de tensión. Y Aguado se constituye en el cabecilla de una facción cívicamente disidente.

Enterado Cristóbal Colón de lo que ocurre en la ciudad, resuelve dirigirse a ella y acepta que Aguado lea públicamente las cartas de los Reyes soportando, asimismo, que el pesquisidor se extralimite en sus funciones. El almirante domina su carácter brusco y adopta una postura tolerante y paciente durante el procedimiento informativo que la Corona había ordenado. A lo largo del mismo, algunos colonos y todos los caciques indígenas, posiblemente convencidos de que el genovés iba a ser relevado en su puesto, aportan abundantes quejas. Considerando suficientes los cargos, Aguado decide regresar a España con cuantos desearan acompañarle así como con los enfermos e inadaptados y, con este fin, empiezan a pertrecharse las seis carabelas ancladas en el puerto.

El almirante, dadas las circuntancias, acuerda regresar también personalmente para desvanecer con sus argumentos las imputaciones que se le hacen. En su equipaje acumula cuanto de valor se había hallado hasta el momento como prueba de los frutos obtenidos por su gestión. Para su ausencia, nombra gobernador y jefe de las fuerzas a su hermano Bartolomé y deja como sustituto del mismo en caso de emergencia a su otro hermano Diego. Hace alcalde mayor de la Isabela a su escudero Francisco Roldán, encomendándole la jurisdicción de toda la isla, y se dispone a partir. Pero una tremenda tempestad asola la comarca y cinco de las carabelas quedan destrozadas, manteniéndose a flote únicamente y con graves daños la vieja *Niña.* Con los restos de la catástrofe consigue repararse la *Niña* y se construye una nueva carabela a la que se llama la *India.* El almirante embarca en la primera llevando con él al rebelde cacique Caonabó con varios familiares y otros treinta indios. En conjunto, doscientos veinte pasajeros se hacinan en la pareja de naves que se hacen a la vela el 10 de marzo de 1496.

Sólo la autoridad del almirante, que se crece ante el timón, y su pericia náutica permiten a tripulaciones y pasaje soportar las adversidades del viaje hasta llegar, extenuados, a Cádiz el 11 de junio, tras 92 días de

calamidades. En el puerto encuentran a Pedro Alonso Niño preparado para marchar a Indias con tres carabelas. Colón recupera el ánimo al leer las favorables cartas reales que aquél le llevaba e inmediatamente, le entrega otras suyas en las que alecciona para el gobierno a su hermano Bartolomé ordenándole erigir una segunda ciudad en la costa meridional de La Española y un fuerte cerca de las minas del Hayna. Una semana después, el piloto de Moguer parte.

Tras escribir pormenorizadamente a los Reyes para ir preparando su ánimo, que presumía muy indignado por las denuncias recibidas, Colón emprende una lentísima marcha hacia la Corte.

En Burgos, Colón se ve obligado a esperar en un ambiente respetuoso hacia su persona pero ya nada favorable a sus proyectos porque su popularidad había sido dañada por las denuncias de sus enemigos, las informaciones de Aguado y la hostil posición del encargado de los asuntos de Indias, el antiguo arcediano de Sevilla, ascendido a obispo de Badajoz, Juan Rodríguez de Fonseca. En estas condiciones, el almirante adopta una postura bastante teatral mostrándose humilde y contrito. Viste el hábito de terciario franciscano en lugar de sus anteriores galas y lleva una vida recogida hasta que en octubre vuelven a reunirse los Soberanos en la capital burgalesa y le reciben con igual solemnidad y afecto que en anteriores ocasiones.

Isabel y Fernando aparentan no estar influidos por las gestiones de su pesquisidor y escuchan con atención las exposiciones del almirante de la Mar Océana que presenta con ampulosidad las riquezas obtenidas, magnifica las perspectivas de futuro y plantea una tercera expedición. Acceden a que se preparen ocho navíos, partiendo dos de inmediato como él solicita. Nombran a Antonio Torres superior de la Casa de Contratación de Sevilla, y con ello convencen al marino y a la Corte de que su almirante continúa gozando de su favor.

Cristóbal regresa entusiasmado a Sevilla y recobra su porte altivo y seguro aunque las circunstancias no le favorecen. El Tesoro está agobiado por los gastos políticos y no puede librar de inmediato las cantidades precisas para la expedición.

Los Reyes consienten las dilaciones y respaldan al obispo contrario al almirante pero, simultáneamente, calman a éste abrumándole de favores. Por una disposición de abril de 1497 le confirman sus privilegios, declaran los derechos y fueros del Almirantazgo de Indias, condonan a Colón las sumas con que debiera haber contribuido a los gastos hechos

y le hacen la merced, por tres años, de gozar la ochava y décima parte de las posibles ganancias sin costa alguna. Además, le conceden la propiedad perpetua de setenta y cinco leguas de tierra en La Española con el título de marqués o duque. Por si esto aún fuese poco, el 22 de julio nombran a Bartolomé Colón adelantado de las Indias, título que conservaría hasta su muerte.

Colón no se rinde y logra cobrar algunas cantidades con las que apresta dos naves en las que embarca noventa hombres, artesanos y agricultores en mayoría, que pone al mando de Pedro Hernández Coronel, al que nombra alguacil mayor de La Española. Las naves son despachadas de inmediato con cartas e instrucciones del almirante para su hermano el adelantado.

Sigue el almirante luchando por disponer otras seis naves y en un memorial solicita una serie de elementos de interés para cuantos deseen conocer lo que aquella gente utilizaba. Para avituallar al pasaje, pide que una tercera parte sea de bizcocho bien sazonado y no añejo porque éste se pierde con facilidad, otra tercera parte ha de ser de harina salada al tiempo de ser molida y la tercera parte, de trigo. Además, demanda vino, tocino, aceite, vinagre, queso, garbanzos, lentejas, habas, pescado salado, redes para pescar, miel, arroz, almendras y pasas. Para atender los navíos reclama pez, estopa, clavos, sebo, manguetas, hierros y pellejos, así como oficiales calafates, carpinteros, toneleros y aserradores con sierras. En el capítulo de ganado, a embarcar en Canarias por ser territorio más cercano a la meta y también más barato, encarece ovejas, vacas y cabras. Solicita para vestuario lienzo, paño, calzado, hilo, agujas, fustán, cañamazo, bonetes y para los caballos frenos y espuelas. Como armas puntualiza que precisa lombardas para los navíos y para los combatientes lanzas, espadas, puñales, ballestas y maderuelas para las ballestas. Asimismo, avisa que fray Juan informará de lo necesario para curar a los enfermos. Propone que un administrador de buena conciencia sea nombrado para repartir estos elementos «si se dieran por ración» y si se acordase que el reparto no se hiciera por ración pide se anticipe en dinero con el que pudieran adquirir lo necesario.

Los medios reclamados por aquella empresa no pueden ser más modestos y dan perfecta idea de la frugalidad y escasa dotación de los conquistadores. Los Reyes, también como empieza a ser costumbre, acceden a conceder todo lo pedido y la ejecución de los suministros se retrasa entorpecida por las dificultades dinerarias y la labor obstruccionista de Fon-

seca, quien nombra interventor a un sujeto de baja extracción llamado Jimeno Briviesca que irrita sobremanera al almirante.

La flotilla con su tripulación y pasaje se traslada a Sanlúcar de Barrameda y el almirante se prepara a zarpar el miércoles 30 de mayo de 1498 tras dos años de espera forzosa en suelo español. En el puerto, se concentran un numeroso grupo de amigos de Colón y otro de detractores suyos, entre los que destaca el interventor Briviesca. Éste provoca al marino, quien, dejándose llevar de su carácter violento, se lanza sobre el que parecía burlarse de él, lo derriba a puñetazos y en el suelo lo golpea a puntapiés. El incidente conmueve a los espectadores y ocasiona serias consecuencias, pues el obispo Fonseca da cuenta a los Soberanos de la conducta del almirante contra uno de sus oficiales y apuntala con ello la fama de incontinente y brutal que empieza a rodear a aquél.

El 27 de junio fondea en la isla de Buena Vista para tratar de comprar cabras, pero en el poblado sólo encuentra leprosos venidos de muchas partes para intentar curarse con la carne y la sangre de las abundantes tortugas gigantes. Tampoco puede aprovisionarse suficientemente en la isla de Santiago y el 5 de julio se interna en el océano con rumbo suroeste, que mantiene durante muchos días hasta llegar a la altura del grado 5 de latitud norte. Hasta ese punto, la navegación había sido perfecta, pero allí una completa calma inmoviliza las naves en medio de un calor asfixiante. Sólo después de ocho terribles días de angustia general, unas ligeras lluvias entreabren las esperanzas reanudándose la marcha a mínima velocidad. El almirante, aquejado de fuertes ataques de gota y apreciando el cansancio de las tripulaciones, varía el rumbo para enfilar el que debía conducirle a las conocidas islas Caribes.

El 31 de julio, en situación desesperada por las enfermedades y falta de víveres y agua, corrompidos por el calor, se avistan tres cumbres de la isla bautizada Trinidad, en la que sólo pueden proveerse de una cuba de agua durante un primer desembarco. En otro posterior, una multitud de indígenas les ataca con flechas bastando el disparo de dos arcabuces para que los agresores se dispersen. Después éstos, que parecían pertenecer a una raza más fuerte que la de los caribes, se muestran amigables e intercambian productos de escaso valor con los expedicionarios.

Desde el día 1 hasta el 18 de agosto de 1498, las tres naves colombinas costean litorales que la mayoría de historiadores identifican como pertenecientes a la costa de Paria, ya en el propio continente americano. El almirante sigue enfermo de gota y con los ojos dañados seriamente,

no desembarca ni toma solemne posesión de las tierras pero sus notas y apuntes demuestran que lo que él llamó isla de Gracia forma parte del espacio próximo a las bocas del Orinoco. A lo largo del recorrido logra rescatar, de algunos indios localizados por las partidas exploradoras, una buena cantidad de finas perlas. Invariablemente trata de identificar las tierras avistadas con las descritas antiguamente por Marco Polo y su imaginación fantástica no deja de buscar razones que justifiquen su situación. Cuando, asombrado, observa que vetas de agua dulce penetran en el océano en la turbulenta desembocadura del Orinoco, llega incluso a una nueva concepción del Universo. Considera, y así lo apunta, que la Tierra no es una perfecta esfera sino que tiene la forma de una pera ceñida por un cinturón hendido en el Ecuador y que en la parte superior se encuentra el paraíso terrenal, del que arrancan los enormes ríos que, como aquel que él ha hallado, desaguan en el océano.

De nuevo en el mar abierto y tras costear las islas de Asunción y Concepción, la flotilla alcanza el 20 de agosto las proximidades de La Española, hallando allí una carabela en la que el adelantado Bartolomé salía a su encuentro. Dos años y medio habían transcurrido desde que el almirante de la Mar Océana dejara el teatro de operaciones y al que regresaba en no muy buenas condiciones físicas.

Tras la relación, lógicamente parcial, que le hace su hermano, el almirante Colón se encuentra con la isla dividida en tres grandes grupos enfrentados entre sí. Los gubernamentalistas que permanecen fieles a su persona controlan las dos ciudades, la Isabela y Santo Domingo, así como los fuertes de Concepción y Bolao. Los capitanes Alonso Sánchez de Carvajal y Miguel Ballester constituyen sus más firmes apoyos, pero en el colectivo de colonos muchos parecen propensos a desertar o a pasarse a los roldanistas. Los rebeldes, con Francisco Roldán a la cabeza, dominan Xaaraguá y tratan de acercarse al fuerte de Bonao, a veinte leguas de Santo Domingo. Sus lugartenientes Adrián Mojica, Pedro Gámez y Pedro Escobar se muestran receptivos al diálogo pero no así sus gentes de base, que repudian cualquier trato con el adelantado. Por último, los indios, enérgicamente sometidos tras su conato de levantamiento, han vuelto a refugiarse en gran número en las montañas abandonando los cultivos y, con ello, entregan con dificultad los tributos.

La primera medida del mayor de los Colón para calmar la situación consiste en aparejar cinco de las mejores naves útiles disponiéndolas para su remisión a España. Ordena que en ellas se embarquen entre quinien-

tos y seiscientos indios para su venta como esclavos, siempre con la idea de enviar a la patria riquezas materiales que mantengan vivo el atractivo indiano y sin acabar de percatarse de que esta medida enoja a los Reyes. Después, hace difundir en toda la isla un bando fechado el 12 de septiembre, en el que da licencia para regresar a Castilla a cuantos lo deseen, prometiéndoles facilitar las naves y bastimentos necesarios para ello.

Los sediciosos no consienten que Roldán y los cabecillas que le secundaban acepten las proposiciones del almirante alegando temor a las represalias de su hermano Bartolomé. Sólo unos cuantos se embarcan en las naves repletas de indios cautivos y con ellas zarpan el 18 de octubre. Aprovechando el viaje, Colón remite a los Reyes dos cartas. En una, relata la rebelión de Roldán y los graves daños causados por sus secuaces en la isla, achacando los males ocurridos a su larga ausencia del territorio, forzada, según él, por los enemigos de la empresa descubridora. En la otra, da cuenta a los soberanos de su último viaje describiendo con brillantez las riquezas vistas en el golfo de Paria y en las islas de las perlas y asegura la posibilidad de obtener grandes beneficios en próximas expediciones. A los documentos acompaña el mapa de las tierras que acaba de descubrir y un envoltorio sellado en el que se guardan algunas prendas indias de algodón, unos granos de oro recogidos a los últimos indígenas, otros procedentes de la mina de Santa Cristina y ciento setenta perlas de las rescatadas.

Al tiempo que zarpa la flota de los repatriados hacia España, Colón acaba de aparejar en el puerto de Santo Domingo otras tres embarcaciones en las que pretende viaje su hermano Bartolomé para proseguir la exploración de las últimas tierras visitadas en el golfo de Paria. La misión que le encomienda es, como acostumbra, doble. Por una parte, le encarga que busque las pesquerías de perlas y, por otra, que remonte el gran río descubierto para hacer un estudio geográfico de sus valles, siempre con la idea de localizar los dominios del Gran Khan.

La expedición se suspende porque la revuelta de los roldanistas no aconseja distraer efectivos de la isla principal y, mucho menos, que se aleje el adelantado, apoyo esencial del virrey. Este insiste en negociar con los insurrectos atrayéndoles con promesas

El 21 de noviembre, Colón acepta las exigentes condiciones de capitulación y dispone que se preparen para el viaje de los rebeldes las carabelas *Niña* y *Santa Cruz* mientras él se dirige al interior de la isla para tratar de restaurar la situación.

Hasta el mes de abril de 1499 no pudieron llegar las carabelas prometidas a Xaraguá, por lo cual los sublevados rechazan el embarque alegando que no había sido cumplida la promesa del almirante. Todavía se prolongan otros cuatro meses las negociaciones de repatriación con exigencias progresivamente mayores de parte de los rebeldes, insolentes y amenazantes, frente a un virrey que a todo se pliega en su deseo de recobrar la paz a cualquier precio. Roldán recibe importantes concesiones territoriales y recobra su cargo de alcalde mayor, ejerciéndolo de nuevo con manifiesta extralimitación de facultades.

El almirante piensa entonces regresar a España para informar a los Reyes de la situación, pero nuevos problemas se lo impiden. Una rebelión de los indios montañeses ciguayos le obliga a enviar una columna pacificadora al mando del adelantado Bartolomé. En tanto que necesita organizar otra, aún más potente, para salir al encuentro de una expedición española llegada al mando de Alonso de Ojeda que, con autorización del obispo de Badajoz, Juan Fonseca, pero sin permiso expreso de los Reyes, está dedicándose a cargar en sus buques palo de Brasil, contraviniendo con ello cuanto se había establecido en las capitulaciones colombinas.

En España, a los Reyes les había producido gran inquietud la remesa de indios que Colón envió para venta como esclavos tras su segundo viaje y condicionaron su enajenación al conocimiento del origen de aquellos indígenas, pues pensaban que si eran pacíficos y no caníbales, aunque infieles, no podían ser sometidos a esclavitud. Desde entonces, encarecen tanto a Colón como al obispo Fonseca para que impulsen el envío a las Indias de religiosos que conviertan y bauticen a las gentes nativas incluyéndolas de ese modo en la condición de súbditos del reino con derechos iguales a los del resto.

Las noticias de que en los últimos desórdenes ocurridos en La Española se habían producido excesos imperdonables con los indios y las remesas de nuevas partidas destinadas a la esclavitud, aumentan el recelo real, especialmente de la piadosa Isabel la Católica. Y de ello se aprovecha el superintendente de Indias, Juan de Fonseca, que había tomado abierto partido contra Colón desde que éste apaleara a su oficial Jimeno de Briviesca.

La Casa de Contratación de Sevilla, aún en embrión, se convierte en centro desde donde se difunden cuantas noticias desagradables llegan del teatro de operaciones oceánico a través del tráfico cada día mayor. De

esta forma, va cimentándose una amplia atmósfera de impopularidad en torno al almirante y sus hermanos que repercute muy especialmente en las familias de los expedicionarios. Al propio tiempo, los funcionarios de Fonseca magnifican a los Reyes los gastos crecientes que las sucesivas expediciones imponen, sin que, como contrapartida, obtengan oro y riquezas en la proporción esperada. Propalan la especie, no infundada, de que en La Española los genoveses gozan de trato preferente comercial por causa de la condición extranjera de Colón. Y consiguen que todos los quejosos, con fundamento o sin él, se encaminen a la Corte para presentar a los Reyes sus motivos de agravio y prevenirles de que el malestar isleño podía ser aprovechado por cualquier país extranjero para anexionarse los territorios ocupados con el apoyo de unos pobladores por completo opuestos a los gobernantes de ultramar.

En ningún momento la Corona se deja impresionar por estas maniobras hasta el punto de retirar la confianza a su almirante, a quien concede gran crédito siempre y profesa un inconmovible afecto. Pero cuando Colón remite a los Reyes una de sus cartas sugiriendo la conveniencia de enviar alguna persona docta y serena para informar a los soberanos de los verdaderos causantes de los desmanes, los monarcas deciden nombrar un juez en la persona del comendador de Calatrava, Francisco de Bobadilla, para que, sin merma alguna de las facultades del virrey, proceda a incoar los expedientes y procesos judiciales que fueran convenientes.

A Bobadilla le entregan una primera cédula real con instrucciones en marzo de 1499. Dos meses después se le facilita otra con el nombramiento de gobernador y juez de La Española acompañando al documento, dos reales previsiones dirigidas a los concejos, justicias, regidores, caballeros y escuderos de las islas así como el Almirante y sus hermanos, dando cuenta de la designación realizada y las competencias conferidas. Pero los Reyes miden con suma prudencia sus decisiones, pues no sólo insisten cerca del comendador en recordarle que para nada puede alterar las prerrogativas del almirante sino que, aún, esperan más de un año antes de dar definitivamente la orden de partida al juez pesquisidor.

La nueva llegada de indios esclavos repatriados con los rebeldes de Roldán, en lastimosas condiciones por el mal trato que les infligían sus díscolos amos, colma el vaso de la paciencia real y les impulsa a mandar a Bobadilla hacia el Caribe y, con él, a cuantos indios habían ido recogiendo tras los últimos viajes. Veinticinco soldados escogidos forman la guardia del pesquisidor y cinco franciscanos con espíritu misionero des-

tacado entran en la comitiva del nuevo gobernador, que parte definitivamente en el verano del año 1500.

Francisco de Bobadilla navega sin problemas en las carabelas *Gorda* y *Antigua* hasta llegar al puerto de Santo Domingo. La arribada se produce en las primeras horas de la mañana del domingo 23 de agosto del año 1500 y las naves han de fondear a un par de millas de la costa en espera de vientos favorables para ganar la embocadura del río Ozama.

Pronto se destaca de la ciudad una canoa con remeros indios en la que se acercan a las naves los españoles Juan Arráez, Nicolás de Gaeta y Cristóbal Rodríguez. Éstos acuden a indagar la procedencia y móviles de los navegantes, como emisarios del gobernador en funciones Diego Colón, e informan a los recién llegados de que tanto el almirante como el adelantado se hallan en el interior de la isla para consolidar la situación de calma y prosperidad iniciada en los últimos meses. Bobadilla, sin dejarles subir a bordo, se da a conocer como juez pesquisidor de los Reyes Católicos y permite que los emisarios regresen a la ciudad para difundir la noticia, que produce general sorpresa y no poca alarma.

Poco después de mediodía cambia el viento y las carabelas embocan la ría para dar fondo frente a la ciudad. Dos horcas se ven levantadas en ambas riberas y en ellas aparecen colgados los cuerpos de dos malhechores condenados a muerte por delitos graves. Bobadilla, impresionado, prohíbe a su gente saltar a tierra hasta el día siguiente y pasa la noche en el castillo de la *Gorda* escuchando las versiones de muchos visitantes que tratan de ganarse su voluntad. La inmensa mayoría son gentes temerosas por culpas pasadas e interesadas en crear una aureola de maldad e injusticia en torno a los hermanos Colón. Sus exagerados relatos convencen al pesquisidor de que en tierra se ha llegado a una situación límite, animándole a adoptar las medidas que sólo se le habían autorizado para caso de extremo desorden.

Al amanecer, el comendador desembarca precedido de su guardia y acompañado en forma solemne por una comitiva de frailes y funcionarios. Todos se dirigen a la iglesia recién terminada para oír misa y, concluida ésta, forman en la plaza, donde el notario de la expedición da pública lectura a aquellas provisiones de los Reyes que más atribuciones conceden al nuevo gobernador.

El extraño y desmedido comportamiento de Francisco de Bobadilla no ha sido aclarado por los historiadores, que, en general, le censuran con acritud. El oscuro oficial o funcionario de la Casa Real y comendador

de la Orden de Calatrava es calificado por Fernández de Oviedo como hombre honesto y religioso; el padre Las Casas silencia sus antecedentes y no se pronuncia sobre sus cualidades pero, como algunos comentaristas, le supone partidario del obispo de Badajoz y superintendente de la Casa de la Contratación de Sevilla, abierto enemigo de los Colón. No pocos le consideran persona de escasas luces intelectuales que quedó deslumbrada por el encargo real recibido sin llegar a medir su verdadero alcance. De cualquier forma, su conducta interfiere por completo los planes del almirante y modifica sustancialmente la orientación de la empresa descubridora.

Bobadilla, siempre arropado por su guardia pretoriana y rodeado de una corte de aduladores que le proporcionan una información tendenciosa, se instala desde el primer momento en la residencia propiedad del almirante incautándose de sus bienes. Desde ella, escribe a Roldán y a todos los que presumía resentidos contra el virrey y sus hermanos, anunciándoles su propósito de perseguir legalmente a los genoveses. Y sin carta ni comunicación alguna explicativa, ordena al tesorero Juan Velázquez y al padre franciscano Juan Trasierra que busquen a Cristóbal Colón para entregarle únicamente la orden real en que se encarga diese fe y creencia a lo que Bobadilla dijera.

Los emisarios localizan al almirante con muy escasa escolta, ya que el grueso de su gente de armas se halla en la partida del adelantado. Desde el fuerte de Bolao, Colón escribe una cortés carta de bienvenida al comendador y, ante la falta de contestación, se pone en camino hacia Santo Domingo sin ninguna compañía armada. Apenas enterado de este movimiento, Bobadilla encarcela a Diego Colón en una de las carabelas ancladas en el río. Publica un bando anunciando la apertura de un expediente informativo a los tres hermanos genoveses y, para ganar partidarios, pregona que se concede general franquicia para coger oro en las minas y en los arroyos reduciendo a una undécima parte de los productos la contribución que ha de pagarse al Rey, antes cifrada en un tercio.

En las actuaciones practicadas durante el sumario procedimiento informativo, Bobadilla hace figurar múltiples cargos no contrastados sin permitir que los rebata el acusado. Consta en sus pliegos que el almirante había obligado por la fuerza a muchos vecinos de la Isabela a trabajar en la fortaleza, molino y morada de Colón, sin darles de comer e incluso estando enfermos; que había mandado ahorcar a quienes formaban par-

tidas para buscar comida; que no consentía el bautizo de los indios para permitir su esclavitud después de combatirles en guerras injustas, y que se negaba a conceder licencias para extraer oro con el fin de encubrir la riqueza de la isla y de las Indias, tentado de alzarse con ellas en favor de algún otro rey cristiano.

Cuando Colón se acerca a la ciudad, sale Bobadilla a su encuentro y, sin que preceda acusación o sentencia concreta alguna, ordena ponerle grillos y encerrarle incomunicado en la fortaleza. El almirante de la Mar Océana, virrey de los nuevos países hallados y gobernador perpetuo de aquellos territorios, se deja conducir sin resistencia y no encuentra tampoco partidarios que protesten siquiera ante la espectacular medida que todos acatan por su aparente legalidad. Es más, desde su encierro, el abatido navegante escribe al adelantado ordenándole que entregue los prisioneros hechos en Xaraguá y se presente en Santo Domingo para ponerse a las órdenes del comendador.

Apenas llegado Bartolomé Colón a los dominios del nuevo jefe de la colonia, es también apresado y embarcado en otra de las carabelas ancladas dándose instrucciones rigurosas para que nadie comunicara de ningún modo con los detenidos. No obstante, como la presencia de éstos en la isla es comprometedora, Bobadilla resuelve enviarlos a España en las mismas naves que a él le trajeron, junto con los procesos e informaciones tan irregularmente formulados.

Encargado del transporte es Alonso Vallejo, capitán de la carabela la *Gorda,* criado de un caballero sevillano pariente del obispo de Badajoz, Juan de Fonseca, a quien había de entregarse los presos. El noble marino reúne en su barco a los tres hermanos Colón y apenas salido del puerto se postra ante el almirante junto con el propietario de la nave, Andrés Martín de la Gorda, para quitar los grilletes a los tres ilustres presos. No lo consiente don Cristóbal, quien desembarca con las infamantes cadenas en Cádiz el 20 ó 25 de noviembre después de una feliz travesía en la que había preparado largas cartas informativas dirigidas a los Reyes.

Desde Cádiz, un antiguo criado de Cristóbal Colón traslada las cartas que éste había redactado durante el viaje hasta la Corte de los Reyes Católicos, que en esos momentos radicaban en Granada. Los soberanos manifiestan gran indignación al conocer el mal trato dado a su almirante mientras en Cádiz y Sevilla se producen airadas protestas populares por el espectacular apresamiento del insigne marino.

Los Reyes dirigen al almirante una afectuosa carta y dos mil ducados

para proveer a su viaje hasta la Corte y simultáneamente ordenan al gobernador de Cádiz la inmediata liberación de los tres genoveses, a quienes debían prestarse todo género de atenciones. Así, el día 17 de diciembre, Cristóbal Colón pudo presentarse a los monarcas en su palacio de Granada siendo recibido con la mayor solemnidad y afecto. Ningún cargo le es formulado y todos sus antiguos privilegios se le reconocen expresamente.

Al comenzar el año 1501, tras todo lo relatado, nada parece haber cambiado en la actitud de los monarcas españoles. Pero su comportamiento práctico demuestra que los iniciales criterios adoptados, apenas una decena de años antes, varían sustancialmente de los actuales. Ya no conceden a Colón la exclusiva de los viajes a las Indias, autorizando a otros navegantes a seguir las rutas abiertas por aquél. Siguen todavía permitiendo que muchas expediciones se ajusten al modelo simplemente explorador impuesto por los portugueses, pero empiezan a preparar empresas mucho más completas dirigidas a lograr el poblamiento y dominio permanente de extensos territorios.

Sus principales decisiones y el desarrollo de las mismas evidencian que se ha entrado en una nueva fase de características propias. En ella, persiste el objetivo final de alcanzar las Indias, pero anteponiéndole otros dos objetivos concretos más cercanos: encontrar el paso que se presume existente entre la Mar Océana y el mar de las Indias y someter al dominio efectivo de España las islas descubiertas, en especial La Española.

Consideraciones estratégicas

1. *Situación dialéctica*

El primitivo proyecto de Cristóbal Colón no encierra un verdadero contenido bélico. Su propuesta a Juan II de Portugal no supone iniciar un conflicto que obligue a doblegar la voluntad de colectividades adversarias. Los portugueses están ya desarrollando un verdadero plan estratégico, concebido por Enrique, el Navegante, para alcanzar las Indias por el camino de circunvalación africano. Las tribus nativas del continente negro constituyen un enemigo real, aunque débil, al que se va reduciendo paulatinamente con éxito. La oferta del genovés tiene la misma finalidad

pero es de distinto género. Trata de abrir otra ruta en un espacio donde, teóricamente, no existen Estados o pueblos capaces de realizar una oposición violenta, sino fuerzas naturales hasta entonces tan temidas como desconocidas. El plan de Colón es esencialmente explorador y parece coherente que la Corona lusitana desprecie algo que, a sus ojos, se presenta como una arriesgada aventura náutica y comercial desprovista de nuevas perspectivas políticas y apoyada en discutibles argumentos científicos y religiosos.

La naturaleza del plan colombino no cambia cuando el despechado autor brinda sus ideas y servicios a los Reyes Católicos de España. No propone disputar un objetivo atrayente a enemigos conocidos, sino romper las barreras de un océano ignoto para llegar pacíficamente hasta los remotos imperios asiáticos a fin de llevarles la religión de Cristo y establecer con ellos relaciones comerciales regulares. Así lo entienden los monarcas hispanos, rectores de una nación que atraviesa por circunstancias muy distintas a las de su vecino de Portugal. Los pueblos de España, endurecidos por centurias de inacabables guerras, se han quedado de pronto sin su ancestral enemigo mahometano. El impulso del riesgo y del peligro propio de las colectividades habituadas a la lucha, generación tras generación, tiende a ser aplicado fuera del territorio hispano. El espíritu religioso, motor principal de las contiendas casi durante mil años, está impregnado de fervor proselitista propicio a extenderse más allá de las fronteras. El poder de esas grandes fuerzas expansivas ha quedado en las manos de unos soberanos excepcionales que aspiran a influir en los destinos de Europa y quieren alzarse como campeones de la cristiandad. Para lo cual necesitan recursos materiales y amplio campo evangelizador. Justo lo que ofrece Colón al presentar una empresa de gran riesgo, de quiméricas expectativas religiosas y comerciales y de barata ejecución. Tan barata que sólo precisa de tres naves y cien hombres, cuando la Corona llega a fletar 130 buques con 25.000 soldados para escoltar a la infanta doña Juana en su viaje matrimonial a los Países Bajos.

El primer viaje colombino, pues, no ofrece dimensión estratégica. La única nota militar la pone su promotor al exigir el título de almirante, posiblemente más con el deseo de robustecer la disciplina de sus subordinados que con ideas de dirigir campañas. Pero el panorama cambia sustancialmente al regresar a la metrópoli dos de las tres carabelas exploradoras. Sus tripulantes traen noticias y pruebas de la existencia de tierras con exageradas expectativas de riqueza, pobladas de

seres primitivos, salvajes y paganos. La información diseña una verdadera zona de objetivos atrayentes para un Estado español ansioso de aventura y prosperidad.

Es en este momento cuando aparecen voluntades colectivas enfrentadas. De un lado está España, Estado moderno, unido y fuerte que decide apoderarse de los territorios descubiertos, formen o no parte de las Indias Orientales. De otro, están los pobladores de los lugares hallados que, naturalmente, se resisten a ceder sus dominios.

A primera vista, la pugna se presenta desequilibrada, desigual, necesariamente favorable a la potencia agresora. Sin embargo, un análisis más detenido revela graves dificultades para el teórico bando superior. Una de las más considerables ha de surgir de la enorme distancia que separa las bases operativas peninsulares de la zona de objetivos a ocupar. Una distancia que exige meses de dura navegación para cubrir el camino de ida y regreso con las inevitables secuelas de tremendo desgaste y precario ejercicio del mando superior. No menor problema entraña la imposibilidad de emplear amplios contingentes militares. El océano, único soporte que permite el acceso al espacio en disputa, sólo tolera la utilización de lentos navíos con escasa capacidad de transporte. No es posible en ningún modo recurrir a la acción de ejércitos de dimensión convencional. Cuanto se emprenda ha de confiarse a pequeñas partidas condenadas al aislamiento. Y como si estas circunstancias de naturaleza física no bastaran para complicar la situación general, ésta queda afectada políticamente por la amenazante presencia de Portugal, nación navalmente poderosa que controla anchos espacios del mar a recorrer, goza de privilegios papales que le asignan exclusivas exploradoras en la zona y se muestra celosa de cuantas iniciativas afecten al coto cerrado naval que trata de monopolizar.

En semejantes condiciones no cabe esperar un choque directo entre naciones que puedan empeñar su fuerza en el conflicto y que, de producirse, llevarían a un lógico desenlace favorable al más potente. La contienda se va a dilucidar entre unos pueblos nativos de elemental organización tribal, cultura rudimentaria y escasa capacidad combativa, aunque posibilitados para conseguir grandes concentraciones guerreras en momentos favorables, y unos destacamentos españoles formados por gentes de superior civilización política y bélica, pero siempre pequeños y condenados al aislamiento sin esperanza de encontrar, en los instantes críticos, refuerzos considerables.

Estas pautas de situación van a mantenerse prácticamente desde 1493, año del primer regreso triunfal a la península del almirante Colón, hasta 1501 en que el mismo personaje vuelve a la Corte, abatido, tras su tercera expedición ultramarina. En este período será intranscendente comparar la fuerza global de España con la de los pueblos antillanos porque la confrontación no se podrá producir, y no se produjo, en términos globales. La iniciativa invasora partió del solar hispano y en él se mantuvo la cabeza rectora de la contienda. Mas el encuentro violento se desarrolló lejos, muy lejos de aquél, y tuvo como protagonistas a grupos reducidos que no podían aprovechar la potencia de la nación patrocinadora y quedaron a expensas de la capacidad individual de sus componentes. Fue un choque entre hombres de condición y preparación notablemente distinta.

El indio, hombre que va a llevar el peso de la defensa del objetivo en disputa, posee una indudable voluntad de vencer alimentada por el ansia de conservar la libertad que ve amenazada y de mantener las tierras y los bienes que desde siempre fueron suyos. Su naturaleza física no es fuerte, ya que ha nacido y se ha criado en un medio ambiente agradable con un clima cálido y una vegetación rica que no imponen grandes esfuerzos para sobrevivir con holgura y cierta comodidad. Su condición anímica es más débil que la física. Ayuno de conocimientos culturales y científicos, es propenso a las supersticiones y tiende a quedar perplejo ante todo aquello que se aparta de lo normal o lo habitual. Vive en pequeñas comunidades caciquiles acostumbradas sólo a participar en rencillas locales que precisan más de la astucia del cazador que de la energía del guerrero clásico y recurren preferentemente al uso de la emboscada o de la pelea en escaramuza, sin apenas intuir las posibilidades de las formaciones y procedimientos bélicos de masas. Los recursos violentos que está acostumbrado a usar son consecuencia de sus carencias intelectuales y técnicas. Sus armas son elementales. Casi las mismas de la prehistoria. Las que, como el puñal, la lanza o el venablo, sirven para el combate cuerpo a cuerpo o la artera celada.

Este hombre indio tiende a quedar paralizado y confundido por el asombro ante la aparición de los hombres blancos y barbudos surgidos como dioses del mar. Y ha de reaccionar, lógicamente, conforme a su estilo vital. Bien dejándose someter con facilidad para revolverse con astucia cruel en las coyunturas propicias, tal y como se comporta, por ejemplo Guacanagari. O bien refugiándose en las montañas para, desde ellas,

emprender típicas acciones de guerrilla como las practicadas por el valeroso y feroz cacique Caonabó o por los antropófagos caribes.

El oponente al indio, el invasor español, responde a otro modelo humano. Físicamente es bajo de estatura, flaco de carnes, de estructura corporal poco desarrollada como consecuencia de una mala alimentación debida a la pobreza del suelo donde nació y al extremado clima de su tierra natal. Pero esas mismas condiciones naturales originarias le han hecho resistente al dolor y a la fatiga, austero, capaz de soportar las privaciones y de afrontar grandes esfuerzos. Anímicamente pertenece a una raza individualista y apasionada. Su individualismo le hace propenso a la envidia y a la insolidaridad, pero también le proporciona un valor personal a prueba de cualquier peligro, pues su exagerada autoestima y su morboso temor al qué dirán de sus congéneres le impulsan a protagonizar gestas espectaculares y hacern que difícilmente se confiese vencido. Su innato apasionamiento incita a exaltar cuando emprende.

Las características raciales del hispano se potencian, en este momento de la Historia, por las circunstancias concretas que concurren. Los españoles de esta época acumulan la experiencia guerrera de ocho siglos de Reconquista, lo que les hace combativos y duchos en todo género de procedimientos bélicos. Pero es que, además, esa casi milenaria pugna que ha involucrado a sus antepasados fue de carácter religioso y, en el siglo xv, la religiosidad impregna el alma española de manera absoluta. De modo que el español, de por sí valeroso, llega a serlo mucho más cuando está convencido de que morir por una causa que pretende la expansión cristiana supone la inmediata entrada en el Paraíso. Y su tendencia al individualismo egoísta y rebelde se invierte cuando considera que quien le dirige ejerce una autoridad que procede de Dios. Es, por lo tanto, en el tiempo de la conquista, un ser que, individualmente, posee una potencia impresionante. Una verdadera fuerza de la naturaleza capaz de provocar desastres, cuando es mal dirigido o se mueve por sus instintos, pero propicio a materializar hazañas siempre que acepta la autoridad de un jefe y actúa a impulsos de sus ideales religiosos.

Como consecuencia de las apreciaciones anteriores, obtenidas por simple observación de los hechos, la situación de enfrentamiento dialécticamente violenta que rodea a España en la última década del siglo xv al pretender apoderarse de las tierras halladas por Colón puede sintetizarse en los siguientes términos:

a) Existencia de un Estado español, unido y políticamente fuerte, con limitados recursos materiales, la mayoría de los cuales se orientan a alimentar un frente principal de lucha en Europa para imponer aspiraciones hegemónicas imperiales. El afortunado desenlace del primer viaje colombino ofrece a este Estado la oportunidad de abrir, cara a las nuevas tierras encontradas, un segundo frente del que extraer recursos para potenciar al europeo y al que extender la acción expansionista de carácter imperial animada por poderosos ideales religiosos proselitistas. Para esta segunda empresa no se dispone de grandes efectivos regulares pero sí se cuenta con una momentáneamente favorable coyuntura social. Las masas populares se han conmovido por la posibilidad de aventura y riqueza que ofrecen los proyectos de Colón. Los mercaderes y capitalistas se muestran dispuestos a invertir en una posible ruta comercial a las quiméricas Indias. La potente Iglesia local está entusiasmada ante la ocasión que se le ofrece de evangelizar pueblos paganos. Del conjunto ha surgido una importante cantera de voluntarios para incorporarse a la empresa, formada por individuos de gran capacidad emprendedora y bélica.

b) Realidad confusa de una zona de objetivos imprecisamente determinada. Su localizador, Colón, afirma que los territorios son asiáticos y están próximos a los ricos países que visitó Marco Polo y de donde proceden las especias. Pero esta hipótesis no ha sido confirmada. Se sabe que existen numerosas islas. Se supone que algunas de ellas pueden ser parte o estar cercanas a una continental Tierra Firme. Pero, hasta el momento, no se ha tomado contacto con ningún pueblo de organización y civilización superior. Los que se han hallado ofrecen características primitivas. Parecen tribus aisladas, unas más belicosas que otras y algunas, como las caribes, temibles. No se han localizado indicios de ejércitos regulares y sí existen pruebas de riqueza en forma de oro, de maderas preciosas, de nuevos productos alimenticios y, para los menos aprensivos, también la captura de esclavos.

c) Gran separación marítima entre la metrópoli y la zona de objetivos. La viabilidad práctica de las rutas de unión está comprobada, mas asimismo se conocen su dilatada longitud, los graves riesgos que entrañan y el mucho tiempo a consumir en su recorrido. Los medios adecuados para utilizarlas son carabelas de mediano porte que requieren agruparse en flotillas para asumir la probabilidad de pérdidas. Las islas Canarias se ofrecen como plataformas de valor inapreciable para la ejecución de los viajes.

d) Portugal se erige como una amenaza potencial. Domina buena parte del espacio naval a transitar. Se muestra inquieto por el éxito de Colón, con quien Juan II sostiene una entrevista secreta en Lisboa. Y este Rey pretende impresionar a la embajada de España con demostraciones militares que intentan servir de seria advertencia a su vecino territorial e inesperado competidor.

En el gran cuadro configurado por estos trazos van a desempeñar su papel protagonista los estrategas españoles.

2. *Estrategas del momento*

En el decenio que se trata, en España, a nivel superior, no existen más estrategas que los Reyes Católicos. Ellos asumen personalmente la dirección política y ejercen, en plenitud, el poder del Estado. Personajes ambos muy diferenciados pero de acción unitaria que ha cristalizado en el lema «tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando». Los dos son enérgicos y han logrado imponer su autoridad a una nobleza levantisca y a una Iglesia seducida por las empresas reales. Los dos son fríos y calculadores, no adoptan decisión alguna sin antes consultar a sus Consejos, aunque no siempre secunden las indicaciones de éstos. Isabel es profundamente idealista y providencialista, considerándose obligada a desempeñar la misión trascendente de conseguir la unión interior de su pueblo, de cristianizar sus costumbres y de extender al máximo la religión de Cristo. Fernando es pragmático, deseoso de engrandecer materialmente sus reinos, hábil artífice de la política en todas sus facetas, incluida la intriga, y especialmente lúcido en la gestión de los negocios internacionales. Ambos se respetan de manera total sin interferir nunca las mutuas iniciativas.

Cuando Colón les presenta su inicial proyecto, es la Reina quien se apasiona ante la posibilidad de llevar la cruz a lejanos pueblos paganos y, tras dilatados estudios de conclusión desfavorable, es ella quien acaba por patrocinar una empresa que tiene muy poco de militar y mucho de expedición comercial y misionera. Fernando no se entusiasma con la idea, pero permite que se lleve adelante sin objeción alguna, cediendo el protagonismo a Castilla para que sea ésta quien corra con los gastos aunque, desde la sombra, interviene en los preparativos a través de su hombre de confianza Luis de Santángel.

Al producirse el primer éxito de Colón, son los monarcas los que deciden iniciar la gran empresa ultramarina transformando los proyectos viajeros del navegante genovés, ya su almirante, en un verdadero plan estratégico. Se mantiene en esta hora el entusiasmo de Isabel y desaparecen los recelos de Fernando, que toma en sus manos las riendas del asunto encargándose de las cuestiones internacionales, administrativas y económicas, involucrando al Reino de Aragón en la empresa por medio de su amigo el catalán Pedro Margarit y del prior de Montserrat, Bernardo Boyl, a quien hace nombrar Vicario Apostólico en las nuevas tierras a ocupar.

En esta fase y bajo la real cúpula de estrategas superiores aparece un único estratega operativo en la figura de Cristóbal Colón. Es éste un personaje fuera de serie. Un genio que revela sus virtudes en la elaboración o concepción del proyecto, en la gestión del mismo hasta su aceptación por los poderes públicos y en la realización del primer viaje. En todo este proceso demuestra poseer una voluntad tenaz e indomable, un cerebro sagaz, una fulgurante imaginación creativa, unas dotes de persuasión excepcionales, unas inigualables condiciones de navegante y un valor asombroso que le lleva no sólo a proponer sino a ejecutar personalmente una hazaña cuyas gravísimas probabilidades de fracaso era el único en conocer íntimamente. Con estas cualidades como palancas, Colón hubo de hacerlo todo a fin de conseguir una parcela de poder suficiente para desarrollar sus ambiciones. Arranca de una posición de inferioridad manifiesta siendo un extranjero anónimo en un país del que desconocía hasta la lengua. Necesita convencer, una a una, a toda una cadena de personalidades para escalar la escabrosa cumbre del poder hispano. Ha de esgrimir razones históricas, náuticas, científicas y hasta teológicas para seducir, más que convencer, a quienes podían prestarle la fuerza ambicionada. Y cuando tuvo ésta, sabe encontrar el apoyo de colaboradores eficientes, como Martín Alonso Pinzón, que le permiten superar momentos críticos.

Cada uno de los componentes de esta terna de dirigentes va a tratar de explotar la situación planteada para buscar la satisfacción de unos propósitos bien diferenciados a través de unos planes coincidentes. Isabel pretende cristianizar el nuevo mundo descubierto. Fernando, obtener de él las riquezas que el Estado necesita para su engrandecimiento europeo. Colón está obsesionado en alcanzar las Indias por el camino de occidente. Y la faceta estratégica de su personalidad se pondrá de manifiesto sólo a

partir del momento en que la cuestión se plantea como una confrontación de ámbito internacional en la que no excluye la utilización de la violencia para alcanzar los objetivos fijados. Es decir, a partir de la preparación del segundo viaje colombino.

3. *Plan estratégico inicial*

En 1493, cuando los Reyes Católicos deciden acometer con todas sus consecuencias la empresa americana, no redactan por escrito y con cuidadas formalidades un plan estratégico, pero sus actos responden a una tácita planificación que podría redactarse en los siguientes términos:

Finalidad: llevar el cristianismo a las tierras descubiertas por el almirante Cristóbal Colón y obtener de ellas cuantas riquezas se puedan conseguir para sostener las empresas imperiales de la Corona. Este doble propósito queda de manifiesto en cuantas capitulaciones, instrucciones y privilegios otorgan los monarcas.

Idea general de actuación. Movilizar las fuerzas y recursos del Estado español, en todos sus ámbitos, sin excluir un eventual empleo de la violencia, para intervenir en las diversas esferas de actividad del siguiente modo:

a) En el frente diplomático, buscar la colaboración de la Santa Sede, ocupada por un Pontífice español y aliado, para neutralizar las posibles ambiciones intervencionistas de Portugal. Complementar la iniciativa con el envío a Lisboa del embajador más activo y acreditado. Y respaldar estas acciones con demostraciones de fuerza limitadas pero ilustrativas de la firme voluntad puesta por la Corona en la empresa atlántica.

b) En el frente político-administrativo interior, establecer una estructura organizativa que permita la oportuna organización de expediciones ultramarinas hacia las Indias, siga puntualmente el desarrollo de las mismas y asegure, en todo momento, el control real y el riguroso respeto de los intereses de la Corona en el proceso.

c) En el frente político militar, organizar sucesivas expediciones armadas con capacidad para cruzar el océano hasta las zonas descubiertas utilizando Canarias como plataforma de apoyo; ocupar en permanencia el territorio deseado estableciendo colonias con capacidad de superviven-

cia autónoma; vencer las resistencias que se opongan a estos propósitos; y conseguir el vasallaje político y la conversión religiosa de los pueblos nativos.

Distribución de medios y misiones: Para materializar la concepción anterior, se dispone:

• En las gestiones a realizar cerca de Alejandro VI, hacer valer los servicios prestados por España a la cristiandad durante la Reconquista, los apoyos dados al papado en Italia y las perspectivas de nuevas grandes evangelizaciones. Todo ello sin exigir exclusivismos intransigentes, sino buscando la señalización de límites de influencia que eviten conflictos y disputas con un Portugal ya consagrado como potencia exploradora y evangelizadora.

• La presión directa sobre Portugal se encomienda a Lope de Herrera, el embajador más experimentado, facultándole secretamente para adoptar cuantas medidas considere eficaces al objeto de hacer abortar cualquier intento lusitano de organizar armadas sin perjuicio de informar de inmediato a la Corona de cuantas amenazas intuyese.

• La infraestructura metropolitana de apoyo de las empresas de Indias se establece sobre un esquema simple y efectivo. En la cumbre, junto a los Reyes, se constituye un núcleo asesor especializado en la cuestión indiana dentro del Consejo de Castilla. Se señala Sevilla como único puerto facultado inicialmente para armar expediciones, a fin de impedir viajes incontrolados. Al arcediano sevillano Juan de Fonseca se le designa Superintendente de cuantas expediciones se organicen, con autoridad real delegada para inspeccionar y supervisar todo lo relativo a ellas. Como órgano de trabajo de éste, se le dota de una oficina semejante a la «Casa de India e da Guiné» portuguesa que, finalmente, se convertirá en la poderosa Casa de Contratación.

• La Capitanía de las expediciones político-militares se entrega a Cristóbal Colón con las amplias facultades y privilegios que le habían sido otorgados en Santa Fe. De este modo, el mando militar, la autoridad judicial, la dirección administrativa y la responsabilidad comercial y económica se hacen coincidir en una misma persona cuyos poderes son, por tanto, extraordinarios.

Condiciones de ejecución: Los soberanos no se limitan a señalar direcciones de actuación, objetivos y responsabilidades, sino que marcan pautas de comportamiento muy concretas. Así, en el ámbito diplomático, se es-

fuerzan por mantener la concordia con la Casa reinante portuguesa. En lo económico-comercial pretenden que las expediciones indianas se realicen por cuenta de la Corona y en régimen de monopolio y, de hecho, el segundo viaje de Colón lo financian con fondos del Tesoro procedentes del montante de bienes confiscados a los judíos. En el político-administrativo, las instrucciones reales resultan muy precisas al fijar las competencias de los funcionarios y las medidas que deben adoptarse en cada una de las situaciones. Para el establecimiento de colonias autónomas, la Corona exige que en la segunda expedición colombina, junto a los inevitables hombres de armas, se enrolen números muy significativos de funcionarios palaciegos, llamados a constituir la burocracia ultramarina, artesanos aptos para la atención de las naves y el futuro establecimiento de servicios urbanos, campesinos habituados a cultivar las tierras y religiosos dispuestos a atender a los espíritus. Y este condicionamiento riguroso lo llevan a extremos notables, muy particularmente en todo lo referente a la actuación operativa militar.

En este último aspecto, los Reyes Católicos establecen unas condiciones que tratan de compaginar las obligaciones morales de una conciencia cristiana con las exigencias inevitables de una confrontación violenta. Ordenan, primero de palabra y luego por escrito, que, antes de cualquier combate o enfrentamiento armado, el jefe de la fuerza española, ante el escribano —que ha de levantar acta formal— debe dirigirse a sus oponentes para hacerles saber: que existe un único Dios todopoderoso; que el representante en la Tierra de ese Dios es el Papa, quien delega su autoridad divina para extender la cristiandad en los Reyes de España; y que éstos ofrecen paz y amistad a quienes acepten su vasallaje, estando dispuestos a destruir a quienes rechacen la fe verdadera o traicionen la amistad propuesta.

En conjunto, el plan estratégico configurado por los altos estrategas españoles es completo, ambicioso y muy intervencionista. El jefe designado para desarrollarlo en su principal faceta político-militar lo acepta plenamente. Posiblemente convencido de que el proyecto real coincide con el propuesto por él en 1492. De cualquier manera, el almirante lo asume sin vacilar para ponerlo en práctica sin concebir ni elaborar planes derivados de aquél. Únicamente aspira a repetir su primera expedición con la ventaja que le proporciona disponer de mayores medios. En su cabeza, las finalidades y los objetivos pretendidos por los Reyes se confunden con el suyo propio: alcanzar las Indias por la ruta de occidente.

4. *Comportamiento operativo*

Durante esta fase, en el ámbito de la acción, es inevitable considerar de una manera continua el comportamiento de Colón, protagonista indiscutible en su doble condición de navegante-explorador y de estratega operativo. En cambio, la conducta de los Reyes Católicos, como estrategas superiores, ha de observarse de forma intermitente para apreciar, en los momentos clave, el sentido de sus grandes decisiones, que irán modificando el plan inicial para ajustarlo a los datos de la situación cambiante.

El almirante de la Mar Océana, desde su primer viaje, ofrece una conducta muy diferenciada cuando actúa como marino de cuando lo hace en funciones de estratega sobre los crecientes dominios españoles. A bordo de sus naves es un coloso, un superdotado capaz de resolver las más difíciles situaciones. Pie a tierra, se transforma en un jefe discutido y discutible cuyas decisiones, mezcla de aciertos y equivocaciones, provocan a menudo hondos conflictos entre sus subordinados con la consiguiente repercusión en el regular cumplimiento de la misión recibida.

En el primer viaje a las Indias se pone de manifiesto la genial personalidad de Cristóbal Colón en cuanto a explorador y navegante. Acepta llevar a la práctica la fantástica empresa por él concebida, en las más precarias condiciones. Es un extranjero entre extraños, que dudan de su capacidad y competencia. Conoce mejor que nadie los riesgos que le esperan y la dudosa viabilidad de sus propios cálculos. Está solo y no puede esperar apoyos incondicionales dentro de un cuerpo expedicionario reclutado precipitadamente y sin cohesión alguna. Pero está dispuesto a afrontar las dificultades a medida que se presenten y lo hace con una pasmosa fertilidad de ideas apoyadas en un ánimo tan valeroso como sereno. Así, cuando la travesía se alarga más de lo previsto y los viajeros exigen el regreso, no duda en falsear las medidas y los cálculos efectuados consiguiendo engañar a pilotos y marineros con la habilidad de un prestidigitador. Cuando las calmas marinas complican el problema, cunde el terror y la protesta se hace airada, acierta a descubrir en Martín Alonso Pinzón la persona con carisma capaz de arrastrar a los hombres, logra convencerle y, con su ayuda, arrastra hacia adelante a los remisos. Después, día a día, sugestiona los espíritus de una gente aterrada valiéndose del ingenio. Le basta el hallazgo de unos maderos flotando en las aguas o el vuelo lejano de unos pájaros para infundir esperanzas. De esta manera,

tenazmente, mantiene el rumbo elegido con mínimas variaciones introducidas para secundar sus imaginativas afirmaciones. Hasta que, afortunadamente, llega a Guanahaní.

A partir de este instante, su talante cambia. Deja de ser un jefe a la defensiva para tomar el mando absoluto. Los hechos le han dado la razón y él se encarga de hacer valer al máximo su prestigio. Se rodea de toda la pompa posible. Aprovecha los desembarcos para montar verdaderos espectáculos revestidos de solemnidad y trascendencia. Convence a todos de que participan en una empresa histórica y de que él es el único guía capacitado para proseguirla hasta un regreso venturoso. Exalta el sentimiento religioso como vínculo que le une a sus subordinados practicando la oración pública y bautizando con nombres sacados del santoral los accidentes geográficos que descubre. Con lo cual, la armonía reina en la flota mientras circula por las aguas antillanas.

Cuando se asienta en las tierras de Cuba y La Española, las cosas cambian. El almirante se torna nervioso, impaciente, codicioso. Persigue a toda costa los tesoros que rentabilicen la expedición y contagia la obsesión por el lucro. En los indígenas ve sólo posibles fuentes de información y medios para obtener riquezas. Sus afanes provocan la deserción de Pinzón. Su inquietud acaba sólo cuando el hundimiento de la *Santa María* le fuerza a regresar. Deja entonces precipitadamente un fuerte de Navidad mal asentado y se repliega. La serenidad y el acierto vuelven a acompañarle en el tremendo viaje de regreso. Y, ya en España, pasa por adoptar aptitudes que resultan características de su temperamento. Primero se muestra humilde mientras teme se le reproche la escasez de rentas obtenidas. Pasa a la arrogancia al comprobar que goza del favor de los Reyes. E, inmediatamente, se dedica en cuerpo y alma a preparar una nueva expedición.

En este punto, intervienen los Reyes para concebir el plan estratégico y adoptan las medidas mencionadas en el apartado anterior. Sus iniciativas son afortunadas. El Papa dicta la bula *Inter Caetera,* que les asexpedición de Ojeda. Ordenan después el envío a las Indias Occidentales consentir la empresa española sin oponer violencia. La infraestructura orgánica prevista para potenciar las expediciones se establece en poco tiempo. Con ella y con abundantes fondos proporcionados por la Corona, Fonseca —el administrador y jefe logístico designado por los monarcas— organiza una lúcida flota de diecisiete buques y mil quinientos hombres reclutados en medio del fervor popular y seleccionados conforme a los cri-

terios de la Corona. El pensamiento estratégico de los Reyes es puesto en acción en un tiempo mínimo y con una exactitud sobresalientes.

Ahora, las riendas de una verdadera campaña pasan a Colón, que las maneja con el mismo estilo antes demostrado. En el mar, su comportamiento sigue siendo impecable. Las aguas atlánticas son para él una pista de exhibiciones constantes que confirman su insuperable capacidad de navegante. Pero la dirección general de la empresa se resiente por su obcecación en buscar las Indias y acumular riquezas. Este afán, ya en los inicios del segundo viaje, le lleva a emprender una serie de reconocimientos antes de visitar el fuerte de Navidad que hubiera debido ser su primer objetivo dentro del esquema global de la operación. Luego, comprobada la ruina del destacamento avanzado, acierta a adoptar una serie de correctas medidas. Funda y construye La Isabela en un emplazamiento bien elegido y ordena reconocer La Española de una forma sistemática, estableciendo fuertes con una guarnición permanente en los lugares que aseguran el dominio del espacio y el control de las fuentes de riqueza. Pero lo hace con procedimientos que le enajenan el afecto de los subordinados y favorecen la hostilidad de los nativos. Practica el nepotismo para rodearse de un equipo de dirección incondicional y esto ocasiona revueltas y defecciones graves en las filas españolas. Consigue, con energía, someter a las tribus indias, imponiéndoles después unos tributos exagerados que fomentan la reacción. Piensa que se encuentra en una península inmediata a Asia, cuyo límite quiere encontrar a toda costa para alcanzar el mar de la China y, para ganar tiempo, considera prioritario satisfacer a la Corona enviándole riquezas y esclavos, sin percatarse de que estos últimos ofenden los sentimientos reales.

Los Reyes, paralelamente, son un ejemplo de coherencia con los planteamientos originarios. No abandonan ni por un momento el frente diplomático portugués y en él logran que el Tratado de Tordesillas y la labor de las juntas mixtas de sabios tranquilicen al inquietante monarca vecino. Sostienen y consolidan la gestión de Fonseca y la actividad de los órganos específicos indianos. Y, en el aspecto operativo, nunca se precipitan al recibir las alarmantes y crecientes denuncias del comportamiento de su almirante, al que respaldan sin que ello impida la adopción de prudentes medidas cautelares.

Cuando Torres y Corbalán llegan solicitando refuerzos urgentes para Colón, los Reyes los conceden de inmediato. Cuando Pedro Margarit y Mosén Boyl acuden con las quejas por los excesos colombinos, los mo-

narcas se toman un mes de tiempo antes de recibirlos y, tras escucharlos, se limitan a nombrar un pesquisidor en la persona de Aguado, dándole instrucciones muy completas para que informe sin interferir la gestión del almirante. Cuando, finalmente, Aguado y Colón regresen con noticias demostrativas de que en las islas ultramarinas se ha conseguido un sólido asentamiento hispano que asegura el dominio territorial, aunque el gobierno local impuesto provoca el malestar generalizado entre los expedicionarios, los Soberanos —siempre con lentitud sorprendente— introducen variantes en la dirección operativa cuidando respetar y hacer que se respeten los títulos y honores concedidos al ilustre navegante descubridor.

El comportamiento de los Reyes Católicos en esta coyuntura es singular. Se encuentran con un enfrentamiento abierto y exaltado entre los dos jefes superiores que ellos han designado para el desarrollo de su ambicioso plan. El logístico, Fonseca, creador y motor de la infraestructura indiana metropolitana, públicamente se opone a las iniciativas del jefe operativo, Colón, artífice de todos los logros conseguidos, pero aquejado de ambiciones fantásticas y de evidentes carencias como gobernante. Los dos parecen necesarios para proseguir la acción y ambos requieren freno a sus posturas. Y los reyes no conceden la razón plena a ninguno pero refrendan la capacidad de ambos como si desearan utilizar su mutua oposición para obtener el equilibrio conveniente de la acción. Fonseca es ascendido a obispo y confirmado en la Casa de Contratación. A Colón se le ratifican sus cargos y honores poniéndole al frente de una nueva expedición. A los dos se les ordena continuar el plan entregándoseles estrictas instrucciones escritas.

El desenlace de esta primera fase de la implantación española en el área americana responde a la pauta ya consagrada por sus protagonistas. El plan y la dirección general de los Reyes logra como fruto el dominio español completo de una gran isla, La Española, que sirve de base de operaciones sólida y avanzada para el control del amplio espacio de tierras descubierto que, todavía, resulta geográficamente impreciso. El estratega operativo, Colón, autor de la gran obra, no acierta a consolidarla por su especial carácter y limitada capacidad política que, de nuevo destacan en su tercer intento.

La obstinación colombina por hallar las Indias vuelve a manifestarse en la expedición emprendida en 1498 al ordenar, desde la isla de Hierro, que la mitad de su flotilla marche a La Española mientras él, con el res-

to, busca nuevas rutas y tierras. Como siempre, su gestión es brillante en el aspecto explorador llegando al continente americano y efectuando descubrimientos geográficamente notables. Como de costumbre, también, su labor gubernativa en tierra deja mucho que desear. Consecuencia de sus disposiciones es la división interna de la colonia que le está encomendada en tres facciones enfrentadas. Una, formada por el núcleo español obediente a su gobierno en el que se integra ese coro impresionante de españoles anónimos que aceptan la legalidad como obligación moral de raíces sagradas y la secundan en todas las circunstancias. Otra facción la forman los roldanistas, que encarnan la faceta anárquica y violenta del alma española, que surge cuando la gobernación oficial no acierta. Y la tercera facción es la compuesta por los indígenas que se han sometido a la superioridad hispana, que reciben con esperanza las atenciones civilizadoras del componente religioso de sus dominadores, pero que caen en el desconcierto como consecuencia del desorden y de las luchas producidas en el seno de los divididos invasores.

Los Reyes, a medida que conocen la evolución de la situación, adoptan medidas correctoras. Empiezan a suprimir, sin declararlo, el monopolio explorador concedido a Colón, tolerando que Fonseca autorice la expedición de Ojeda. Ordenan después el envío a las Indias Occidentales de mayores y mejores contingentes religiosos para que protejan a los indios y acaben con el envío de esclavos, tan impulsado por Colón como repudiado por la Corona. Y acaban por nombrar a Francisco de Bobadilla nuevo pesquisidor para averiguar las dimensiones del malestar colonial antes de tomar decisiones definitivas. Los excesos y errores de este personaje, que culminan con el apresamiento de Colón, señalan el fin de toda una fase estratégica. En ella, el plan inicial se ha cumplido en líneas generales. España, de hecho, está ya implantada en las Indias Occidentales sobre la base consistente de La Española. Empiezan a explorarse las expectativas de riqueza y a realizarse los sueños evangelizadores de la Reina. Pero se ha agotado el primer impulso operacional y las nuevas circunstancias aconsejan la adopción de nuevos planes.

5. *Principios de actuación y modelo estratégico adoptado*

Conocido el comportamiento de los estrategas españoles que iniciaron la implantación de la nación ibérica en América, parece obligado ha-

cer referencia a los principios o reglas que, aparentemente, guiaron su conducta.

En el nivel estratégico superior, encarnado por los Reyes Católicos a lo largo de esta fase, destaca de manera palpable y de un modo constante su *voluntad de vencer.* El ánimo de proseguir inexorablemente el camino emprendido no desfallece en ningún momento. El firme deseo de superar las dificultades y desbaratar las fuerzas físicas, morales y materiales que se oponen a la realización de la obra concebida, es continuo y sobresale en las coyunturas críticas. Ni el regreso abatido de su almirante en dos de sus tres primeros viajes; ni los informes pesimistas que les traen prestigiosos expedicionarios como el padre Boyl o Pedro Margarit, ni la presión social orquestada en 1495 por Fonseca; ni los desalentadores informes económicos elaborados desde la Casa de Contratación sevillana; ni las castastrofistas noticias suministradas por Bobadilla consiguen desanimar a los Reyes. Sus ambiciosos propósitos se mantienen en las buenas y en las malas horas con una solidez inmutable. Y la inalterable voluntad real se manifiesta con estilo sereno y sosegado. Ni en los peores trances los Monarcas se dejan arrebatar por impulsos emocionales que les lleven a tomar decisiones viscerales. En todos, su pulso permanece estable. Antes de decidir piden siempre asesoramiento e información, tomándose plazos de tiempo considerables. Pero, después, ordenan continuar hacia adelante sin ni siquiera especular con la posibilidad remota de desistir de la empresa.

Consecuencia de su voluntad de vencer es la práctica del principio o norma de la *reiteración de esfuerzos.* A medida que se producen desgastes en el contingente expedicionario o se estima agotada su capacidad exploradora o conquistadora, los Reyes ordenan el envío de refuerzos y auxilios. No intentan resolver la partida en decisivos embites poniendo en ellos grandes recursos. Prefieren asestar, uno tras otro, sucesivos golpes de reducida magnitud para ir ganando, poco a poco, dominio e influencia.

La serie de esfuerzos desarrollados obedece a un plan preestablecido y se ejecutan conforme a un patrón que se ajusta a cuatro grandes principios. El de *sencillez,* que impulsa a organizar sin recurrir a complicaciones ni artificios. El de *cooperación,* que pretende conseguir la actuación conjunta de los diferentes elementos participantes en la empresa orientándolos hacia el mismo fin y que se materializa en la Casa de Contratación, verdadero órgano centralizador y de contacto encargado de disponer, preparar y organizar las expediciones. El de *coordinación,* también aplicado a

través de la Casa de Contratación en cuanto institución que dispone con método, controla con minuciosidad y recoge las experiencias celosamente para posterior aprovechamiento. Y el de *unidad de mando,* como complemento o base de los anteriores. En este sentido, jamás los Soberanos ceden su facultad de decisión suprema sin perjuicio de delegar la autoridad operativa y logística en mandos subordinados, también únicos. Así, Colón se convierte en el jefe oficial del teatro de operaciones y Fonseca es investido jefe exclusivo de la retaguardia peninsular y de su correspondiente plataforma o infraestructura logística. En el esquema funcional trazado por los españoles de la época, las decisiones tanto supremas como operativas parten de los orígenes unipersonales. Los órganos colegiados se reservan para funciones asesoras, muy necesitadas de ponderación y conocimiento pero con capacidad resolutiva siempre problemática.

En el plano militar, al no llegar a producirse una confrontación violenta de amplias dimensiones, no pueden apreciarse los principios operativos sustentados por los Monarcas en el papel de estrategas superiores. Sí cabe hacerlo en el aspecto de la dirección general de la campaña donde los Reyes Católicos acreditan una enorme preocupación por conseguir *la libertad de acción* tanto en el frente internacional —neutralización de Portugal— como en el frente interno —obtención de licencias y recursos de las Cortes— o en el de la propia acción, donde no se busca el aniquilamiento del enemigo o su sometimiento incondicional y absoluto sino la aceptación de una vasallaje capaz de proporcionar valiosas colaboraciones en los momentos decisivos. Junto a tal principio destaca, de manera sobresaliente, la práctica del principio de la *economía de fuerzas.* Porque los Reyes no sólo actúan con recursos de entidad mínima, en valor tanto absoluto como relativo, sino que lo distribuyen y administran con verdadera prudencia, dedicando una parte a *seguridad,* es decir, a cubrirse de eventuales maniobras enemigas mediante la intervención de la fuerza militar destacada, y otra parte a *consolidación del dominio* de las tierras descubiertas mediante la fundación de urbes y la instalación de campesinos y artesanos sedentarios.

Así como los Reyes Católicos parecen apoyarse claramente en principios clásicos para proyectar y dirigir su obra expansiva americana, el estratega operativo de esta fase, Cristóbal Colón, da la impresión de actuar a impulsos intuitivos. La pasión por descubrir o apetito vehemente por alcanzar las Indias Orientales a través de las rutas atlánticas, domina todos sus actos. Ello, unido a sus geniales cualidades personales de inteli-

gencia, imaginación, valor y tenacidad, le lleva a convertirse en un explorador y navegante insuperable. Pero desmerece su labor en la faceta de jefe político-militar o estratega.

En Colón, la *voluntad de vencer* llega a ser desordenada. No es fruto de una reflexión serena sino de un deseo apasionado arrollador. Su tremenda fuerza le permite superar las más arduas dificultades, especialmente en su primer viaje, cuando lucha en solitario contra el temor a lo desconocido agravado por la furia desatada de los elementos naturales. La entereza de su ánimo, decidido a todo por llegar a su objetivo, resulta clave para el éxito descubridor, está también detrás de sus fracasos. Para llegar a su meta encuentra sucesivos obstáculos que le obligan a recurrir a la *reiteración de esfuerzos,* y para conseguir las ayudas que éstos exigen, el Almirante cree indispensable ofrecer a sus soberanos y financieros riquezas que justifiquen cada expedición y animen a proseguirlas. Esto hace que la codicia enturbie alguna de sus decisiones, provocando el desasosiego entre sus subordinados e, incluso, el disgusto de sus superiores. Así ocurre cuando, pensando encandilar a la Corona, se empeña en remitir a España crecientes remesas de esclavos que, en realidad, producen un efecto negativo. Su exagerada voluntad de triunfo, motor poderoso para sus ambiciosas iniciativas, se transforma en freno de las mismas al rebasar los límites lógicos porque le induce a cumplir mal la misión recibida. En este sentido, no puede olvidarse que los Reyes le encargan, en su segundo y tercer viaje, la consolidación de las bases asentadas en el Nuevo Mundo y el dominio de los territorios en él hallados. Y Colón desatiende en buena parte este cometido para seguir dedicándose a la búsqueda obsesiva de Kathay.

La debilidad y dispersión del adversario contra el que ha de enfrentarse como estratega Colón —los primitivos pueblos indígenas antillanos— no le obligan a acometer grandes empresas militares, pero las circunstancias de aislamiento en que debe actuar sí ponen a prueba su capacidad de gobernante. En esta faceta, practica el principio de *unidad de mando* pero no con los criterios de eficacia pretendidos por los Reyes Católicos, sino con afanes de aprovechamiento personal que lo degradan. No busca obtener con él una dirección que se apoye en la *cooperación y coordinación de esfuerzos* para el mejor cumplimiento de la misión estricta recibida, sino para avanzar en el logro de sus particulares fines. Celoso de su autoridad, la ejerce inflexiblemente. No acepta asesoramientos. Para el desarrollo de las funciones gobernadoras se rodea de un equipo en el

que no busca la eficacia sino el servilismo incondicional. Desplaza a los expertos y coloca en la cumbre de su poder a personas, como sus hermanos, que le garantizan la lealtad plena aunque demuestran escasa capacidad. Las veces en que se aparta del ejercicio directo del gobierno para dedicarse a su afición exploradora, delega sus poderes únicamente en sus hermanos, sin importarle que tal medida ofenda a los subordinados de reconocido prestigio y provoque desórdenes. El principio de *libertad de acción* lo desnaturaliza, pues aspira a obtenerla de sus patrocinadores los Reyes en vez de buscarla de cara a sus auténticos oponentes. Practica la *economía de fuerzas,* pero no repartiendo prudentemente los recursos disponibles para cubrirse del adversario y ejecutar la maniobra propia, sino dedicando el mínimo de fuerzas posible a la tarea principal para utilizar el máximo de energías en sus objetivos descubridores.

En conjunto, con sus virtudes y vicios, el saldo de la actuación colombina como estratega arroja resultados muy positivos en algunos aspectos y discutibles en otros. Lega a sus sucesores unos enormes conocimientos geográficos y náuticos de incalculable valor. Establece en las Antillas una sólida base de operaciones que, en el futuro, servirá de trampolín para nuevas empresas. Pero la amplitud y solidez de esta palanca quedan mermadas por el personalismo egocentrista de Colón, que favorece la corrupción colonial y provoca estériles disensiones internas en su campo.

Lo que resulta meridiano es que con un ambicioso plan estratégico ideado por Cristóbal Colón y asumido por los Reyes Católicos, desarrollado con prudencia en los escalones supremos de decisión y con pasión en el plano operativo, España logra al final de esta fase disponer de una importante información geográfica, aunque aún parcial, del Nuevo Mundo; tener un teatro de operaciones ultramarino perfectamente configurado; contar en él con una base operativa estable; y haber sometido a vasallaje a las tribus indígenas sin altos costos demográficos materiales. A ello han contribuido sustancialmente el genio de los Soberanos, su acertada dirección y la brillante e irregular gestión de su virrey y almirante. Pero pudo hacerse también merced a la participación de unos extraordinarios expedicionarios que, en esta fase, componen un coro español anónimo y decisor.

Durante esta fase, la situación estratégica en el frente americano ha sido buscada por España conforme al modelo que André Beaufre denomina «maniobra de aproximación indirecta». Se ha pretendido un ob-

jetivo de enorme importancia embebiendo en su consecución fuerzas militares muy reducidas. Y se logra mediante los continuos tanteos de un Colón que va alcanzando objetivos secundarios e inconexos pero que, gracias al hábil aprovechamiento real, culminan con la constitución en La Española de una cabeza de puente estable capaz de ser utilizada, después, como base de partida para nuevas y grandes operaciones. Paralelamente, y como un subproducto teóricamente secundario, ha sido alcanzado un objetivo internacional de trascendencia estratégica máxima. La línea divisoria descrita en el Tratado de Tordesillas, aceptada por el concierto de las naciones cristianas, no sólo permite a España asegurar el espacio que la conecta a América, sino que habrá de darle oportunidad legítima para proseguir hasta la Especiería e intervenir en la ocupación asiática cuando se descubra el paso naval al Pacífico.

Capítulo III

BÚSQUEDA DEL MAR DE LAS INDIAS

Acontecimientos

Desde 1492 hasta finalizar el tercer viaje de Colón, los criterios de comportamiento de la Corona de España respecto a la cuestión de las Indias se habían basado, fundamentalmente, en los planes de Colón, en las concesiones pontificias otorgadas en la bula *Inter Caetera* que justificaban su acción descubridora, y en los acuerdos del Tratado de Tordesillas, que evitaban problemas competitivos con Portugal. Las expediciones eran de carácter eminentemente estatal, se realizaban con recursos aportados por la Corona y, salvo en el segundo viaje, se montaban siguiendo el modelo portugués de pequeñas flotillas de reconocimiento dotadas de elementos mínimos para constituir y establecer factorías comerciales al final de cada exploración. Pero las circunstancias y las condiciones objetivas internas y externas de España cambiaron de manera radical en muy pocos años y ello obligó a los monarcas rectores del Estado español a modificar su conducta.

La nación aislada y apenas recién nacida de 1492, antes de un quinquenio se había transformado en una potencia con aspiraciones hegemónicas en Europa. Mantenía ejércitos en Italia con el Gran Capitán. Desplegaba importantes fuerzas militares en el Rosellón y la Cerdaña, preparándose para la guerra con Francia. Intervenía activamente en los asuntos de Flandes y del Imperio. Vigilaba el Norte de África acechando las plazas de Melilla, Orán y Mazalquivir. Y seguía con máxima atención los acontecimintos de Portugal, en los que intervenía o trataba de intervenir por vía matrimonial al casar sucesivamente a las hijas de los reyes, Isabel (1495) y María (1500) con Manuel I el Afortunado. Era, pues,

un Estado potente y ambicioso, inmerso en costosas empresas que absorbían más recursos de los disponibles. Un Estado que miraba con creciente interés la eventualidad de abrir una ruta de explotación comercial exclusiva con las Indias, porque esperaba encontrar en ellas la riqueza que necesitaba, pero sin posibilidad de empeñar suficientes medios económicos para impulsar la atrayente iniciativa. En consecuencia, ni podía mantener los exorbitantes privilegios concedidos a Colón en las Capitulaciones de Sante Fe, ni estaba en condiciones de arrostrar íntegramente el costo de las expediciones. Por lo cual, la Corona empieza a ignorar el monopolio explorador otorgado al almirante, que ya se había roto por Real Cédula de 10 de abril de 1495 al conceder a los súbditos de Sus Católicas Majestades facultad para que cualquiera pueda, libremente, ir a buscar fortuna a los países descubiertos, o a descubrir otro, siempre que el viajero se ajuste a determinadas medidas de control y participación. En este sentido, se establece la obligación de entrega del décimo real de beneficios y se regulan, mediante sucesivas ordenanzas y disposiciones, los requisitos que deberían cumplir tanto los promotores como los participantes en las expediciones.

Las ideas de Colón siguen respetándose, pero ahora muy pocos creen que haya llegado efectivamente a las Indias. La mayoría piensa, como también lo hace el navegante genovés, que se han alcanzado unos archipiélagos e incluso una posible península continental asiática, más allá de los cuales está el mar de las Indias, ese mar al que están llegando los portugueses por la ruta de circunvalación africana. Y el interés general, tanto de la Corona como de los exploradores particulares, se centra en buscar el paso que permita conectar con ese deseado mar sin desdeñar la ocasión de dominar las tierras isleñas halladas, donde se presume la existencia de abundante oro.

En estos momentos, el poder supremo del Estado sigue residiendo en los reyes Isabel y Fernando, constantemente asesorados a la hora de las grandes decisiones por el Consejo del Reino, que les acompaña en la Corte itinerante a la que llegan frecuentes noticias no sólo de los descubrimientos colombinos, sino también de los hallazgos obtenidos por otros países. Se sabe que los portugueses han doblado el cabo de Buena Esperanza, con Vasco de Gama, abriendo el tránsito de las Indias y estableciéndose en Calcuta, mientras Pedro Álvarez Cabral llega a Brasil arrastrado por una tempestad y Américo Vespucio, en 1502, alcanza Río de Janeiro y la Patagonia. No se ignora que los hermanos venecianos Juan

y Sebastián Caboto, al servicio de Enrique VII de Inglaterra, costean Terranova y el litoral de América del norte descendiendo hasta La Florida, para regresar a Bristol sin dejar establecida factoría alguna en su periplo. Se comenta que los franceses parecen interesados en el Atlántico, aunque no acaban de sumarse a los pueblos exploradores. En conjunto, los cortesanos españoles se muestran cada vez más atraídos y estimulados por las empresas ultramarinas y su interés se contagia a las casas comerciales y de navegación establecidas en Andalucía, donde se concentran los numerosos aspirantes a descubridores o colonizadores del Nuevo Mundo. Las reacciones populares son muy oscilantes a medida que regresan a puerto las expediciones. Si llegan con bienes abundantes y noticias esperanzadoras, se convierten en multitudinarias las listas de candidatos para próximos viajes y en ellas se apuntan hidalgos y palaciegos influyentes. Si quienes regresan cuentan calamidades, resulta necesario recurrir al indulto de presidiarios para reclutar la tripulación y el pasaje colonizador de las siguientes empresas organizadas.

Cristóbal Colón continúa siendo el personaje que trata de mantener, a toda costa, su supuesto monopolio expedicionario. Conserva el favor real, y con éste, el respeto de la Corte, pero su prestigio ha quedado dañado, primero por los informes de Aguado, después por las múltiples denuncias y quejas de los expedicionarios disconformes con su proceder y, finalmente, por la lamentable y contundente intervención de Bobadilla. Los privilegios que se le concedían en las Capitulaciones de Santa Fe no sólo parecen inconvenientes de mantener ante la magnitud que está cobrando la gran empresa descubridora, sino también difíciles de justificar a la vista de su escasa capacidad de gobernante. Consideraciones éstas que no se cansan de subrayar el creciente número de sus oponentes, entre los que destaca el Obispo Fonseca.

Juan Rodríguez de Fonseca no atravesó nunca la Mar Océana, pero no podía desentenderse de nada de lo que ocurriera en ella desde que recibió el encargo real de supervisar cuanto atañese al tráfico y comercio indiano. Su oficina sevillana fue organizándose siguiendo el patrón de la «Casa da India e da Guinea» de Lisboa y se ha convertido en una verdadera agencia de la Corona para realizar, por cuenta propia y en régimen de monopolio, el comercio con las tierras recién descubiertas. La condición de órgano asesor privilegiado de la Monarquía y los crecientes poderes burocráticos acumulados en la que ya se llamaba Casa de Contratación, la convirtieron en un foco de influencia decisivo en la creciente

empresa indiana, a menudo contrapuesto al almirante. Su organización y atribuciones son legalmente configuradas por una ordenanza de 1503 consagrando la existencia de equipo directivo compuesto por un factor a cuyo cargo queda el aprovisionamiento, la revisión de los buques y la compra por cuenta de la Hacienda de las mercancías especiales (armas, municiones, etc.); un tesorero que controla los caudales de ultramar, tanto de la Corona como de los particulares, y administra los bienes de los expedicionarios fallecidos; y un contador-secretario encargado de la contabilidad general. Estos tres funcionarios reales actúan conjuntamente en el registro de navíos, concesión de licencias de embarque, cobranza y administración de gravámenes, administración de la justicia en los pleitos comerciales de navegación, reclutamiento de colonos y tripulaciones y en otras múltiples actividades absolutamente condicionantes tanto del montaje como del resultado de las expediciones. Por todo lo cual, no resulta extraño que al comenzar el siglo el rector de tan poderoso instrumento se empeñase en acabar con los exclusivismos que pretende Colón y trate de imponer sus propios criterios.

De hecho, es Fonseca quien autoriza una serie de expediciones particulares que se realizan, motivando protestas vigorosas y reiteradas del almirante. Es la primera la de Alonso de Ojeda, que, acompañado por Américo Vespucio y Juan de la Cosa, alcanza en 1499 Tierra Firme, recorre el golfo de Paria y acaba por tocar en La Española, donde lo descubre el irritado Colón. Y lo son también las de Rodrigo de Bastidas, letrado sevillano que con dos navíos dobla el cabo de Vela llegando a reconocer el Darién; la de Pedro Alonso Niño, que obtiene abundantes riquezas; la de los hermanos Pinzones, que, desde Palos, con cuatro carabelas, alcanzan el extremo este de Brasil explorando hasta el Amazonas; y la de Diego Lepe, que consigue doblar el cabo San Agustín tras recorrer el litoral brasileño.

Llega a establecerse una verdadera competencia permanente entre Colón y Fonseca. Éste estimula las exploraciones creando en su Casa de Contratación una Escuela de Navegantes bajo la dirección del Piloto Mayor, y un gran archivo donde se recogen y guardan los diarios de navegación de todos los capitanes y se van registrando todos los descubrimientos sobre el mapa modelo del «padrón real» al que han de ajustarse las cartas náuticas. Entre tanto, su oponente el almirante continúa en la Corte tratando de defender sus derechos por vía legal y de lograr la organización de un cuarto viaje.

Los Reyes Católicos, en la confrontación Colón-Fonseca, actúan con la cauta prudencia que les caracteriza, tratando siempre de obtener ventaja para los objetivos generales de la Corona. Dejan hacer a la Casa de la Contratación, mientras respetan públicamente al almirante, atendiéndole de un modo cordial y reconociéndole todas las distinciones honoríficas. En absoluta reserva, estudian tanto las cartas entregadas por Colón como los informes de Bobadilla, los datos proporcionados por Ojeda y los que les facilitan los frailes franciscanos de La Española. No formulan la menor censura al gran navegante. Y sólo después de transcurrir nueve meses adoptan una doble decisión. Por un lado, destituyen a Francisco Bobadilla de su cargo de gobernador de las Indias, encargando a su sucesor, Nicolás de Ovando, que parta hacia La Española con una flota de 32 naves en las que deberá volver el comendador para rendir cuentas. De otra parte, permiten a Cristóbal Colón les acompañe en la Corte animándole, incluso, a preparar un nuevo viaje pero con la condición de que si éste se realiza no toque, de ningún modo, en La Española.

Colón permanece en Granada muchos meses atendido frecuentemente por los Reyes y agasajado en todo momento por la nobleza y el clero. Aprovecha para poner al día sus asuntos personales. Escribe un largo memorial. Toma todas las medidas para que los Reyes ordenen la restitución de sus bienes y propiedades arrebatados y prepara su testamento. Dedica después una temporada a la meditación y en ella escribe su *Libro de las Profecías,* en el que trata de demostrar cómo todos sus actos estaban predestinados y anunciados en las Sagradas Escrituras. Los argumentos utilizados son tan delirantes que hacen pensar en una transitoria pérdida del juicio. Y, finalmente, proyecta un nuevo viaje a las Antillas para buscar el paso que permita la llegada definitiva a la Tierra Firme de Asia y recaudar riquezas suficientes para la organización de una cruzada que logre devolver a manos cristianas los Santos Lugares.

Escribe al papa Alejandro VI dándole cuenta de sus proyectos y propone a los Reyes la nueva expedición para hacer la competencia al comercio portugués, gloriosamente impulsado por las hazañas de Bartolomé Dias, Vasco de Gama y Álvarez Cabral. Pide a tal efecto cuatro navíos con bastimentos para dos años solicitando que si, por cualquier razón, no regresara del viaje se transfieran a su hijo mayor, Don Diego, todos sus honores y bienes.

Doña Isabel y Don Fernando acceden a cuanto pide el almirante y suscriben las reales provisiones necesarias para salvar los obstáculos que

pudieran oponer el superintendente Fonseca o sus oficiales de la Casa de Contratación. Con ellas llega Colón a Sevilla en octubre de 1501 y compra cuatro navíos de gavia. En el mayor, de apenas setenta toneles de desplazamiento, iza su pabellón, nombrando como maestre a Diego Tristán. Las otras carabelas son las llamadas *Santiago,* al mando de Francisco Porras; *Vizcaína,* gobernada por el genovés Bartolomé Fieschi, y *La Gallega,* con Pedro Terreros como capitán. Enrola a 140 hombres, entre marinería y gente de armas. Procura que el abastecimiento se haga en mejores condiciones que en viajes anteriores para esquivar las penurias pasadas. Y cuida especialmente el armamento de las naves. Todo lo cual le obliga a invertir cinco largos meses en preparativos durante los cuales no cesan las intrigas de sus opositores y enemigos a fin de impedir el regreso del almirante a La Española. Por ello, pide autorización a los Soberanos para visitar durante el viaje el puerto de Santo Domingo y licencia para ser acompañado por su hijo de trece años, Diego, y por su hermano el adelantado Bartolomé Colón.

Los monarcas ordenan que la flota de Ovando zarpe el 13 de febrero de 1502. Después aprueban cuanto se refiere al acompañamiento pedido por Colón, prohibiéndole tocar en los puertos de La Española durante el viaje de ida para dar tiempo al nuevo gobernador, Ovando, a que pacifique las islas tras los desmanes y pésima administración de Bobadilla. Aceptan que, al regreso, pueda acercarse a la isla, aunque sólo en caso de suma necesidad y por poco tiempo. También le comunican haber informado al Rey de Portugal, su hijo, de la expedición para evitar enfrentamientos en el trayecto y le autorizan a contratar un traductor de arábigo, siempre que ello no demore la partida.

En los primeros días de mayo de 1502, se traslada Cristóbal Colón de Sevilla a Cádiz después de redactar una larga instrucción para su hijo Diego y de mandar hacer copias autorizadas de todas las cartas, privilegios y cédulas que desde 1492 hasta aquella fecha había recibido de los Reyes Católicos. Una copia de todos los documentos fue enviada al monasterio de la Cartuja de las Cuevas, otra se entregó a su administrador Alonso Sánchez Carvajal y las dos restantes las conservó personalmente el almirante.

El día 11 de mayo zarpa la flota colombina hacia Canarias, pero al enterarse de que los moros habían cercado la guarnición portuguesa de Arcila, el almirante enfila hacia esa plaza las naves, desembarcando en ella cuando los mahometanos ya han levantado el sitio.

En sólo veintiún días, la expedición colombina alcanza la isla de Martinica, autorizándose que la gente baje a tierra para descansar y lavar la ropa. Desde allí, se dirige a la isla Dominica para circular después entre las caribes, pasar por el sur de Puerto Rico y aproar finalmente hacia La Española, contraviniendo el plan previsto y las instrucciones dadas por los Reyes.

Con la intención de cambiar una de sus naves, poco velera, por otra de mejores condiciones marineras, llega la flota ante el puerto de Santo Domingo el día 29 de junio, ordenando el almirante a Pedro Terreros que cumplimente al gobernador y le exponga las razones de su presencia.

Entre tanto, el gobernador Don Nicolás de Ovando, comendador de la Orden de Alcántara, caballero de intachable conducta y fama según sus biográfos, había partido de España con una flota de 32 naves, 2.500 hombres, muchas semillas y animales, así como abundantes provisiones, llegando a los parajes antillanos a mediados de abril de 1502 después de una difícil y dura travesía. Entre sus instrucciones destacaban las de remitir a España a Bobadilla con todos los informes de su comportamiento; fundar cuatro ciudades obligando a morar en ellas a los españoles, para impedirles errar por los campos, y cuidar a los indios evangelizándoles con el apoyo de un nuevo grupo de frailes franciscanos. Como consecuencia, Ovando abre juicios de residencia a Bobadilla, Roldán y los cabecillas de pasadas rebeliones y, una vez cumplidos los trámites, manda a todos embarcar junto con la mayor parte de las riquezas hasta entonces obtenidas, entre las cuales figuraba una pepita de oro gigante que pesaba 35 libras y valía 3.600 pesos de oro.

Estando la escuadra de repatriados lista para partir, llega a Santo Domingo la embajada de Colón solicitando permiso de entrada. Ovando, al considerar que la presencia del almirante podía reavivar viejas polémicas y encender nuevas pasiones, niega el permiso y pide se inste al almirante a continuar la ruta establecida. Éste vuelve a enviar un mensajero al gobernador advirtiéndole que está próximo el desencadenamiento de un ciclón, por lo que suplica abrigo para sus naves. Pero Nicolás Ovando, creyendo ser el aviso de tempestad un sencillo ardid para hacerle cambiar de opinión, no sólo reitera la prohibición de entrada a las naves colombinas sino que ordena la partida de la gran escuadra tan ricamente cargada.

Mientras Colón busca refugio apresurado en la costa, los 32 flamantes navíos salen de puerto, siendo alcanzados dos días más tarde por un

terrible huracán que los dispersa. Con la capitana se hunden Bobadilla, Roldán, muchos de sus secuaces y todas sus riquezas. La gran mayoría de los restantes buques corren igual suerte y sólo cinco o seis naves consiguen llegar a España, estando entre ellas una carabela llamada *Guchia,* en la que viaja Alfonso Sánchez Carvajal, portador de las rentas que correspondían a Colón y eran remitidas a Sevilla.

En el fondeadero de Azúa, Cristóbal tiene noticia del desastre, que considera providencial, convencido de que el mismo Dios había permitido salvar su empresa, al tiempo que aniquilaba a sus enemigos.

Cuando amaina el temporal, con el espíritu henchido de entusiasmo y de sentimientos místicos, Cristóbal Colón reanuda el desarrollo del plan concebido para este viaje. Está persuadido de que las costas de Gracia, visitadas en su anterior singladura, corresponden a tierra firme del continente asiático y constituyen los litorales occidentales de una península al otro lado de la cual se encuentra el mar de las Indias al que rinde aguas el famoso río Ganges. Su idea, ahora, es costear dicha península hacia el mediodía hasta alcanzar el paso natural que le permita llegar a Cipango y Kubhilay.

Arriba con sus naves al golfo de Honduras y se detiene en la isla de los Pinos, rica en vegetación, donde encuentra indígenas tan atrasados e incultos como los hallados anteriormente.

Desde la isla de los Pinos o los Guanacos, la flotilla alcanza el litoral del golfo de Honduras, donde el almirante ordena, el día 14 de agosto de 1502, el desembarco del adelantado, los capitanes y una lúcida representación de las cuatro naves para oír misa y tomar posesión del territorio.

A partir de este punto, la navegación se hace muy difícil y trabajosa por causa de una serie de tormentas y lluvias torrenciales que no cesan en más de un mes.

Repuestos los ánimos tras unos días de bonanza, los barcos se acogen a la isla que los nativos llaman Quiriviri y Colón, La Huerta por su rica vegetación. Unas jornadas les bastan para hacer acopio de agua y alimentos y el 5 de octubre el grupo naval busca un fondeadero favorable en la playa de Cariari.

Tras abandonar Cariari, donde Colón anota la existencia de indicios de civilización superior puestos de manifiesto en las grandes dimensiones de sus construcciones y en la localización de enterramientos con mausoleos y cadáveres embalsamados, la flotilla desfila ante las costas de un país en el que los naturales señalan la existencia de numerosas minas de

oro. Le denominan Veragua y, de momento, se renuncia a su exploración para proseguir la búsqueda del paso naval que obsesiona al navegante genovés. Intensas y continuadas lluvias fuerzan el rastreo de un refugio y la comitiva se detiene una semana en la rada denominada Porto Belo. Después, se continúa hacia Darién en pésimas condiciones de navegación por la fuerza de las corrientes y vientos contrarios, que actúan poniendo en grave peligro a las muy gastadas embarcaciones. En vista de ello, Colón decide retroceder para refugiarse sucesivamente en el puerto llamado por los expedicionarios Bastimento y luego Nombre de Dios, y en la bahía de Retrete, donde se carenan los destrozados cascos durante una semana. El almirante, que por sus achaques no suele abandonar las naves, baja aquí a tierra con bandera y numerosa escolta para tomar posesión del territorio en nombre del Rey.

A estas alturas del viaje, Colón piensa que no es posible continuar alejándose, dado el ruinoso estado de los buques y la escasez de alimentos. Los que se había traído desde España están prácticamente corrompidos por el calor y la humedad después de ocho meses de precario almacenamiento, la carne y el pescado podridos, y los hombres se niegan a comer las raciones de «maçamorra» que se preparaban cociendo un bizcocho ya por completo agusanado. Decide, en vista de ello, abrir un paréntesis de espera y aprovecharlo para buscar riquezas que compensen los sacrificios padecidos y estimulen de nuevo a los desanimados expedicionarios. Y con tal fin trata de volver al atrayente país de Veragua.

La ruta se convierte en una pesadilla por el hambre y la furia de los elementos. La subsistencia se consigue al tropezar con un banco de tiburones, que permite abundante pesca. Y gracias a la pericia náutica del almirante, los desmantelados navíos logran, a duras penas, refugiarse, el día de la Epifanía de 1503, en el estuario de un gran río que los nativos llamaban Yebra y los cristianos denominaron Belén.

En el río Belén de Veragua encuentran los españoles casi un paraíso. La situación es tan halagüeña que el almirante acuerda instalar allí una colonia permanente y dejar en ella a su hermano Bartolomé con ochenta hombres, mientras él regresa a España en busca de refuerzos. Con tal objeto, todos los expedicionarios trabajan afanosamente en la construcción de un poblado con casas de madera en cuyo almacén o alhóndiga guardan buena parte de los alimentos no perecederos que quedan. Dejan también la más averiada de las carabelas para que permita a la guarnición

moverse en las inmediaciones y en ella establecen un depósito de seguridad con las armas y la pólvora.

Otra de las incursiones nocturnas de aislados revoltosos hispanos provoca la ira india. Quibián, furioso por los abusos cometidos con alguna de sus mujeres, se alía con varias tribus vecinas, forma un numeroso grupo de guerreros y, en secreto, se prepara para aniquilar a los invasores cuando estén dispersos, como en ellos es usual. La conjura es descubierta por un simple escribano de la expedición, Diego Méndez, quien se revela como uno de los más sagaces y atrevidos miembros de la misma. Alertado el almirante, ordena al adelantado el apresamiento del cabecilla rebelde y, cuando conoce su detención, aprovecha un momento de apertura de la barra arenosa de la embocadura fluvial para hacerse a la mar con sus tres carabelas.

Con mayores dificultades cada día, los expedicionarios vuelven a fondear el 21 de abril en Porto Belo, donde la carabela *Vizcaína* hubo de ser abandonada. Desde ese punto, costean dejando a popa el puerto de Retrete y, al llegar a la altura del cabo Tiburón, enfilan en derechura a La Española.

Desde el día 1 de mayo de 1503, las naves luchan contra las fuertes corrientes y, arrastradas por ellas, pasan cerca de las islas Jardines de la Reina para recalar en las proximidades del cabo Cruz de Cuba. Auxiliados por los indígenas de un poblado próximo, los navegantes esperan durante varios días un momento de bonanza y al producirse ésta vuelven a las aguas hasta alcanzar Jamaica, quedando definitivamente encalladas las carabelas en la caleta de Santa Gloria, o de Don Cristóbal, ya sin ninguna posibilidad de reparación.

Grande es la desesperación de todos. Situados a cuarenta leguas de La Española, nadie conoce su paradero. El almirante sufre altas fiebres y dolorosos episodios de gota. Pero, apoyado por su incansable hermano, se sobrepone a los males y da instrucciones para montar un establecimiento apto para una estancia indefinida. Ordena que se amarren entre sí los restos de los dos navíos acondicionados para convertirlos en fortín protegido por el foso de agua que les separa de la cercana playa. Nadie debe abandonarlo, según sus instrucciones, salvo con ocasión de las partidas exploradoras que se preparen. Y éstas van saliendo ordenadamente para establecer contacto con los poblados indígenas y concertar con ellos operaciones de trueque que permiten obtener medios de subsistencia.

Asegurada la supervivencia, comienza a buscarse una salida de la isla.

Sin recursos para construir naves con capacidad suficiente, tampoco existen esperanzas de que circulen por las proximidades barcos españoles. Pero en medio de tal desolación, de nuevo Diego Méndez ofrece una posibilidad de escape. En sus andanzas por el interior de la isla consigue la amistad de varios caciques y logra que uno de éstos le venda una amplia canoa capaz para ocho remeros. Con ella se ofrece a llegar hasta La Española, aceptando el almirante la sugerencia y encomendándole dos misiones para caso de culminar la hazaña. Primero, habría que buscar a los administradores del antiguo virrey para que le faciliten fondos con los que adquirir una nave de rescate. Logrado esto, debería partir personalmente hacia España para entregar al Rey y a varias personalidades una serie de cartas que, como de costumbre, Colón había redactado durante el viaje.

Tras un intento fallido, Méndez, acompañado por el capitán de la abandonada *Vizcaína,* Bartolomé Fieschi, y con seis remeros indios de confianza, emprende una épica aventura cruzando cuarenta leguas de mar en cinco días. Exhaustos llegan al cabo Tiburón de La Española, situado a 130 leguas de Santo Domingo. Allí se queda Fieschi con la pretensión de encontrar alguna gran canoa india que le devuelva a Jamaica a fin de dar noticia del éxito de la travesía. Su intento es vano pero, en cambio, Méndez vuelve a su canoa y consigue llegar al puerto de Azúa, donde se entera de que el gobernador se encuentra en la provincia de Xaraguá. Sin nadie que le acompañe se interna en los hostiles bosques y recorre otras cincuenta leguas hasta dar por fin con Nicolás de Ovando.

El gobernador recibe a Diego Méndez, con gran amabilidad y alaba su peripecia. Pero, sea porque estuviera demasiado ocupado o porque desconfiara de las intenciones del almirante, deja transcurrir siete meses sin concretar los auxilios que, cada vez más acuciantemente, demandaba el viajero.

En los nueve meses transcurridos desde la partida de Méndez y Fieschi, el destacamento colombino ha perdido toda esperanza de ayuda y su situación empeora por días. Los esfuerzos para ganarse a los pobladores dieron satisfactorios frutos, en principio, y los 130 supervivientes obtuvieron de ellos lo necesario para vivir. Pero el riguroso encierro en el fortín acuático encrespó los ánimos. El día 2 de enero de 1504 los dos hermanos Porras, uno capitán de la carabela *Santiago* y el otro contador de la armada, se amotinan con cuarenta hombres internándose en la isla para dedicarse al pillaje. Los indios, ofendidos, suspenden los abasteci-

mientos a la guarnición reanudándolos sólo cuando, ingeniosamente, Colón los embauca aprovechando un eclipse de luna y les hace creer que es un poderoso mago protegido por los dioses.

En los últimos días de abril, el carabelón de Escobar se acerca al establecimiento colombino. La alegría es indescriptible entre los náufragos y aunque el navío se limita a dejar algunas provisiones y dar noticia de la estancia de Méndez en La Española, sin permitir a nadie subir a bordo, la esperanza de una próxima liberación renace.

En Santo Domingo, entre tanto, Méndez y Fieschi se reencuentran y el primero obtiene de los administradores de Colón el dinero suficiente para comprar una carabela recién llegada de España. La carga de vituallas, pan, vino, carne, puercos, carneros y frutas y da instrucciones a su capitán, Diego Salcedo, para que saque de Jamaica a Colón y su gente conduciéndolos primero a Santo Domingo y después a España. El gobernador, ante tales medidas, fleta otra pequeña carabela y la pone también a las órdenes de Salcedo, entregándole una confusa carta de salutación y disculpas para el almirante.

Rescatado el destacamento de Colón por las dos naves, éstas tardan más de dos semanas en recorrer el espacio que la canoa de Méndez atravesó en cinco días y cuando arriban por fin a Santo Domingo, la población entera sale a su encuentro para recibirle con el mayor entusiasmo. La estancia, sin embargo, no se hace grata. Los burócratas de la administración entorpecen con absurdas formalidades la puesta al día de los intereses del almirante en la isla. Nicolás de Ovando aparenta sumarse al entusiasmo general pero muestra signos de clara animadversión, especialmente al ordenar la liberación del rebelde Francisco Porras, sin tener jurisdicción para ello. En vista de todo lo cual el almirante abrevia su permanencia isleña. Compra una segunda carabela que pone al mando del adelantado, embarca él en la de Salcedo y ofrece pasaje a cuantos de sus expedicionarios deseen regresar a Sevilla. En la colonia quedan, entre otros, la mayoría de los implicados en la insurrección de Jamaica.

El 12 de septiembre de 1504 Colón abandona definitivamente el escenario principal de sus gestas y tras peligrosos avatares atraviesa, el 7 de noviembre, la barra del Guadalquivir para fondear en Sanlúcar de Barrameda y hacerse conducir de inmediato a Sevilla, donde le esperan su hijo Diego y el fiel Diego Méndez, que se le había anticipado para efectuar los encargos encomendados y dar cuenta a la Corona de cuanto había ocurrido.

En Sevilla, Colón emprende una pertinaz lucha para arreglar sus negocios y reclamar a los Monarcas el cumplimiento de todas las mercedes pactadas en las capitulaciones. El ambiente no le es propicio porque la Corte se encuentra abrumada por la última enfermedad de Isabel la Católica. Su muerte, en el mes de noviembre de 1504, contrista profundamente al almirante agravando la enfermedad que le mantiene en el lecho. Esto le impide acudir a Segovia, donde se encuentra el Rey, hasta que, en mayo de 1505, obtiene del Cabildo de la Catedral una litera y permiso real para viajar en mula ensillada, lo que sólo se autorizaba en casos excepcionales.

Colón, acompañado de su hermano Bartolomé, consigue presentarse ante Fernando, el Católico, que le recibe con júbilo, le escucha con manifiesto interés y le despide con la mayor cortesía pero sin atender las peticiones que el ilustre navegante le plantea.

Colón permanece hasta octubre en Segovia cerca del Rey y cuando éste marcha a Salamanca, le sigue. Agravados sus dolores y desconfiando de las resoluciones del Consejo nombrado para estudiar sus demandas, se traslada a Valladolid dejando el cuidado de sus asuntos a sus hijos bajo la protección del cardenal Cisneros. Antes de su partida eleva un escrito al Rey pidiéndole conceda a su hijo Diego la gobernación de las Indias, acompañando la misiva con un memorial de agravios.

En Valladolid, alojado en casa de Gil García junto a la iglesia de la Magdalena, escribe a los Reyes doña Juana y don Felipe recién llegados de Flandes. No recibe respuesta. Y al intuir próximo su fin reúne en su habitación al escribano Hinojeda, a fray Gaspar de la Misericordia, a Bartolomé Fieschi, al bachiller Andrés Mirueña y a sus criados Álvaro Pérez, Juan Espinosa, Andrés y Fernando Vargas, y Francisco Manuel y Fernán Martínez para otorgar testamento.

Hace que le vistan el hábito franciscano y ante sus hijos recibe con devoción los Santos Sacramentos para morir, al fin, el 20 de mayo de 1506 pronunciando como últimas palabras: «in manus tuas Domine commendo spiritum meum», según testimonio de su hijo Hernando.

Era el triste final de un genio cuyo cadáver fue enterrado sin demasiada pompa en Valladolid para ser trasladado después a la catedral de Sevilla y mucho más adelante a Santo Domingo.

La desaparición de Cristóbal Colón se produce en un momento histórico de gran confusión para Castilla y España entera. La muerte de Isabel la Católica provoca desequilibrios que amenazan el futuro de la uni-

dad nacional alcanzada y causa un creciente desorden en el tratamiento de los asuntos públicos. Junto a Fernando de Aragón, nombrado regente en el testamento de Isabel, se agrupan los personajes influyentes del antiguo Consejo Real como el arzobispo de Toledo, Cisneros, los secretarios Gricio y Cunchillos, los diplomáticos de Fuensalida y Figueroa y el mismo superintendente de Indias, Rodríguez de Fonseca. Pero en torno a los nuevos Reyes, Juana y Felipe de Austria, se reúne lo más florido de la nobleza castellana con la esperanza de recobrar a su través la influencia de épocas anteriores. Felipe, hostil a su suegro, emprende una política opuesta en todo a la de sus antecesores y se presenta en España con una esposa incapaz de gobernar por enajenación mental y con una Corte de funcionarios extranjeros dispuesta a ocupar los resortes clave del Estado. Don Fernando, despechado, abandona la regencia y contrae matrimonio con Germana de Foix para separar Aragón de la descendencia de su yerno. Éste muere repentinamente en Burgos y doña Juana enloquece por completo sumiendo a Castilla en el mayor desconcierto. El poder real se debilita aceleradamente y el Consejo de Regencia, presidido por la enérgica figura de fray Francisco Ximénez de Cisneros, consigue que, en un momento de lucidez, la reina Juana ponga los destinos de su reino en manos de su padre. Éste, con Cisneros, reemprende la política primitiva y poco a poco va haciéndose con las riendas de la administración que ha estado actuando desorganizada, somete a la nobleza y vuelve a colocar a España en un plano protagonista de las relaciones internacionales europeas.

Durante este paréntesis, las cuestiones de Indias quedan algo desatendidas de la Corona, sometidas, más que nunca, a la influencia de los mercaderes y de los organismos burocráticos como la Casa de Contratación. Los focos de atracción son dos. Por un lado, La Española como zona de colonización en la que Nicolás de Ovando trata de establecer una ocupación efectiva, ordenada y rentable mediante la explotación de recursos mineros y agrícolas con mano de obra barata aportada por los indios y por los esclavos negros cuyo comercio comenzó a ser efectivo a partir del año 1500. De otro lado, la zona llamada Tierra Firme de Veragua y el Darién, donde se presume puede hallarse el paso al mar de las Indias y en la que se espera encontrar abundante oro. Numerosos candidatos tratan de conseguir la gobernación de estos territorios y buscan, para ello, el apoyo de los dos personajes que ahora conservan capacidad decisoria. Es decir, don Francisco Rodríguez de Fonseca, rector de la poderosa Casa

de Contratación, y Diego Colón, que pugna porque le sean reconocidos los derechos y privilegios heredados de su padre el almirante. Alonso Ojeda, el atrevido explorador siempre arruinado económicamente, y Diego de Nicuesa, un potentado con afanes insaciables de riqueza, intrigan a todos los niveles para obtener la gobernación de Tierra Firme. Al fin, el inevitable Fonseca decide repartirles el gobierno de las tierras descubiertas en las áreas de las actuales Colombia y Panamá, imponiéndoles la condición de utilizar la isla de Jamaica como base de sus operaciones. Diego Colón, considerando que esta decisión atropella sus derechos, trata de invalidarla logrando que el hidalgo sevillano Juan de Esquivel sea nombrado teniente de Jamaica con orden de poblar la misma. Y al fin consigue que se le designe en 1508 gobernador de las Indias, aunque sin el título de virrey ni las ventajas completas otorgadas a su progenitor el almirante.

El año 1509 marca un hito importante en el desarrollo de la implantación española en América. En Castilla, dentro del Consejo Real, empieza a configurarse con misiones específicas un Consejo de Indias que no tendrá sanción legal efectiva hasta el reinado de Carlos I, pero ya desde ahora centraliza el asesoramiento superior en los temas indianos, dejando en un plano de subordinación a la sevillana Casa de Contratación. Cisneros respalda las decisiones de Diego Colón, quien, tras casar con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba y pariente del rey Fernando, se traslada como gobernador a Santo Domingo, estableciendo una verdadera Corte colonial en el suntuoso palacio-fortaleza del río Ozama. Casi al tiempo de su llegada, también desde La Española, los protegidos de Fonseca parten hacia la Tierra Firme centroamericana, que va a convertirse en la segunda plataforma de proyección hispana en el futuro inmediato. A Diego de Nicuesa se le confía la gobernación de Veragua (Panamá) y a Alonso de Ojeda la de Castilla de Oro (costa noroeste de Colombia) produciéndose, desde el primer momento, una áspera disputa entre los dos capitanes, al querer ambos incluir en sus respectivas áreas de influencia el territorio del Darién, cuya localización estaba poco determinada en los imprecisos mapas de la época.

Los dos designados para la gobernación de Tierra Firme continental reciben una instrucción expresa del rey Fernando el Católico, que reflejaba las razones justificativas de cualquier futura conquista, conforme al parecer de sus asesores canonistas, teólogos y juristas. Según ella, el primer deber de los aspirantes a conquistadores debe ser la predicación del

Evangelio a los indígenas ofreciéndoles el bautismo y, con él, la posibilidad de hacerse súbditos de Su Majestad Católica con todas sus consecuencias. Caso de confrontación, antes de emplear las armas, tendría que ofrecerse la paz a los adversarios para, de aceptarla, tratarles con la mejor consideración. Pero si, tras la predicación y las advertencias, los indios perseverasen en sus idolatrías, en sus prácticas de canibalismo y sodomía y mantuviesen enemistad violenta, se autorizaba su captura y muerte.

Alonso Ojeda, el impenitente aventurero natural de Cuenca, tras múltiples peripecias, organiza su expedición en Santo Domingo, embarcando en dos naves mayores y dos bergantines a 300 hombres, varios caballos y doce yeguas. Deja en La Española a su alcalde mayor, Martín Fernández de Enciso, para que reclute otros 150 hombres y, en una tercera nao, le siga después de completar un cargamento con abundantes vituallas, tiros, escopetas, lanzas, ballestas, municiones, trigo para sembrar, otra docena de yeguas y un hato de puercos para crianza. El principal financiador de la empresa, Juan de la Cosa, ya veterano piloto y explorador, es designado capitán general de las fuerzas y con él como jefe militar, la flotilla principal zarpa del muelle de la Beata el día 10 ó 12 de noviembre de 1509, anticipándose a la salida de su oponente Nicuesa.

Diego de Nicuesa, en posesión de extensas y ricas propiedades en La Española, cerca de la villa de Yáquimo, arma simultáneamente en el puerto de la Beata siete naves mayores y dos bergantines en los que embarca 780 españoles con abundantes bastimentos. Deja encargados mil tocinos y otras muchas provisiones y se dispone a partir al mismo tiempo que Ojeda, lo que no puede ejecutar a causa de distintos impedimentos burocráticos puestos por los seguidores del gobernador Diego Colón. Desde el primer momento, su expedición está marcada por la mala suerte y por el peor sentido de la organización del improvisado jefe que, si bien contaba con una respetable fortuna, no acreditaba brillantes cualidades para el mando. Su flota tuvo que partir diez días después que la de Ojeda y hacerlo de manera incompleta, pues el propio Nicuesa en el último instante quedó retenido por los alguaciles y sólo después de abonar una fuerte fianza pudo incorporarse a su formación naval, que navegaba en alta mar con bastante desorientación.

Ojeda con su gente llega al territorio de Cartagena, ya visitado con anterioridad por Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, quienes habían dado a conocer la bravura y peligrosidad de los nativos. Desembarca, re-

quiere de paz a las primeras bandas de indios que se le oponen y, con arreglo a las instrucciones recibidas, decreta hacerles la guerra causándoles numerosas bajas y algunos prisioneros en el primer combate. Después, contra la opinión de su capitán general, decide internarse en el territorio hostil hasta localizar el poblado principal de la tribu enemiga. El segundo encuentro armado resulta un desastre. Setenta españoles, entre los que se contaba Juan de la Cosa, mueren víctimas de las flechas envenenadas de los indígenas y el resto de la tropa hubo de replegarse en desorden hacia el campamento costero, salvando la vida providencialmente el gobernador Ojeda, que soportó múltiples impactos de flechas en la rodela.

En la cabeza de playa cartagenera, la situación es crítica cuando a ella llega la flota de Diego Nicuesa, quien había elegido esta zona como punto de referencia para, desde él, marchar a sus dominios siguiendo la costa. Pese a sus anteriores disputas, los dos gobernadores se ponen de acuerdo y conjuntamente organizan una operación de castigo para vengar la reciente matanza de españoles. De noche, cercan el poblado indio que motivó el combate y lo atacan prendiéndole fuego y dando muerte a la mayoría de sus habitantes. Como, después, no encuentran suficientes vestigios de riqueza, todos reembarcan, tomando Nicuesa el camino de Veragua y Ojeda el de Urabá.

A la entrada del golfo de Urabá, en el lugar llamado Caribana o Cariben, desembarcan las fuerzas de Alonso Ojeda, comenzando a construir una fortaleza y un poblado al que llamaron San Sebastián para ponerlo bajo el patronazgo del Santo asaeteado. Allí, tampoco los indios se avienen a razones pacíficas. En las incursiones al interior las bajas son abundantes y en las proximidades de la naciente ciudad las frecuentes acometidas indias impiden cultivar la tierra. Las enfermedades, las flechas envenenadas y el hambre diezman la guarnición, resultando herido de gravedad en una pierna el gobernador. Éste obliga a su cirujano a cauterizarle la herida con dos planchas de hierro al rojo vivo y sin anestesia, amenazándole con la horca al resistirse aquél a practicar tan brutal cura. La situación se hace desesperada y se supera al arribar al lugar una desorientada nao. Llega en ella Bernardino de Talavera con sesenta delincuentes que habían robado la nave de un comerciante, cargada con abundantes víveres, para escapar a la justicia de las autoridades de Santo Domingo.

Con los refuerzos y avituallamientos obtenidos de Talavera, el desta-

camento de San Sebastián se repone, pero el descontento de sus componentes crece al no observar perspectivas favorables por parte alguna. Ojeda trata de calmar los ánimos recordando que el bachiller Enciso debe aportar los socorros que tenía encomendados en La Española. La confianza se tambalea por días y se organizan motines para huir con algunos navíos a Santo Domingo o unirse a la partida de Nicuesa. En tales circunstancias, el gobernador decide ir en persona a La Española en busca de ayuda dejando a Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú, como teniente al frente de la colonia. Promete regresar en un plazo de cincuenta días, transcurrido el cual los destacados quedaban relevados de todo compromiso y autorizados para retirarse donde mejor les pareciese.

Alonso de Ojeda, en la nave de Bernardino de Talavera, acompañado por muchos de los bandidos de éste, emprende su último y épico episodio aventurero. Los vientos contrarios le llevan a Cuba, donde la nave queda inutilizada. En la lucha con indios hostiles e imponiéndose, él solo, a sus indisciplinados camaradas, recorre más de cuatrocientas millas de bosques y marismas. En cada detención saca de su taleguilla una imagen de la Virgen para que el grupo entero ore ante ella pidiendo su intercesión. En el camino van pereciendo muchos de sus acompañantes y con los últimos diez logra llegar a una playa donde encuentra una tribu india que se presta a enviar una canoa a Jamaica para pedir socorro. Por fin, un navío mandado por Pánfilo de Narváez los rescata llevándolos a Jamaica, donde Ojeda es hospitalariamente atendido por Juan de Esquivel y Talavera es ahorcado a causa de sus antiguos delitos. Desde allí pudo el desgraciado gobernador volver a Santo Domingo para morir en el hospital sin disponer de un maravedí con que pagar su entierro, según cuenta Las Casas, o para hacerse fraile franciscano hasta su fallecimiento, según la versión de López de Gómara.

Al tiempo que ocurren los hechos anteriores, la expedición de Nicuesa tiene que solventar no pocas dificultades. Después del encuentro con Ojeda en Cartagena, la flota nicuesina toca en Coiba para entrevistarse con el cacique Careta. Desde este punto, el gobernador se dirige a Veragua con dos bergantines y una carabela ordenando le siguiese más tarde con el resto de la gente su capitán general, Lope de Olano. El desorden ocasionado por las imprecisas instrucciones hace que se produzca una lamentable dispersión. Nicuesa acaba naufragando en Zorobaro con poca gente, mientras el resto, tras muchos avatares, se concentra en la desembocadura del río Veragua, donde comienzan la construcción de un

fortín, hunden las naves para evitar cualquier tentativa de escapada y eligen a Olano como capitán y gobernador provisional hasta encontrar a Nicuesa. El nuevo capitán, con la autoridad adquirida democráticamente, inicia el cultivo de tierras con miras a un poblamiento estable, construye una carabela con los restos de las destruidas y logra rescatar de su aislado refugio al perdido Nicuesa. Éste, de carácter violento e irreflexivo, acusa de usurpador a Olano condenándole a arresto y ordena el abandono de la incipiente colonia sin atender los ruegos de quienes ya esperaban una rica cosecha. Con los bergantines y la nueva carabela marcha a Puerto Bello, refugio antaño utilizado por Colón, deja en él de guarnición a la mitad de su gente después desufrir más de veinte muertos por la acción de los flecheros indios y con la otra mitad establece, junto al cabo Mármol, el fuerte y población de Nombre de Dios. Aquí se queda finalmente aislado con menos de cien hombres de los 780 que iniciaron la campaña.

En Urabá, mientras tanto, las cosas también se complican. Pasados cincuenta días sin noticias de Ojeda, el destacamento capitaneado por Pizarro decide abandonar la inhóspita zona para dirigirse a Cartagena. Los setenta hombres que sobreviven después de las constantes desventuras, embarcan en dos bergantines, uno de los cuales se hunde a poco de la partida en tanto el otro encuentra a la altura de Cochibocao una nao y un bergantín en los que traía las ansiadas provisiones el bachiller Enciso, socio de Ojeda y alcalde mayor de su gente según provisión real. El recién llegado cree que Pizarro y los 35 famélicos españoles que le acompañan son desertores de Ojeda y por ello ordena a todos regresar a Urabá, en cuya entrada se hunde la nave principal perdiéndose los víveres y quedando de nuevo la maltrecha expedición en condiciones de vida precaria y sometida al hostigamiento frecuente de los indios. En tales circunstancias, uno de los supervivientes, llamado Vasco Núñez de Balboa, jerezano que había llegado como polizón en la partida de Enciso, propone pasar a la otra orilla del golfo, donde, según anteriores exploradores y datos obtenidos en las poblaciones próximas, los indios parecían más tranquilos y era mayor la fertilidad de los campos. Así se hace, fundándose la villa de la Guardia, que, en contra de los pronósticos, es pronto acosada por las bandas guerreras del cacique Cemaco. Un centenar de españoles, después de encomendarse a Nuestra Señora de la Antigua, deciden arriesgarlo todo en un definitivo combate y arremeten contra las huestes indias, apoderándose de su poblado, en el que hallaron rico bo-

tín en alimentos, forrajes y adornos de oro. Como encuentran el lugar propicio para el cultivo y la defensa, llaman a los ochenta hombres que habían quedado en Urabá y con ellos fundan Santa María de la Antigua. La colonia es mal gobernada por Enciso, quien prohíbe los rescates de oro con los naturales bajo pena de muerte motivando una revuelta encabezada por Núñez de Balboa. Los amotinados destituyen al alcalde mayor, nombrado por Real Cédula, alegando que no se encuentra ya en territorio encomendado a Ojeda, y eligen en su lugar como alcalde a Vasco Núñez de Balboa. De este modo, la guarnición queda dividida en dos facciones enfrentadas.

En 1510 parte de Santo Domingo Rodrigo Enríquez de Colmenares con dos carabelas provistas de armas y hombres para socorrer a la gente de Ojeda como consecuencia del aviso dado por éste. La expedición pierde cincuenta y cinco españoles que, tras caer muertos, son devorados por los indios caníbales en un primer desembarco y llega después al golfo de Urabá, donde no se encuentra rastro de sus antecesores. Durante toda la noche los recién llegados encienden hogueras en las alturas próximas a la costa y disparan la artillería de las carabelas, con lo cual logran ser localizados desde La Antigua llevándose a efecto, con inmenso entusiasmo mutuo, el deseado contacto. Los venidos y los hallados celebran un emotivo festín, contabilizan sus efectivos y medios, que en conjunto suponen ciento cincuenta hombres, dos naos y dos bergantines, y se consideran un verdadero ejército capaz de superar cualquier amenaza o peligro. Para terminar con el enfrentamiento entre balboístas y encisistas, se acuerda que Colmenares con su nave y un bergantín vaya en busca de Nicuesa para ofrecerle la gobernación del territorio, dado que posee legales atributos concedidos por el Rey.

Colmenares encuentra en Nombre de Dios a Nicuesa en estado de extrema necesidad con sus sesenta últimos hombres desharrapados y hambrientos. Naturalmente, la oferta de mando recibida es acogida con enorme alegría por un gobernador que se creía perdido, y éste ordena de inmediato el traslado de toda la guarnición al Darién. Durante la travesía, vuelve Nicuesa a dar pruebas de su falta de prudencia haciendo que se adelante el bergantín con órdenes terminantes prohibiendo rescatar oro y envía amenazantes mensajes de castigo a Enciso y Balboa. Ante esto, los habitantes de La Antigua, reunidos en consejo, condenan a Nicuesa apenas desembarca enviándolo a La Española en un bergantín desvencijado que jamás llegó a su destino.

Desaparecido el gobernador, los balboístas, más numerosos al sumarse a su partido la gente de Colmenares, exigen a Enciso que presente la provisión real de su nombramiento, y como la hubiera perdido en el naufragio de Urabá, le prenden acusado de haber usado oficio de juez sin facultad del Rey. El maltratado bachiller, desesperado, apenas obtenida su libertad embarca para Santo Domingo y de allí emprende camino a España para presentar sus quejas al Rey.

En cuanto Vasco Núñez de Balboa se ve libre de rivales, comienza a ejercitar su autoridad con energía y tino. Envía a Santo Domingo a dos emisarios, Valdivia y Zamudio, para pedir refuerzos y dar cuenta del expediente seguido a Enciso. Organiza después la población dedicando una parte al cultivo de la tierra, otra a su defensa y con 130 hombres escogidos constituye una columna armada que le va a servir de instrumento para una serie de campañas en las que, sistemáticamente, combina la fuerza y la diplomacia. Valiéndose de tres intérpretes españoles conocedores del idioma de los indios y de una hermosa amante india que le era plenamente leal, fue atrayéndose a los principales caciques de la zona. A todos presta ayuda en sus rivalidades locales, dándoles abundantes pruebas de amistad, sin perjuicio de intervenir contundentemente con sus soldados a la menor muestra de deslealtad. Distribuye los botines que cobra en sus correrías entre soldados y colonos aumentando así el grado de interés general y acopia cuanta información puede para mejor orientación de las incursiones incansables que practica. En este sentido, resultan decisivas las noticias que le facilita Panquiaco, hijo mayor del cacique Comagre, quien le refiere que en la tierra de Tumanamá, tras unas sierras pobladas por caribes, existe otro gran mar con prósperos pueblos en sus orillas. Es ésta la gran nueva. El anuncio de que se ha localizado el tan buscado mar de las Indias o del Sur. Y ello mueve a Balboa a regresar entusiasmado al Darién para comunicar el hallazgo a Santo Domingo y al Rey, remitiendo a éste el quinto que le corresponde de todas las riquezas hasta entonces obtenidas. Como emisario vuelve a recurrir a Valdivia, una vez hubo regresado de La Española, con la mala fortuna de que mensajero y riquezas se pierden, desapareciendo para siempre en una tempestad.

Ignorante de la suerte de su emisario, prosigue Balboa sus incesantes exploraciones transportando ahora sus tropas en un bergantín y numerosas barcas.

Los años 1512 y 1513 revisten notoria importancia en el proceso de

la implantación española en el Nuevo Mundo, pues en ellos se difunde la existencia, aún por comprobar, del mar del Sur y se consagran los dos focos de actividad diferenciados en la amplia cabeza de puente ultramarina ocupada por los súbditos de la Corona de Castilla. Uno sigue radicando en La Española, con Diego Colón como gobernador. Desde este foco se irá realizando la conquista y el poblamiento sistemático de Jamaica, Borinquen, o Puerto Rico, y Cuba. El otro foco está en Santa María de la Antigua del Darién, donde Balboa, caudillo surgido espontáneamente de la base popular, se apresta al asalto del océano que se llamará Pacífico.

En la retaguardia metropolitana, donde acaba de producirse la anexión de Navarra consumándose la unidad nacional española, el eco de los acontecimientos provoca reacciones trascendentes. Primero, llega el bachiller Enciso con las denuncias sobre Balboa, que motivan una rigurosa sentencia del Consejo de Indias contra el supuesto rebelde. Antes de ejecutarla, se presenta la embajada de Colmenares y Quicedo con las noticias del mar del Sur. La relación de los éxitos logrados en Tierra Firme produce una inmensa alegría y hace que la Corona conceda a Balboa el nombramiento de gobernador provisional del Darién. Ya es general la convicción de que, al otro lado de la Mar Océana, se ha dado con un verdadero continente nuevo que ofrece grandes posibilidades para la conquista y el poblamiento. Juristas y teólogos perfilan los criterios y justificaciones morales que permiten las inevitables guerras de expansión. Se publican las Leyes de Burgos para protección de los indios.

Aún obsesiona la búsqueda de rutas comerciales que conecten con las Indias de Marco Polo a través del hemisferio occidental reservado a Castilla. En este sentido, el mar localizado por Núñez de Balboa constituye un acicate para la acción. Pero desde ahora preocupa alcanzar también el dominio efectivo de lo que comienza a llamarse Nuevo Mundo.

Consideraciones estratégicas

1. *Situación dialéctica*

A los diez años del descubrimiento, España mantiene abierto un frente americano donde se desarrolla un conflicto con arreglo a planteamientos estratégicos cuyas bases han cambiado sustancialmente. La

pugna dialéctica violenta permanece establecida entre una potencia hispana, decidida a apoderarse de las tierras que se van localizando allende la Mar Océana, y unos pobladores indígenas que se resisten a la dominación. La situación global no se ha modificado en dos décadas, pero sí han variado de manera importante, desde el punto de vista español, los factores determinantes de las grandes decisiones. El espacio donde se desarrolla la acción, la capacidad de los medios disponibles y el conocimiento del enemigo a batir se contemplan ahora de forma muy distinta a como se hacía cuando se proyectaron el segundo y siguientes viajes de Colón. Y parece conveniente repasar este panorama, para acercarse a la comprensión del comportamiento de España durante esta nueva fase de su proceso de implantación americano.

En 1502, el espacio afectado por la empresa americana consta de tres partes. Una retaguardia metropolitana desde la que salen y se sostienen las expediciones. Un área naval oceánica de inevitable utilización. Y una zona de objetivos cuyos perfiles varían a medida que se producen los acontecimientos. El grado de conocimiento de estas tres partes es muy diferente al que de ellas se tenía al comenzar la campaña colombina.

La retaguardia continúa asentada en la península, donde Sevilla y su entorno han ido adquiriendo, poco a poco, la condición de una gran base logística dedicada en exclusiva a la empresa colonizadora. En ella se encuentran los efectivos humanos aspirantes, voluntarios o forzosos, dispuestos a participar. Se acumulan los recursos materiales necesarios y se asienta la Casa de Contratación como órgano de intervención obligada en la preparación, dirección y control de las expediciones. La Casa estudia los proyectos y asesora a la Corona sobre su viabilidad; vigila el cumplimiento de las disposiciones reales; participa en el reclutamiento de efectivos y en la administración de bienes y servicios; recoge celosamente las experiencias de los viajes exigiendo a los marinos la entrega de los diarios de a bordo; anota con rigor los descubrimientos sobre un gran mapa que sirve de base a las cartas náuticas luego utilizadas por los expedicionarios, y mantiene una escuela de navegantes que proporciona pilotos preparados cada vez mejor para la actuación en el escenario atlántico. En conjunto, la plataforma andaluza de España es, en estos momentos, un vibrante foco de actividad que impulsa y condiciona la empresa americana sin verse amenazada por peligro alguno.

El área oceánica, antes espacio ignoto sólo abordable por los senderos que fue abriendo a duras penas Colón, se ha transformado en zona

de tránsito habitual con rutas variadas y experimentadas. Los vientos, las corrientes y las condiciones náuticas se conocen progresivamente mejor. En su ámbito, las islas Canarias constituyen un punto de apoyo obligado y fundamental. Los tiempos y las circunstancias pueden calcularse con relativa precisión, así como el rendimiento de las naves disponibles.

La zona de objetivos sigue centrada en el área de las Antillas. De ella existe un conocimiento amplio de la isla Española, prácticamente dominada por las fuerzas hispanas que han situado en Santo Domingo el principal reducto colonizador y explorador. Las noticias del resto de la zona son imprecisas. Hay datos incompletos de numerosas tierras que se suponen islas próximas al continente asiático o, tal vez, apéndices del mismo. Pero estas hipótesis mueven a confusión al no haberse encontrado rastros de los pueblos e imperios que deberían ocupar aquellos territorios conforme a las versiones de Marco Polo y de los geógrafos consagrados. El clima de este espacio es muy distinto al europeo. No se han hallado las deseadas especias ni los fabulosos tesoros esperados. Las rentas obtenidas por las sucesivas expediciones han sido, en general, modestas. Pero no han desaparecido las esperanzas de llegar en cualquier momento al soñado mar de las Indias y se mantienen altas expectativas de extraer oro y riquezas de los lugares ultramarinos.

En general, las condiciones de operatividad en el espacio afectado por el frente americano son mejores que al iniciarse el proceso implantador. Los objetivos siguen siendo moderadamente atrayentes una vez disipadas en parte las quiméricas ilusiones que despertó Colón. Y esta variación de atractivo influye en la cantidad y la calidad de los medios dedicables a la empresa. Cuando se jugó con las probabilidades de rápidos y fuertes enriquecimientos, la Corona monopolizó las expediciones financiándolas con fondos del Tesoro y encontró multitudinarias canteras de voluntarios dispuestos a enrolarse en ellas. Así, las partidas lograron organizarse con amplitud, dentro de los límites impuestos por la reducida capacidad naval de transporte, y estuvieron compuestas por individuos que pudieron ser seleccionados de entre las numerosas candidaturas. Ahora que los beneficios esperables son menos espectaculares, el Estado, encarnado en los Reyes, se resiste a ser único o principal inversor buscando la colaboración de la iniciativa privada de los mercaderes, aunque sin resignarse en absoluto a ceder el control y la dirección general de la empresa. Como consecuencia, para esta fase, en el aspecto de los medios, va a contarse sólo con la posibilidad de organizar grupos expedicionarios a menudo nu-

tridos con personal forzoso de baja extracción social. El afán de lucro de los promotores mercantilistas predomina sobre el primitivo idealismo religioso isabelino impuesto en las primeras expediciones estatales. Y la capacidad combativa del conjunto se resiente tanto por la reducción de los efectivos como por la menor calidad de los mismos.

Del enemigo se tiene, también, una impresión diferente de la inicial. Al emprenderse el segundo viaje de Colón, en 1493, se temía una posible intervención portuguesa y se esperaba luchar contra indígenas tribales de mínima capacidad de resistencia. Desde el tratado de Tordesillas los temores a Portugal han desaparecido y en 1502 es ya importante la experiencia recogida sobre la condición bélica de los llamados indios. Se sabe que, con ellos, los excesos de confianza pueden provocar desastres como el ocurrido a la guarnición de Fuerte Navidad. Está probada la posibilidad de que se produzcan levantamientos violentos generalizados como los sucedidos en La Española durante el gobierno de Bartolomé Colón. Pero, en líneas generales, ha quedado demostrada, hasta el momento, la enorme superioridad combatiente de los españoles que se han impuesto sin demasiado esfuerzo en cuantos enfrentamientos se han producido. El enemigo indio, en consecuencia, no es algo que preocupe en exceso ni a la Corona ni a las fuerzas expedicionarias, mucho más inquietas por el temor a lo desconocido, que sigue latente, y por el miedo a la furia de los elementos naturales imprevisiblemente desencadenables.

En resumidas cuentas, la situación dialéctica del enfrentamiento sigue manteniéndose entre dos bandos desiguales, uno de los cuales, el indio, apenas ha cambiado, mientras el bando español registra un notable descenso de su voluntad combativa, una momentánea reducción de medios disponibles para la acción, un superior conocimiento del espacio y de los procedimientos operativos y una generalizada sensación de superioridad hacia el oponente indio.

Al margen de los estrictos factores influyentes en la confrontación, existe un elemento que actúa como un estimulante agudo sobre la conciencia social española. Se trata de la corriente de información exterior que proporciona noticias abundantes y llamativas de los logros obtenidos por los portugueses. Se sabe en la incansable Corte itinerante de los Reyes Católicos que el país vecino avanza como un rodillo por el camino a las Indias Orientales. Las novedades señalan la fundación de destacamentos lusos en las proximidades de las islas de la Especiería. Con envidia se observan los progresos de la otra nación ibérica. Dirigentes

políticos, financieros y mercaderes castellano-aragoneses darían cualquier cosa por entrar en el rico campo comercial que están abriendo desde Lisboa. Y, en consecuencia, las ofertas exploradoras, desentendidas de las operaciones de ocupación territorial, tienen buena acogida en estos círculos elitistas.

2. *Estrategas del momento*

En el momento de que se trata, año 1502, la dirección suprema estratégica sigue en manos de los Reyes Católicos, que han alcanzado el cénit de la madurez política. Dentro del Consejo Real de Castilla ha adquirido personalidad y estabilidad el equipo de asesores que muy pronto se desligará del órgano matriz para constituir formalmente el Consejo de Indias. Con su contribución, la pareja de soberanos ejerce su autoridad sin oposición alguna. Sus decisiones son reposadas y firmes adoptándose siempre después de serenos y a veces largos procesos de elaboración. En ellos acostumbran a recibir y escuchar toda clase de informes sin comprometerse nunca con los autores, para imponer, finalmente, sus criterios, sin dar demasiadas explicaciones.

Sin embargo, este regio foco de poder que va a adoptar un nuevo plan estratégico para la actuación inmediata en el frente americano, ha de sufrir hondas transformaciones a lo largo de la fase que se inicia y sus mutaciones afectarán, de forma inevitable, a la dirección de las operaciones en su conjunto. La muerte de la reina Isabel, la hostilidad del heredero consorte Felipe el Hermoso con su suegro Fernando y el momentáneo abandono por éste de los destinos castellanos, ocasionarán un paréntesis de vacío en la dirección estratégica del conflicto americano. Vacío que han de llenar provisionalmente los funcionarios instalados en la burocracia recién creada hasta que, providencialmente, el cardenal Cisneros consiga reponer en el timón de la empresa al gran Fernando el Católico.

En el plano operativo, Cristóbal Colón conserva sus prerrogativas y rango de forma que parece continuar ejerciendo las responsabilidades de estratega único. No obstante, debajo de estos títulos honoríficos apenas queda capacidad práctica de mando. Los Reyes, que sostienen las apariencias prodigando distinciones a su almirante, le han vaciado de atribuciones. No pueden mantenerle como único jefe político-militar de las

fuerzas expedicionarias tras sus reiterados fracasos como gobernante. Pero tampoco quieren prescindir de unos servicios que han producido excelentes frutos. Por lo cual, sin menoscabo alguno de sus consideraciones honoríficas, le conceden el simple mando de una partida exploradora como justificante de su cuarto viaje y le señalan la prohibición expresa de inmiscuirse en la acción de los nuevos gobernantes de La Española.

Colón no es sustituido en el cargo de estratega general operativo. Simplemente lo que se anula es el cargo, recurriéndose al sistema de emplear jefes operativos con facultades concretas y limitadas. Así, la misión pobladora de La Española es conferida primero a Bobadilla para relevarle en el cargo Nicolás de Ovando, a quien se encomienda un fuerte contingente humano de carácter eminentemente colonizador para poblar y consolidar la dominación de La Española. La función de reconocimiento y exploración se encarga a jefes autónomos con pequeñas partidas de financiación privada como Ojeda (en sus varias expediciones), Rodrigo de Bastidas, Alonso Niño, los hermanos Pinzón, Cristóbal Guerra y Diego Lepe. Ellos, junto a Cristóbal Colón en su cuarto intento, protagonizan los conocidos históricamente como «viajes menores».

En general, al comienzo de esta fase no aparecen jefes operativos notables. El único que goza de gran prestigio es Cristóbal Colón, pero ya viejo, físicamente débil y con poderes muy restringidos en comparación con la fase anterior. Después, a lo largo de las operaciones, surgirán nuevas figuras a quienes se encomienda el mando, unas veces por su contrastada experiencia —caso de Alonso de Ojeda en su expedición a Tierra Firme—, otras, por su influencia político-económica como Diego de Nicuesa. Se confirmará la calidad individual del expedicionario común español, surgiendo prototipos extraordinarios como Diego Méndez, autor de hazañas asombrosas en Veragua y Jamaica. Y nacerán jefes naturales como Lope de Olano o Vasco Núñez de Balboa, salidos del anonimato y ascendidos a los puestos directivos en instantes críticos por procedimientos democráticos. Pero esto se producirá a impulsos de las circunstancias y no como consecuencia de las previsiones y planes establecidos.

3. *Plan estratégico inicial*

Lo mismo que en 1493, ante el éxito clamoroso del primer viaje de Colón, los Reyes Católicos plantean estratégicamente la actuación espa-

ñola en el frente americano, a partir de 1502 su modo de dirigir varía. Es una alteración metódica que da la impresión de responder a un nuevo plan en el que los criterios discrepan, en algunos aspectos, de los mantenidos durante la primera fase. Plan que, inicialmente, podría responder, siempre a tenor de los acontecimientos, a una formulación como la que sigue:

Finalidad: No se modifica en apariencia la primitiva. Sigue justificándose hacia el exterior el doble deseo de cristianizar las tierras descubiertas y extraer de ellas riquezas para alimentar las empresas europeas de España. Pero, así como antes las aspiraciones se desenvolvían en una situación difusa configurada por los fantásticos proyectos de Colón, ahora los hechos contrastados, las realizaciones efectivas de toda una década permiten concretar las intenciones. Y en este sentido, se observan dos claros y diferenciados propósitos. De un lado, dominar La Española, una gran isla donde la presencia castellana ha echado raíces y puede ser un asentamiento ideal para el comercio con las Indias, si se confirman las tenaces presunciones colombinas, una potente base avanzada para las expediciones en curso e, incluso, una importante fuente de extracción de riquezas. De otra parte está el propósito de seguir buscando los mares de las Indias Orientales para intervenir en el rico comercio de las especias tal y como comienzan a hacerlo los portugueses.

Idea general de la actuación: Proseguir los esfuerzos ultramarinos ya habituales para conservar en manos de la Corona la dirección y el control del conjunto de ellos con menor participación del Tesoro Público y superior contribución privada, actuando en las diversas esferas estatales según los siguientes criterios:

a) En el frente diplomático, mantener la actitud de concordia pacífica con Portugal vigilando estrechamente sus iniciativas en el área americana, así como las de los países que parecen interesados en aquélla. Apoyar y justificar las aspiraciones propias en las resoluciones de las favorables bulas papales ratificando su condición de normas internacionales de máxima autoridad para la cristiandad.

b) En el frente político-administrativo interior, reforzar la autoridad y capacidad intervencionista de la Casa de Contratación, imponiéndola como órgano de necesaria participación en la preparación y ejecución de las expediciones para exigir el cumplimiento de las instrucciones

reales. Al propio tiempo, estimular la actividad privada en el ámbito descubridor mediante la exención de tributos y la concesión de ventajas comerciales y de autoridad oficial a los dirigentes promotores.

c) En el frente operativo político-militar, propiciar dos tipos de expediciones. Unas, con destino a La Española y misión pobladora. Otras de carácter explorador, para conectar con los imperios establecidos en las Indias o hallar los mares que bañan sus riberas y a los que están accediendo los portugueses.

Distribución de medios y misiones: Para materializar la nueva concepción estratégica se adoptan una serie de medidas entre las que merecen destacarse las siguientes:

• La Corona continúa reservándose la exclusiva en las iniciativas y gestiones internacionales que prácticamente asume de forma personal el rey Fernando.

• Se confirma a Juan Rodríguez de Fonseca como superintendente de los asuntos de Indias, robusteciéndose su prestigio mediante la elevación a la jerarquía de obispo de Burgos. Para dar carácter definitivamente formal a la ya experimentada Casa de Contratación, se prepara una Ordenanza Real que verá la luz en 1503.

• En el plano operacional Cristóbal Colón es tácitamente relevado de su condición de virrey y gobernador, aunque se respeten sus títulos y signos externos honoríficos. Se le encomienda una expedición exploradora en la que tendrá los atributos de capitán general, de igual modo que se hará con los jefes de posteriores expediciones. El cargo de gobernador se encomienda a Nicolás de Ovando, mas con atribuciones limitadas a la isla Española y a su entorno. La Corona suprime así el mando único del teatro de operaciones y deja abierta la responsabilidad de designar nuevos gobernadores y adelantados si lo aconsejan la magnitud e importancia de futuros descubrimientos y ocupaciones territoriales.

Condiciones de ejecución: La distribución de cometidos también en esta ocasión es acompañada por disposiciones funcionales, paralelas a los nombramientos, que contribuyen a asegurar los propósitos reales orientando los distintos esfuerzos en la dirección que se ha elegido.

Para que la intervención de la Casa de Contratación resulte efectiva en manos de Fonseca, se refuerza su capacidad expresamente en los aspectos financiero, contable, administrativo y judicial a la vez que se po-

tencia su condición de centro acumulador de los conocimientos científicos y geográficos que van obteniéndose. Sus posibilidades de control expedicionario se materializan al imponerse la obligación de incluir en el seno de todas las partidas funcionarios reales —escribanos, tesoreros, veedores— encargados del estricto registro de los sucesos, así como del minucioso control de las riquezas rescatadas y de la consignación al Tesoro de cuanto esté acordado en capitulaciones.

A efectos operativos, con financiación mixta estatal y privada, se organizan dos nuevas expediciones que servirán de modelo a las siguientes. La que recibe la misión de poblamiento se encomienda a Ovando y es voluminosa y fuerte. La componen dos mil quinientos hombres, la mayoría de los cuales son reclutados como colonos a los que se proporciona abundancia de semillas para cultivar los campos. Sus instrucciones incluyen la fundación de urbes con la idea de que la población europea se instale de forma estable en ciudades con vocación de permanencia. Las órdenes de impedir que pequeños grupos hispanos circulen aislados por el interior de la isla parecen dictadas, como resultado de la experiencia obtenida, para evitar las frecuentes pérdidas humanas en emboscadas y para limitar los abusos cometidos con la población indígena, que ocasionaron desórdenes y levantamientos.

La expedición dirigida por Colón para su cuarta aventura atlántica es autorizada conforme a los primeros viajes y al modelo explorador portugués. Sólo cuatro navíos pequeños con poco más de cien hombres entre marinería y soldados. Los permisos para reconocimiento y ejecución de rescate son amplios, aceptándose únicamente para casos extremos la posibilidad de poblamientos. Las condiciones de travesía se fijan con relativa precisión, prohibiéndose los desembarcos en La Española y sus dependencias, salvo en circunstancias de peligro insuperable. La misión que se le concede encierra la posible llegada definitiva a los territorios asiáticos de las Indias Orientales. Ello supondría la necesidad de destacar embajadas solemnes a los príncipes locales, por lo que interesa incluir entre los navegantes personas de alto rango y representación como Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé, a quienes se mantienen sus cargos de almirante y adelantado, respectivamente. La misma hipotética circunstancia exigiría la relación con países de religión mahometana, razón por la cual se insta al viejo navegante a enrolar algún intérprete de lengua árabe.

En general, a partir de 1502, las expediciones lanzadas hacia el Nue-

vo Mundo van estrechando paulatinamente la banda concedida a la improvisación y reciben instrucciones concretas en las que se trata de aprovechar toda pasada experiencia positiva y de evitar la repetición de errores. La tendencia a una creciente burocratización es sensible. Los Reyes incrustan a sus funcionarios en todas las partidas navales y en los establecimientos terrestres para garantizar que sus mandatos políticos se cumplan y que sus intereses económicos se respeten. Esto favorece la uniformidad de las acciones, asegura el control y aprovechamiento de los esfuerzos y, sobre todo, materializa la presencia del poder real más allá de los mares. Pero esa misma burocratización, en ocasiones, está llamada a limitar la iniciativa de los capitanes e interferirá negativamente la acción de su autoridad.

4. *Comportamiento operativo*

Antes de ponerse en ejecución el nuevo plan estratégico, mientras se concibe y prepara, los Reyes se mantienen a la expectativa, dejando que los acontecimientos se desarrollen de acuerdo con los impulsos anteriores. En La Española sostienen a Bobadilla como gobernador, pese al escándalo provocado por el apresamiento de Colón. En España, permiten que la Casa de Contratación sea promotora de expediciones al istmo americano financiadas con dinero privado. Así, flotillas dirigidas por Pedro Alonso Niño, Rodrigo de Bastidas, Vicente Yáñez Pinzón, Diego Lepe y Cristóbal Guerra recorren las costas septentrionales de América del Sur con fortuna varia. Algunos, como Niño y Bastidas, regresan cargados de tesoros. Otros acaban arruinados. Todos proporcionan información geográfica valiosa y datos que alientan a seguir. En las correrías se acreditan personajes cuyo prestigio va a convertirles en asesores privilegiados de la Corona. Juan de la Cosa, Américo Vespucio y Vicente Yáñez Pinzón resultan figuras sobresalientes en este aspecto.

En el año 1502 el paréntesis de tolerancia se acaba. La Corona empieza a tomar decisiones derivadas del nuevo planteamiento. Sin vacilar actúa simultáneamente en las dos direcciones que ha elegido. Nicolás de Ovando es enviado a La Española para poblar. A Cristóbal Colón se le envía hacia el brumoso espacio de Tierra Firme para explorar. Desaparece en la práctica la teórica figura del mando único del teatro de operaciones, concediéndose amplia autonomía a los jefes operativos, aunque

deslindando sus particulares esferas de competencia y jurisdicción a fin de evitar interferencias entre ellos. Las cartas náuticas atesoradas en Sevilla y el planisferio confeccionado por Juan de la Cosa proporcionan datos suficientes para fijar las rutas navales y señalar los límites de la zona de acción.

Ovando recibe la triple misión de restablecer el orden, fundar poblaciones y pacificar el territorio y empieza a cumplirla con la rigidez y frialdad del auténtico tecnócrata. La ley es su arma, como lo será en adelante de muchos gobernantes coloniales, y la esgrime con energía ciega. Con la ley en la mano procesa a los anteriores gobernantes y a los más significados dirigentes de las pasadas revueltas. Apoyándose en la ley rechaza las pretensiones de Colón cuando éste le pide amparo. Su inflexible reglamentarismo genera orden, pero, unido a la ignorancia propia del bisoño, cuesta también a España treinta barcos y ricos tesoros, al desatender los anuncios de tempestad hechos por el almirante. Cristóbal Colón, viejo, achacoso y enfermo, navega como un consumado maestro y atraviesa el Atlántico batiendo sus propias marcas. Pero no se dirige a la zona del istmo americano como estaba previsto y ordenado, sino que corre a Santo Domingo contraviniendo las instrucciones. Después, rechazado por el gobernador, consuma el último viaje, en el que continúa poniendo de manifiesto sus virtudes y defectos habituales. Como explorador prodigioso, obcecado por la búsqueda al paso al mar de las Indias, no descansa hasta agotar la resistencia de los navíos. Desprecia, incluso, las posibilidades de encontrar riquezas que se le ofrecen en la isla de los Pinos y las costas de Veragua. Como gobernante y jefe militar no acierta a imponerse cada vez que baja a tierra. En río Belén y en Jamaica, sus medidas provocan la indisciplina en sus filas y la hostilidad de las poblaciones indígenas. En ambos casos le salva el enérgico carácter de su hermano Bartolomé y la sorprendente capacidad individual de sus subordinados españoles. Uno de ellos, Diego Méndez, reitera hazañas que parecen increíbles derrochando a raudales iniciativa, ingenio, valor audaz y lealtad inquebrantable. Gracias a él y a otros de la misma madera, el viejo almirante puede, al fin, regresar a La Española para ser testigo de un modo de gobernar muy poco parecido al suyo.

Nicolás de Ovando, después de su vigoroso inicio de gobierno, está cumpliendo las misiones de poblar y pacificar al pie de la letra. Ha reorganizado y reforzado en la isla antillana las ciudades de Santo Domingo, Santiago, Concepción y Bolao. Ha fundado en lugares bien elegidos los

pueblos de Santa María de Yáguana, Salvatierra de la Sabana, Yáquimo, San Juan de la Maguana, Azúa de Compostela, Puerto Real, Lares de Guahaba y otros lugares, donde se concentra, en buenas condiciones de defensa, la guarnición española. Ha acabado con el bandolerismo de los aventureros y sofocado con dureza los conatos de rebelión india. En este punto, su procedimiento general de acción es tan simple como efectivo. Constituye columnas formadas por trescientos o cuatrocientos soldados a pie y cincuenta o sesenta a caballo. Con este núcleo ataca, por sorpresa y preferentemente de noche, las concentraciones adversarias apenas organizadas, destruyendo los poblados y persiguiendo con patrullas ligeras de caballería a los supervivientes en fuga. Su conducta es censurada por los religiosos, especialmente tras la cruel e innecesaria ejecución de la princesa Aracaona. Pero la eficacia de sus métodos hace que los Reyes prorroguen su mandato.

En 1504 el proceso español de implantación en América sufre una verdadera conmoción. A poco de regresar Colón a España, muere la reina Isabel y el foco de decisiones estratégicas superiores que ha dirigido ininterrumpidamente las operaciones queda paralizado por causas políticas. Durante cuatro años no se registran iniciativas de importancia, manteniéndose la situación gracias a la inercia del aparato administrativo montado en La Española y la metrópoli. Se prepara una expedición a La Especiería encargada a Vicente Yáñez Pinzón y se suspende hasta que el Consejo de Regencia acierta a suplir la momentánea ausencia del rey Fernando gracias a que el enérgico cardenal Cisneros toma las riendas para continuar la labor siguiendo el plan del Rey.

Las decisiones adoptadas en la cumbre estratégica española en los años 1508 y 1509 impulsan de nuevo el proceso en el mismo sentido iniciado en 1502. Fernando, con la Junta de Navegantes de Burgos, asume la dirección. Se quiere consolidar el dominio efectivo de La Española y a ella se envía, como virrey y gobernador, a Diego Colón en reconocimiento de los derechos adquiridos por su padre. Se sigue pretendiendo localizar el paso al mar de las Indias y, a tal fin, se autorizan las expediciones de Ojeda y Nicuesa al área de Tierra Firme.

Diego Colón no brilla como gobernante, pero tampoco encuentra problemas de envergadura en una isla por completo pacificada. Como su padre, practica el nepotismo y provoca discordias internas. No ejerce de estratega operativo. Sus ambiciones particulares le distraen de las tareas rectoras. Pero, a pesar de todo, durante su mandato La Española se con-

vierte en un trampolín para las expediciones preparadas y autorizadas en España. De ellas parten las que logran poblar Jamaica, Puerto Rico y Cuba.

Ni Ojeda, ni Nicuesa, prácticamente independientes en sus misiones de exploración, se distinguen como jefes de capacidad notable. Sus expediciones están jalonadas de desastres. Su falta de habilidad es superada gracias a la indomable voluntad que ambos demuestran y, mucho más, por el grado de resistencia que otra vez revelan los núcleos y expedicionarios hispanos. En su seno aparecen originales comportamientos que van a repetirse a lo largo de todo el proceso. Olano, en un momento crítico, destruye las naves para impedir toda huida, como después hará Cortés. Vasco Núñez de Balboa, desde la ínfima posición de proscrito, consigue alzarse con el mando expedicionario mediante procedimientos democráticos que volverán a practicarse más tarde. Su condición de jefe natural va imponiéndose poco a poco hasta culminar en la localización del mar del Sur.

En estos momentos los objetivos pretendidos por el segundo plan estratégico concebido por los Reyes Católicos se han conseguido. España tiene una sólida cabeza de puente dominada y poblada en La Española. Y sabe dónde está situado el mar de las Indias. Proseguir exige nuevos planteamientos.

5. *Principios de actuación y modelo estratégico adoptado*

La segunda fase de la implantación española en América (1502-1513) responde a un planteamiento estratégico diferente al inicial, pero en ella los principios de actuación no cambian.

A nivel estratégico superior, la *voluntad de vencer* continúa siendo el motor del proceso. Sólo en el paréntesis ocasionado por la ausencia de Fernando del trono de Castilla se debilita y, precisamente, es en ese plazo cuando se observa una fuerte recesión de la actividad ultramarina, que queda limitada a la realización de movimientos de rutina para mantener lo alcanzado sin emprenderse nuevas iniciativas. Éstas resurgen vigorosas en cuanto Fernando vuelve a asentarse en el poder. El ansia de conquistas y descubrimiento procede siempre de la cúpula del Estado y se resiente cuando se ve afectada por crisis políticas, para recuperarse al pasar aquéllas. Pero ya en este tiempo comienza a detectarse la existencia de

corrientes intelectuales que deterioran poco a poco la voluntad de triunfo. Proceden de los círculos religiosos más puros y más radicales que, alarmados por algunos excesos cometidos con los indios, plantean la duda de la licitud moral de la conquista. Su más sonora voz es la de fray Bartolomé de las Casas, cuyos argumentos impresionan tanto a la conciencia de los Reyes como a las de sus asesores, especialmente teólogos. Unos y otros buscan razonamientos que justifiquen los procedimientos ofensivos, no pudiendo evitar que sus convicciones vacilen. Se da así la paradoja de que la religión católica, factor principal del impulso expansionista, se convierte también en uno de sus más efectivos frenos.

La *reiteración de esfuerzos* se sigue practicando como regla invariable. Para dominar La Española se envía primero a Ovando y luego a Diego Colón. Para buscar el camino de La Especiería se recurre sucesivamente a Cristóbal Colón y después a Nicuesa y Ojeda. En ningún momento pretende resolverse la cuestión ultramarina con golpes decisivos y definitivos. El método adoptado como único es el de avanzar paso a paso, enviando expediciones una tras otra para ganar paulatinamente espacio e información.

La *unidad de mando* se respeta como algo esencial en el escalón estratégico más elevado. Mientras subsiste, las decisiones se adoptan y ejecutan con efectividad y energía. Cuando la unidad se quiebra, las disposiciones y órdenes o dejan de producirse o lo hacen con premiosidad y escaso rigor. Ello queda patente durante el mandato del Consejo de Regencia, órgano colegiado del que apenas salen resoluciones efectivas. Y esto lleva aparejado un inmediato debilitamiento de los principios de *cooperación y coordinación de esfuerzos.*

En esta fase la *libertad de acción* es obtenida por los estrategas españoles sin demasiado trabajo. El voluntario apartamiento portugués del proceso y la reducida resistencia del oponente indio no exigen la adopción de medidas especiales para asegurar la maniobra propia y descomponer la enemiga. España intenta cuanto le permiten los medios humanos y materiales de que dispone y se preocupa poco del enemigo. Lo hace recurriendo de manera crónica a una *economía de medios,* no calculada sobre la base de repartir adecuadamente los recursos para obtener dispositivos militares equilibrados, sino con la idea de ahorrar costos al máximo. Por ello, la mayoría de las expediciones llevadas a cabo durante la época son reducidas numérica y materialmente.

En el ámbito operativo, desaparece el *mando único del teatro de opera-*

ciones. Por tal causa se registran tensiones y roces indeseables entre quienes pretenden obrar por su cuenta sin aceptar o reconocer la existencia de autoridades locales y superiores. Fruto de esta situación es la frecuencia de disensiones ocurridas entre Colón y Ovando, así como entre éste y Ojeda y Nicuesa. También lo es la práctica inexistencia de *cooperación y coordinación* entre los expedicionarios. Lo que se mantiene fehacientemente a nivel operativo es una exaltada *voluntad de vencer* que permite, incluso a jefes mediocres, superar graves dificultades.

En conjunto, España sigue utilizando en esta fase un modelo estratégico de corte «maniobra de aproximación indirecta» para perseguir dos objetivos importantes (dominación de La Española y hallazgo del mar de las Indias) con escasas fuerzas. Lo hace mediante tanteos, buscando la consecución de objetivos secundarios sucesivos en un proceso de larga duración en el que lo fundamental es no desgastar en exceso los recursos propios.

Dentro de esta tónica general, Nicolás de Ovando, único que combate de manera regular y un tanto sostenida, recurre al clásico modelo de «conflicto violento tendente a una victoria militar». Como su superioridad es manifiesta, trata en todo momento de destruir a las fuerzas adversas en la batalla. Se vale de una buena información habitual, localiza con precisión los gruesos de las formaciones enemigas, concentra sus propios medios y los lanza al choque contra el adversario por sorpresa, persiguiendo implacablemente los restos dispersos del oponente batido. Su éxito no alcanza brillantez por la escasa entidad del enemigo derrotado, pero su actuación es militarmente impecable.

Capítulo IV

CONQUISTA DEL PASO A LA MAR DEL SUR

Acontecimientos

Cuando Núñez de Balboa difunde la noticia de la localización del mar de las Indias en la zona de la Tierra Firme que él explora, se produce una honda conmoción en todos los círculos españoles relacionados con el Nuevo Mundo. Tanto a nivel oficial como a escala popular, la expectación y el interés crecen no sólo en los dos principales focos de acción ultramarinos —Santo Domingo y Santa María de la Antigua—, sino en los centros de decisión que giran alrededor del eje Corte de Castilla-Casa de Contratación de Sevilla.

La Corona, envuelta en los complicados problemas ocasionados por la transición política, tras la muerte de Isabel la Católica había cedido la iniciativa exploradora a la gestión privada, aunque manteniendo un estrecho control y vigilancia. Ahora, el intervencionismo estatal se intensifica, aumenta la participación de la Hacienda en las expediciones, las instrucciones a los expedicionarios se hacen mucho más formales y rigurosas y se pretende establecer un orden político y judicial en los territorios alcanzados, semejante al consagrado en la metrópoli castellana. Estos criterios, al aplicarse sobre situaciones que ya venían desarrollándose con características diferenciadas, dan lugar a una serie de sucesos que se interrelacionan en lo que podrían considerarse como tres grandes frentes.

El frente de La Española, hasta estos momentos cabeza principal y única de toda la acción exploradora, antes como sede del primer almirante y luego de su sucesor Diego Colón, pierde relevancia jerárquica y pasa a convertirse en espacio de poblamiento y centro de un círculo de expediciones de radio limitado. La Tierra Firme donde se asienta Santa

María de la Antigua adquiere en la práctica cualidad de frente autónomo con un gobernador directamente dependiente de la Corona desde la llegada de Pedrarias Dávila. Y un tercer frente se abre en Sevilla para impulsar exploraciones que busquen el paso naval al mar del Sur navegando al mediodía de la línea equinoccial. Los acontecimientos, en cada uno de estos grandes compartimentos, se producen con relativa independencia y ofrecen caracteres que interesa conocer por separado.

* * *

En La Española, la condición de Santo Domingo como capital del Nuevo Mundo se había consolidado con la llegada el 10 de julio de 1509 del segundo virrey y almirante de las Indias Diego Colón, quien, con el apoyo de Cisneros, logró hacer efectivos los derechos hereditarios que le asistían, siquiera parcialmente. El flamante gobernador general se presenta en La Española acompañado del fundador de la ciudad, Bartolomé Colón, de su otro tío Diego, de su joven hermano bastardo Fernando, de su esposa la virreina doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba, y de un lucido séquito en el que no faltaban damas cortesanas dispuestas a contraer matrimonio con algunos residentes ya convertidos en ricos terratenientes. Establece una verdadera Corte colonial, distribuye los cargos administrativos con el nepotismo característico de la familia Colón y remite a España a su antecesor Ovando en una flota puesta bajo la inexperta dirección de su hermano Fernando que acababa de cumplir veinte años de edad.

Diego Colón, amante del boato, sienta sus reales en una gran fortaleza-palacio, distribuye los repartimentos de indios con criterios caprichosos y arbitrarios y practica un gobierno generador de creciente malestar entre los colonos, lo que fuerza a Fernando el Católico a ir progresivamente reduciendo sus atribuciones. En 1511 le aparta de la jurisdicción, al crear la Audiencia de Santo Domingo, que se encomienda a los frailes jerónimos, le arrebata la facultad de repartimento confiándosela a Diego de Alburquerque y establece el primer Obispado de Santo Domingo para conceder mayor respaldo e influencia a la labor vigilante de los religiosos.

Intensificado el cultivo de la caña de azúcar en la isla, y acelerada la extracción de oro de las minas de Cibao, la mano de obra indígena va extinguiéndose, siendo sustituida por esclavos negros africanos que

ya desde 1500 habían empezado a importar mercaderes genoveses y portugueses. En los campos surgen amplias haciendas cuyos amos españoles gustan de una vida plácida y cómoda. Junto a esta clase de acomodados colonos, cada vez más extensa, conviven los aventureros, insaciables buscadores de oro, quienes provocan constantes y graves incidentes; los aspirantes a conquistadores, que esperan en la ciudad su oportunidad de incorporarse a nuevas expediciones; los burócratas de origen palaciego, que van constituyendo un funcionariado rígido materializador de las decisiones de la Corona; y los religiosos apasionados por la tarea evangelizadora y empeñados en frenar los abusos de sus conciudadanos respecto a los pacificados indios.

A medida que ha ido poblándose de manera estable La Española, crecen las tendencias a salir de ella buscando nuevos y atractivos espacios. Jamaica es ocupada por Juan de Esquivel, quien tiene como capitán a Pánfilo Narváez. La isla Fernandina o de Cuba es reconocida por Sebastián de Ocampo, pero aún no cuenta con establecimientos permanentes. Borinquén, llamada luego Puerto Rico, estuvo encomendada primero a Vicente Yáñez Pinzón como capitán y corregidor y después a Ponce de León, que se alía con el cacique Guaybena y funda un poblado en la región de Caparra.

Con una política expansiva, Diego Colón intenta desde el comienzo imponer sus métodos arbitrarios desposeyendo a Ponce de León de sus títulos para encomendar a Juan Cerón la conquista completa de Puerto Rico. Éste no es reconocido por la incipiente colonia española, que llega a encarcelarlo y a paralizar las operaciones hasta que una Real Cédula de Fernando el Católico confirma a Ponce como adelantado o gobernador. Con él al frente, los progresos territoriales en la isla resultan inicialmente rápidos gracias a la colaboración de Guaybena, al temor indio a los caballos y a la creencia de que los españoles eran inmortales. Al fin el grupo hispano consigue imponerse y cuando el territorio alcanza un nivel de pacificación satisfactorio el pueblo de Caparra se abandona, fundándose la villa de San Juan como capital de la isla.

En tanto se domina Puerto Rico, Juan de Esquivel consolida la ocupación de Jamaica estableciendo su capitalidad en Santiago de la Vega, donde continúan su labor Juan de Camargo y Francisco de Garay, protegido de Diego Colón. Simultáneamente, desde La Española se procede a la invasión definitiva de Cuba.

En 1511 Diego Colón decide conquistar Cuba, de la que se conocía

el perímetro y algunas informaciones imprecisas acerca de la población. Se sabía que los nativos de la zona oriental cubana vivían sojuzgados y aterrorizados por un cacique de origen caribe, llamado Hatuey, que se había refugiado en el territorio con su tribu, huyendo de los españoles. Se presumía que esta situación podía facilitar la conquista y para ejecutarla se nombra teniente al mayor hacendado de la provincia de Xaraguá, Diego Velázquez de Cuéllar, hombre de plena confianza de Colón por haber pertenecido a la servidumbre de su tío el adelantado Bartolomé.

Velázquez, como teniente de Diego Colón, recluta 300 españoles, fleta 3 navíos y sale del puerto de la Sabana para desembarcar en la costa oriental de Cuba, donde es recibido con entusiasmo por la tribu de los arawaks. El cacique Hatuey, como se esperaba, se opone violentamente a los invasores, que reciben de Jamaica el refuerzo de treinta experimentados soldados al mando de Pánfilo de Narváez. Éste es nombrado capitán general de la expedición y derrota a Hatuey, a quien se juzga y condena a la hoguera por las atrocidades cometidas con los nativos autóctonos. Después, Narváez se interna en la isla, estando a punto de perecer en una emboscada india preparada en la zona de Bayano, pero, superado el trance, recurre al procedimiento del terror para anular la superioridad númerica adversaria. En el Camagüey, los españoles desencadenan una verdadera matanza como consecuencia de la cual prácticamente la totalidad de las tribus se someten a la autoridad española. Esta distribuye a los indios conforme al sistema de los repartimentos y las encomiendas y los colonos europeos se despliegan sobre el territorio fundando siete poblaciones de estructura similar a los concejos castellanos. Así surgen Baracoa, Bayamo, Trinidad, Sancti-Spíritus, San Cristóbal de la Habana y Santiago de Cuba.

Cada una de las islas conquistadas llega a ser un punto de apoyo potencial para posteriores expediciones. En su seno, sólo un puñado de españoles se aviene a ser colono conformándose con las tierras y los indios recibidos para dedicarse a la agricultura, la ganadería y la minería. Otros, menos beneficiados o más inquietos, se muestran ansiosos de emprender nuevas aventuras fuera del encierro isleño. Los gobernantes locales intrigan para hurtarse a la dependencia del gobernador territorial y obtener de la Corona títulos y permisos que les concedan más amplia autonomía. Nada les parece imposible. Los logros obtenidos alimentan la fe en lo natural y sobrenatural, transformando cualquier quimera fantástica en objetivo atrayente de empresas factibles. Así, circulan leyendas como la de

la fuente de la eterna juventud, que alguien sitúa en un lejano territorio llamado Bímini, y Juan Ponce de León, recién destituido como gobernador de Puerto Rico, firma unas capitulaciones para ir en su busca. Con menguado acompañamiento discurre por varias de las islas Lucayas y a finales de 1512 o principios del 13 arriba a las costas de La Florida, quince años antes visitadas por Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio. Combate tenazmente con diversas tribus hostiles y, agotados sus recursos, regresa a Puerto Rico dispuesto a preparar una posterior acción alimentada por la misma esperanza.

Las andanzas de Vasco Núñez de Balboa en Tierra Firme y los ecos de los preparativos que en España se hacen para la expedición de Pedrarias Dávila conmocionan el mundillo antillano. De La Española y de Cuba marchan no pocos veteranos para incorporarse a la empresa del descubrimiento de la mar del Sur y tener opción a las riquezas que se anuncian abundantes. Muchos de ellos retornan a sus bases de partida, una vez pacificado el istmo continental y esfumados los sueños de rápidas ganancias. Son hombres cuya fiebre aventurera no se apaga animándoles a abrir nuevos caminos. En el año 1517 ciento diez de ellos se conciertan en Cuba con un hidalgo rico asentado en la isla llamado Francisco Hernández de Córdoba. Le nombran capitán del grupo, compran entre todos dos navíos y deciden navegar hacia el continente para acabar con el aburrido ocio colonial, buscar y descubrir tierras nuevas y aplacar en ellas sus afanes. Como sus recursos económicos son insuficientes, logran que dos financieros se asocien a la empresa aportando, cada uno, dos mil castellanos y consiguen que el gobernador Diego Velázquez ofrezca, de fiado, un tercer navío a cambio de ciertas condiciones. Según éstas, la expedición debía dirigirse en primer lugar a las islas de los Guanajes para cargar los barcos de esclavos indios con los que pagar el flete de la embarcación prestada. Rechazan los expedicionarios la condición por creerla contraria a las leyes de Dios y del Rey y, tras algunas discusiones, logran que el avaro gobernador renuncie a sus pretensiones y colabore no sólo con la aportación de la nave, sino también con víveres, municiones y mercaderías de rescate a cambio de mayor porcentaje en los beneficios.

El 8 de febrero de 1517 zarpa la flotilla después de una misa solemne, en la que tripulantes y pasaje se encomiendan a Dios y a la Virgen. Navegan hacia poniente sin conocer las corrientes y los vientos, guiados por el piloto Antón de Alaminos, que unía a su mal carácter la experiencia de haber acompañado a Colón en uno de sus primeros viajes. Capean

un temporal de cuarenta y ocho horas de duración y, tras diecinueve días de travesía a la ventura, alcanzan unas playas tras de las cuales se distingue un pueblo de tamaño muy superior a los anteriormente encontrados, al que llaman de inmediato el Gran Cairo. Están en la península del Yucatán, cerca del cabo Catoche, y a su encuentro sale una multitud de indios que suben a los barcos para invitar a todos a conocer su ciudad. Después de algunas vacilaciones, los españoles aceptan la invitación pero toman precauciones. A tierra baja una columna organizada con quince ballesteros y diez arcabuceros, que cae en una emboscada a poco de internarse en el territorio. Quince soldados son heridos, pero la hueste india huye ante el estampido de las armas de fuego. El grupo hispano alcanza los arrabales de la ciudad, donde encuentra algunos templos con ídolos y objetos de oro de baja calidad que constituyen un primer botín apreciable. Capturan a dos indios, bautizándolos como Melchor y Julián, que en adelante les servirán de inapreciables intérpretes, y se repliegan finalmente a las naves.

La mala calidad de las pipas y vasijas disponibles contribuye a dejar sin agua potable a la expedición, que costea hacia el norte intentando diversos desembarcos para perforar pozos en las playas. Las tentativas fracasan por el continuo acoso de los indios hasta llegar un momento en que la necesidad obliga a reñir una seria batalla. La mayor parte de la fuerza desembarca, cubre a los encargados de llenar los barriles y establece contacto con una partida india de talante amistoso que, sin embargo, parece la avanzada de un núcleo agresivo mucho mayor. No queda más remedio que volver a las embarcaciones y seguir el peregrinaje durante seis días, antes de intentar otro desembarco de abastecimiento. Durante el mismo se riñe un combate encarnizado. Mueren cincuenta españoles y prácticamente el resto resulta herido. El propio Hernández de Córdoba sufre diez flechazos. Pero los supervivientes rompen el cerco, llegan a los bateles que tenían en la playa para alcanzar exhaustos los navíos. La sed y las heridas infectadas aumentan el número de bajas, obligando a dar por terminada la expedición y volver Cuba. A tal fin, toman la vía de La Florida, que Alaminos conocía por haber acompañado a Ponce de León y, después de un penoso viaje, llegan a La Habana en un estado lamentable, con escasos beneficios materiales como saldo de la empresa, pero con indicios de la existencia de grandes riquezas en el espacio reconocido. El capitán Hernández de Córdoba muere al poco tiempo a consecuencia de sus heridas en la localidad de Sancti Spíritus.

Apenas concluido este episodio, el gobernador Velázquez decide dejar bien sentado su derecho de prioridad como descubridor y poblador de tierras. Al impedirle su obesidad participar activamente en incursiones guerreras, nombra capitán general para una nueva expedición a su protegido Juan de Grijalba, señala como objetivo la conquista de las grandes ciudades entrevistas por la partida de Hernández de Córdoba y hace un llamamiento general a la población. Pone a contribución de la empresa dos de los navíos que de la anterior resultaron útiles y otros dos de su propiedad. Nombra capitanes a Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso Dávila. Acumula buena provisión de víveres y municiones en el puerto de Santiago y consigue que se enrolen en la armada doscientos cuarenta hombres de armas. El grueso de los bastimentos y matalotaje de pan casabe y tocinos es proporcionado por los capitanes de barco. Cada soldado pone de su bolsillo sus propias armas, municiones y víveres. En las respectivas capitulaciones se hace figurar la parte de beneficios que, caso de haberlos, debe corresponder al Rey y a cada expedicionario.

Tras la misa de rigor, y previo un espectacular desfile realizado al son de pífanos y tambores, el minúsculo ejército embarca en Santiago el 25 de enero de 1518. Boga el convoy bordeando las costas cubanas hasta el puerto de Matanzas, donde se aprovisiona de más pan casabe y carne de puerco. Sigue hasta el cabo de San Antón en el extremo occidental de la isla y allí los expedicionarios se rapan la cabeza para que su pelo no constituya un estorbo en los previsibles combates. La navegación definitiva se emprende el uno de mayo y en sólo tres días se alcanza la isla de Cozumel. El capitan general toma solemne posesión de la isla en nombre de la reina Juana y de su hijo el rey Carlos y, como no consigue establecer contacto con los huidizos indígenas, decide dirigirse sin más espera al Yucatán.

Ya en la costa continental, Grijalba, a la vista de una ciudad tan aparentemente grande como Sevilla, ordena un primer desembarco realizado con muchas precauciones. Pese a ellas y a las múltiples advertencias y ofrecimientos de paz hechos por el escribano público a los indios, atacan éstos la formación española, produciéndose un sangriento combate con numerosas bajas en ambos bandos. Los españoles registran en sus filas siete muertos y setenta heridos, entre los que se contaba el mismo capitán general, que ordena el reembarque para proseguir la operación costera. El reconocimiento permite llegar a Tabasco, donde se establecen re-

laciones cordiales con los nativos. En un nuevo y posterior desembarco trata Grijalba, sin saberlo, con embajadas del imperio azteca que se muestran amistosas para obtener información de los invasores y proporcionan a éstos abundantes cantidades de oro.

Dado que las provisiones escasean, mucha de la gente está herida y puesto que el botín era significativo, Grijalba despacha hacia Cuba a Pedro de Alvarado con su nave para pedir vituallas y refuerzos. Con el resto de la partida continúa el periplo, contemplando a distancia tremendas escenas de canibalismo y culto sanguinario a los dioses nativos que impresionan a los viajeros, animando a los capitanes Montejo y Dávila y al piloto Alaminos a pedir la finalización del viaje y el regreso a Cuba. Éste se emprende sin excesivos contratiempos pero con un retraso notable que alarma al gobernador y le hace temer la pérdida completa de la flota y sus hombres.

En Cuba existe una creciente expectación por las noticias que traen los viajeros acerca de tierras con grandes ciudades, gentes guerreras y vestigios de abundante oro. Esto anima a los mercaderes a arriesgar su dinero en nuevas empresas y a los aventureros a embarcarse en ellas, pero tal predisposición no es nueva. Tampoco lo es que el gobernador Velázquez, ambicioso y enérgico, se muestre cada vez más codicioso e intente aprovechar sus prerrogativas oficiales para beneficiarse, extremando el control de las iniciativas que se preparan. Resulta, pues, consecuente con la situación y perfectamente lógico que, en Santiago de Cuba, Diego Velázquez y los principales financieros locales se apresuren a disponer una expedición de socorro para buscar al retrasado Grijalba, salvar los recursos invertidos en sus barcos y tratar de incrementarlos, si la ocasión lo permite. A tal fin, los preparativos se efectúan, como en casos anteriores, recabando los permisos preceptivos de la Audiencia de Santo Domingo, buscando el dinero en las haciendas particulares y reclutando la fuerza expedicionaria en la cantera de voluntarios aventureros instalados en la isla. También como siempre, los interesados materialmente en la empresa se esfuerzan en seleccionar, para dirigir la expedición, a una persona de plena confianza que garantice la protección de sus intereses económicos. Todo se ajusta a los patrones utilizados en viajes precedentes. Y sin embargo, todo va a sufrir un cambio trascendente a partir de estos instantes como consecuencia de la intervención de un personaje singular: Hernán Cortés, quien, designado capitán de la flota de rescate, no sólo va a alterar con su conducta los modos y los procedimientos de actua-

ción habituales sino que influirá decisivamente en los planteamientos estratégicos de España respecto al Nuevo Mundo.

* * *

Desde que a finales de 1512 Vasco Núñez de Balboa difundiera la noticia de la localización del mar de las Indias, la inquietud anida en su ánimo. Sabe que sus títulos para el mando de Tierra Firme eran provisionales y discutibles. Supone que, en la Corte, Enciso y sus correligionarios se esforzaran en minar su prestigio. Teme que los permisos y refuerzos solicitados para ir a descubrir el nuevo océano se retrasen demasiado o no lleguen nunca. Y, en consecuencia, decide tomar la iniciativa anticipándose a los acontecimientos con sus escasos recursos para forzar la situación con una política de hechos consumados.

Los pasajeros de un pequeño galeón llegado de Santo Domingo traen a Santa María de la Antigua rumores de que en la Corte castellana crece el enojo oficial contra Balboa y se prepara su sustitución por Pedrarias. Tales rumores se convierten en la gota de agua que colma el vaso de la paciencia del gobernador provisional y éste acuerda poner en marcha la operación que ha venido preparando desde un año atrás. En este sentido, reúne a los 190 españoles de mejores condiciones, los embarca en el galeoncillo recién llegado y en nueve barcas construidas al efecto, y sale del Darién el día 1 de septiembre de 1513. Salta a tierra con su columna en territorio de su amigo el cacique Careta, obtiene allí la colaboración de indígenas que actuarán como guías e intérpretes y, con ellos, se dirige a las sierras tras las cuales debía encontrarse el mar anunciado por Panquiaco. Entra en los dominios del cacique Ponca, con quien se alía tras largas negociaciones, y obtiene de él un buen contingente de porteadores que alivian a los soldados del transporte de las pesadas cargas. Con gran esfuerzo, se abre camino en la espesa vegetación y salva con puentes de circunstancias los barrancos formados por ríos y torrentes. Bate al cacique Torecha, que trata de cerrarle el paso por la fuerza, produciendo a su tribu más de seiscientos muertos. Castiga con rigor a los muchos indios sodomitas apresados, y deja en el poblado de Caureca a los hombres heridos y cansados de su columna para proseguir con los sesenta y siete españoles sanos hacia las cumbres previstas como objetivo.

Antes de alcanzar las cimas de la cordillera, se adelanta Balboa, en solitario, para ser el primer europeo en avistar los mares deseados. Cuan-

do lo consigue, llama alborozado a sus compañeros y les arenga con unas palabras que, según Francisco López de Gómara, fueron éstas:

> Allí veis, amigos míos, lo que tanto deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle la merced nos ayude y guíe a conquistar esta tierra y nuevo mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano vio, para predicar en ella el Santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis y seguidme, que con el favor de Cristo, seréis los más ricos españoles que a Indias han pasado, haréis el mayor servicio a vuestro Rey que nunca vasallo alguno hizo a señor, y tendréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere a nuestra fe católica.
>
> *(Historia General de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acontecido desde que se ganaron hasta el año 1551.)*

Es el día 25 de septiembre y el grupo hispano, entre grandes muestras de alegría y ante el asombro de los indios auxiliares, se dedica a levantar altos montones de piedras en señal de posesión y homenaje. Después, la columna se reorganiza y baja por las laderas hasta los dominios del cacique Chiape, que se opone a su avance con numerosos efectivos. Balboa a través de sus intérpretes solicita paso pacífico y ofrece a cambio de ello presentes y promesas sugestivas que no conmueven al adversario. Éste ataca con efectivos muy superiores a los españoles, pero su tropa es dispersada y puesta en fuga. En esta ocasión no hay escarmiento de sangre. El capitán hispano libera a los prisioneros y envía una embajada a Chiape garantizándole la guarda de su persona, hacienda y tierra si acepta su amistad y amenazándole con talar los árboles, quemar los pueblos y matar sus hombres si la rechaza. El cabecilla indígena elige la paz, se reconoce vasallo del Rey de Castilla, entrega una fuerte cantidad de oro labrado a cambio de pequeñas mercaderías de rescate y le ofrece hospitalidad. Los europeos mandan llamar al núcleo que quedó en Caureca y, una vez reagrupados, avanzan hasta las playas del golfo de San Miguel, que así llamaron por celebrarse su festividad en la jornada.

Núñez de Balboa toma posesión de las aguas del mar del Sur con la mayor solemnidad y distribuye su fuerza en dos núcleos. Uno queda asegurando la posición alcanzada y otro, de ochenta hombres, se dedica a realizar incursiones de reconocimiento a lo largo y ancho del litoral. Con la mediación amistosa de Chiape consigue atraerse al cacique Soquera y,

después de vencerle y liberar a los vencidos, somete también al cacique Tumaco, que entrega un verdadero tesoro en joyas, perlas y oro.

La fama obtenida por los españoles y la favorable disposición de sus aliados indios se extiende por toda la comarca y predispone positivamente a las tribus nativas, que envían al campamento cristiano ricos presentes y, sobre todo, grandes cantidades de perlas. Cuando el botín se estima suficiente, Balboa decide el repliegue. Deja Chiape encomendada a una mínima guarnición hispana y parte hacia La Antigua por un itinerario distinto al antes recorrido. Atraviesa en son de paz los dominios de Teoca. Apresa al cacique enemigo de éste, Pacra, y hace que lo despedacen los perros alanos por su condición de sodomita y por negarse a comunicar el origen de donde obtenía el oro de sus adornos. Los indígenas acuden a someterse al caudillo español tratándole como si fuera su rey y durante un mes el incansable Balboa imparte justicia y establece normas de convivencia en el territorio ordenando a la guarnición dejada en Chiape se reincorpore a la columna expedicionaria. Después, siempre ganándose la amistad de los caciques por medios diplomáticos, atraviesa los territorios de Buquebuca, Pocorosa, Tumanamá y Comagre, y es recibido en triunfo en La Antigua del Darién el 19 de enero de 1514.

La campaña realizada por Balboa no podía haber sido más completa. En cuatro meses y medio había tomado posesión del mar del Sur, sometido a vasallaje todas las tribus del istmo, obtenido el más rico botín y conseguido pruebas de la existencia de incalculables riquezas. Ni uno solo de sus españoles había muerto en los combates. Todo lo cual consolida su fama y su prestigio de jefe induscutible entre los colonos y los soldados de la Tierra Firme del Darién. Era llegado el tiempo de administrar el éxito y a ello se entrega el gobernador con inteligente celo.

De los bienes conseguidos aparta rigurosamente el quinto real y distribuye el resto equitativamente entre sus compañeros, logrando así crear un alto nivel de satisfacción en la colonia. Envía inmediatamente a Castilla una nao con un tal Arbolanchas como mensajero, con cartas para el Rey y los consejeros de Indias, en las que incluye una pormenorizada relación de lo acontecido. Para probar la realidad de sus asertos entrega al enviado, como parte del quinto real, veinte mil castellanos en oro y doscientas perlas finas así como la piel de un tigre cobrado en la selva.

En España, las cuestiones relativas a la Tierra Firme del Darién habían tenido un tratamiento cambiante. En principio, los informes facilitados por Enciso enojaron a la Corte, ya muy preocupada por la pérdida

de más de dos mil quinientos españoles en las expediciones a Veragua y Urabá de Nicuesa, Ojeda, Enciso y Colmenares. El rey Fernando nombró gobernador de la ahora llamada Castilla del Oro al segoviano Pedrarias Dávila con la misión de imponer orden y justicia en la lejana colonia. Después, la llegada de Colmenares y Quicedo con noticias del mar de las Indias y alabanzas a la conducta de Balboa invirtieron los términos del aprecio y el nombramiento de Pedrarias se mantuvo, gracias sólo al apoyo del obispo Rodríguez de Fonseca, según los términos de la Real Cédula de 27 de julio de 1513 en la que el título de gobernador de Castilla del Oro se añadía al de capitán general.

A instancias de los consejeros de Indias, la Corona asume la promoción de la expedición incluso en el aspecto económico. El Rey costea con fondos de la Hacienda castellana la mayoría de las naves y provisiones y se encarga de reclutar mil hombres de armas, aunque escogiéndolos de entre los hidalgos palaciegos y no de entre los pobladores de La Española, como había pedido Balboa. Se designa Alcalde Mayor del Darién al licenciado Gaspar de Espinosa para que instruya la información de lo ocurrido en Tierra Firme. A fray Juan de Quevedo se le reconoce como primer Obispo del lejano territorio y, contra la costumbre de instruir oralmente sobre los «requerimientos» al jefe expedicionario, se le entregan en esta ocasión unas detalladas instrucciones escritas y el texto, también escrito, del requerimiento que había de hacerse a los indios, según versión elaborada por el jurista Juan López de Palacios Rubios, en la que se recogían los argumentos justificativos de la intervención española.

Las instrucciones y el requerimiento son dos documentos de trascendental importancia que contienen las bases sobre las que se pretende instaurar el orden en las nuevas posesiones ultramarinas. Establecen la necesidad de castellanizar desde el primer momento las tierras poniendo nombre a los territorios, ciudades, villas y lugares. Señalan que los altos cargos ejercen su poder por delegación de la Corona, en la cual reside la soberanía. Cuidan los intereses del Monarca fijando el porcentaje de beneficios que le corresponde y el marco normativo en el que debe aplicarse. Se fijan como objetivos básicos los de poblar y pacificar con evidente voluntad de permanencia. Se atiende a la evangelización como tarea prioritaria y continua y se expone con detalle el trato que habrá de darse a los indios por razones religiosas, éticas y pragmáticas. En especial, como argumento tranquilizador de las conciencias y justificativo de la violencia en caso de guerra, se ordena explicar a los indígenas la exis-

tencia de un único Dios verdadero, creador del Cielo, la Tierra y todas las criaturas y, por ello, dueño de ellas; de ese Dios el único vicario es el Papa de Roma, que posee jurisdicción espiritual y terrenal sobre el mundo entero, habiendo delegado su poder temporal en los Reyes de Castilla. La conminación final, según testimonio de Fernández Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias,* había de hacerse con las siguientes palabras:

> ... Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien esto que os he dicho y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello, el tiempo que fuere justo; y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo y al Sumo Pontífice llamado Papa en su nombre; y al Rey y a la Reina en su lugar como señores y superiores y reyes de estas Islas y Tierra Firme, por virtud de la discha donasción.

Además de los mil hombres de armas de reclutamiento real, Pedrarias incorpora otros trescientos y pico aventureros que aspiran a hacer fortuna en Indias. Embarca con ellos y otras mujeres a su esposa doña Isabel de Bobadilla y, en diecisiete naves, se hace a la mar desde Sevilla el 14 de mayo de 1514 para llegar a Santa María la Antigua del Darién en el mes de julio. En la travesía, la flota se cruza con la nao en la que Arbolanchas lleva a los reyes la noticia del descubrimiento del mar del Sur y de las riquezas obtenidas en la empresa, que son saludadas en la Corte con un júbilo entusiasta. El Rey, a la vista de los triunfos y las remesas de Vasco Núñez de Balboa, le nombra por Cédula Real de 23 de septiembre de 1514 adelantado de la mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba, aunque bajo la jurisdicción del gobernador general Pedrarias. Sin embargo, el nombramiento no llegará al Darién hasta mucho después de haberse iniciado los cambios introducidos por el nuevo gobernador general.

Pedrarias Dávila, hombre con más de setenta años de edad, era al iniciar su mandato persona de carácter duro y vengativo y de proceder artero y legalista. Apenas llegado al Darién se sorprende de la sencillez de vida de su antecesor en el cargo y de la popularidad que le rodea. No casa la realidad con los siniestros antecedentes suministrados por Enciso, pero ello no es óbice para que, de inmediato, ordene a Gaspar de Espinosa la iniciación del proceso a Balboa para determinar sus responsabilidades. La causa se desarrolla con extremo rigor y general descontento,

pero el desenlace no se ajusta a los deseos del promotor. Balboa es absuelto de culpa por la muerte de Nicuesa y sólo condenado a pagar una indemnización a Enciso. La situación resulta complicada. Pedrarias ejerce despóticamente su cargo de gobernador y ordena una serie de incursiones en el territorio que producen malestar generalizado en las poblaciones españolas e indígenas. Balboa, desde su forzada inactividad, envía cartas al Rey denunciando semejante proceder.

La actividad operativa se hace febril en Santa María de la Antigua, desde donde Pedrarias lanza expediciones en todos sentidos. Ordena a Gaspar de Morales repetir el itinerario de Balboa a la mar del Sur y la columna regresa quebrantada después de dejar sublevadas las antiguas tribus aliadas. Hernando Pérez de Meneses busca la mayor estrechez del istmo centroamericano para encontrar el camino mejor entre los dos océanos, pero su escasa habilidad provoca un levantamiento general de las tribus de Pocorosa y Comagre que obliga a una brutal represión dirigida por Antonio Tello Guzmán. Juan de Ayora, Gonzalo de Badajoz y Gaspar de Espinosa no tienen mejor fortuna que los anteriores e incluso que el propio Balboa, a quien se encomienda una quimérica incursión al Dabaibe que termina en fracaso. Pero, pese a los desastres, entre todos se llega a adquirir un detallado conocimiento del istmo, se reactivan antiguos poblamientos como Nombre de Dios y se adquieren vagas noticias sobre la existencia de un fabuloso imperio que los indios llaman Birú y localizan hacia el mediodía en el mar del Sur.

Cuando Núñez de Balboa se entera extraoficialmente de su nombramiento como adelantado del mar del Sur resuelve acometer su exploración al margen de Pedrarias. Envía a La Española como agente confidencial a Andrés Garabito para reclutar soldados y acopiar pertrechos y provisiones. El enviado regresa con setenta hombres al Darién y espera a Balboa en un lugar convenido de la costa. Enterado Pedrarias, acusa de rebeldía a Balboa, lo apresa y pretende encerrarle en una jaula de madera. Median la gobernadora y el obispo Juan de Quevedo y Pedrarias se aviene a consentir la expedición de su contrincante, aunque marcándole un plazo máximo de un año y medio para la ida y la vuelta. Le exige, además, desposarse por poderes con su hija doña María de Peñasola, que había quedado en España, celebrándose el matrimonio, que no llegó a consumarse.

Balboa reúne a su gente en Acla, puerto fundado en territorio de su amigo Careta, y pide nuevos refuerzos a La Española. Con ellos llega

el primer grupo de veinte esclavos negros que se asientan en la zona continental americana y, con su concurso y el de auxiliares indios, efectúa el traslado a través del istmo de todos los materiales y efectos necesarios para armar una flota en el mar del Sur. En unos astilleros improvisados en el río Balsas se montan dos rudimentarios bergantines con los cuales las fuerzas de Balboa visitan el archipiélago de Las Perlas y comienzan el reconocimiento de las costas meridionales, que suspenden ante el mal estado de las naves. De regreso a Las Balsas, envía a Garabito a Acla para obtener nuevos recursos e informarse del estado de la gobernación de la zona. Pedrarias prende a Garabito, acusa a Balboa de pretender rebelarse independizándose de la autoridad territorial y le ordena se presente en Acla. Acude confiado y sin escolta el gran descubridor y es detenido y reducido a prisión por un destacamento de soldados al mando de su antiguo colaborador Francisco Pizarro. De nuevo se encarga a Gaspar de Espinosa la incoación de un proceso y esta vez, con el concurso de testigos manipulados, se declara a Balboa reo de alta traición junto con cuatro de sus compañeros, entre los que no figuraba Garabito. El juez propone el indulto, pero el implacable Pedrarias hace que se cumpla la pena capital en la plaza de Acla el 21 de enero de 1519 y ordena que las cabezas de los condenados se claven en el rollo para escarmiento público.

Con la desaparición el caudillo de la Tierra Firme termina una fase muy definida en el proceso de conquista del istmo centroamericano. El espacio operativo está sólidamente controlado por las autoridades coloniales, como ocurre simultáneamente en las Antillas. La conexión entre los océanos Atlántico y Pacífico se ha producido por vía terrestre. En el mar del Sur empiezan a prepararse los poblamientos que permitirán lanzarse sobre las aguas y las costas del recién descubierto océano. Todo parece seguir igual pero, como en Cuba, todo parece propicio a notables cambios.

* * *

Mientras en las Antillas y la Tierra Firme centroamericana se realizan las exploraciones de corto radio relatadas, en la metrópoli se siguen con gran interés y estudioso cálculo todos los movimientos producidos. En las oficinas del piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla van registrándose los resultados de los reconocimientos y en ella quedan

apuntados los datos que facilitaron de sus viajes, entre otros, Ojeda, Pedro Niño, Yáñez Pinzón, Ricardo Bastidas, Diego Lepe y Américo Vespucio. Así fue dibujándose en la gran carta marina el trazado de las islas antillanas y el de la costa comprendida entre el Darién y las bocas del Amazonas. Las referencias aportadas por Lepe y Pinzón, confirmadas desde Portugal por Cabral y Coelho, señalan que aquella costa suramericana marca una notable inflexión a la altura del paralelo de los ocho grados alejándose de Europa profundamente. Lo cual hace suponer que en algún lugar de ella exista un estrecho, como pretendía Colón, y no niega la posibilidad, también sostenida por el almirante, de que las tierras descubiertas formen una gran península asiática con la punta final al sur. Es pues conveniente, en opinión de la Corona y de los responsables de expediciones, la búsqueda del estrecho no sólo en las demarcaciones de Santo Domingo y del Darién, sino también a través de las rutas oceánicas meridionales.

Ya desde 1508 se encomendó una empresa de este carácter a Vicente Yáñez Pinzón y a Juan Díaz de Solís con instrucciones regias para que en la mar mandase Solís y en tierra Pinzón. Desde Sevilla se dirigieron éstos a la zona del Caribe para costear luego hacia el sur y alcanzar la Patagonia a la altura del grado cuarenta. Por diferencias entre los capitanes se suspendió la expedición y las naves regresaron a Sevilla con poco beneficio, abundante información geográfica y algunas irregularidades en las cuentas, lo que motivó un corto encarcelamiento de Solís.

Tres años más tarde, en España se supo que el portugués Alfonso de Alburquerque había alcanzado la península de Malaca en Asia y las famosas islas Molucas o de la Especiería. Estos descubrimientos evidenciaban el error colombino de confundir Veragua y Urabá con el Quersoneso Áureo tolomeico o con las Indias gangética y transgangética, pero tampoco cerraban todas las esperanzas de hallar pasos por occidente a aquellos territorios. Poco después, en 1513, al descubrirse por Balboa el mar del Sur, las viejas expectativas se multiplican, pues a través de sus aguas, aún podría llegarse a las tierras todavía ignotas de Cipango y Kubhilay visitadas por Marco Polo, discutiéndose incluso por los geógrafos y astrónomos si las ricas Molucas recién alcanzadas se encontraban o no geográficamente dentro del espacio reservado a España por las bulas pontificias y el tratado de Tordesillas.

El éxito de Núñez de Balboa, sus cartas y los relatos de Pedro Arbolanchas reavivaron los sueños de Fernando el Católico y sus anhelos de

encontrar rutas comerciales en el hemisferio que le había encomendado el Papa. En consecuencia, presiona a la Casa de Contratación para que inicie nuevas exploraciones y éstas le son encomendadas por Real Cédula de 24 de noviembre de 1513 a Juan Díaz de Solís, a la sazón excarcelado y nombrado piloto mayor de la propia Casa desde la muerte de Américo Vespucio.

La partida de Solís se demora hasta 1515, año en el que con 3 pequeñas carabelas y menos de 100 hombres zarpa de Sanlúcar de Barrameda con provisiones para más de dos años. El navegante se dirige a Tenerife y desde allí, con rumbo suroeste, alcanza las costas americanas próximas al actual Río de Janeiro para seguir hacia el sur la línea de las riberas. Reconoce las islas de Santa Catalina y Lobos y se detiene en un puerto que llama Maldonado muy cerca del actual Montevideo. Observa que las aguas son dulces y con una sola nave remonta el río que después se denominará de la Plata.

En el enorme estuario del río, Solís alcanza la isla de Martín García, así bautizada en honor de uno de sus pilotos. Desembarca con ocho compañeros para tratar con los indios guaraníes que la habitan, mostrándose éstos pacíficos. Se relaciona amigablemente con ellos pero, al regresar al barco, el grupo de españoles es atacado por los indígenas, que asesinan a todos salvando sólo la vida el marinero Francisco de Puerto.

Los supervivientes eligen como jefe al cuñado de Solís, Francisco de Torres, y, sintiéndose incapaces de culminar la misión inicial encomendada, deciden regresar a España. Una de las carabelas se pierde en el camino y las otras, después de una búsqueda infructuosa, desandan la ruta costeando hacia el norte y efectuando diversos desembarcos breves para cargar palo de Brasil. Desde el cabo San Agustín se internan en el Atlántico con rumbo directo a Sevilla cuyo puerto alcanzan en septiembre de 1516. La corte lisboeta eleva protestas por considerar que la expedición ha violado los espacios reservados a Portugal en las bulas y el tratado de Tordesillas, y sus servicios de información son tan precisos que cuando algunos tripulantes compañeros de Solís pisan territorio lusitano resultan de inmediato encarcelados.

Muerto Fernando el Católico, se produce en España un breve paréntesis de actividad exploradora, especialmente notable en aquellas iniciativas que tenían origen en Sevilla y necesitan mayor apoyo estatal. Sin embargo, el tenaz obispo Rodríguez de Fonseca no ceja en mantener los antiguos proyectos ni deja pasar las oportunidades de planificar otros nue-

vos. Su mayor problema estriba en la creciente escasez de navegantes que va produciéndose a medida que se extingue la primera generación de marinos autores de los grandes descubrimientos. Hasta que un día se presenta a Juan de Aranda, factor de la Casa de Contratación, un personaje portugués cuyo historial es impresionante. Se trata de Fernando de Magallanes o Magalhaes, hombre de unos cuarenta años, cojo, de apariencia hidalga y portador de largas credenciales. Según éstas, había servido algún tiempo en la Corte del Rey Don Manuel para pasar luego a los establecimientos portugueses de África y, desde allí, a la India en compañía del primer virrey Francisco de Almeida. Participó en la conquista de Malaca y fue enviado por don Alfonso de Alburquerque a la búsqueda de las islas de las Especias. Llegó a ellas, es decir, a las actuales Molucas, poco después que Francisco Serrao, y allí permaneció hasta regresar a la India primero y a África después. Combatió valerosamente en Azamor, donde fue gravemente herido en una pierna viéndose obligado a regresar a la metrópoli lusitana, pese a que Serrao le escribiera con frecuencia relatándole cuantos incidentes se producían en las Molucas e invitándole a volver allá para instalarse en Ternate. Ya en Lisboa, Magallanes solicitó al rey un aumento de su moradía o pensión y le propuso establecer una ruta de navegación a la Especiería por la vía de occidente, viendo rechazadas ambas solicitudes. Despechado por ello, estudió detenidamente la posición de las Molucas y dedujo que al menos una parte del archipiélago pertenecía al hemisferio occidental y, en consecuencia, a España. Revisó sus conclusiones con el astrónomo Ruy Falerio, quien confirmó los cálculos y tomó el acuerdo de expatriarse para ofrecer su plan y sus servicios al país que poseía los derechos internacionales sobre aquellos lejanos territorios. En Sevilla se reunió con Falerio, empeñado éste en asociarse al proyecto, y juntos lo expusieron a los expertos de la Casa de Contratación.

Juan de Aranda solicita informes de su visitante a los diplomáticos destacados en Portugal y, cuando recibe contestación favorable, se dirige a Fonseca y al Regente Cisneros recomendándoles calurosamente el asunto.

Con cartas de presentación a Fonseca, Magallanes y Falerio marchan a Valladolid, donde el nuevo y joven rey Carlos ha convocado Cortes. En menos de dos semanas, examina el monarca la cuestión y firma las capitulaciones para el siguiente proyecto de descubrimiento. En Sevilla, en cambio, el propósito de los portugueses encuentra dificultades. Le apo-

yan Fonseca y Aranda, a quienes, en escritura, se les cede parte de las posibles ganancias, pero el Tesorero y varios Oficiales de la Casa de Contratación plantean impedimentos que elevan a la Corona, censurando la nacionalidad de los autores y la falta de asesoramiento solicitado a la Casa.

Carlos I contesta manifestando que su Consejo había aprobado el plan, por lo que éste debía cumplirse, pero, al mismo tiempo, ordena se nombre, junto a los dos lusitanos directores de la empresa, un tercero de nacionalidad española para sucederles en el mando caso de muerte o de apartarse de las instrucciones elaboradas. La carta real, fechada el 18 de abril de 1518, confirma lo establecido en unas capitulaciones muy semejantes a las firmadas con Colón. En ellas se otorga a Magallanes el título de adelantado y gobernador; se estipula que en el plazo de diez años no se concederá a nadie permiso para descubrir en las islas de las Especias sin autorización del adelantado y su socio; se adjudica a éstos la quinta parte del producto obtenible, a llevar mercancías en posteriores viajes por valor de mil ducados con reducción de impuestos; y se acepta que si hubiere más de seis islas en el archipiélago les correspondiese en dos de ellas la décima parte del provecho, así como el veinteavo de las ganancias de todas las islas restantes. El emperador, por su parte, se obliga a armar cinco naves —dos de 130 toneladas y menores las otras—, a reclutar 234 expedicionarios y a embarcar provisiones y pertrechos para dos años. También se subraya que en ningún caso podría la expedición tocar en posesiones portuguesas.

Los obstáculos interpuestos por la Casa de Contratación, la falta de liquidez del Tesoro y las protestas portuguesas retrasan durante meses la salida de la armada. El embajador lusitano, Álvaro da Costa, llega incluso a recriminar al soberano por emplear a dos portugueses en una empresa hispana, existiendo miles de españoles válidos para ella, pero se le responde desde el Consejo de Indias que mayor es el número de castellanos empleados al servicio del rey de Portugal.

Las dificultades van obviándose. Se prohíbe la marcha a Ruy Falerio por ofrecer indicios de enajenación mental, luego convertida en locura. Se nombra segundo en el mando a Juan de Cartagena. Y como la marinería local se niega a enrolarse bajo la jurisdicción de un portugués, se autoriza el alistamiento de marineros portugueses, genoveses, venecianos, franceses, sicilianos y griegos.

La flota se organiza con la *Trinidad* como nave capitana al mando de Magallanes; la *Victoria,* gobernada por Luis de Mendoza; la *Concepción,*

con Gaspar de Quesada como capitán; la *Santiago,* capitaneada por el portugués Juan Rodríguez Serrano, y la *San Antonio,* que lleva por capitán a Juan de Cartagena, segundo jefe y veedor de la Armada. Como piloto mayor marcha otro portugués, Esteban Gomes. Los pilotos menores son Juan Rodríguez Mafra, Andrés San Martín, Vasco Gómez Gallego y Juan López Carvalho. El cargo de alguacil mayor le es encomendado a Gonzalo Gomes de Espinosa y se autoriza el pasaje a otro sobrino de Magallanes llamado Martín y a su cuñado Duarte Barbosa. En total, 231 tripulantes más los diez capitanes y pilotos.

La expedición abandona Sevilla el 1 de agosto de 1519, pero aún permanece dos meses en Sanlúcar de Barrameda para completar el aparejo y las provisiones de boca y guerra. Zarpa al fin hacia Tenerife, donde carga agua potable, y, contra la expresa opinión de Juan Cartagena, toma rumbo suroeste para arribar al sur del cabo San Agustín el 8 de diciembre, con Cartagena en el cepo por constantes protestas. Se detiene durante dos semanas en la bahía de río de Janeiro, y a comienzos de enero de 1520 es reconocido el estuario de Río Solís o de la Plata. Convencido Magallanes de que en aquellos lugares no existe estrecho ni paso alguno, tras una larga exploración de la nave *Santiago,* ordena a todos continuar hasta la boca de un río al que llaman San Julián y donde se opta por invernar. Corría el mes de marzo, el frío era intenso, y como encontraron en la zona indios gigantescos los llamaron «patagones» y de ahí que bautizaran el territorio con el nombre de Patagonia.

Cuatro largos meses dura la estancia del grupo en San Julián y en ellos estallan las desavenencias. Cartagena y la mayoría de los embarcados en las naves *Victoria, San Antonio* y *Concepción* se rebelan y solicitan regresar a España enviando una lancha a la capitana para comunicar su decisión de no proseguir. Magallanes apresa a los mensajeros y envía a Mendoza. El alguacil, tras una refriega, logra dominar el barco, mientras la *Concepción* y el *San Antonio* intentan hacerse a la mar sin conseguirlo al ser abordados por la nao capitana. Quesada es degollado, y descuartizado Mendoza. Cartagena y un clérigo apellidado Sánchez Reina son a su vez abandonados en una playa inhóspita.

El 20 de agosto se reanuda la navegación y el 15 de octubre se alcanza el puerto de Santa Cruz, hacia los cincuenta grados de latitud sur. La nave *Santiago* queda deshecha por un temporal y, a poco, dobla la flotilla el cabo de las Vírgenes y encuentra una amplia ensenada en la que penetra con la sospecha de que al final de ella puede hallarse el ansiado

estrecho. Tras varios sondeos y ante una bifurcación de ramas profundas, los expedicionarios se detienen para tomar una decisión.

Magallanes reúne consejo de capitanes y pilotos. Se recuentan los víveres y provisiones calculando que las existencias sólo permiten subsistir tres o cuatro meses. Se discute qué debe hacerse y la mayoría se inclina por proseguir el plan previsto. El piloto portugués Esteban Gomes, resentido desde el primer momento con Magallanes, pide ardorosamente que se dé por acabada la exploración dada la insuficiencia de medios. El adelantado se niega y decide continuar manifestando que seguirá adelante, aunque ello obligue a alimentarse con los cueros que forran las antenas. Zanjada la discusión, imparte con energía nuevas órdenes. Conforme a ellas, dos navíos deben reconocer uno de los brazos que tienen delante para asomarse al océano que supone próximo y esperar allí al resto de los expedicionarios, quienes habrán de permanecer fondeados durante tres días en la actual posición, para navegar por otro de los brazos, si antes no reciben noticias que obliguen a modificar sus proyectos. Si por cualquier razón no llega a producirse el reagrupamiento calculado, todos los navíos deberán buscar el brazo sur hasta lograr el reencuentro.

Álvaro de Mezquita, sustituto de Cartagena y leal colaborador de Magallanes, inicia decididamente el reconocimiento y su nave *San Antonio* se distancia pronto de su pareja operativa desapareciendo de la vista debido a la espesa niebla. En pocas horas observa que los litorales del estrecho van abriéndose hasta llegar a una zona donde parece evidente que el soñado mar se abre. La alegría del marino es enorme, pero se ve cortada por el comportamiento de su piloto Esteban Gomes. Éste reúne a la mayor parte de la tripulación. Describe con negros tintes los riesgos de perecer que habrán de afrontarse de seguir avanzando con las gastadas naves y la escasez de alimentos disponibles. Señala que el objetivo perseguido, hallar el estrecho que une los dos grandes mares, se ha cumplido y, por tanto, procede iniciar el regreso a las bases de partida. Sus argumentos convencen a la tripulación, que exige al capitán volver la proa hacia España, y como aquél se niega, le acometen hiriéndole y le reducen a arresto cargándole de cadenas. Los amotinados hacen que la nave se oculte en una profunda cala y, cuando estiman que el resto de la armada ha salido del espacio próximo, emprenden la retirada siguiendo el mismo itinerario que había traído. Al llegar al lugar donde fueron abandonados Cartagena y Sánchez Reina, se intenta infructuosamente su rescate para, después, continuar el repliegue y acometer la travesía del

Atlántico. El 10 de mayo de 1521, la nave desertora entra en el puerto de Sevilla con su capitán preso en los cepos, con informes muy duros sobre la situación y comportamiento de Magallanes y sus hombres, a quienes se da por perdidos, pero también con la espectacular noticia del descubrimiento del paso a la mar del Sur tan ansiadamente perseguido.

Las novedades aportadas por los tripulantes de la *San Antonio* conmueven a la Corona y a su Consejo Real. Ya puede situarse en las cartas náuticas la posición del estrecho buscado. Ya se conoce parte del perímetro del Nuevo Mundo que Colón empezó a descubrir y se aprecia que forma un gran continente. Parece llegada la hora de establecer rutas navales que lleven a las verdaderas Indias para hacer la competencia a Portugal y emprender el dominio efectivo de las extensas y ricas tierras continentales. La cosecha obtenida por los aparentemente únicos supervivientes de la armada de Magallanes es trascendental, aun cuando se lamenta mucho la pérdida de tantos y tan buenos marinos que, sin embargo, prosiguen su dramático peregrinaje a miles de millas de distancia.

Consideraciones estratégicas

1. *Situación dialéctica*

La emoción producida en España por la localización del mar del Sur sólo puede compararse con la ocasionada por los primeros descubrimientos de Colón. Después de una fase de exaltado entusiasmo por la esperanza de haber encontrado el camino occidental a las Indias Orientales, hubo de superarse otra de cierto desencanto. Durante años se dudó de la verdadera importancia de las tierras halladas al otro lado del océano y la empresa de su conquista perdió impulso. El Estado, que nunca la abandonó, hubo de ceder en su empuje, que fue sostenido con dificultades por la iniciativa privada. Pero ahora, las noticias aportadas por los emisarios de Balboa reavivan las primeras expectativas basándolas no en las especulaciones más o menos fantásticas, sino en hechos consumados y ciertos.

La explosión emotiva llega en un momento especialmente propicio para el Estado español. En 1514 el trono de España ha recobrado la so-

lidez tras la muerte de Isabel. El cetro se encuentra en manos del rey Fernando, que a su prodigiosa capacidad política une la sabiduría de una dilatada experiencia, la seguridad que le proporcionan sus últimos éxitos y la ambición de conquistar los Santos Lugares y Grecia. Navarra ha sido incorporada al Reino en una brillante maniobra diplomática. Orán y Bujía se han conquistado mediante efectivas campañas militares. En el Milanesado y en Italia entera se imponen las armas españolas.

Alrededor de este monarca pletórico de fuerza, una serie de personas y de órganos especializados en la cuestión ultramarina le prestan información y asesoramiento privilegiados. Descuellan entre ellos el enérgico cardenal Cisneros, los veteranos consejeros de Indias pertenecientes al Consejo de Castilla, los expertos convocados a la Junta de Navegantes de Burgos y los experimentados administradores y técnicos de la Casa de Contratación de Sevilla.

Este conjunto de órganos está, por tanto, adecuadamente preparado para comprender la verdadera dimensión de los datos que acaba de recibir y para analizar con ponderación la situación planteada entre las orillas del Atlántico, que puede esquematizarse del siguiente modo:

a) En el bando español su Estado ha crecido en potencia respecto a las décadas anteriores. El poder real vuelve a ser sólido. Su mirada se dirige preferentemente al frente europeo, pero, de cara al Atlántico, posee una infraestructura administrativa muy activa que maneja los hilos de un foco comercial importante. El interés por cuanto existe al otro lado del océano ha crecido de manera notable, pues los últimos acontecimientos confirman como realidad lo que parecía un sueño. Se sabe ahora que las tierras descubiertas son extensas y susceptibles de proporcionar riquezas considerables en lo material y amplio campo evangelizador en lo espiritual. Además, la localización del mar del Sur supone la certeza de que puede abrirse definitivamente una ruta occidental que conecte con las Indias. A nivel popular han renacido las corrientes emocionales que contemplan el Nuevo Mundo como un escenario con posibilidades de enriquecimiento rápido, lo que proporciona anchas canteras de voluntarios dispuestos a incorporarse a la empresa ultramarina. En los niveles de dirección también existe una clara predisposición a potenciar la empresa con espíritu ofensivo, aunque en algunos sectores influyentes se registran discrepancias. Los representantes de los intereses económicos son partidarios de intensificar la acción ante las expectativas de grandes benefi-

cios comerciales. Los componentes del poderoso sector religioso están divididos. Una parte de él anima a seguir porque ello supone cristianizar pueblos y extender la fe verdadera. Otra parte se muestra muy crítica con los procedimientos adaptados hasta ahora y pone en duda la legalidad de lo que considera una guerra ofensiva e injusta.

b) El bando oponente al español va conociéndose y definiéndose cada día mejor. Los pueblos ocupantes de las Antillas reconocidas no han demostrado una capacidad de resistencia preocupante y han sido dominados con relativa facilidad. En el área que empieza a denominarse Tierra Firme su oposición ha sido mucho más intensa, ocasionando fuertes pérdidas a las expediciones hispanas. Sin embargo, estos pueblos también han sido vencidos, dejando nítidamente comprobada la superioridad militar de España. En conjunto, el adversario indígena no cuenta con apoyos internacionales, no forma un bloque y su mejor aliado frente a la agresión es la posición que ocupa, muy alejada de las bases de partida europea, de clima y naturaleza hostil al hombre europeo y envuelta en las brumas de lo desconocido, que impresionan psicológicamente al combatiente venido de un mundo distinto.

c) El ámbito en que se desenvuelve el conflicto resulta propicio a la acción. No existen interferencias directas internacionales, puesto que la comunidad cristiana ha aceptado los términos de las bulas papales y del tratado de Tordesillas. No obstante, se detecta un creciente interés, especialmente de Portugal e Inglaterra, por acercarse a las tierras americanas que se ha puesto en evidencia con diversas expediciones dirigidas a los extremos septentrional y meridional del espacio en disputa. Este espacio, desde los observatorios españoles, continúa estando poco definido, pero presenta tres partes bien diferenciadas. La primera está compuesta por La Española, isla casi completamente conocida y dominada, en cuyo entorno están localizadas otras tierras que se suponen pertenecientes a un archipiélago, aunque se descarta la posibilidad de que algunas conectan con masas continentales tal vez asiáticas. Su centro operativo radica en Santo Domingo. La segunda zona espacial se encuentra en el territorio de Tierra Firme o el Darién, donde Santa María de la Antigua se ha erigido en centro de operaciones consolidado. Se presume que estos terrenos forman parte de una gran península continental asiática al otro lado de la cual se halla el mar de las Indias. El paso terrestre al mismo ha sido encontrado por Balboa, pero sigue sin localizarse el paso naval. La tercera zona espacial comprende las costas continuadas existentes al me-

diodía del Darién, que han sido superficialmente reconocidas en sucesivos viajes por Ojeda, Bastidas, Niño, Pinzón, el portugués Cabral y otros. De estas riberas se sabe que son muy largas, que muestran una gran inflexión a partir del cabo de San Agustín, que las aleja de Europa y que, dada la latitud de los últimos puntos hallados, pueden pertenecer a una gran masa continental o peninsular prolongación de la del Darién en cuyo final debe estar el deseado paso marino a las aguas indianas.

En conjunto, la situación sigue siendo la correspondiente a una confrontación desigual en cuanto a la potencia de los antagonistas y con serias dificultades para el más poderoso derivadas de la lejanía y escasez de información. El momento particular que se vive en 1514 es propicio a la intensificación de las acciones ofensivas, porque la finalidad que se viene persiguiendo ha recobrado atractivo, los objetivos se muestran más claros y se ha elevado la moral de los contingentes humanos implicados en el proceso.

Los choques violentos que se vienen produciendo continúan desarrollándose entre grupos expedicionarios españoles muy reducidos, armados con medios modernos entre los que figuran armas de fuego, y colectivos indígenas muy superiores en número pero con armamento, organización y procedimientos de combate primitivos. En los encuentros, la reiterada experiencia ha puesto de manifiesto la alta calidad del hombre de armas español en este tipo de guerra irregular. Su valor personal, resistencia a la fatiga, capacidad de sacrificio y sentido de la iniciativa son en su bando cualidades comunes y generalizadas. Su sentido de lealtad, obediencia y disciplina destacan sólo intermitentemente y cuando el mando se ejerce con autoridad.

2. *Estrategas del momento*

El puesto de estratega superior sigue ocupado en la España de 1514 por Fernando II de Aragón, el Rey Católico cuyas características y condiciones han sido apuntadas en los capítulos precedentes. Su principal consejero es el cardenal Cisneros, que aporta a la labor decisoria, además de su particular sagacidad, energía y conocimiento de la problemática indiana, una fuerte preocupación de índole moral semejante a la que en su día demostró Isabel la Católica. Este binomio de personajes de larga edad y experiencia está acostumbrado a adoptar decisiones trascendentes y a

ejecutarlas con firmeza utilizando autoritariamente los resortes del poder.

En el teatro de operaciones ultramarino, a falta de un mando único con atribuciones generales, actúan dos jefes prácticamente autónomos. Uno es Diego Colón, gobernador de Santo Domingo, colocado en el puesto por respeto a los derechos de su progenitor el almirante y que padece los mismos o similares defectos que éste en cuanto a la conducción político-militar. Su estilo es cortesano. Sus miras poco altruistas. El ejercicio de la autoridad resulta proclive a la pequeña intriga en los círculos elitistas por él establecidos. Esta escasa capacidad de gobierno tiene poca repercusión en la isla Española, que ha recibido ya pacificada y dominada, pero influye negativamente en las empresas expansionistas que parten de su reducto. Previa meticulosa aprobación de la metrópoli y con financiación prioritariamente privada, se han iniciado poblamientos en San Juan o Puerto Rico, Jamaica y Cuba. En esos lugares, las intrigas y desavenencias del gobernador Colón han dado origen a revueltas, pero, a pesar de ello, el proceso de poblamiento prosigue, aunque con falta de coordinación y a impulsos individuales de ambición limitada.

El otro jefe que se mantiene en activo dentro del teatro de operaciones es Vasco Núñez de Balboa, gobernador provisional del Darién. Su perfil es por completo distinto al del segundo Colón. No debe nada a su cuna ni a la protección de los poderosos. Se incorpora al Darién huyendo de la justicia, pero en los momentos críticos y situaciones desesperadas es él quien ofrece y propone soluciones salvadoras. Ante las acuciantes amenazas y la imposibilidad de conectar oportunamente con los órganos del poder oficial, sus camaradas lo eligen en votación democrática como jefe. Es un caudillo nato cuyas cualidades individuales se acrecientan frente al peligro. Impone la disciplina a los suyos inteligentemente y negocia con las tribus indias haciendo gala de una capacidad diplomática pareja a la militar. Cuenta con enemigos y detractores de su persona irreconciliables, pero mucho mayor es el número de los que le siguen considerando el conductor idóneo para los tiempos de crisis que se abaten sobre el territorio. Es un verdadero motor del que parten sin cesar sucesivas iniciativas. Posee una ambición ilimitada. Quiere realizar obras transcendentes y se apresura a intentarlas para impresionar favorablemente al Rey antes que sus antagonistas socaven su prestigio en la Corte.

Lejos de la cabeza de puente americana, en la retaguardia ibérica, no surgen figuras destacadas en la dirección político-militar de rango ejecutivo, pero sí promotores de acciones estratégicas. Fonseca y el creciente

aparato burocrático de la Casa de Contratación no participan en expedición alguna, pero realizan un metódico seguimiento de todas ellas que les proporciona un creciente banco de información enriquecido por la experiencia ajena. Este equipo, encargado por Fernando el Católico de buscar el paso naval al mar de las Indias, tiene el trascendental acierto de encontrar un jefe excepcional para tal iniciativa. Su éxito se produce al acoger, escuchar y apoyar el proyecto de un portugués llamado Magallanes, cuyas cualidades personales sólo son comparables a las de Cristóbal Colón. Es un experimentado marino que ha navegado en todas las aguas. Es un explorador consagrado que conoce perfectamente la ruta oriental a las Indias y ha llegado por ella hasta las islas de las Especias. Es un buen geógrafo que apoya sus pretensiones en bases científicas. Es un guerrero que tiene probado el valor en combate. Y, en conjunto, es el personaje de más relieve y categoría de cuantos se han ofrecido a participar en la empresa americana. Su fichaje va a coronar la etapa de grandes descubrimientos y ha de permitir que se alcance el objetivo final pretendido por los planes estratégicos de España hasta este momento, que se cifraba en llegar a oriente por occidente. Porque, gracias a él será hallado el estrecho que une al Atlántico con el Pacífico, pese a la enconada oposición de un importante sector de sus subordinados. Gracias a él, una precaria flotilla se atreverá a cruzar un océano inmenso y desconocido. Gracias a él también España ocupará las primeras posiciones en el extremo oriente. Y aunque la muerte violenta le impide culminar su aventura, gracias a sus instrucciones y directrices, Elcano podrá finalizar la primera circunvalación del orbe.

Los planes estratégicos españoles, en conjunto, van a desarrollarse, pues, con la participación decisiva de dos ejecutantes privilegiados. Uno, Núñez de Balboa, auténtico estratega operativo que, mediante inteligente campaña, acaba por apoderarse del paso terrestre al mar de las Indias. El otro, Magallanes, prototipo de navegantes que termina por abrir la ruta occidental Europa-Asia. Los dos acabarán violentamente, pero su obra supone la culminación de las más ansiadas expectativas.

3. *Plan estratégico final de la fase*

En 1514 no ha cambiado *la finalidad estratégica* pretendida por España, pero sí las condiciones efectivas del proceso. Llegar a las Indias,

evangelizar y obtener riquezas siguen siendo las aspiraciones esenciales que ahora cobran renovado impulso. La primera fase de la acción americana estuvo revestida de euforia. El movimiento comenzó un poco a ciegas, pero con el convencimiento general de que se estaba junto a las Indias, lo que favorecía el espíritu ofensivo. Luego, llegó el desencanto y las operaciones entraron en un período de estabilización. En el momento presente, consolidado el poder supremo español tras la crisis de sucesión isabelina, e inyectadas fuertes dosis de esperanza por las noticias de Balboa, el Estado español vuelve a la ofensiva.

La *idea general de acción* es prolongación de la anterior en cuanto al ámbito internacional y económico-administrativo, pero se amplía en el aspecto operativo, porque en éste se pretende actuar en tres líneas diferenciadas y con procedimientos distintos cada una. El pensamiento superior puede sintetizarse en los términos siguientes:

a) Continuar el poblamiento de La Española y de las dependencias próximas a ella para consolidar su dominio y explotar los recursos locales sin abandonar las exploraciones de la zona.

b) Reforzar los destacamentos de Tierra Firme para asegurar el paso terrestre al mar del Sur estableciendo en él bases avanzadas susceptibles de aprovechamiento comercial.

c) Explorar el área situada al mediodía del Darién a fin de localizar el paso naval al océano descubierto por Balboa y, eventualmente, adelantarse a los asentamientos iniciados por Portugal, así como a los que puedan intentar los ingleses.

La distribución de medios y misiones resulta menos precisa que en los tiempos anteriores. En la zona de Santo Domingo no se ofrecen problemas mayores. La misión se encomienda, por supuesto, al gobernador que en ella reside —Diego Colón—, pero con cautelas y prevenciones que revelan la escasa confianza que este personaje merece en la Corte. Así, se le exige solicitar rigurosos permisos y licencias para cuantas iniciativas se proponga desarrollar. Y se le despoja de la jurisdicción o capacidad de juzgar y hace que se cumpla lo juzgado. Ésta pasa a ser desempeñada por una audiencia regida por eclesiásticos misioneros. Los medios con que puede contar han de ser de procedencia privada, aunque en las expediciones deban incluirse los obligados funcionarios ofi-

ciales y se asegura, en todo caso, la fuerte participación de la Corona en los posibles beneficios.

En el área de Tierra Firme existe confusión respecto a quién se otorga el mando. De hecho, éste lo ostenta Vasco Núñez de Balboa con el título de gobernador provisional. Pero en la península las intenciones reales se materializan en la organización de una potente expedición, financiada por la Hacienda Pública, en cuyo frente es colocado Pedrarias Dávila con los atributos de gobernador general y capitán general. Sin embargo, a medida que los correos llegan a España con la favorable información ultramarina, el Rey pretende respetar algunas atribuciones al consagrado Balboa nombrándole adelantado del mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba. Con todo ello se produce un estado favorable al conflicto de competencias que estallará a partir de la llegada al Darién de Pedrarias. Antes, durante unos meses, Balboa ejercitará el mando por su cuenta y riesgo.

La ejecución de las exploraciones al mediodía del Darién se encomienda inicialmente a Juan Díaz de Solís, navegante experimentado que compartió la dirección de una expedición previa con Vicente Yáñez Pinzón y maestro de pilotos en la Casa de Contratación sevillana. Los medios que se le facilitan son predominantemente de procedencia estatal, aunque se permite a algunos comerciantes el embarque de mercancías para su negociación en caso de llegar a los puertos del extremo oriente. Posteriormente el mando se entregó a Magallanes.

En cuanto a *condiciones de ejecución* varían poco respecto a las impuestas en las fases anteriores. El modo de actuar hasta este momento se ordenaba verbalmente a los capitanes responsables de misiones independientes y figuraba, en parte, en las capitulaciones suscritas para cada caso concreto. Ahora se entregan por escrito las «instrucciones» y «requerimientos» elaborados por eminentes juristas y teólogos. Da la impresión de que la Corona, preocupada por las críticas realizadas desde algunos focos religiosos, quiere unificar los comportamientos y asegurarse el que éstos respondan a los planteamientos tácticos y filosóficos aceptados. De esta manera quedan aceptadas las órdenes de castellanizar, de establecer una administración con cargos específicos, ejercidos por expresa delegación de la Corona, de poblar con voluntad de permanencia y de evangelizar. Para los momentos de combate las exigencias regias imponen un verdadero ritual en el que detallan los mensajes que deben dirigirse a los enemigos y las medidas previas, de las que han de levantar acta los fun-

cionarios. Todo parece encaminado a inculcar al combatiente hispano la justicia moral de su causa y a recordar a los capitanes que su meta estriba en conseguir que los pueblos indígenas se sometan al vasallaje de Castilla y reconozcan en lo espiritual la supremacía universal de la Iglesia católica y de su Pontífice.

4. *Comportamiento operativo*

Por causa de las enormes distancias y de los considerables tiempos forzosamente invertibles en los desplazamientos, las medidas derivadas del nuevo planteamiento castellano tardan años en aplicarse.

En la zona de Santo Domingo, los años 1515 y 1516 transcurren sosegadamente y en ellos prosigue el poblamiento de las islas inmediatas, especialmente el de Cuba. Esta gran isla, sometida de forma completa, es gobernada por un ambicioso Diego Velázquez que ejerce su autoridad cada vez con mayor autonomía aprovechando las ausencias prolongadas de Diego Colón. Poco a poco, el centro de gravedad de las operaciones se traslada a Santiago, quedando en La Española la capitalidad administrativa y judicial.

Es en 1517 cuando se aprecia el nuevo espíritu ofensivo. Tras una serie de pequeñas expediciones de reconocimiento, como la protagonizada por Ponce de León, se inician otras de mayor enjundia. Surgen por iniciativa de los propios colonos y se financian por los mismos expedicionarios con el apoyo suplementario de los capitalistas locales. La jefatura de estas partidas se cubre mediante un trámite característico. Primero, quienes van a embarcarse en la aventura eligen democráticamente la persona que consideran idónea para dirigirla. Pero esta decisión no basta. Debe ser ratificada por el gobernador de la isla, quien únicamente otorga su conformidad si el aspirante le merece confianza plena. Velázquez no se muestra preocupado por la capacidad personal de los candidatos propuestos, sino por la lealtad a su persona que éstos manifiestan. Sólo cuando está seguro de que el capitán en ciernes obedecerá exactamente sus instrucciones y cuidará sus intereses materiales, otorga el nombramiento. Después, para cubrir las formas, lo comunica a Santo Domingo y a la Corte española, pero no espera la sanción superior para autorizar la salida de las flotillas. Así, de hecho, un gobernador de segundo nivel, apoyándose en el aislamiento geográfico de su demarca-

ción, se erige en promotor de iniciativas que nacen ya taradas por la estrechez de miras del autorizante. Las expediciones de Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalba responden a este patrón. Los dos son hombres valerosos que desarrollan con decisión importantes misiones de reconocimiento en las que se logra información valiosa y escasa riqueza material, obtenida por rescate pacífico con los indígenas. En sus barcos navegan hombres curtidos en la labor conquistadora y pobladora que proponen iniciar asentamientos en los lugares que se muestran propicios. Pero en uno y otro caso, los jefes, obcecados por el cumplimiento estricto de las órdenes recibidas, optan por seguir las indicaciones superiores y vuelven a su base de partida. De esta forma no aportan a España nuevas tierras, si bien acumulan en Cuba una rica información que, más adelante, será genialmente utilizada por Cortés.

En el Darién no ocurre lo mismo. Vasco Núñez de Balboa es el jefe provisional del territorio y la provisionalidad actúa como acicate de su espíritu atrevido. Presume que puede ser relevado. Considera que dispone sólo de unos meses antes de que llegue su sustituto y decide aprovechar el plazo comportándose como un auténtico estratega. Ha acopiado abundante información del espacio que ocupa y tiene relaciones amistosas con algunos caciques del lugar que le han ilustrado sobre la psicología india y le han permitido obtener datos que señalan la crónica rivalidad existente entre las tribus. Valora con realismo la capacidad de las escasas pero veteranas fuerzas que están a sus órdenes. Y, con tales elementos, elabora un plan estratégico tan simple como difícil de ejecutar. La finalidad que en él busca es tomar posesión del mar del Sur antes de que la Corte decrete su cese. La idea general a seguir consiste en avanzar buscando la alianza con los principales caciques para ir ocupando, sucesivamente, los lugares más fuertes del territorio con un núcleo español formado por gente escogida. Para ello asume en persona la ejecución de la maniobra y organiza una columna con menos de doscientos compatriotas. Elige como base de partida el país de su amigo Careta y a él se traslada en una marcha naval de aproximación, realizada con tan pobres medios como son un viejo galeón y nueve balsas construidas apresuradamente. A partir de este momento, su ascendiente logra que los escasos efectivos hispanos le secunden a pesar de los evidentes peligros que encierra su fantástico proyecto. Su habilidad diplomática le permite realizar una a una sus ideas consiguiendo alianzas decisivas. Unas veces utiliza su poder de seducción para atraerse la amistad de algunos caciques.

En otras ocasiones se vale del combate siempre favorable a sus armas para explotar el éxito según las circunstancias de cada caso. En pocas, pero decisivas, oportunidades se muestra implacable en el castigo a sus enemigos, generando un terror que impresiona y paraliza a otros potenciales adversarios. En otros momentos su generosidad es benevolente, liberando a los prisioneros para que actúen como mensajeros de ofertas de paz. Por este sistema, combinando el miedo con la liberalidad, cubre todos sus objetivos alcanzando sucesivamente la base de la cordillera, su cumbre y, finalmente, la ribera del deseado mar. El método para cada salto es siempre el mismo. Ocupado un punto fuerte, deja en él una guarnición de seguridad que garantice todo eventual repliegue y prosigue con el resto del núcleo operativo y las fuerzas auxiliares indígenas hasta la siguiente línea de objetivos. En ésta reagrupa las fuerzas, mantiene la ocupación dejando su custodia encomendada a los elementos más necesitados de descanso y continúa adelante. Llegado por fin al mar, reviste la toma de posesión de la máxima solemnidad posible y se sostiene en el espacio ocupado para imponer su autoridad de manera efectiva. Durante semanas ejerce un verdadero gobierno territorial recibiendo embajadas portadoras de presentes materializadores de la pleitesía de los pueblos nativos e imparte justicia comportándose como el señor de la tierra cuya autoridad es unánimamente acatada. Cuando estima que la huella dejada no resulta fugaz, emprende el repliegue con procedimientos análogos a los empleados con anterioridad. Hasta que en enero de 1514, desde la Antigua, puede enviar a España un impresionante resumen de su actuación: el mar del Sur ha sido hollado por las plantas españolas; el istmo americano está dominado y sus pobladores se han reconocido vasallos de la Corona castellana; se han recogido riquezas y tesoros asombrosos; y el destacamento europeo permanece intacto, sin una sola baja en combate y más entusiasmado que nunca por el rápido y correcto reparto del botín que ha efectuado el capitán.

Todo cambia en Tierra Firme en 1514 como consecuencia de unas medidas adoptadas en España antes de conocer los datos de la realidad y que no pueden corregirse con anterioridad a causa de las enormes distancias que complican las comunicaciones. La llegada a La Antigua del máximo exponente de la burocracia, Pedrarias Dávila, detiene el pujante proceso ofensivo. El jefe natural, Balboa, es arrinconado y sometido a un primer juicio de residencia del que sale bien librado tras múltiples avatares. Mientras tanto, el nuevo gobernante, desconocedor de las condi-

ciones objetivas que rigen la situación, ordena incursiones carentes de sentido. La incompetencia del nuevo jefe y la ciega violencia de las acciones rompen el equilibrio pacífico y provocan levantamientos indígenas que obligan a brutales represiones. Las pérdidas humanas españolas son elevadas. Las denuncias hechas por Balboa apenas tienen eco en la Corona, que mantiene en su puesto a Pedrarias, concediendo tan sólo un leve respaldo al antiguo gobernador, reafirmándole como adelantado del mar del Sur. El veterano conquistador aprovecha este otorgamiento para apuntarse nuevos éxitos trascendentes, organizando el primer astillero que permite a una flotilla castellana surcar las aguas del Pacífico. Sin embargo, el rencor y la envidia de Pedrarias ponen trágico fin a las iniciativas forzando el ajusticiamiento inmisericorde del brillante capitán; su prestigio y ascendiente sobre los hombres que le secundaron en momentos críticos de nada valen frente a la autoridad ejercida con el respaldo del poder oficial. Personajes de la categoría de Pizarro aceptan los mandatos del déspota y colaboran con él haciéndose cómplices de su injusticia. Pese a todo, el saldo de las operaciones es positivo para España al morir Vasco Núñez de Balboa en 1519. En el istmo centroamericano se ha perdido la paz política que estableció el caudillo, pero la población indígena está dominada y el control territorial se ejerce desde sólidos asentamientos hispanos. Santa María de la Antigua, Acla y Nombre de Dios son urbes con guarnición permanente que aseguran la dominación del litoral atlántico. El enlace terrestre con el Pacífico es efectivo. Y en el océano recién descubierto, el poblado de Las Balsas constituye una sólida cabeza de puente.

El paralelo con lo acontecido en las Antillas y Tierra Firme, desde Sevilla se han iniciado las operaciones correspondientes a la tercera línea de actuación concebida en el último planteamiento estratégico. La primera incursión, encomendada a Juan Díaz de Solís, alcanza el extremo del Brasil y llega hasta lo que más tarde se llamará Río de la Plata, pero termina prematuramente con la muerte del capitán general. Su fracaso, coincidente con la muerte de Fernando el Católico, frena momentáneamente nuevos intentos. Éstos se reanudan en 1518 con la expedición del consagrado navegante portugués Fernando de Magallanes. La iniciativa se emprende a costa de la Hacienda pública. Encuentra fuerte oposición portuguesa, vencida diplomáticamente. Tropieza con dificultades nacidas del aparato burocrático que, por vez primera, se resiste a secundar las órdenes reales y necesita el concurso de mercenarios extranjeros para suplir la escasez de voluntarios nacionales. Pero, frente a tantas dificultades,

consigue dos objetivos extraordinarios. Uno se conocerá en la Corte en 1521: la localización definitiva del paso naval al mar del Sur o Pacífico. El otro llegará más tarde, pero supondrá nada menos que la materialización de la primera vuelta completa al mundo y el establecimiento de los primeros pilares coloniales españoles en el extremo oriente. Las épicas peripecias del viaje ponen de manifiesto las grandezas y miserias del elemento humano partícipe en las exploraciones. Rebeliones a bordo, deserciones, forzosas sucesiones en el mando y actos heroicos, se mezclan en la epopeya protagonizada por 250 hombres y cinco pequeños navíos. Sólo uno de éstos volverá a un puerto español, pero en sus bodegas traerá un cargamento de aquellas especias que motivaron el gigantesco movimiento expansionista y en su quilla quedan huellas de todos los mares.

Al finalizar la fase (entre 1518 y 1521), España alcanza un conocimiento global del espacio que empezó a descubrir Colón. Ya pocos dudan de que lo que se denomina Nuevo Mundo es un enorme continente. Su zona septentrional está al alcance de La Española, Cuba y sus dependencias. El centro se encuentra dominado por las guarniciones de Tierra Firme. Y la amplia masa terráquea meridional muestra sus litorales reiteradamente reconocidos en varias de sus partes, sin que en ninguna se hayan iniciado poblamientos. Veinte años se han necesitado para correr el velo de lo desconocido pero éste, al fin, ha caído.

5. *Principios de actuación y modelo estratégico adoptado*

A nivel superior, en esta fase no parecen modificarse los principios de actuación acreditados en las anteriores, pero se aprecia un notorio reforzamiento de la *voluntad de vencer* que revitaliza los planteamientos. El deseo de conquista impulsa a la Corona a intervenir directamente en los acontecimientos, abandonado el simple «dejar hacer» característico de los años precedentes. Fruto de él es el desarrollo de una gran maniobra en tres direcciones materializada mediante expediciones financiadas con dinero público, aunque con variable dosificación. La acción que tiene como base las Antillas, con objetivos poco motivadores, se abandona, en buena parte, a la iniciativa privada mientras se vuelcan los recursos estatales hacia el istmo americano y la exploración de las costas meridionales que ofrecen perspectivas más atrayentes. El respeto al principio del *mando único* se mantiene en la cumbre, pero se diluye o difumina al organizar el

ámbito operativo y esto ocasiona graves trastornos. En el Darién el apartamiento de la regla cuesta la vida a Balboa y provoca un fuerte retroceso de la pacificación territorial. En la expedición de Magallanes, la ambigüedad de las instrucciones alimenta la insubordinación de Cartagena, alienta rebeliones y motiva retrasos. En ambos casos, los problemas se superan por la voluntad de triunfo que anima a los combatientes y por el respeto al *principio de legalidad*, que va acusándose cada vez más como característico de la empresa expansionista española. Este principio favorece la implantación de una burocracia casi omnipotente que asfixia muchas iniciativas y complica las decisiones, pero contribuye a generar disciplina en unos colectivos expedicionarios individualistas y rebeldes por naturaleza y proporciona la necesaria cohesión.

En el plano operacional pocas novedades dignas de mención pueden hallarse, desde el punto de vista de los principios, en las acciones llevadas a cabo durante este período en las Antillas y la zona oceánica meridional. En estos sectores no se producen verdaderas operaciones militares sino viajes o acciones navales de reconocimiento y exploración con escasas oportunidades de choque armado. En cambio, Vasco Núñez de Balboa se comporta con criterios dignos de examen durante su feliz campaña de dominación del istmo centroamericano. En él es característico el constante recurso a la *iniciativa.* Puede coronar su sueño de llegar al mar del Sur porque se anticipa a las decisiones reales que presume —acertadamente— contrarias a sus propósitos. Y, utilizando la iniciativa o anticipación, va imponiéndose a las tribus que se le oponen, empleando unas veces la dureza extrema y otras una sorprendente generosidad para atraerse a los caciques y evitar que éstos se coaliguen en su contra.

Al margen del gran sentido de la iniciativa que Vasco Núñez de Balboa evidencia en todas sus actividades, en el plano de la estrategia operativa este capitán resulta un verdadero modelo de corte clásico. La campaña que desarrolla para posesionarse del mar del Sur es una magistral lección sobre la aplicación práctica de los principios de *libertad de acción* y de *economía de fuerzas.* Su avance es metódico y descompuesto en saltos sucesivos. En cada uno, busca aliados que garanticen su movilidad, refuercen su exiguo núcleo de combate hispano con tropas auxiliares, le cubran de amenazas inmediatas y le proporcionen completa información geográfico-política del espacio en que opera. No le importa perder aparentemente tiempo en afianzar las alianzas establecidas y lo logra atan-

cando sin vacilaciones a los enemigos de las tribus que con él colaboran para obtener de éstas un valioso crédito de agradecimiento interesado. Consigue que se propalen por todo el territorio las noticias de su comportamiento y despierta la expectación en los caciques lejanos, interesándolos hasta el punto de emprender carreras para anticiparse a sus rivales en el deseo de establecer relaciones amistosas con el extraño guerrero blanco. Su habilidad diplomática le proporciona amplio margen para montar su maniobra militar.

La maniobra militar de Balboa resulta siempre beneficiada por la gran libertad de acción que acierta a ganarse y en ella destaca la gran rentabilidad que obtiene de unos efectivos mínimos. No cuenta con un ejército ni nada que se le parezca. Dispone sólo de un puñado de hombres armados que administra con un sentido de la economía perfecto. Jamás dilapida la sangre de sus subordinados y esto hasta el extremo de no contabilizar una baja mortal en toda la campaña, en una zona donde otras expediciones, antes y después, dejaron cientos de cadáveres. Encomienda las misiones conforme a las capacidades reales de los combatientes. La defensa de los lugares que considera claves para su movimiento, y que desea asegurar para garantizar eventuales repliegues, la deja a los enfermos y heridos, quienes no podrían aguantar los esfuerzos del avance pero sí resistir apoyados en el obstáculo y la fortificación para sobrevivir. Los más fuertes constituyen, con él, el núcleo de reserva preparado para las acciones decisivas. Las tareas secundarias —descubierta, reconocimiento, seguridad de combate, logística— son encomendadas a las tropas auxiliares indígenas, que, al desempeñarlas, se sienten partícipes de la acción general. Y la ingente obra que realiza mediante la libertad de acción y la economía de fuerzas la corona con el continuo ejercicio del principio de *ejemplaridad*. Personalmente participa en todo lo difícil sin rehuir jamás las ocasiones de mayor riesgo y fatiga. Con su constante ejemplo personal impresiona a los subordinados, a los aliados y a los enemigos. Procura ser protagonista permanente para ostentar la aureola de los privilegiados. Participa en los combates. Es el primero en abrazar a los caciques indios, el primero en alcanzar la cumbre de las sierras para avistar el mar, y el primero que se hunde en las aguas recién descubiertas para materializar su posesión. Sus dotes de conductor, por último, acusan una notable sensibilidad psicológica que se pone de manifiesto en la forma de arengar a las tropas. Su discurso, dirigido a los españoles en el momento crítico de coronar la cordillera, apunta a los resortes más sensibles

del alma de los castellanos al asegurarles que son unos seres privilegiados por llegar donde ningún capitán llegó nunca, algo así como unos santos, porque están abriendo un mundo nuevo a la evangelización y también a punto de enriquecerse con los tesoros que espera encontrar. El orgullo, la fe y la codicia son las fuerzas morales que él estimula para transformar su reducido contingente en un poderoso instrumento de la lucha tan ambiciosa como inasequible al desaliento.

En esta fase, Balboa se revela como un gran general que participa destacadamente en la ejecución del modelo estratégico global adoptado por España desde fases anteriores. Además, en el aspecto operacional, su comportamiento se ajusta al modelo de planificación que Beaufre denomina de *aproximación indirecta,* puesto que persigue un objetivo importante con fuerzas militares reducidas y lo alcanza mediante la consecución sucesiva de objetivos secundarios.

Capítulo V

HERNÁN CORTÉS Y LA CONQUISTA DEL IMPERIO AZTECA

Acontecimientos

Después del descubrimiento del mar del Sur, en el sector central del territorio americano y mientras se busca hacia el sur el paso que permita llegar a las Indias, en Cuba y Santo Domingo se prolongan los sondeos, de radio limitado e iniciativa preferentemente privada, que va a sufrir un cambio radical tras la intervención de un Cortés cuya trayectoria conviene conocer desde un principio.

Hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, hidalgos ambos de escasa fortuna, nace Hernando o Hernán Cortés en Medellín, Cáceres, en el año 1485.

En la casa solariega de su villa extremeña, Cortés tiene una infancia de salud delicada en la que se familiariza con las tareas agrícolas del campo árido y los rigores de un clima extremado y duro. El padre, capitán de cincuenta caballos en la campaña emprendida por el clavero de la Orden de Alcántara contra las huestes de Isabel la Católica, pudo transmitirle alguna de sus cortas experiencias militares, pero prefirió orientar la vida del hijo por la vía de las letras. A los catorce años le envía a la Universidad de Salamanca para que estudie gramática y leyes. Lo hace el joven durante dos cursos, alojándose en casa de su tía Isabel de Paz, esposa de Francisco Núñez Varela, pero, al cabo de los mismos, desiste de proseguir los estudios y regresa al domicilio paterno con gran disgusto de sus mayores. Anuncia el deseo de dedicarse a las armas y ofrece algunas muestras de conducta poco ordenada con participación en tumultos callejeros y lances amorosos que escandalizan a sus vecinos. Duda entre enrolarse bajo las banderas del Gran Capitán en Italia o seguir la ruta

de las Indias a la búsqueda de gloria y fortuna, y se decide al fin por este último. Conoce a Nicolás de Ovando, quien reside en Cáceres mientras prepara la expedición de treinta naves que le conducirán a Santo Domingo para sustituir a Bobadilla. Logra que Ovando le incluya en su séquito, pero un accidente impide su embarque. Durante la ronda nocturna a una joven cae del tejado, y a punto de ser acuchillado por un indignado pariente de aquélla, se fractura una pierna, por lo que no puede salir el 13 de febrero de 1502 con la brillante flota ovandina, que zarpa, sin él, de Sanlúcar.

Recluido en su lecho por la lesión, se le renovaron las fiebres cuartanas padecidas en la infancia y sólo después de varios meses, el joven extremeño pudo abandonar de nuevo el hogar camino de Valencia con la imaginación puesta en los Tercios italianos. Transcurre un año sin que hayan quedado noticias del peregrinaje de Cortés. Sus biógrafos dicen que, durante esa fase, llevó una vida disipada en la que tuvo ocasión de conocer a no pocos aventureros y de escuchar los relatos de muchos navegantes y expedicionarios participantes en los descubrimientos. De cualquier manera, en 1504, con diecinueve años de edad, aparece en Sanlúcar de Barrameda dispuesto a cruzar el océano como tantos otros aspirantes a conquistadores.

Se enrola en una nao mercante cuyo maestre, Alonso Quintero, es un codicioso comerciante de Palos y con ella sale formando parte de un convoy de abastecimiento constituido por cuatro naves. Se separa Quintero del convoy en La Gomera para adelantarse a los demás y vender con ventaja sus mercancías. El mástil de la embarcación fugitiva se rompe, viéndose ésta obligada a reincorporarse a la flotilla comercial para volverse a escapar, con fines nada escrupulosos, poco antes de llegar a su destino. El piloto, Francisco Niño, pierde el rumbo en alta mar, por lo que tripulantes y pasajeros creen llegada su última hora hasta el punto de confesarse unos a otros a grandes voces. El vuelo de una paloma resuelve la situación porque, siguiéndolo, la nao alcanza el promontorio de Samaná en La Española y consigue desembarcar en el puerto de Santo Domingo, donde ya llevaban días amarradas las naves que Quintero intentó burlar.

Tras su duro aprendizaje de navegación, Cortés trata de presentarse a su antiguo protector, el gobernador Ovando, pero éste se encuentra fuera de la ciudad en una de sus campañas pacificadoras. Uno de sus secretarios, el bachiller Medina, le incita a apuntarse en el registro de

ciudadanos de Santo Domingo, pues con ello entraría en la lista de privilegiados con derecho a casa en la ciudad, a tierra para granjería en el interior y a encomienda de indios suficiente para la explotación agrícola, a cambio de comprometerse a residir cinco años consecutivos en la isla. El joven recién llegado rechaza la oferta porque se niega a suscribir compromisos sedentarios de larga duración. Prefiere sumarse al grupo de los duros buscadores de oro que, con grandes privaciones y esfuerzos, se afanan en el lavado de las arenas auríferas y en el trabajo de las minas con la colaboración de indígenas atrapados por la fuerza.

Harto de calamidades faltas de buenas perspectivas, Cortés un día regresa a la ciudad, desempolva los títulos y saberes adquiridos en Salamanca y consigue el puesto de escribano público en el pueblo de Azúa, donde se afinca, pone en pie una próspera granja y se convierte en encomendero. Durante seis años vive como un pequeño burgués. Dispone de cierta autoridad entre sus conciudadanos. Sigue practicando una conducta disipada que le lleva a verse mezclado en peleas, rencillas y escándalos de faldas. Trata de pasar a Veragua atraído por la fama de riqueza de sus tierras, pero cuando encuentra oportunidad de hacerlo una enfermedad le postra en cama impidiéndole acompañar a Nicuesa o a Ojeda.

En 1509, Cortés asiste entusiasmado a la instalación de la brillante corte colonial del nuevo gobernador Diego Colón. A sus veintitrés años de edad, el bullicio de la animada vida social le atrae más que las expediciones organizadas para ocupar Borinquen y Jamaica. Pero toma buena nota de la información que proporcionan los participantes en las exploraciones navales y en las intervenciones en Tierra Firme. La placentera estancia urbana parece satisfacerle hasta que don Diego Colón decide tomar posesión efectiva de Cuba y nombra para dirigir la empresa al rico hacendado de Xaraguá Diego Velázquez. Se incorpora entonces a la columna de trescientos expedicionarios, no como hombre de armas sino como funcionario civil con cargo de secretario o tesorero en el equipo de Miguel de Passamonte, responsable de los quintos y la Hacienda del Rey. Es todavía un personaje oscuro pero ya con afanes de influencia. Según el padre Las Casas, se dedica «a congraciarse con su jefe de todas las maneras posibles» pero, simultáneamente, figura mezclado en los pequeños conciliábulos urdidos por los oponentes del gobernador.

A sus veintiséis años, el temperamento donjuanesco sigue ocasionándole complicaciones. Se trata esta vez de una dama perteneciente al séquito de la virreina doña María de Toledo. Se llama Catalina Juárez, es

hermosa pero pobre y Cortés la galantea al tiempo que el propio Velázquez corteja a una hermana suya. Influido por ésta, el gobernador presiona a su secretario para que lleve al matrimonio a Catalina y como se niega acaba por encarcelarle aduciendo razones de desobediencia política. Le acusa de conspiración al intentar salir de la isla en una barca para llevar a los oidores de la Corona en La Española documentos comprometedores para la gestión de Velázquez.

Encerrado con grilletes en un calabozo, está a punto, incluso, de ser ahorcado, pero consigue fugarse rompiendo los pestillos y saltando por una ventana con la probable colaboración, por soborno, del guardián. Perseguido intensamente, logra acogerse al derecho de asilo de una iglesia refugiándose en su interior, si bien queda en ella rodeado de vigilantes que le impiden evadirse. En una de sus inesperadas reacciones, aburrido del aislamiento en el templo, intenta salir ocultamente de él para visitar a Catalina. Descubierto, es detenido de inmediato y conducido con todo género de precauciones a un barco fondeado en la bahía, de donde también se fuga en una espectacular peripecia. Decide entonces buscar el apoyo de Juan Juárez, hermano de Catalina y persona influyente. Se presenta en su casa. Promete casarse si cesa el acoso de que se le hace víctima y, sin pensarlo dos veces, se dirige a la estancia donde se encuentra el gobernador pidiéndole perdón por su comportamiento y ofreciéndose como subordinado dispuesto a prestar cuantos servicios se le requieran. Sorprendido y halagado, Velázquez acepta las disculpas congraciándose con el inquieto secretario hasta el punto de actuar como su padrino en la boda con doña Catalina. Poco después, Cortés es nombrado alcalde de la villa de Baracoa, que luego cambiaría su nombre por el de Santiago de Cuba.

Una vez aceptado y asentado en los círculos de la sociedad dirigente que empieza a formarse en Cuba, Cortés da pruebas de eficacia y habilidad en los negocios.

A la par que Cortés va convirtiéndose en un terrateniente de corte tradicional, la sociedad española instalada en Cuba va también creciendo y adoptando los usos característicos de la lejana metrópoli. Su gobernador, Velázquez, acusa los mismos rasgos de muchos de sus compatriotas. Es persona de trato variable que ofrece muestras de afabilidad interrumpidas repentinamente por arrebatos de cólera. Es individualista, reacio a la obediencia, ambicioso y propenso a ejercer su autoridad de manera absoluta en el territorio de su jurisdicción. No tolera que alguno de sus su-

bordinados pueda hacerle sombra y gusta del boato y los honores. Por ello, sintiéndose una especie de virrey, crea su propia Corte a imagen y semejanza de la de Colón en La Española. Se rodea de una camarilla cortesana en la que destaca su particular capitán general, Pánfilo de Nárvaez. Acumula ventajas sobre sus sumisos privados y ministros y cuenta, incluso, con un verdadero bufón llamado Cervantes que emplea la ironía desgarrada para solaz del amo y cruel burla de los súbditos débiles.

En estas circunstancias ambientales y de creciente prosperidad individual, el gobernador Velázquez se apega al cargo recibido con interés creciente. Gracias a su poder, las posibilidades de enriquecimiento son mayores para él por días y su superioridad sobre los compatriotas de la isla aumenta. No quiere en modo alguno pensar en que el virrey pueda sustituirle y para escapar a su dependencia, maniobra con la idea de quedar subordinado directamente a la Corona. Se apoya para ello en Miguel Passamonte, tesorero real con grandes influencias en el Consejo de Castilla, y a su través, el consejero de Hacienda y alcalde de Baracoa, señor Cortés, conoce todas las intrigas velazquinas y toma buena nota de ellas por si alguna vez se ofreciera la ocasión de esgrimirlas. Las oportunidades de obtener mayores y más sustanciosas ganancias surgen, especialmente, cuando en la isla se organizan expediciones de rescate que pueden regresar con soñados tesoros. Su preparación, con la venta de pertrechos y víveres, origina sabrosos negocios. Pero la lucha subterránea de intereses es especialmente enconada para colocar en los puestos clave personas de la confianza de los financieros. Así ocurre cuando se disponen sucesivamente las marchas de Hernández de Córdoba y de Grijalba. En el caso de este último, las inquietudes se hacen obsesivas por haber sido muy elevadas las inversiones realizadas en sus cuatro barcos. La provisión de los bastimentos y matalotaje de pan casabe y tocinos estuvieron a cargo de los cuatro capitanes, Ojeda, Alvarado, Montejo y Dávila. Cada uno de los cuarenta soldados alistados puso de su propio bolsillo las armas, municiones y víveres, con lo cual eran muchas las casas cubanas de los españoles que tenían colocados sus ahorros en la armada, muy en particular las de los financieros armadores, entre los que figuraba con participación mayoritaria el propio gobernador Velázquez. Preocupado éste por la tardanza en el regreso de la expedición, decide enviar una carabela en su búsqueda y con ella sale Cristóbal de Olid, hombre fuerte, duro y valeroso, de gran lealtad aunque de escasa inteligencia e iniciativa. La nave sigue la ruta de Hernández de Córdo-

ba, pero, frente al Yucatán, vientos contrarios le impiden continuar forzándola al regreso que efectúa muy poco tiempo después de la llegada a Cuba del navío de Pedro Alvarado.

Se presenta Alvarado en el puerto de Santiago con los heridos y enfermos del grupo expedicionario, con datos sobre las dificultades que el mismo encuentra para proseguir el periplo y, sobre todo, con pruebas de las riquezas entrevistas y con esperanzadoras noticias sobre unas tierras en que volvía a señalarse la existencia de grandes ciudades con casas y templos hechos de piedra, cal y canto. Sus informes levantan el entusiasmo de los residentes. Se organizan fiestas, justas y torneos de cañas y el gobernador concibe la idea de hacerse con la posesión de ese Yucatán al que la gente llama ya Isla Rica, para lo cual precisa de una disposición real. En consecuencia, saltándose el conducto regular que pasaba por el virrey Diego Colón, envía a España a su capellán Benito Martín para, en su nombre, solicitar en la Corte, establecida ahora en Barcelona, permiso para una nueva expedición. Consigue el clérigo para su jefe y mandante el nombramiento de adelantado y para sí el de abad de la Rica Isla y trata de regresar cuanto antes a Cuba.

Mientras tanto, en la mayor de las Antillas las impaciencias aumentan. Llega a tenerse noticia de que Carlos I, en la confusión de los primeros tiempos de gobierno, ha nombrado también adelantado de las tierras que se están reconociendo a Francisco de Garay, gobernador de Jamaica. Existe el temor de que otros intrusos lleguen a buscar lo que tan cerca está de Cuba antes de que regrese el resto de la expedición de Ojeda, quien no da la más leve señal de vida. Se impone entonces la necesidad de hacer algo y por ello pronto se decide organizar una nueva flota que, oficialmente, vaya en busca de la armada perdida pero con capacidad para cumplir ambiciosas misiones de rescate y comercio, caso de no aparecer los viajeros. Los fines previstos para la expedición son: encontrar a Ojeda y a seis náufragos supervivientes de la expedición de Nicuesa a los que se suponía presos en Yucatán; explorar la costa, sus habitantes, fauna, flora y yacimientos de oro; informarse acerca de otras islas próximas y de sus gentes; averiguar la religión de los habitantes indígenas y, a ser posible, la forma de sus ritos y la organización de sus sectas o iglesias; y rescatar cuanto oro y plata se pueda. La posibilidad de poblar no queda clara y ello dará origen en el futuro al meollo de la disputa entre Velázquez y Cortés. En las instrucciones formuladas para la empresa se ordena tomar posesión, ante el escribano y testigos, de

todas las islas que se descubran; se recomienda la mayor cautela al aceptar las invitaciones de desembarco que ofrezcan los indios; se exige realizar los mayores esfuerzos para que los naturales acepten la fe católica y se sometan como vasallos a la Corona de Castilla, pero, eso sí, sin permitir que se mezclen desordenadamente con los españoles.

Configurado el plan de viaje y elaboradas las instrucciones, era necesario darles forma legal solicitando los permisos oficiales correspondientes. Por ello, aprovechando que el virrey Diego Colón se encuentra en España, se cursa la solicitud a La Española, donde el Gobierno general se ha delegado en los tres frailes jerónimos que regentan la Audiencia. Y mientras la autorización se obtiene, se inician los preparativos, que suponen, de un lado, acumular los medios materiales y económicos precisos y, de otro, seleccionar al personal de confianza que garantice el cumplimiento exacto de los propósitos.

El gran problema para Diego Velázquez estriba en elegir un jefe eficaz que sepa sacar provecho a las inversiones a realizar y de docilidad asegurada para evitar que escape con las ganancias, si éstas llegan a ser tan grandes como espera. Es plenamente consciente de que ha solicitado, a La Española por un lado y a la Corona por otro, licencia para montar una expedición de simple auxilio o salvamento pero está organizando una empresa mucho más ambiciosa. De hecho, apenas iniciadas las gestiones, vuelve Grijalba a puerto con sus naves, confirma cuanto había anticipado Pedro Alvarado y pese a todo, el gobernador consiente que continúe el apresto de las naves. Sabe que esto puede tener consecuencias graves porque se realiza con dudosa legalidad, pero los datos de Grijalba le convencen de la existencia de una enorme posibilidad de botín y teme que, de esperar, surjan competidores con mejor respaldo. La codicia le empuja por un lado y por otro el temor a resultar burlado. Su obesidad le impide tomar la acción por su propia mano y ello le inclina a buscar un hombre de fidelidad total y de capacidad empresarial suficiente.

En la isla, las intrigas para influir en el nombramiento del director de la armada se desatan. Existen muchos intereses encontrados que se verán influidos por la elección final. Un grupo de cortesanos, entre los que se encuentran parientes del gobernador, apellidados también Velázquez, apoyan la candidatura de Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria, persona con grandes apoyos en la Corte y, por tanto, temible para un gobernador de irregulares intenciones que busca desesperadamente otros posibles candidatos de más fácil control.

Éste es el momento de Cortés, de un Cortés que ha dejado pasar una serie de oportunidades pero que encuentra ésta apasionadamente atrayente, porque los antecedentes proporcionados por Hernández de Córdoba y Grijalba aseguran la existencia de amplios territorios en los que es posible poblar con probabilidades de independizarse, incluso del gobernador isleño. De un Cortés que toma la decisión de hacerse con la empresa a toda costa y la lleva adelante con estilo inimitable hecho de cálculo, serenidad, voluntad indomable, imaginación y astucia.

Cortés es, en esta crítica hora, alcalde de Santiago y hacendado rico. Tiene una mínima cuota de poder político y económico, fama de ilustrado y de buen administrador. Cuenta con simpatías en algunos sectores de la sociedad isleña. No tiene padrinos ni relaciones ilustres. Carece de apoyos fuera de Cuba, y su prestigio militar es casi nulo al no haber intervenido en campañas y expediciones sonoras. Consciente de todo ello, adopta la postura de sumiso hombre gris y proyecta su candidatura a través de la propia camarilla de Diego Velázquez. En secreto se asocia para la empresa con Andrés del Duero, inteligente secretario del gobernador, y con Amador de Lares, contador real y persona de suma astucia y experiencia que había pasado veintidós años en Italia llegando a ser maestresala del Gran Capitán. Éstos dos son los que sugieren a Velázquez el nombre del alcalde local haciéndole ver que los antiguos escándalos se han olvidado, que sus conocimientos y prácticas comerciales y legales le convierten en un experto gestor y que nunca podrá alimentar veleidades secesionistas, porque depende para todo del gobierno local y no tiene a nadie fuera de él a quien recurrir en caso de discrepancia.

La propuesta de sus subordinados agrada a Velázquez, mucho más aún, cuando el candidato acepta tomar a su costa dos tercios de los gastos generales permitiendo que el gobernador lleve sólo el otro tercio y ofreciéndole la lucrativa oportunidad de suministrar a la expedición las provisiones y mercaderías que deban llevarse para la subsistencia y el rescate de los indios. Tras algunas dudas, Velázquez acuerda conceder a Cortés el cargo de capitán general de la flota y, desde el instante en que lo hace, se encuentra con un Cortés que le acompaña a todas partes dando públicas y exageradas muestras de sumisión y de atención obsequiosa.

Hernán Cortés no se detiene ni limita su papel al del dócil subordinado. Se ve obligado a entregar sus ahorros e hipotecar sus propiedades para financiar la parte de expedición que le corresponde y a aceptar como accionistas a varios funcionarios y comerciantes locales, los cuales se trans-

forman, por interés, en los mejores promotores de la empresa y de su concreto capitán.

Pero la expedición no depende sólo de los recursos económicos disponibles. Necesita de hombres experimentados que hubiesen destacado en las luchas probando su valor y capacidad combativa. El problema está en que las gentes que reúnen tales cualidades no obedecen con regularidad a cualquiera y exigen que su mando directo y supremo recaiga en personajes de notoria capacidad operativa y de brillante historial. Como Cortés no lo tiene, ha de crearse una imagen artificial que seduzca los ánimos y lo consigue con el arte de un verdadero maestro en psicología. Sabe el valor que las gentes conceden a las apariencias y se disfraza de guerrero ilustre. Bernal Díaz del Castillo cuenta:

> se comenzó a pulir y a ataviar su persona mucho más que de antes y se puso un penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo sembradas por ella unas lazadas de oro y en fin como bravoso y esforzado capitán.

Prodiga sus apariciones públicas rodeado de una creciente escolta de subordinados y servidores que portan dos estandartes y banderas negras con una gran cruz y las armas reales labradas junto a un lema de reminiscencias imperiales que reza: «Amici, sequamur crucem et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus».

Sabe también que si las apariencias deslumbran y atraen, más todavía lo consiguen el afán de lucro y la codicia. Logra por ello que le autorice Velázquez a dar publicidad a la empresa del modo que así relata Díaz:

> Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y tambores para que cualesquiera personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistar y poblar, les darían sus partes del oro y plata y riquezas que hubiere y encomiendas de indios también después de pacificadas.

Con lo cual sitúa la más completa de las aventuras imaginables ante los ojos de una colectividad de aventureros que, naturalmente, acuden entusiasmados al señuelo, permitiendo la selección de los mejores. No sólo en Santiago se ofrecen voluntarios sino que, de toda la isla, le llegan ofre-

cimientos de incorporación con las firmas de los más acreditados y consagrados navegantes y conquistadores.

Aunque Cortés procura cultivar el aprecio del gobernador realizando verdaderos alardes de subordinación rayanos en la adulación y el servilismo, éste se siente preocupado por la popularidad que va adquiriendo el recién nombrado capitán general y por la audacia que se desprende de su casi insolente conducta. El equilibrio entre la necesidad de ganar ascendiente popular y tranquilizar los recelos del poderoso gobernante acaba por romperse. Los parientes de Velázquez vuelven a la carga contra Cortés dirigidos por el viejo Juan Millán, quien se encarga de difundir agudas insidias sobre las verdaderas intenciones del alcalde en trance de conquistador. Sobornan incluso al bufón oficial, Cervantes, y consiguen que un día, mientras la Corte colonial en pleno contempla los preparativos que se llevan a cabo en las seis naves ancladas en el puerto, entre gritos, burlas y volteretas exclame a grandes voces:

> a la gala, a la gala de mi amigo Diego Diego, que Capitán aquí llevo, que nació en Extremadura, Capitán de gran ventura, que se alzará con la armada y te dejará sin nada, que es un macho muy varón, Diego escucha esta razón.

La insolencia indigna al ofendido y sus aliados, pero se clava como un puñal en el alma de Velázquez, que empieza a considerar la posibilidad de destituir al discutido Cortés.

Desde este momento, la relación Velázquez-Cortés se hace crítica. Comienza a vacilar el gobernador buscando una oportunidad para revocar el nombramiento instigado por los partidarios de Porcallo, dirigidos por el astrólogo Juan Millán. A través de sus socios en la corte, Del Duero y Lares, Cortés conoce las intrigas y sabe que empiezan a ponerse dificultades en lo referente a tareas preparatorias y al suministro de víveres. Por ello, acelera los preparativos mientras continúa mostrándose asiduo y reverencial acompañante del disgustado gobernador, a quien sigue asegurando que la empresa ha de reportarle grandes riquezas y beneficios. Paralelamente, trata con ostentación creciente a sus amigos, organizando para ellos banquetes y festejos con gran liberalidad. Embebida por entero su fortuna en la constitución de la armada, no duda en endeudarse, obteniendo préstamos de los mercaderes Antonio de Santa Clara y Pedro Jerez, así como del mismo Andrés del Duero. Para amedrentar a sus adversarios, se rodea de una vistosa guardia armada aparentemente nacida

de la vanidad pero que en realidad constituye un núcleo de seguridad tan potente que llega a impresionar a Diego Velázquez. A medida que pasan los días, éste comienza a considerar peligroso llegar a un choque frontal con su lugarteniente por temor a encontrarse en inferioridad de fuerzas.

El desenlace de esta situación es apresurado por Cortés. Cuenta Bernal Díaz que, en cuanto estuvieron dispuestas las cuatro naves participantes en la expedición de Grijalba y otras dos adquiridas en Santiago, se procedió a avituallarlas con fondos de Cortés y Velázquez y la colaboración financiera fundamental de Pedro Jerez y los hermanos Tría. Inmediatamente se procede al alistamiento local. Desde el interior, anuncian su incorporación todos los asociados a Grijalba y Olid. De la casa del propio Velázquez se apuntan con el nuevo capitán, su mayordomo Diego Ordás Escobar, Francisco de Morla, Juan Ruano, Pedro Escudero, Martín Ramos de Lares, Heredia, Bernal Díaz del Castillo y algunos otros. Cortés va instruyéndoles a todos y, sin previo aviso, dispone que, una noche, los pilotos, la marinería y los soldados duerman a bordo con sus hatillos y armas. Como las provisiones son escasas, esa misma noche Cortés acude al matadero, se apodera de todos los puercos y carneros preparados para el abastecimiento de la plaza y paga al propietario, Fernando Alfonso, con la cadena de oro que ha venido exhibiendo desde su nombramiento. Después, acompañado por los oficiales reales, por el secretario de Velázquez, por los vecinos más notables y por su guardia y adeptos, acude a la residencia del gobernador para tomar su venia y despedirse. Al amanecer, tras una misa solemne, ante todas las autoridades abraza al atónito Velázquez, embarca con la mayor pompa y ordena zarpar a las seis naves con sus trescientos hombres. Según esta versión, el gobernador no supo reaccionar ante la sorpresa y celeridad de los acontecimientos.

El padre Las Casas proporciona una versión aún más dramática de la partida de Cortés. De acuerdo con ella, el embarque y carga final de las naves se llevó a cabo clandestinamente sin el menor aviso ni despedida al gobernador, quien, al amanecer, salió despavorido hacia la playa enterado fortuitamente de tal embarque. Encontró a los navíos ya lejos de la costa y dice textualmente Las Casas:

> Desque Cortés lo vido, hace aparejar un bajel con artillería y escopetas o arcabuces, ballestas y las armas que le convenían y de la gente que más

> confiaba, y con su vara de Alcalde, llegóse a tiro de ballesta de tierra y parando allí, dícele Velázquez: ¿Cómo compadre así os vais? ¿Es buena manera esta de despedirse de mí? Respondió Cortés: Señor, perdone vuestra merced, porque estas cosas y las semejantes, antes han de ser hechas que pensadas. Vea vuestra merced qué me manda. No tuvo Velázquez qué responder viendo su infidelidad y su desvergüenza.

Sea cual fuere el desarrollo preciso del suceso, el hecho es que Cortés zarpa de Santiago el 18 de noviembre de 1518 con una expedición a medio preparar a la que faltan barcos, hombres y recursos. Deja atrás a un gobernador airado y burlado y, desde el primer momento, se afana por completar su flota. A tal efecto, envía al sevillano Pedro Juárez, pariente de su esposa, a comprar bastimentos en Jamaica y le ordena que, una vez obtenidos, se dirija y le espere en la punta de San Antón. Con el resto de las embarcaciones, recala en Macaca donde obtiene, de una granja perteneciente al patrimonio real, abundante provisión de pan casabe en tanto Escribano, su administrador, le vende algunos puercos. Sigue a Trinidad, donde se le agrega un nuevo navío. Compra tres caballos y quinientas cargas de grano. Se entera de que navega en las proximidades un barco propiedad del comerciante Juan Núñez Sedeño con vituallas de Jamaica destinadas a los destacamentos mineros. Dispone que el barco sea atrapado por la carabela armada de Diego de Ordás y de esta manera consigue otra nave, 4.000 arrobas de pan, 1.500 tocinos, muchas gallinas, una yegua e incluso la adhesión del asaltado Sedeño, que, fascinado, acepta un pagaré y unas lazadas de oro a cambio de la mercancía y se alista en la expedición.

Trinidad era feudo de Grijalba y en su puerto se incorporan a Cortés muchos de los futuros y destacados conquistadores. Entre los cuales figuran Pedro Alvarado con sus hermanos Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, el bastardo. Y Alonso de Ávila, Juan de Escalante, Pedro Sánchez Farfán, Gonzalo Mejía, Cristóbal de Olid, Lares, Juanes de Fuenterrabía y otros muchos. De Sancti Spíritus le llegan Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, pariente del gobernador, Rodrigo Rangel y Alonso Hernández de Portocarrero, primo del conde de Medellín.

En plena fase de incorporación de expedicionarios, llegan a Trinidad dos mensajeros de Velázquez con cartas para su cuñado Francisco Verdugo, su mayordomo Diego de Ordás y el propio Cortés. En ellas se revocan los poderes concedidos a éste, se anuncia que el mando de la ex-

pedición va a otorgarse a Vasco Porcallo de Figueroa y se pide que el actual capitán retorne a Santiago en calidad de preso. Pero el afectado no se inmuta. Se limita a reunir a toda la gente de la partida para dirigirse a ella en un convincente discurso dicho en tono sosegado y conciliador. Recuerda las pérdidas materiales que habrían de producirse si la empresa se interrumpe poniendo en riesgo las inversiones realizadas por los expedicionarios. Consigue hacer ver que son mucho más numerosos y fuertes sus partidarios que los de Velázquez y logra que éstos se solidaricen con su postura, unos convencidos por la eficaz retórica y otros temerosos de ser aplastados numéricamente por los adversarios. El mensaje de Velázquez no sólo fracasa en cuanto al descabezamiento de la empresa, sino que sirve también para infundir una mayor cohesión en sus filas, lo que aprovecha Cortés para contestar al gobernador con una carta amistosa, en la que vuelve a destacar su subordinación y aparente obediencia.

Uno de los mensajeros se enrola en la armada. El otro es enviado al lugar de origen con los pliegos del capitán general y éste ordena a la armada proseguir hacia el puerto de La Habana, instalado entonces en la banda sur de la isla. En la ruta, la nave capitana, con Cortés a bordo, encalla en los bajos de la isla de los Jardines o de Pinos y se rezaga del resto. Por ello, la gran mayoría de los expedicionarios se reúnen en La Habana sin su jefe para discutir quién deberá sucederle caso de que no aparezca y, con ese motivo, se desencadena una sorda lucha de ambiciones. Quien más ansias de sucesión demuestra es el agente de Velázquez, Diego Ordás, pero una discreta red de informadores hace llegar a Cortés puntual noticia de todo lo ocurrido permitiendo que tenga un profundo conocimiento de la situación, cuando, al cabo de unos días, llega para instalarse con los mayores honores en la casa de Pedro Barba, que ostenta el cargo de teniente del gobernador.

En La Habana se incorporan nuevos personajes, haciéndolo Francisco de Montejo, Diego de Soto, Sebastián Rodríguez, Garci Caro y los hermanos Martínez de Fregenal. También llega otro emisario del gobernador, Gaspar de Garnica, con mandamientos contra Cortés. Los recibe Barba y éste contesta que le resulta imposible retener por la fuerza al extremeño sin riesgo de que la villa sea arrasada por los suyos. Ordás, posiblemente con la intención de apoderarse del caudillo a traición, le invita a un almuerzo en su carabela. Cortés acepta pero, en el último momento, no se presenta, alegando una indisposición. No cae así en la

celada, permitiendo que Ordás pueda seguir en la partida sin precisar castigo y lo mantiene en un estado de inquietud que favorece su subordinación.

Al fin, después de tres meses de metódica y rigurosa preparación lejos de Santiago, la expedición completa se concentra en el cabo San Antón, punta occidental de La Fernandina o Cuba. Forman once navíos, el mayor de los cuales desplaza ciento veinte toneles, tres oscilan entre las setenta y ciento diez, siendo el resto naves menores, sin cubierta, o bergantines. En las bodegas se guardan abundantes víveres y una buena cantidad de bujerías para rescate que Gómara describe así:

> Gran cantidad de quinquellería, como decir cascabeles, espejos, satales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, aguetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zarragüelles y pañizuelos de lienzo, sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño, todo lo cual se repartió en las naos.

Las fuerzas suman ciento diez marineros y 508 ó 553 hombres de armas, según unos u otros autores, de los cuales 32 son ballesteros, 13 escopeteros y 16 jinetes con sus respectivas monturas (cinco yeguas y once caballos). El parque artillero cuenta diez cañones o tiros de bronce y cuatro falconetes ligeros. El conjunto está organizado en once compañías —una por barco— que tienen como capitanes a Cortés, Alonso Hernández de Potocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordás, Velázquez de León, Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Francisco Saucedo, Juan Escalante, Pedro de Alvarado y uno más que no se precisa en los escritos. A este respecto, Bernal Díaz no concede capitanías ni a Alonso de Ávila ni a Saucedo, a quienes sustituye por los nombres de Escobar y Ginés Norte. Hay coincidencia en que, como jefe de artillería, es nombrado Francisco de Orozco con Mesa, Bartolomé de Usagre y Arbenda como artilleros mayores. De las ballestas y caballos quedan encargados Joan Benítez y Pedro Guzmán y la atención religiosa se encomienda a fray Bartolomé de Olmedo, con el clérigo Díaz como segundo. El cargo de escribano real acaba por recaer en Diego Godoy. El núcleo combatiente y naval se complementa, según Carlos Pereyra, con una fuerza auxiliar integrada por unos doscientos hombres, entre indígenas antillanos y negros, mientras nombres de destacada relevancia social como los de Lares, Núñez Sedeño, Soto y Nájera quedan inicialmente sin mando.

Después de despachar cartas dirigidas por Cortés a Velázquez para borrar toda sospecha de rebelión, el 18 de febrero de 1519 zarpa la armada con instrucciones de seguir el rumbo a la punta de las Mujeres para fondear cerca de la isla de Cozumel y esperar órdenes. Un recio temporal del noreste dispersa las naves, quedándose la capitana para auxiliar a la de Francisco de Morla, que perdió el timón. Cuando se ultima la reparación, Cortés tiene dificultades para reunir la flota, por la escasa puntualidad con que se han cumplido sus mandatos. Frente a Cozumel observa que, en contra de lo establecido, Pedro de Alvarado se ha adelantado a todos, desembarcando en la isla y saqueando la aldea abandonada por los nativos. Cuarenta gallinas, unas mantas viejas, algunos idolillos y pinjantes de oro bajo, dos indios y una india, son su botín. La indisciplina del veterano aventurero es manifiesta e, incluso, parece calculada como prueba decisiva para calibrar el carácter del capitán general. Pero éste no se altera. Llega a tierra, se aposenta, e inmediatamente hace poner grillos a Camacho, piloto de la nave que no ha cumplido lo ordenado. Después, reprende rigurosamente a Alvarado, libera a los indios apresados y les pide que devuelvan a sus dueños los objetos requisados e inviten a los caciques a regresar con los vecinos al pueblo en la seguridad de que serán respetados y bien tratados. Cuando aquéllos regresan recelosos, les paga con cuentas verdes las gallinas y utiliza como intérprete a Melchorejo, un indio capturado en la expedición de Hernández de Córdoba, para ofrecer la paz y comenzar la evangelización. Cuando la confianza se asienta, con talante amistoso, se traslada al templo local, rompe los ídolos existentes y los sustituye por una cruz y una imagen de la Virgen. De inmediato, organiza una vistosa parada en la que los caballeros corren sobre sus monturas, se hacen simulacros de combate y se disparan algunas escopetas y un par de salvas artilleras. El asombro y el terror causados por el espectáculo paralizan a los indígenas y estimulan su ánimo de colaboración. Sus jefes comunican a Cortés que algunos hombres blancos y barbados, como él, han sido vistos con anterioridad en las tierras próximas del Yucatán. El capitán general supone que son ellos los citados en las instrucciones de Velázquez y urgentemente envía a buscarlos a Diego Ordás con su navío y tres isleños como guías.

No tiene éxito Ordás, quien vuelve de vacío a los ocho días provocando el enojo de Cortés. Pero cuando ya está todo dispuesto para abandonar Cozumel, se presenta en la isla una canoa con tres individuos desnudos, uno de los cuales resulta ser Jerónimo de Aguilar, natural de Écija,

superviviente del naufragio de un buque perteneciente a Francisco Niño. Este hombre había sido socorrido por los yucatecas, admitido en su tribu e instruido en sus costumbres y su lengua. Del mismo modo que otro, llamado Gonzalo Guerrero, quien se identificó tanto con sus captores que llegó a fundar una familia dentro de la tribu negándose a volver con Aguilar al campamento hispano. De esta manera, a partir de ahora, Aguilar pasa a ser pieza importante, como asesor, intérprete y guía de la empresa conquistadora, mientras Guerrero, en unión de otro *calachoni,* se convierte en el asesor militar del bando indio, luchando contra sus antiguos compatriotas.

Para cumplir las instrucciones de Velázquez, Cortés debía explorar el Yucatán —entonces conocido como la isla Santa María de los Remedios o Isla Rica—, redimir a los españoles cautivos que hubiere en ella y alcanzar sucesivamente río Grijalba o Tabasco y San Juan de Ulúa, a fin de comerciar en estas zonas con los indios pacíficos y ricos tratados en anteriores expediciones. En realidad, el primer objetivo se había ya cubierto con la llegada de Aguilar y las noticias por él facilitadas. Ello supone un inicial motivo de euforia para los expedicionarios y permite avanzar con más información de la esperada. Las naves dejan Cozumel y bojean el Yucatán a muy poca distancia de sus costas. Cortés y sus hombres contemplan las casas, los templos y los grupos de salvajes indios que les habían descrito sus antecesores. No se realizan desembarcos por respeto a la belicosidad de los nativos, aunque se efectúan sondeos en las zonas de punta Mujeres y Boca de Términos. Ante el pueblo de Potochán se estudia la conveniencia de lanzar una acción de castigo en venganza de las matanzas sufridas por las partidas de Hernández de Córdoba y de Grijalba, pero los pilotos la desaconsejan dada la falta de calado en la ensenada. Tres jornadas más tarde se alcanza la costa de Tabasco.

Frente al río que reconoció Grijalba, Cortés decide dejar las naves de peso mar adentro y, con las más ligeras, surca el estuario acercándose al poblado indígena. El movimiento lo ejecuta con prudente orden militar. Delante lleva bateles de exploración que le anuncian la localización de un fuerte contingente de indios dispuestos para el combate. Se aproxima a ellos y hace que, a distancia, los intérpretes Aguilar y Melgarejo reciten en lengua maya los requerimientos de paz obligatorios. Como los conminados no deponen su actitud, los españoles levantan acta y se ordena que los cañones, arcabuces y ballestas sean instalados en los bateles y el bergantín, formando un núcleo naval que bloquea el poblado mientras

Cortés estudia con detalle el terreno. Por la noche, en silencio, se organiza una partida de doscientos hombres al mando de Alonso de Ávila que desembarca y se oculta en los bosques con órdenes de acercarse a la aldea utilizando un sendero excéntrico que parece desguarnecido. Al clarear el día, desembarca Cortés protegido por el fuego de la artillería naval, en tanto Ávila irrumpe simultáneamente poniendo en fuga a los defensores de la villa india, que es ocupada sin apenas esfuerzo. En el agua flotan dieciocho cadáveres indios y los castellanos contabilizan catorce heridos. Deserta el intérprete Melchorejo, que anima a los caciques indios a seguir combatiendo hasta exterminar a los hispanos. Éstos no se descuidan y proceden a fortificar el villorio asaltado, mientras dos columnas de cien hombres mandadas por Francisco de Lugo y Pedro Alvarado realizan una descubiertas, siendo violentamente atacadas. Dos muertos y once heridos son sus bajas hasta lograr replegarse sobre el campamento.

Cortés articula un nuevo dispositivo de combate, de manera que la vanguardia incita a la masa india a precipitarse sobre el grueso hispano, que la recibe a cañonazos, desarticulando sus filas antes de que éstas choquen con las firmes líneas de peones que enristran sus picas. En el momento crítico, cuando la presión india es máxima, se produce la carga lateral de la sonora caballería encabezada por Cortés, que provoca la huida general de sus enemigos.

La victoria española en el lugar llamado Centla o Sentli es rotunda pero la situación resulta delicada por las muchas bajas y el casi completo agotamiento de las fuerzas. Los españoles no pueden esperar relevos ni refuerzos, por lo que Cortés se repliega sobre la población fortificada, prepara su defensa y se aplica a efectuar intensos interrogatorios a los prisioneros para obtener el máximo de información. Después, los instruye mediante el equipo de intérpretes y, cargándoles de regalos, los libera pidiéndoles que busquen a los príncipes de sus tribus para ofrecerles una paz mutuamente beneficiosa.

La medida acierta sólo a medias. Los caciques derrotados, en vez de reanudar los combates, envían al campo español embajadas de escasa categoría, más con intenciones de espiar que de pactar. Cortés los expulsa con indignación y amenaza con proseguir su avance si no comparecen los dirigentes máximos. Al fin, se presentan en son de paz cuarenta jefes principales que, éstos sí, son recibidos con todos los honores por Cortés, quien les habla amistosamente y, como en Cozumel, les prepara un espectáculo

de claros fines disuasorios. Esta vez, utiliza un garañón nervioso para asombrar al auditorio y le atemoriza con el repentino estampido del más potente cañón. Los sacerdotes Olmedo y Díaz ponen la nota religiosa y el jefe cristiano despide a los embajadores ofreciendo olvidar los daños y afrentas recibidos si los indios vuelven a sus hogares y aceptan la amistad española.

Restablecida la paz en lo que había sido campo de batalla y tras unas jornadas de descanso y de relajado trato con los indios, se procede a la cristianización del lugar, destruyéndose los ídolos para sustituirlos por la cruz e imágenes de la Virgen y los santos. El pueblo es bautizado con el nombre de Santa María de la Victoria, se celebran solemnes ceremonias de culto y los *calachonis* o personajes principales entregan presentes, entre los que figuran veinte indias, que son bautizadas y repartidas a los capitanes para su servicio. Una de ellas, llamada Marina por los hispanos y Malinche por los indígenas, hija de un cacique de Culúa, perfecta conocedora de la lengua de los mayas y de los nahoas, se convierte desde el primer momento en imprescindible intérprete para la columna española, que sustituye, con ventaja, al perdido Melgarejo, ajusticiado por los indios después de su derrota. Marina es entregada primero a Alfonso Hernández Potocarrero y luego a Hernán Cortés, con quien protagoniza un idilio que le dio descendencia y le proporcionaría informaciones y asesoramiento de valor decisivo, con una lealtad impecable.

El 17 de abril se determina abandonar la plaza por consejo de los pilotos, que anuncian un próximo temporal. La flota zarpa y recorre costas que se observan feraces y atrayentes. Algunos hidalgos de la expedición, con Portocarrero a la cabeza, se conciertan para estudiar la posibilidad de efectuar un poblamiento, aunque ello exceda de las atribuciones específicamente otorgadas por Velázquez y no sea admitido, de ningún modo, por los partidarios de éste.

El día de Jueves Santo la armada llega a San Juan de Ulúa, donde se espera tomar contacto con los pacíficos y ricos príncipes conocidos en anteriores viajes. La visita se produce en los términos previstos y a la mañana siguiente se efectúa un desembarco, instalándose el campamento español sobre los yermos arenales. Aquí, Cortés recibe por primera vez embajadas de un tal rey Moctezuma, de cuya riqueza y poder había tenido noticia en Tabasco. Los pomposos visitantes le confirman la existencia del imperio azteca y le entregan alimentos y atrayentes joyas para animarle a que se aleje de sus tierras. Simultáneamente, diversas partidas

exploradoras enviadas a lo largo de las costas informan a Cortés de que los dominantes aztecas tienen sojuzgados a varios otros pueblos de la zona que soportan con disgusto el pesado yugo impuesto. Un área aparentemente más propensa a la rebelión es la que tiene como centro la cercana ciudad de Cempoala, con la que enseguida entra en relación el caudillo español.

Cortés advierte que su campamento depende de las provisiones que le facilitan los agentes de Moctezuma, puesto que el territorio es estéril, y ordena a Montejo y a Alaminos la búsqueda de mejores parajes y puertos, que encuentran en un lugar bien poblado y con fondeadero llamado Quiahuiztla, y a él se preparan a trasladarse los hispanos cuando aprecian un cambio negativo en la actitud de los aztecas. Las ventajosas características del nuevo emplazamiento y la presentación de un grupo de totocanos ofreciendo la amistad beligerante de su pueblo contra el imperio azteca, animan a los partidarios del poblamiento permanente, que creen posible establecerse allí para obtener abundantes riquezas e incluso para dominar con el apoyo de aliados eficientes la gran extensión territorial de Culúa.

Ante las apetencias del poderoso grupo formado por los Portocarrero, Alvarado, Olid, Ávila, Escalante y Francisco de Lugo, que quieren conquistar, reaccionan los partidarios de Velázquez —Ordás, Montejo, Velázquez de León, Escobar y Escudero entre otros— exigiendo el regreso a Cuba, dado que se han cubierto los objetivos de las instrucciones recibidas y se dispone de un rico botín para distribuir beneficios. Cortés aparenta inhibirse de la discusión pero, durante la noche, se reúne con los poblacionistas ofreciéndose a secundarlos con la condición de que le elijan como justicia mayor y capitán general con derecho a percibir un quinto de los beneficios a obtener, una vez descontado el quinto real.

Aceptadas las ambiciosas exigencias, se produce un curioso golpe de estado legal dirigido por quien es a la vez representante máximo de la legalidad y golpista principal. Los comprometidos para el poblamiento se reúnen sigilosamente ante el escribano real, Diego Godoy, para que dé fe y levante acta del cónclave de capitanes, en el que se acuerda la fundación de Villa Rica de la Vera Cruz, se elige a Cortés por capitán general y justicia mayor y se nombran dos alcaldes, uno del partido de Cortés, Hernández Portocarrero, y otro, Francisco de Montejo, partidario acérrimo de Velázquez. Se designan también las personas que han de ocupar los puestos de regidores, capitanes de entrada, maestre de cam-

po, tesorero, contador y alférez y, como final del acto, se levantan simbólicamente una picota y una horca.

El grupo de velazquistas, al día siguiente, amenaza con pasar a mayores, lo que el renovado capitán general corta de raíz reuniendo en asamblea a toda la expedición para plantear ante ella la situación. Lee el texto de las capitulaciones de Velázquez en el que se ordenaba regresar cuando hubiere botín; recuerda los pregones difundidos con su permiso en Cuba anunciando propósitos pobladores para captar expedicionarios; y desvela el acta de la reunión celebrada la noche anterior anunciando que pretende enviar los tres documentos a la Corte de España para justificar la fundación de la Villa Rica y solicitar el refrendo regio. Declara asumir plenamente los cargos de mando y justicia para los que ha sido elegido y autoriza zarpe de inmediato una nave hacia Cuba con cuantos se nieguen a aceptar su autoridad en las nuevas condiciones.

La sorpresa y el poder de seducción del caudillo paralizan los ánimos. Nadie aprovecha la oferta de regreso, pero algunos mantienen airadas protestas, por lo que Cortés ordena encarcelar a Ordás, Velázquez de León, Escobar y Pedro Escudero. Crece la tensión interna. Comienzan a escasear los víveres porque los aztecas han suspendido los aprovisionamientos y, para aliviar la presión, Cortés ordena una descubierta a Pedro de Alvarado con una columna de cien hombres, la mayoría velazquistas.

En muy pocos días, Alvarado retorna al campamento cargado de alimentos y con noticias muy favorables sobre la riqueza de las comarcas circundantes. Los estómagos satisfechos hacen elevar los ánimos y Cortés aprovecha la momentánea euforia para propiciar el acercamiento a sus rivales con argumentos amistosos y dádivas generosas del oro que le corresponde. La reconciliación se produce. Los capitanes disidentes quedan libres y el destacamento expedicionario, reducido en un 10 por ciento de las bajas y enfermedades, se apresta a consolidarse en el territorio.

Una serie de reconocimientos armados sobre la costa y el interior permiten completar la información disponible sobre las tribus y pueblos próximos. En general, son éstos más aguerridos y cultos que los mayas antes tratados y, políticamente, dependen de un fabuloso emperador al que llaman Moctezuma, con sede en una legendaria ciudad llamada Tenochtitlán. Sin embargo, el imperio no parece demasiado cohesionado. Es una especie de mosaico formado por múltiples señoríos establecidos alrededor de las principales poblaciones. La dominación procede de tres Estados independientes —México-Tenochtitlán, Tezcoco y Taclopán o

Tacuba— que forman una confederación militar cuyas fuerzas sujetan con crueldad y rigor a numerosos señoríos tributarios. La confederación azteca mantiene una guerra intermitente con otras tribus que, como Cempoala y Tlaxcala, se resisten al yugo imperial. Las duras condiciones tributarias y las crueles costumbres bélicas favorecen la permanencia de un constante odio al dominador. Periódicamente los pueblos vasallos deben sacrificar a un buen número de sus jóvenes en los altares de los dioses aztecas. Los prisioneros son también sacrificados o sometidos a esclavitud para convertirse en porteadores de las grandes caravanas o desempeñar los oficios más bajos. Como las gentes de aquellas latitudes no conocen ni la escritura, ni la rueda, ni disponen de grandes bestias de carga, ni saben trabajar la tierra y el hierro, son los esclavos quienes deben sustituir a los animales y las herramientas. El resentimiento latente ofrece múltiples oportunidades a los españoles para hallar colaboradores y aliados contra el opresor general de la región.

Cortés se alía con el cacique de Cempoala, le ayuda a someter a algunos señores de demarcaciones próximas y le convence para que rompa definitivamente con Moctezuma. Cuando aparece en la zona un grupo de visitadores o recaudadores aztecas exigiendo cuentas a quienes habían acogido a los españoles, consigue que los cempoaltecas los apresen y torturen. Sin embargo, actuando con evidente doblez, Cortés libera por la noche a los emisarios apresados instándoles a que corran hasta la capital del imperio para comunicar la rebelión de los vasallos y la gran generosidad de los hispanos.

Controlada políticamente una buena parte del Totonacapán, los españoles proceden a instalar definitivamente la ciudad de Villa Rica de la Vera Cruz en un emplazamiento saludable, protegido de los vientos, con abundante agua potable y pastizales próximos. A falta de puertos naturales, los navíos de la flota se fondean al abrigo de un peñón sobre el que se construye la fortaleza llamada Puerto Bernal a una hora de camino de Veracruz.

Los trabajos de colonización y reconocimiento mantienen ocupada a la gente española, pero no borran por completo las inquietudes. Éstas rebrotan al llegar a la colonia, procedente de Cuba, la nave de Francisco Saucedo con diez soldados, un caballo y la noticia de que por Real Cédula de 13 de noviembre de 1518, llegada a las Antillas con muchos meses de retraso, al tiempo que se autorizaba la expedición de Cortés, se concedía a Diego Velázquez el cargo de Adelantado de todas las

tierras a descubrir en la zona. Ello supone la plena ilegalidad de los acuerdos adoptados por los expedicionarios y hace temer a éstos que puedan ser considerados alzados o rebeldes, si prosiguen con los planes iniciados.

A la vista de la situación, se convoca consejo de capitanes, que acuerda mantener el poblamiento, rechazar la autoridad de Velázquez y someterse directamente a la jurisdicción de los Reyes de España. Para ganarse la buena voluntad de éstos, los expedicionarios renuncian a la parte que les corresponde de los ricos tesoros inicialmente entregados por los aztecas, enviándolos casi íntegramente a la Corona. Se encarga de la gestión a los alcaldes Portocarrero y Montejo, quienes parten en el mejor de los navíos disponibles con cartas de Cortés y del Cabildo explicativas de todo lo ocurrido y con órdenes expresas de llegar a la metrópoli evitando a toda costa el contacto con las autoridades de La Española y Cuba. Los viajeros son despedidos por un vecindario dividido en el que está fraguándose una conspiración para hacerse con un bergantín que permita a los más decididos escapar del destacamento y presentarse al legítimo Adelantado.

Descubierto el intento de fuga, Cortés castiga con la horca a un simple soldado llamado Escudero y al oscuro piloto Cermeño, pero deja sin sanción a los cabecillas. La insuficiente medida disciplinaria no apaga el fuego que anima a los desertores, pero tampoco debilita el número de la fuerza disponible. Por ello, el capitán general, ya decidido a penetrar en el territorio para conquistar México, adopta medidas que le aseguren el concurso forzoso de todas sus tropas. En secreto, negocia con algunos maestres para que, sin que nadie lo advierta, barrenen todos los navíos. Alecciona a unos cuantos pilotos para que se presenten en Veracruz denunciando el estado ruinoso de los buques comidos por la broma. Cuando lo hacen, aparenta llevarse el mayor disgusto y ordena que se procure salvar todo lo posible de las perdidas embarcaciones. Convencida la gente de la veracidad de las denuncias, acude en tropel a contemplar las operaciones de salvamento en el fondeadero. El desmantelamiento comienza por los cuatro navíos mayores de los que se sacan los tiros, las armas, las vituallas, las velas, las anclas y cuantas jarcias parecen aprovechables. Una vez hundidos comienza la destrucción de otras cuatro embarcaciones, pero el gentío protesta al empezar a sospechar los verdaderos propósitos de Cortés. Éste, según Gómara,

> los aplacó diciendo que los que no quisieran seguir la guerra en tan rica tierra, ni su compañía, se podían volver a Cuba en el navío que para eso quedaba, lo cual fue para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse de ellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse a Cuba, mas eran marineros los menos y querían antes marinear que guerrear. Otros hubo con el mismo deseo, viendo la grandeza de la tierra y la muchedumbre de la gente, pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés que supo esto mandó quebrar aquel navío y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces.

Una vez que la gente de Cortés se encuentra ante la alternativa de perecer aislada o seguir a su jefe, éste decide penetrar en el territorio imperial, aprovechando que Moctezuma le ha enviado embajadas de gratitud por la liberación de sus recaudadores y parece convencido de que los españoles son «teúles», o descendientes de sus dioses. Tal actitud apacigua por completo la resistencia de las tribus cercanas y multiplica el afán de liberación de las que más se oponían a los aztecas. Por ello, dejando pequeñas guarniciones en Veracruz y Puerto Bernal dirige sus columnas a Cempoala, ciudad a la que aplica el nombre de Sevilla. Allí, cubre las bajas de las Compañías con la marinería cesante y organiza una fuerza auxiliar india articulándola en un núcleo de guerreros y otro de porteadores o «tamemes» encargado de llevar la impedimenta y arrastrar los cañones. La fuerza española combatiente se compone en estos momentos de 400 peones, 15 jinetes y 6 piezas de artillería.

Los preparativos deben interrumpirse porque desde Puerto Bernal llegan avisos sobre la presencia de algunos barcos españoles que circulan en las proximidades sin atreverse a fondear. Acude Cortés y comprueba que forman parte de una expedición organizada por el Gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Con grandes precauciones, tres de los viajeros se acercan a la playa y demandan determinar los términos de las respectivas áreas de conquista. Cortés apresa a los emisarios e intenta apoderarse de las naves pero, al final, éstas escapan dejando siete hombres que se incorporan al real castellano.

El 16 de agosto de 1519, el reducido ejército de Cortés se pone en marcha hacia la elevada meseta donde reside Moctezuma. Una vanguardia de jinetes da seguridad al grueso, en el que se incluye la artillería cerrando el dispositivo la retaguardia con los servicios logísticos y las fuerzas auxiliares. El avance hasta el límite del Totonacapán se efectúa sin

incidentes porque todas las tribus de la región acatan la presencia hispana. En Jalapa se penetra en territorio azteca no encontrando resistencia en las guarniciones de Xico e Ixhuacán, cuyos caciques habían recibido instrucciones de vigilar y acoger amistosamente a los españoles. Las fuertes pendientes del terreno y el rigor del clima de montaña dificultan el avance. Al alcanzar la zona de Xocotla y de Ixtacmxtitlán se efectúa una larga detención para reponer fuerzas. Cortés estudia el terreno. Los caciques aztecas de la zona le animan a dirigirse directamente a Tenochtitlán, vía Cholula. Sus aliados cempoaltecas le aconsejan que desconfíe y busque la alianza con los guerreros de la ciudad de Tlaxcala. Cuatro embajadores españoles son comisionados para esta misión, pero los tlaxcaltecas los retienen mientras envían amistosos emisarios al campo español y ordenan a su joven caudillo Jacotencalt prepare una fuerza de miles de indios para aplastarlos.

Avanza la columna española con precauciones por un camino escabroso. Tras varias escaramuzas, cerca de Txopantxingo, cansadas las tropas, se establecen defensivamente en unas alturas ante la presencia de numerosos y hostiles efectivos. Al día siguiente, 5 de septiembre, las turbas armadas indias atacan por todos lados el campamento, que resiste, infligiendo grandes pérdidas a los asaltantes. Cortés ordena fortificar la posición y realiza una serie de incursiones para hacer prisioneros. Por éstos descubre que el jefe enemigo pretende enviar una embajada con presentes y ofrecimientos de paz para caer por la noche sobre el desprevenido real. Cuando, en efecto, aparecen en el campamento cincuenta indígenas proponiendo negociaciones, los recibe amigablemente, les muestra las instalaciones y, repentinamente, hace que se les amputen a todos las manos enviándolos, despavoridos, hacia sus líneas

> para que dijesen a su señor que, de noche y de día y cuando él viniese, vería quienes éramos,

según palabras del propio Cortés en su Carta de Relación.

La situación de los españoles es crítica. En los últimos encuentros han perecido 45 de los mejores combatientes, quedando heridos la mayoría de los restantes. Pero Jacotencalt, impresionado por la brutal ferocidad de sus enemigos, aplaza el asalto final y esto da tiempo a los hispanos para reponerse y emprender una serie de espectaculares acciones que aterrorizan a toda la comarca. En fulgurantes salidas, pequeños destaca-

mentos se dedican a incendiar bosques y campos provocando crecientes daños y extendiendo la alarma en un amplio radio. El resultado es definitivo. Casi simultáneamente se presentan en el campo español embajadas de Tlaxcala y de Moctezuma solicitando el fin de las hostilidades y declarando a sus pueblos tributarios del Rey de España.

Sin abandonar su fuerte posición, Cortés negocia arteramente con los dos grupos de enviados y decide proseguir su primitivo plan. Marcha a Tlaxcala donde es recibido con todos los honores. Con su consejo de ancianos concierta los términos de una estrecha alianza y acepta permanecer varios días de agradable descanso en la ciudad, que es bautizada con el nombre de Granada.

Moctezuma, alarmado por la larga estancia de los españoles en el señorío tradicionalmente rebelde a los aztecas, envía nuevos emisarios a Cortés invitándole a acudir a Tenochtitlán, previo paso por la sagrada ciudad de Cholula, donde tiene preparada una gran emboscada. El capitán general acepta, pese a los consejos contrarios de los tlaxcaltecas, que le proporcionan, una vez tomada la decisión, un cuerpo de diez mil guerreros para acompañarle en la expedición.

En Cholula, ordena Cortés a la fuerza auxiliar tlaxcalteca acampar extramuros de la ciudad. Instruye a sus capitanes para que mantengan en permanente alerta a sus hombres. Organiza, a través de Marina, un servicio de información que le mantenga al tanto de cuanto pueda acontecer y acepta, después, la hospitalidad que le brindan los príncipes locales. Con puntualidad llega a conocer cómo millares de guerreros aztecas ocupan las colinas próximas para aplastar a los invasores por sorpresa. Se entera del día y la hora previstos para el ataque y maniobra con astucia para anticiparse a la acción. Consigue que la guardia armada de sus huéspedes se concentre en un recinto cerrado cercado por sus hombres. Invita a los jefes guerreros a un acto protocolario y, cuando tiene desarticuladas las defensas inmediatas, transmite a sus subordinados la orden convenida para matar. Durante cinco horas vive el poblado una orgía de sangre. Las espadas castellanas a nadie respetan y los puñales de obsidiana de los tlaxcaltecas se ensañan en los cuerpos de sus enemigos ancestrales. La matanza, tremenda, provoca una estampida de las masas indias preparadas para el ataque. El pánico ocasionado por la barbarie hispana se propaga a lo largo y a lo ancho del imperio azteca. Embajadas de múltiples señoríos se acercan al campamento español ofreciendo alianzas contra Moctezuma y éste mismo ofrece a los

supuestos teúles la entrega incondicional de su legendaria capital. Cortés no adopta el papel de vencedor militar. Prefiere explotar el éxito por vía pacífica. Acepta las excusas presentadas por el emperador y entra con sus tropas en Tenochtitlán el 8 de noviembre de 1519 para alojarse como invitado de honor en la gran ciudad lacustre. Permite que las fuerzas españolas queden encerradas en el palacio de Axayáctl, convierte el edificio en una fortaleza y desde ella visita a diario a Moctezuma que, obedientemente, gobierna al dictado de los cristianos.

La situación se mantiene en estos términos apenas durante una semana, pues de Villa Rica llegan noticias de un ataque lanzado por el cacique Cuauhpopoca a instancias de Moctezuma. El poblado español resistió, muriendo en la pelea Escalante y seis de sus compañeros. Ante ello, Moctezuma es trasladado al palacio de los españoles desde donde sigue gobernando bajo su permanente control. El mismo trato se aplica a los reyes de Tezcoco y Tlacopán, así como a cuantos señores se suponen capaces de provocar insurrecciones.

Para afianzar el dominio español con general escarmiento, Cuauhpopoca es ajusticiado públicamente. La guarnición de Villa Rica se confía primero a Alonso de Grado y a Gonzalo de Sandoval después. Se organizan partidas de rescate encargadas de recaudar los tributos de todo el Anahuac. Sobre el propio terreno se construyen dos bergantines que, armados, vigilan el tráfico en la laguna mexicana. Expediciones radiales se encargan de llegar a los señoríos que ofrecieron sus alianzas para materializar el vasallaje. En Coatzacoalco se establece una guarnición permanente de 150 españoles con Velázquez de León al mando. En Pánuco se constituye otra menor. El control español se extiende al territorio imperial azteca y al de los países aledaños.

Asentado el poder material, Cortés procede a dar forma legal a las relaciones de dependencia establecidas. Moctezuma y los reyes y príncipes cautivos son obligados a jurar obediencia a la Corona. Los ídolos son materialmente arrasados prohibiéndose todo género de sacrificios humanos. Se recuentan los tesoros obtenidos separándose de ellos el quinto real (según Cortés con un importe de 32.400 pesos de oro además de joyas valoradas por encima de los cien mil ducados), el quinto del capitán general y los gastos de flete de la expedición. Esto deja cantidades muy reducidas para reparto entre la tropa provocando en ésta hondo malestar. La inquietud se hace peligrosa en todos los órdenes, pero Cortés la supera haciendo oferta a los españoles de nuevas y ventajosas empre-

sas y amenazando a Moctezuma con enviarle a España si no consigue aplacar el ánimo de sus súbditos.

En abril de 1520 aparece en escena Pánfilo de Narváez, enviado por Diego Velázquez, con 18 naves, 1.500 hombres de armas y 18 cañones. Funda una villa en los arenales de Ulúa contra el parecer de su propio oidor, Vázquez de Ayllón, al que envía a Cuba preso, provocando fuerte disgusto en los expedicionarios. Intenta infructuosamente atraerse al alcaide de Villa Rica, Sandoval, y a su cuñado Velázquez de León, quienes alertan a Cortés. Finalmente se aposenta en Cempoala, desde donde instiga a la rebelión contra Cortés no sólo a las guarniciones españolas sino también a los caciques a ellas subordinados.

Para hacer frente a los velazquistas, Cortés deja en Tenochtitlán a Pedro Alvarado con 120 españoles y órdenes terminantes de buen trato a Moctezuma. En Cholula reúne los destacamentos de Velázquez de León y de Rodrigo Rangel. Conecta con Sandoval y, a duras penas, logra reunir 400 españoles y otros tantos indígenas con los que se planta ante el real de Narváez. Intercambia con su rival una serie de mensajes aprovechando los mensajeros para realizar una intensa labor proselitista en las filas de aquél. Dentro de ellas se encuentran su socio Andrés del Duero, los artilleros Mino y Usagre, el capitán Bermúdez y otros muchos que forman partido favorable a Cortés, proporcionándole en secreto un informe detallado del dispositivo defensivo.

El 28 de mayo, cuando Pánfilo de Narváez se retira a su refugio para guarecerse del mal tiempo, el capitán Bermúdez desmonta sigilosamente la guardia de rondadores y desactiva los cañones. Cortés arenga a su menguada gente y ordena el ataque por sorpresa con precisas instrucciones. Pizarro con sesenta hombres debe apoderarse de la artillería. Sandoval con sus 80 peones ha de capturar a Narváez. Velázquez de León es responsabilizado de detener a su pariente Diego Velázquez, el Mozo. Todo se cumple sin bajas y en tiempo mínimo. Pánfilo de Narváez, con un ojo perdido en la refriega, es detenido y Cortés se encuentra al mando de un ejército tres veces superior en número al que trajo de Cuba. Dispone de 18 navíos, de una reforzada artillería y de una caballería de más de cien jinetes. Inmediatamente, reorganiza la guarnición de Villa Rica entregando su capitanía a Rodrigo Rangel. Dispone que se desmonten las agujas y timones de los navíos para dejarlos fuera de uso y se prepara para efectuar un recorrido de consolidación del dominio territorial cuando llegan noticias de una grave insurrección en Tenochtitlán.

En la capital del imperio, Pedro Alvarado no había sabido imitar el estilo de gobierno de su general en jefe. Su altivez le llevó a arrinconar a Moctezuma para ser él mismo quien promulgara las decisiones. Mal informado, los alarmistas de turno le convencieron de que se preparaba un alzamiento general indio durante la fiesta del Tóxcatl. Para abortarlo, decidió acabar violentamente con parte de la nobleza durante una ceremonia sagrada. Lo hizo aunque provocando con ello un levantamiento más agresivo de lo esperado. El palacio-residencia de los españoles fue cercado, se cortaron los suministros de agua y alimentos, se prodigaron los asaltos al edificio, algunas de cuyas dependencias se incendiaron, y el propio Alvarado resultó herido. Sólo la intervención en último extremo de Moctezuma, en funciones de pacificador, pudo aplazar el asalto definitivo antes de que se anunciara la llegada de Cortés con su reforzado ejército.

El 25 de junio, Cortés encuentra una capital azteca irreconocible. No existe circulación ni en las calles, ni en las aguas de la laguna. Los bulliciosos puestos comerciales han desaparecido. Los puentes de las calzadas están desmantelados.

El encuentro con Moctezuma es dramático y el emperador se niega a dictar disposiciones pacificadoras en tanto no se libere al noble Cuitlahuac. Éste, apenas libre, en vez de restablecer el orden se pone a la cabeza de los aztecas sublevados por Cuauhtemoc.

La lucha se hace continua en la fortaleza-palacio española. Cortés se dispone a evacuarla a través de la calzada de Tlacopán para llegar al campo libre, pero el día 27 muere Moctezuma a causa de las pedradas lanzadas por sus indignados súbditos, y desaparecida su figura que actuaba como dique moderador, la furia india se desborda. Los españoles se retiran por la calzada prevista en la noche del 30, acosados por multitudes guerreras.

Los casi 1.300 hispanos y 7.000 indios aliados que emprenden la retirada van sobrecargados por el peso del botín acumulado y de los enseres que no desean abandonar. En la vanguardia, Sandoval con 200 peones y 20 jinetes se abre paso a punta de lanza y salva las cortaduras de la calzada colocando un largo puente de madera que transportan 400 tlaxcaltecas. Cortés con el grueso de la columna lleva los cañones, los fardos, el tesoro real, las mujeres, los niños, los prisioneros y los rehenes, entre los que se cuentan los reyes de Tlacopán y Tezcoco con sus familias. Pedro Alvarado y Velázquez de León cubren la retaguardia con unos cientos de peones y la caballería que trajo Narváez.

La columna es atacada por todos lados desde los edificios y los canales. Prácticamente toda la impedimenta y numerosos efectivos se pierden. Los restos de la desorganizada fuerza se reagrupan junto a Tlacopán y comienza una penosa retirada por la ribera de la laguna en dirección a las amigas tierras de Tlaxcala. Las escaramuzas son constantes y, al fin, el día 7 de julio se riñe en Otumba una batalla decisiva porque de ella dependía el alcanzar o no el soñado territorio aliado. En su desarrollo, como siempre, los españoles cierran al máximo sus filas, contra las que se estrellan las masas indias estorbándose en su acción.

Los veteranos conquistadores eligen sus objetivos en los guerreros principales, porque la caída de éstos arrastra a sus seguidores. Y cuando por este procedimiento Cortés y Juan de Salamanca abaten al *cihuacalt,* o jefe supremo, consiguen provocar la huida general de los indígenas.

La victoria se logra en condiciones pírricas. En el proceso de retirada y combate, los españoles han perdido 800 peones, 40 caballos, toda la artillería de Tenochtitlán, los dos bergantines y la casi totalidad de la fuerza auxiliar india. Su ejército es una ruina que queda a merced de lo que disponga el pueblo tlaxcalteca al llegar a las puertas de la ciudad. Pero el consejo de ancianos se mantiene fiel al tratado vigente y acoge con los brazos abiertos a sus exhaustos aliados.

En Tlaxcala, Cortés concede a sus hombres veinte días de reposo mientras estudia los cambios ocurridos en la situación. La confederación azteca se ha recompuesto con cambios en la cúpula. Al débil Moctezuma le sucede el combativo Cuitlahuac. En Tlacopán reina un nuevo monarca y en Tezcoco el trono de Cacama, muerto durante la trágica retirada de Tenochtitlán, está ocupado por el cruel Coanococh, si bien sus derechos le son discutidos por un antiguo amigo de los españoles llamado Ixtlilxóchitl. Los tres nuevos señores, actuando en perfecto acuerdo, han logrado restablecer sus antiguas dependencias y relaciones feudales y desean la destrucción de los invasores hispanos. Sólo los señoríos de Tlaxcala y Michoacán siguen rechazando la colaboración con los aztecas.

Cuenta Cortés, ahora, con sólo quinientos españoles, bisoños en buena parte por haber llegado con Narváez, y faltos de material de guerra. Por ello concibe organizar un ejército en el que la masa combatiente sea indígena pero encuadrada con mandos españoles y en el que se integre una reserva potente formada por los hispanos de mayor veteranía. Pretende poner a punto esta herramienta bélica en una primera campaña sobre la región oriental de México para arrebatársela a los aztecas y hacerla

depender de Tlaxcala. Después su aspiración se centra en reconquistar Tenochtitlán por procedimientos militares.

La idea entusiasma a sus aliados y comienza a desarrollarse en los primeros días de agosto. La fuerza experimental desborda la frontera meridional de Tlaxcala, batiendo sucesivamente a los primeros puestos de guarnición azteca que encuentra a su paso hasta apoderarse de Tepeaca, centro de la amplia comarca de Tepeyecac. Allí establece la villa de Segura de la Frontera y, tomándola como santuario, crea una base de operaciones desde la que lanza esporádicas y veloces expediciones a las principales poblaciones de las comarcas vecinas. A todos los caciques atacados les propone la paz a cambio de vasallaje. Si no aceptan la propuesta, sus posesiones son acometidas por el grueso de las tropas tlaxcaltecas, que preparan la irrupción resolutiva de la potente reserva española. Siempre que se produce resistencia, la ciudad hostil es implacablemente destruida y saqueada.

Golpe a golpe, en unos meses Cortés domina un amplio territorio sobre el que ejerce un efectivo gobierno. Nombra a caciques, actúa unas veces como juez y otras como árbitro, regula el orden público y el comercio y, todo ello, sin menoscabo de una atención permanente a su ejército. Éste va fortaleciéndose con refuerzos llegados a Villa Rica en naves aisladas y con los procedentes de las desgraciadas expediciones que Garay envía al Pánuco. Le favorece la creciente debilidad de las poblaciones indígenas, azotadas por una epidemia de viruela, enfermedad importada por los efectivos de Pánfilo de Narváez y de la que muere el emperador Cuitlahuac, sucediéndole el caudillo guerrero Cuauhtemoc.

En diciembre de 1520, Cortés deja en Segura de la Frontera un destacamento de sesenta hombres y marcha a Tlaxcala para presentar el ejército organizado a sus aliados. Después de la vistosa parada que realiza, toma medidas para dar mayor cohesión a sus fuerzas. Licencia a los soldados de Narváez que no acaban de adaptarse a la situación y se queda con los incondicionales veteranos y con los voluntarios que se le ofrecen. Promulga unas notables «Ordenanzas» que constituyen un verdadero código cívico militar. Envía a España a Diego de Ordás y a Alonso de Mendoza como procuradores de sus intereses. Con encargo similar remite a La Española a Alonso de Ávila y a Álvarez Chico. Comisiona a Solís para que en Jamaica compre ganado, armas y recursos. Y, en aquella tierra alejada de los mares, encarga a Martín López la construcción de once bergantines para el traslado, en su día, a la laguna mexicana. Renueva sus

alianzas con todos los reyes y señores tratados desde Tepeaca y se pone en relación con el rebelde aspirante al trono de Tezcoco, ofreciéndole su apoyo.

Antes de finalizar el año, Cortés sale de Tlaxcala al frente de un numerosísimo ejército formado por indígenas y de un núcleo español que cuenta con 550 peones, 40 jinetes, 80 ballesteros-escopeteros y nueve piezas de artillería. Alcanza sin problemas Tezmelucán, donde da descanso a las tropas. Sin combatir, penetra en el valle de México y en Tezcoco nombra rey a su aliado Ixtlilxóchitl, empezando a recibir ya homenajes de muchos caciques ribereños de la gran laguna salada. Asalta y arrasa la ciudad de Ixtapalapa y mientras él, con parte de los efectivos, se dirige a Tlacoplán, ordena a Gonzalo de Sandoval que se traslade con una columna a Chalco para amenazar con estos movimientos de tenaza a Tenochtitlán.

Mientras realiza rápidos reconocimientos armados en torno a la laguna, impulsa el montaje de los bergantines, cuyas piezas hace traer de Tlaxcala a hombros de miles de tamemes. La resistencia azteca es enérgica, sus guerreros no han perdido un solo puesto sin combatir y no dudan en abrir los diques en las áreas lacustres para anegar las tierras y los pueblos, antes de permitir la entrada a los españoles. Sandoval ocupa el sur del valle y prepara una base de partida, a la que se traslada Cortés con el grueso de las fuerzas para iniciar el día 5 de abril un movimiento circular de amplio radio. Metódicamente, avanza ocupando Oaxtepec y Yautepec a fin de controlar el importante nudo de comunicaciones de Cuernavaca (Cuauhnauac). El 15 de abril alcanza Xochimilco, donde los combates duran tres días y el capitán general, herido, cae prisionero salvándole un tlaxcalteca ayudado por Cristóbal de Olea. La defensa es extremada en todos los pueblos por unos aztecas irreductibles que sacrifican con crueldad inhumana a los prisioneros. Pese a ello, el ejército hispano-indio llega a Coyohuacán y Tlacoplán y se asienta junto a las calzadas de acceso a Tenochtitlán. Dejando guarniciones que materializan el cerco de la gran laguna, Cortés se traslada a Tezcoco en busca de pólvora y saetas, viéndose obligado a sofocar una sublevación preparada por Villafaña. Hace ahorcar al cabecilla y finge ignorar los nombres de los restantes conjurados. No quiere perder tiempo ni gente. Necesita dominar las aguas de la laguna y a ellas hace llegar los doce bergantines construidos, deslizándolos por un canal artificial. Reúne a todos los españoles y durante un mes los instruye inten-

sivamente. Son ahora 700 peones, 110 ballesteros-escopeteros, 86 jinetes y 18 piezas de artillería, que quedan distribuidos en tres columnas para el ataque simultáneo. Pedro Alvarado con 160 peones, 18 ballesteros-arcabuceros, 30 jinetes y 20.000 indígenas aliados avanza por la calzada de Coyoacán. Sandoval se sitúa en Ixtapalapa con efectivos semejantes. Y Cortés se asigna el mando de las reservas y de la flota de bergantines.

El 27 de mayo, Alvarado y Olid cortan el acueducto de Chapultepec. El 30, Sandoval ocupa sus posiciones de partida y Cortés, con los bergantines, desembarca en la confluencia de las calzadas de Ixtzapalapa y Coyoacán para situar los pesados cañones en el templo de la diosa Toci. Sandoval avanza por la calzada de Tepeyacac estrechando el cerco de la capital.

El día 9 de junio, Cortés se interna en la ciudad por la calzada del Rastro, pero sus efectivos son inmovilizados cuando pierden el apoyo de los bergantines y se ven obligados a retroceder. Durante la noche, multitud de ligeras piraguas indígenas abastecen a los sitiados. Para impedirlo se distribuyen las naves asignándose cuatro para apoyo de Alvarado y dos de Sandoval, mientras el capitán general queda con las restantes y consigue cortar los suministros a la plaza. En el aniversario de la «Noche Triste» tres columnas dirigidas por Cortés, Alderete y Tapia atacan el centro de la urbe mientras Sandoval y Alvarado presionan en sus sectores. Todo parece resuelto cuando un error de Alderete ocasiona el extravío de su columna produciéndose un movimiento general de pánico que deja a Cortés en manos enemigas hasta ser rescatado por Cristóbal de Olea al precio de su vida. El desastre supone la pérdida de sesenta españoles, ocho cañones, dos caballos y millares de aliados.

El momentáneo desfallecimiento de los asaltantes se resuelve con la llegada de refuerzos de Tezcoco y Villa Rica. Los sitiados se debilitan progresivamente. Cortés procede a extremar el aislamiento y sistemáticamente ordena el derribo de edificios para ofrecer buenos campos de tiro a las armas de fuego. Poco a poco roba espacio a los defensores, que no aceptan las reiteradas ofertas de paz. El 26 de julio, las columnas de Cortés y Alvarado establecen contacto dentro del casco urbano. Dos días más tarde, lo hacen las de Cortés y Sandoval, quedando la resistencia reducida a una parte del recinto de Tlalteloco. El 30, la situación de los aztecas es desesperada y los españoles suspenden las operaciones para animar a la rendición y evitar la matanza. La oferta vuelve a ser rechazada. Y

sólo el 13 de agosto de 1521, al ser apresado en el último asalto el emperador y caudillo Cuauhtemoc, es cuando los restos de las turbas aztecas se entregan.

Hernán Cortés, vencedor absoluto, recibe con todos los honores al monarca prisionero para concederle un trato semejante al que dispensó a Moctezuma. Después, procede a reconstruir la arrasada ciudad para instalar en ella la sede del gobierno del gran país llamado Nueva España. El proceso de conquista en el área continental mexicana alcanza su cénit. Más adelante, las largas expediciones de Cortés a las Hibueras y al golfo de California completarán su obra, pero ésta se había culminado realmente con el aniquilamiento del poder azteca y la incorporación de los inmensos territorios a la Corona española.

Consideraciones estratégicas

1. *Situación dialéctica*

Al producirse la conexión efectiva, por mar y tierra, entre los océanos Atlántico y Pacífico, cambia la naturaleza del problema que España pretendía resolver desde la época de Colón. Hasta este momento, se buscaba una ruta occidental a las Indias Orientales. Las tierras que iban apareciendo en los múltiples sondeos exploratorios representaban obstáculos que se oponían al proyecto concebido, aun cuando se convirtieran para los estrategas en objetivos secundarios, dado que podían servir de escala a las expediciones y ofrecían oportunidades de evangelizar y de obtener riquezas considerables. En consecuencia, los sucesivos planes estratégicos volcaban el esfuerzo principal en la exploración y el reconocimiento más que en la conquista y en la colonización permanente, pese a lo cual, ésta fue cristalizando en alguna de las zonas alcanzadas.

Cuando se abre el camino occidental a Asia, la finalidad primitiva se ha logrado. Ello coincide con la constatación de que los territorios progresivamente descubiertos no son simples islas inconexas, sino que forman parte de un espacio continental de dimensiones extraordinarias capaz de encerrar riquezas sin cuento dentro de un contorno sólo parcialmente conocido. Ese espacio se ofrece, pues, como un objetivo tentador para una nueva empresa de carácter conquistador.

Las circunstancias, sin embargo, no son propicias para que el Estado español asuma iniciativas de gran envergadura en el área ultramarina de su influencia, porque la coyuntura política empuja a sus órganos rectores por otros derroteros. La muerte del magnífico Fernando el Católico, hace que todas las preocupaciones se centren en la situación interna del país y en su proyección europea.

El viejo Rey, en su lecho de muerte, coloca la última piedra de la unidad española al anular el testamento de 1512 y reconocer el derecho de su hija Juana a la sucesión de todos los reinos de las Españas nombrando heredero legal al príncipe Carlos. Como éste reside en Flandes, confía la regencia de Castilla al cardenal Cisneros y la de Aragón a su hijo natural el arzobispo de Zaragoza, quienes debían ejercerla hasta la llegada a territorio nacional del nuevo monarca.

La sabia disposición testamentaria, cimiento de la futura unión y estabilidad política, provoca fuertes reacciones negativas inmediatas. Los españoles no aceptan con satisfacción a un soberano distante al que consideran extranjero. Las ambiciones de la Reina Viuda, Germana de Foix, las maquinaciones de los partidarios del príncipe Fernando y el orgullo de los trasnochados nacionalistas castellanos ocasionan revueltas que en Aragón generalizan el desorden y en Castilla son sofocadas con mano de hierro por Cisneros. Éste, para fortalecer el poder real, pretende que las ciudades levanten, equipen e instruyan milicias de entidad proporcional al número de habitantes. Pero el intento de creación de un ejército permanente así enfocado fracasa ante la oposición coaligada de los nobles, temerosos del poderío real, y los burgueses, reacios a sufragar los cuantiosos gastos que el proyecto entraña. Mientras, el heredero Carlos, educado bajo la tutela de Margarita de Habsburgo y del francófilo ministro Chievres, dilata su incorporación al trono de España y se preocupa, en especial, por los asuntos de los Países Bajos y de la Casa de Habsburgo rodeándose de una Corte flamenca ignorante de los temas hispanos.

Cuando, al fin, en las postrimerías de 1517, Carlos se decide a marchar a su principal reino, lo hace con una lentitud exasperante que contribuye a alargar los problemas de la transición. Por error, sus pilotos le llevan al excéntrico puerto de Villaviciosa de Asturias. Durante meses deambula por las tierras de Tordesillas, Santander y Valladolid sin conectar con las representaciones políticas españolas más influyentes. No llega a tener un solo contacto personal con quien pudo ser su gran asesor, el cardenal Cisneros, muerto en Roa el 8 de noviembre de 1517. Y,

rodeado de extranjeros codiciosos que ocupan los resortes del poder, comienza a tratar con las Cortes castellanas y aragonesas ofuscado por la idea de encontrar en ellas los apoyos precisos para respaldar su candidatura al trono imperial cuya vacante parece inminente. En estas condiciones, que alcanzan hasta 1520, resulta lógico que la cuestión americana quede relegada a un segundo término en la agenda de Estado sin que se adopten grandes iniciativas en su ámbito. Faltas de impulso procedente de la cumbre estatal, las gestiones relacionadas con el Nuevo Mundo siguen desarrollándose por la inercia resultante de anteriores tiempos y gracias a la actividad del gran aparato económico-administrativo que se ha consolidado. Dentro del Consejo de Castilla, el equipo de expertos en asuntos de las Indias no puede suplir la iniciativa real, pero supervisa las actividades con los criterios y reglas antes establecidos. Por su parte, la Casa de Contratación es una verdadera máquina burocrática que continúa funcionando presionada por las potentes casas comerciales instaladas en torno a Sevilla y controla formalmente el tráfico atlántico y el comportamiento de las autoridades instaladas en la lejana zona avanzada de ultramar.

Entre 1516 y 1520, pese al profundo cambio de perspectiva que afecta a las corrientes expansivas españolas ultramarinas, el Estado español no adopta nuevos planes y consiente que las operaciones prosigan en el marco de los antiguos esquemas. Con ello, de hecho, la iniciativa operacional queda en manos de las remotas y pequeñas colonias, donde falta visión de conjunto y las decisiones se adoptan no por inquietudes de orden general, sino por preocupaciones localistas e inmediatas. Así, en esta curiosa fase, ante el hecho evidente de la aparición definitiva del Nuevo Mundo, nadie en España se propone conscientemente ocuparlo y se deja al arbitrio de los destacamentos expedicionarios la conducta a seguir. Éstos concentran su actividad en torno a dos núcleos separados y autónomos que soportan situaciones distintas y han adquirido una personalidad propia y diferenciada. Tierra Firme, en el istmo continental, y las Antillas, en el umbral de la América del Norte, son las avanzadillas llamadas a protagonizar la acción.

En Tierra Firme los españoles han conseguido asentarse sólidamente y disponen de plazas fuertes que aseguran el dominio de las costas atlánticas centroamericanas. Se han asomado al Pacífico y tomado posesión formal de sus aguas, pero todavía no han afirmado su presencia permanente en los litorales del gran océano. Consolidar el dominio de éstos es

su esencial aspiración, al tiempo que pretenden extenderse hacia el norte, dado que hacia el sur las expediciones precedentes encontraron fuerte y sangrienta oposición indígena.

En las Antillas, donde Cuba se ha erigido en principal foco operativo relegando a La Española a un plano de actividad preferentemente administrativa y judicial, el panorama que se observa es impresionante. Los hispanos residentes tienen ante sí el dilatado litoral que se extiende desde el Yucatán hasta Florida. Todo hace suponer que, tras él, se asientan pueblos nativos difíciles de dominar con las escasas fuerzas disponibles. Colón, desde su incursión a la isla de Pinos, obtuvo informes de la posible existencia de un imperio desarrollado. Hernández de Córdoba, Grijalba y Garay localizaron en la lejanía grandes ciudades costeras y sufrieron el acoso de importantes formaciones guerreras que les produjeron numerosas bajas y evidenciaron una crueldad preocupante. Consecuentemente, las autoridades locales y los comerciantes instalados no se sienten inclinados a grandes aventuras orientadas a poblar tierras hostiles, sino a emprender expediciones limitadas que permitan obtener riquezas por vía de la negociación y el rescate.

Globalmente, al iniciarse la fase, las circunstancias objetivas del momento no son propicias para la realización de operaciones de envergadura en el frente español atlántico que, sin embargo, llegarán a producirse por la intervención, como factor imponderable, de un jefe genial llamado Hernán Cortés.

2. *Estrategas del momento*

En los años que siguen a la muerte de Fernando de Aragón y preceden a la época imperial de Carlos I no existe más estratega en los órganos superiores de decisión españoles que el cardenal Cisneros, y éste durante poco tiempo y sin margen para modificar los planes trazados con anterioridad. Después, la cúpula se desentiende del proceso de implantación americano, que queda a merced de los gobernadores.

Pedrarias Dávila prosigue como máxima autoridad en los territorios del Darién y Urabá. Su fuerte personalidad, de mediocre calidad rectora y espíritu tenaz y receloso, promociona una serie de esfuerzos que obtienen como principal resultado la fundación de Panamá, puerto estable del Pacífico de donde arrancan algunas expediciones hacia el norte y al que

llegan del sur vagas noticias referidas a la existencia de un remoto imperio indígena llamado «Birú» o «Pirú» al que se atribuyen fabulosas riquezas. Nadie surge todavía en esta área con rasgos dignos de merecer la consideración de estratega.

En las Antillas, la capitalidad oficial queda en manos de un trío de frailes jerónimos —Luis de Figueroa, Alonso de Santo Domingo y Bernardino Manzanedo— que ejercen, desde la Audiencia, las funciones administrativas y judiciales sin la menor aspiración operativa. El origen de las acciones expansivas sigue radicado en Cuba, donde Diego Velázquez, enérgico y decidido, pero con una ambición estrecha de miras y preñada de egoísmo, alienta empresas menores. El desarrollo de sus oscuros planes se confía, sin embargo, a un personaje que va a desarrollarlos con el estilo de los grandes estrategas. Porque Hernán Cortés se revela entonces como un magistral artista en el empleo coordinado de las fuerzas políticas, económicas, psicológicas y militares a las que llega a tener acceso.

La figura de Hernán Cortés resulta ejemplar desde los comienzos de su peripecia porque, inicialmente, carece del poder y la fuerza que todas las doctrinas consideran imprescindible en cualquier aspirante a estratega.

La labor llevada a término por Hernán Cortés arranca de la forzada ejecución de un rutinario plan impuesto por Velázquez y se desarrolla conforme a una trayectoria original que comprende distintos tiempos y etapas. En la primera, derrochando audacia y astucia, arrebata al gobernador un pequeño margen de autoridad que le permite capitanear una empresa independiente. Después, rodeándose de un prestigio artificial, se aplica a construir el germen de un ejército minúsculo, pero cohesionado y firme. Cuando considera que dispone de suficiente fuerza y prestigio, pasa a la acción para alcanzar, uno tras otro, los objetivos que le han sido marcados. Hasta que en la situación que le rodea y en los hombres que le siguen observa datos que le hacen concebir un ambicioso proyecto. Entonces no vacila. Rompe todos los vínculos que le atan, menos los que le unen al poder supremo del Rey. Corta a sus tropas toda posible vía de retirada. Les propone un plan de acción tan sugestivo como inquietante. Y lo desarrolla con una perfecta combinación de diplomacia y violencia a lo largo de dos campañas de estilo diametralmente opuesto. Recurre en una, a maniobras políticas, respaldándolas con aisladas y contundentes aplicaciones de fuerza. En otra emplea sistemáticamente las armas y el combate en un impresionante ejercicio militar apuntalado por

una constante acción política. Así, con apenas un millar de españoles, consigue dominar un espacio doblemente mayor que el de la metrópoli y somete a vasallaje a un imperio militarista que se opuso ofreciendo, al final, una resistencia épica, realzadora de la categoría del vencedor.

Gracias a Cortés llega a darse la paradoja de que, en una fase poco propicia a las grandes obras, alcanza a producirse uno de los éxitos más transcendentales de España. El genio de un capitán, la calidad de sus tropas y la momentánea inhibición del Estado lo propician.

3. *Plan inicial de la fase*

Como ya se ha indicado reiteradamente, en estos años España no varía sus planes anteriores y en el marco de aquéllos los gobernantes instalados en la cornisa alcanzada por los descubrimientos trazan sus particulares proyectos. Diego Velázquez, uno de ellos, ha promocionado ya varias expediciones de carácter explorador y comercial, y prepara ahora otra más para aprovechar codiciosamente las circunstancias favorables del momento, explotar las experiencias recogidas y obtener información para futuros empeños.

Su *finalidad* es muy simple. Pretende seguir la andadura de Hernández de Córdoba y de Grijalba con objeto de obtener para sí las riquezas que ellos localizaron sin acertar a extraer.

La *idea de actuación* también resulta elemental. Se trata de organizar una flota pretextando la necesidad de acudir a la búsqueda de los navíos del perdido Grijalba para obtener las autorizaciones legales preceptivas. Con ella debe buscarse a unos náufragos españoles que se supone sobreviven en el área del Yucatán. Han de costearse los litorales antes reconocidos para obtener la mayor información posible de las gentes que los pueblan. Deben sondearse las zonas donde menos oposición hallaron los exploradores precedentes, contactando, si es posible, con las tribus del norte que dieron la impresión de ser ricas y se mostraron propicias al comercio. En todas las oportunidades que surjan, interesa obtener riquezas por vía de rescate o trueque y, cuando el botín resulte suficiente, la flota debe regresar a su punto de partida.

El cumplimiento de la *misión* se encomienda a un jefe único en la persona de Hernán Cortés, a quien se concede categoría de capitán general. Los *medios* a embeber son mayores que de costumbre, puesto que

suponen once navíos y quinientos hombres cuando las partidas habituales no excedían de cuatro embarcaciones y un par de centenares de expedicionarios.

Todos los rasgos del proyecto acusan la escasa originalidad de su autor, pero es en las *condiciones de ejecución* donde se revela su rastrera codicia. Según ellas, el capitán general en funciones debe atender a la financiación principal, por sí mismo o mediante los apoyos que pueda obtener, sin merma del alto porcentaje de beneficios asignado al gobernador. Éste ha de ser el proveedor privilegiado en los preparativos. Cada expedicionario precisa costearse el equipo, armamento y alimentos. Deben evitarse combates y encuentros violentos para asegurar las inversiones realizadas. Y, en modo alguno, autorizarse poblamientos que permitan dejar efectivos o colonias fuera del alcance del gobernador. Aunque se autorice a pregonar la posibilidad pobladora sólo para animar el reclutamiento de voluntarios.

Esta es la pauta que se impone a Cortés para que sumisamente la desarrolle. Y con estos criterios y órdenes inicia su hazaña el extremeño.

4. *Comportamiento operativo*

La estampa de Cortés como estratega comienza a dibujarse el día en que, por intereses egoístas, el gobernador le nomina para capitanear una simple flota de exploración y salvamento. Entonces, a primera vista, su conducta no parece admirable. No resulta atrayente su doble juego de adulación y servilismo hacia el magnate local todopoderoso y de engreída presunción de cara a la galería. Pero examinado su proceder con más detenimiento, fácil es intuir que no hace sino manejar los únicos recursos que tiene a su alcance. Él se propone mandar con todas sus consecuencias una expedición y no sólo dirigirla nominalmente. Esto únicamente podrá hacerlo si convence al vacilante Velázquez de su absoluta sumisión. Y, aun cuando llegara a obtener su plena confianza, tampoco podría ejercer un mando efectivo sobre la tropa de orgullosos veteranos si no lograse sugestionarlos y ganarse su reverencial respeto mediante la sagaz manipulación de unas apariencias que hicieran olvidar la carencia de experiencia y de historial relevante bélico. Desde este punto de vista, su comportamiento es aleccionador. Nos muestra a un Cortés cuyo motor es la idea fija del mando y en el que no existen frenos escrupulosos de-

bidos al pudor o a la humildad. Nos hace ver a un Cortés que, desde la nada, llega a las alturas con el único sostén de su decidido ánimo. Nos muestra a un Cortés que se mueve por el escenario cubano representando, con el arte de un consumado actor teatral, el papel protagonista de una obra cuyo guión ha escrito él mismo. Nos revela, en fin, a un Cortés, maestro en psicología, que llega a conocer perfectamente el modo de ser de todas las personalidades influyentes de la isla, dando a cada una el trato que más conviene a sus particulares propósitos, hasta conseguir llevar éstos a la realidad. La firmeza de voluntad, la flexibilidad de carácter y una resuelta inclinación hacia la eficacia son tres notas características del Cortés que inicia su carrera estratégica.

A las cualidades apuntadas se unen la osadía, capacidad de decisión y sentido de la oportunidad puestas de manifiesto al escapar de Santiago precipitadamente con la mitad de la escasa flota en cuanto descubre que va a ser relevado del cargo. Esta audaz maniobra no se lleva a cabo de un modo impulsivo y espontáneo. Se desarrolla con premeditado cálculo y prudente control. Cortés evita artificiosamente una ruptura con la autoridad constituida porque ello le quitaría el poder que ya disfruta. A tal efecto, delante de sus hombres pronuncia palabras dirigidas al gobernador cargadas de subordinación y amistad, pero elige el lugar y la hora propicios de manera que el fragor de los vientos y las olas apague su voz a fin de que no llegue al destinatario. Así, ninguno de sus subordinados —entre los que figuran numerosos familiares y partidarios del gobernador— puede acusarle, con pruebas, de rebeldía ni tampoco puede hacerlo el burlado Velázquez.

Hasta su precipitada salida de Santiago, Hernán Cortés demuestra poseer un fuerte espíritu y una enorme capacidad para la intriga política. Inmediatamente después empieza a comportarse como un completo jefe militar. A este respeto merece subrayarse cómo, pese al riesgo que entraña permanecer dentro de la demarcación de un gobernador ofendido y airado, el bisoño capitán general dedica meses a preparar su armada sin abandonar Cuba. Con la parsimonia y el método de un concienzudo soldado procede a reclutar efectivos, a organizarlos, a constituir el más completo de los arsenales posibles y acopiar los recursos logísticos de todo orden que le garanticen una larga autonomía operativa. Paralelamente selecciona el equipo de mando eligiendo los jefes de la compañía entre quienes ofrecen mejores cualidades marciales, aunque ello suponga relegar a un segundo plano a personajes influyentes. Monta una red informativa

interna que le permite conocer en todo momento las inquietudes del conjunto y las corrientes que afectan a su posición. Instruye a las tropas. Las fuerza a pronunciarse en su favor en las dos ocasiones en que se plantea su sustitución estableciendo, así, unos primeros y fuertes lazos de cohesión. Prueba, en distintas oportunidades, la lealtad de los individuos dudosos, neutralizando a los más peligrosos. Cuida la fortaleza moral de todos con arengas estimulantes. Y sólo cuando se siente seguro de disponer de una verdadera unidad operativa completa, inicia las operaciones para, primero, probarla en acciones secundarias.

La travesía hasta Cozumel y la estancia en la isla, ambas sobradamente conocidas por los expedicionarios, sirven a Cortés para efectuar ensayos. Prueban éstos que el grado de disciplina es todavía deficiente. No se cumplen las órdenes de marcha que exigían reunirse ante la isla y no efectuar desembarcos hasta expresa disposición del capitán general. Pedro Alvarado, uno de los exploradores consagrados, desafía las órdenes desembarcando por su cuenta para dedicarse al pillaje y Cortés aprovecha para restablecer la autoridad por un procedimiento que reiterará en adelante, nada justo pero muy efectivo. Consiste en castigar rigurosamente a un segundón dejando únicamente en evidencia al verdadero culpable. En este caso utiliza como cabeza de turco a un simple piloto que se limitó a cumplir las instrucciones de su capitán y a éste le reprende públicamente. Ello produce un efecto ejemplarizante general, fortalece su personal ascendiente sobre el conjunto y restablece la disciplina sin necesidad de tener que prescindir de un valioso subordinado, quien ve recortadas sus ínfulas con la reprimenda y debe quedar personalmente agradecido al superior por la benignidad de la sanción.

Cozumel es utilizado no sólo como centro de entrenamiento militar, sino como laboratorio político. En la isla, con los nativos, ensaya los procedimientos de trato que van a convertirse en característicos. Los atrae mediante la liberación de prisioneros, a quienes pide procuren activar el regreso de los fugitivos dándoles pruebas materiales de generosidad. Aprovechando la celebración de festejos les atemoriza con montajes preparados al efecto. Arrolladoras carreras de caballos e intermitentes disparos de cañón resultan medios impresionantes. Y, cuando tiene a los naturales acobardados por el miedo y agradecidos por su largueza, procura sonsacarles toda la información sobre el medio en que viven y las circunstancias que rodean a sus vecinos. Así se entera de que en el Yucatán viven, como mínimo, dos blancos, probablemente españoles, cuyo salva-

mento emprende encomendándolo a dos de sus capitanes, que no aciertan a localizarlos. La suerte de los elegidos empieza a sonreírle cuando uno de los náufragos, Aguilar, aparece en el último momento. El hecho le resulta doblemente provechoso, pues supone cubrir el primero de los objetivos marcados a la expedición por el gobernador y le proporciona un asesor valioso como intérprete y conocedor profundo de las costumbres indias continentales. Por si fueran pocos los resultados ya obtenidos en orden a elevar su personal carisma de jefe, a someter pueblos indígenas y a cumplir misiones inesperadas, Cortés aprovecha el tiempo de estancia para cristianizar a los naturales. Su capellán, fray Bartolomé Olmedo, predica el Evangelio y de la isla son barridos los ídolos, que se sustituyen por cruces. Ello supone una estimulante inyección de moral para su grupo de guerreros que, muy creyentes, se sienten miembros de una empresa palpablemente productora de frutos espirituales. Las conciencias del jefe y de sus tropas se impregnan de una religiosidad activa que les hace sentirse parte de una operación trascendente, justificadora de toda clase de riesgos y fatigas.

De Cozumel sale Hernán Cortés con una armada que transporta un mínimo pero compacto ejército sabiamente estructurado. Dispone de una plana mayor dirigida por el experto Aguilar nutrida por pilotos conocedores del espacio geográfico, debido a su participación en anteriores viajes. Sus capitanes, que reconocen de pleno su autoridad, están elegidos con arreglo a acertados criterios prácticos y políticos. Uno, Portocarrero, aristócrata con segura audiencia en los altos estamentos de la Corte española, será muy útil si, algún día, es preciso acudir a ellos. Tres —Alvarado, Alonso de Ávila y Montejo— son descubridores natos que se distinguieron en la expedición de Grijalba y sienten inclinaciones emprendedoras. Contrapesan su empuje dos deudos de Velázquez, Ordás y Velázquez de León, quienes, lógicamente, apoyan los proyectos conservadores del gobernador promotor. Y los restantes, Olid, Morla, Saucedo y Escalante, son experimentados exploradores independientes que sólo se sienten vinculados al jefe. El equilibrado y sólido conjunto tiene la sensación, inapreciable en cualquier fuerza militar, de estar bien mandado. Hasta el punto de que el cronista testigo de la gesta escribe:

> Aquí, en esta isla, comenzó Cortés a mandar muy de hecho y Nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes.

En Tabasco Cortés prueba su eficacia táctica. Sus movimientos son un modelo de eficiencia militar. Deja los barcos pesados en alta mar, al abrigo de ataques y, con los medios sutiles bien artillados, se aproxima a la costa para realizar, desde el agua, un completo estudio del enemigo y del terreno. Despliega sus fuerzas de acuerdo con lo observado. Cumplimenta las instrucciones formales que ha recibido, conminando a los indios a la rendición. Deja que la vigilancia indígena se desgaste durante una noche de tensa vigilia y, al amanecer, lanza por sorpresa su ofensiva mediante un ataque frontal combinado con otro envolvente. Ocupado con éxito el primer objetivo, procede a instalarse en él fortificándolo, mientras persigue con dos columnas al enemigo en derrota hasta tropezar con una poderosa formación guerrera. Ejecuta, entonces, una verdadera maniobra retardadora para aceptar el combate decisivo en el momento y lugar por él elegidos. Al fin se produce la victoria militar, que, de inmediato, es aprovechada políticamente. El desenlace favorable no se utiliza para desencadenar represalias, sino para ofrecer paz condicionada y generosa a los vencidos. Éstos son tratados con dureza cuando se muestran amenazadores y recibidos con todos los honores al presentarse sumisos. Igual que en Cozumel, las embajadas son generosamente obsequiadas con regalos y atemorizadas ante un espectáculo en el que intervienen teatralmente los piafantes garañones y el ensordecedor cañón. La predicación del Evangelio comienza de inmediato. Y así, con una dosificada combinación de amistad, terror y religión, logra que las tribus prefieran aceptar un vasallaje suave en lugar de exponerse a la destrucción de quienes parecen los avanzados de poderosos reyes.

La expedición hispana alcanza San Juan de Ulúa, donde debe acabar el recorrido señalado por la superioridad. Hasta aquí se han venido cumpliendo escrupulosamente las instrucciones recibidas, que culminan al conectarse con las embajadas aztecas, las cuales suministran alimentos y joyas en abundancia. Y aquí se plantea la gran disyuntiva entre los que piden regresar para obedecer las órdenes y los que pretenden continuar y poblar para explotar una situación atrayente. La prudencia y la ambición chocan y Cortés, el más ambicioso de todos, se aprovecha de ello con asombroso ingenio y decisión. Sabe que, si continúa adelante, perderá la legitimidad de su mando, que hasta ahora le ha servido para conseguir un respeto unánime. Quiere seguir con un mando indiscutible y, a este fin, urde una trama digna de Maquiavelo. Alienta a los partidarios de poblar, sin mezclarse con ellos. Consigue que se le ofrezca la capita-

nía, que acepta, imponiendo unas condiciones económicas desmesuradas y, cuando tiene ya el respaldo del grupo más poderoso, somete la cuestión a una asamblea democrática perfectamente manipulada para que le dé la razón. Consigue su propósito frente a la impotente desesperación de unos adversarios burlados mediante la intriga política. No se conforma con la investidura democrática de la jefatura, porque no aspira a ser un rey independiente, sino un auténtico virrey de su patria vinculado a la Corona sin intermediarios. Para lo cual envía a España como embajadores a un representante de la voluntad popular expedicionaria —Montejo— y a un Hernández de Portocarrero, noble con seguro acceso a los más influyentes círculos reales. Y, siempre apoyándose en un consejo de capitanes incondicional y revistiendo sus actos del mayor formalismo reglamentarista, desarrolla una política de hechos consumados, fundando la ciudad de Villarrica de la Vera Cruz, arrestando a quienes se insubordinan hasta obtener su contrita sumisión y, por fin, barrenando las naves para impedir cualquier escapatoria que pueda debilitar el gigantesco plan de conquista que ya tiene en su cabeza.

El hundimiento de los barcos no es un acto original. Otros lo practicaron en Tierra Firme antes que Cortés, pero éste lo lleva a cabo con el estilo de un caudillo absolutamente seguro de sí mismo y confiado por completo en sus dotes de mando. Lo inicia clandestinamente y con engaños que, finalmente, son descubiertos por la muchedumbre de espectadores.

La ira popular no intimida a un Cortés que la aprovecha para ofrecer su última alternativa en un apasionado ambiente. Su arenga, como siempre, es vibrante y sencilla. Comunica a todos que él, con los ambiciosos de gloria y fortuna, ha decidido emprender la gran empresa de conquistar un imperio que les dará oportunidad de hacerse famosos, ricos y apóstoles de Cristo. Para el desempeño estorban los pusilánimes. Pueden, pues, regresar a Cuba, en la última embarcación que se dejará a flote, los miedosos y miserables capaces de sentirse satisfechos con un escaso puñado de oro.

La reacción provocada por el parlamento de Cortés es la única esperable de unas gentes que consideraban la cobardía como el peor de los baldones y tienen una conciencia condicionada por la religiosidad misionera. Nadie aprovecha la oferta de retirada. Al permitir que se anegue la última bodega, todos son conscientes de que o contribuyen al éxito de Cortés o han de perecer aislados. El ansia de triunfo se funde, desde ese

instante, al instinto de supervivencia vacunando el ánimo de la tropa hispana contra cualquier clase de desaliento.

El capitán general debe analizar ahora los factores condicionantes de su decisión. Tiene delante un terreno desconocido y enorme jamás hollado por botas cristianas. En él parece asentarse un lejano imperio, rico y poderoso, que mantiene sojuzgados a pueblos importantes susceptibles de aliarse con quien les ayude a desprenderse del duro yugo impuesto. Para tal empeño dispone de una corta fuerza española que ha perdido el diez por ciento de sus efectivos, pero que debe arder en fiebre combativa porque su vida sólo dependerá de la victoria. Y, considerando estos mimbres, urde el cesto de un nuevo plan estratégico.

Su *finalidad* es la de llegar a la remota y legendaria ciudad de Tenochtitlán para someter a vasallaje al emperador que llaman Moctezuma convirtiéndole al cristianismo. La *idea de actuación* pasa por establecer una sólida base de operaciones en torno a Veracruz, buscar la alianza de las tribus más hostiles a los aztecas, avanzar con su ayuda ofreciendo una paz de suaves condiciones al emperador antagonista y, combinando diplomacia y violencia, dominar el territorio y ocupar la capital azteca. La *distribución de medios y misiones* es elemental. Deja una corta guarnición encargada de defender la ciudad de Veracruz y el puerto a ella anexo y organiza una columna con todos los efectivos restantes a cuyo frente se coloca el capitán general. Las *condiciones de ejecución* incluyen la obligación de respetar todas las formalidades exigidas en las capitulaciones ante cualquier eventualidad de combate y añaden la exigencia de que ni un solo acto de fuerza se desencadene sin expresa orden del mando supremo.

El plan se cumple puntualmente. En Veracruz, queda Escalante con 150 hombres. La marinería, inactiva por falta de ocupación, es incorporada a la columna principal. Con ella se llega hasta Cempoala, primera de las tribus cuya alianza se consigue y pueblo que proporciona una fuerza india auxiliar encargada de portar las provisiones y recursos logísticos. El pequeño ejército penetra en el continente con buen orden. En la vanguardia marchan los jinetes y tropas ligeras. El grueso, al mando de Cortés, constituye el principal núcleo de combate caminando al ritmo lento que impone el peso de los cañones. Detrás, los indígenas adictos transportan la impedimenta y atienden los servicios.

Se alcanza la frontera del estricto imperio azteca sin incidentes, se superan duras etapas montañosas y se reponen fuerzas en las planicies de Xocotla. Aquí, Cortés aprovecha el reposo para volver a analizar el terre-

no y la situación, decidiendo acercarse a Tlaxcala, otro de los ancestrales enemigos de los aztecas, que reacciona violentamente a las tentadoras ofertas españolas. El trato cortesino a estos momentáneos e inesperados adversarios es típico de su estilo. Les envía, primero, mensajeros con ofertas de alianza. Avanza con la columna tras ellos sin rehuir combates que le obligan a detenerse por agotamiento. Descubre, mediante la red de espías dirigida por Malinche, las intenciones de ataque nocturno masivo a su campamento preparado por la visita engañosa de embajadores pacíficos. Hace abortar los proyectos indígenas desencadenando una violencia repentina y pavorosa al cortar las manos de los cuarenta visitantes al campamento. Prolonga la acción aterrorizante incendiando campos y bosques en rápidas y brutales salidas. Hasta que, asombrado, el consejo de ancianos tlaxcalteca le ofrece la paz y una alianza que resulta decisiva a lo largo y ancho del proceso conquistador.

El éxito del conflicto influye en Moctezuma, quien propone la paz y la amistad a los hombres blancos, aunque preparándoles una tremenda celada en Cholula.

Tras reponer las fuerzas en Tlaxcala, pese a los consejos de sus nuevos aliados y a la información que le facilita Malinche, Hernán Cortés se deja encerrar en Cholula porque necesita mantener el talante de displicente superioridad ante el peligro y alimentar la fama de inviolabilidad de los españoles. Sus previsiones de seguridad se acreditan por la rápida y contundente intervención de sus fuerzas en el momento preciso. La bárbara explosión de terrorismo que ordena constituye la única maniobra defensiva posible ante la enorme amenaza de aniquilamiento que soporta. Su furia es calculada y fugaz, pero basta para romper la moral adversa y paralizarla. Inmediatamente después, opta por los métodos políticos. Prefiere la diplomacia a la guerra. Somete al imperio vencido a un régimen de protectorado en vez de exigir una rendición sin condiciones.

En Tenochtitlán no cae en la tentación de gobernar por sí mismo, sino que utiliza a Moctezuma como marioneta para, renunciando a la vanidad y el protagonismo, obtener una paz estable.

Frente a la muy superior fuerza de Pánfilo de Narváez, renuncia a la pelea civil y recurre de nuevo a la astucia y la intriga potenciadas por su personal carisma.

La seriedad de Cortés alcanza su más alta cota en el ambiente catastrófico provocado por el desacertado Alvarado. Su pulso se mantiene sereno en la derrota, que acierta a transformar en triunfo en Otumba.

Y en la segunda campaña por Tenochtitlán, Cortés se comporta como un general clásico de riguroso corte militar. Planifica con largueza de miras su campaña concibiendo una perfecta maniobra de tenaza. Y la ejecuta lenta, sistemática y concienzudamente hasta destruir las fuerzas enemigas y ocupar el objetivo decisivo.

5. *Principios de actuación y modelo estratégico adoptado*

La gran figura estratégica de este período, Hernán Cortés, ofrece una forma de actuar de estilo peculiar que varía sustancialmente ante cada nueva circunstancia para acomodarse en cada momento a la situación que se le presenta. Su lógica, eminentemente pragmática, parece apoyarse en unos principios nunca confesados pero casi evidentes. Evidente es su continua *voluntad de vencer.* Ésta es en él consustancial y se manifiesta desde que se propone hacerse con la capitanía de la expedición hasta que culmina el dominio del imperio azteca mostrando su cara más espectacular en el instante de barrenar las naves como medio de cerrar a los demás, y a sí mismo, cualquier oportunidad de abandono o renuncia. También característico de su proceder es la *flexibilidad.* Jamás permite que sus deseos se antepongan a la realidad, reiterando comportamientos anteriores por muy favorables resultados que le hayan proporcionado. Huye de la terquedad y del empecinamiento para adaptarse a las circunstancias objetivas y aprovechar las coyunturas que le favorecen, procurando siempre nadar a favor de la corriente. Así, en el proceso inicial del asalto al poder, no le importa recurrir a la adulación y al servilismo para ganar la confianza del Gobernador. Se torna, en cambio, autoritario y altanero, para imponerse a los díscolos veteranos de su armada en la etapa de organización operativa de su ejército. Se vale de la crueldad en algunos momentos críticos, cuando sólo el terror puede salvar la empresa, y es benigno y generoso con los vencidos en casi continuas ocasiones a fin de propiciar la pacificación estable. Su firme voluntad y espíritu flexible le impulsan a mantener en todo caso la *iniciativa* y a practicar la *sorpresa* en los momentos decisivos: se anticipa a Velázquez ordenando un inesperado embarque; a quienes piensan replegarse inutilizando las naves; a los amenazantes tlaxcaltecas mutilando a sus embajadores; a los planes de aniquilamiento de Moctezuma provocando la repentina matanza de Cholula. Su proceder es siempre imprevisible y obliga al adversario a permanecer en un estado de perplejidad que adormece sus reacciones.

Operativamente, se comporta unas veces como aventajado alumno de Sun-Tzé o digno precursor de Mao-Tsé-Tung y, otras, parece encarnar, con anticipación, los modelos clásicos de Clausewitz. En su primera campaña por la conquista de Tenochtitlán actúa utilizando recursos psicológicos y políticos como si estuviera convencido de que la misión del general tiende a vencer sin combatir. En la segunda campaña, tras Otumba, desencadena una guerra convencional buscando la decisión en la batalla y utilizando el ejército como instrumento resolutorio. En ambas ocasiones, y en cada una de las partes de su variada andadura, rinde culto al principio de la *libertad de acción* y la aprovecha ejerciendo por sí mismo la *unidad de mando.* Gana la libertad cubriéndose primero de las posibles iniciativas adversarias para asegurar su propia maniobra preparatoria y reservar el máximo de energías con las que asestar el golpe decisivo en hábil aplicación de la más efectiva *economía de fuerzas.*

Hernán Cortés, personaje de gran humanidad, individuo que hasta la madurez se muestra jovial, impetuoso, inquieto y apasionado se transforma, luego, en un jefe cerebral y reflexivo con dotes de mando y de gobierno innatas. Es un general que aprovecha al máximo la experiencia de los demás y la asimila de forma autodidacta. Representa un acabado modelo en el que coinciden las tres grandes capacidades del ser humano: querer, saber y poder. Quiere con enorme intensidad y sus afanes se fijan en objetivos muy claros perfectamente seleccionados. Sabe encontrar los caminos más efectivos para alcanzar sus metas. Y puede llegar a ellas extrayendo las fuerzas tanto de los medios militares como de todos los recursos susceptibles de aprovechamiento para ejercer violencia.

Si se analiza la obra general cortesina con los criterios de Beaufre, aquélla se ajusta como un guante a dos modelos distintos de planificación estratégica. En la larga marcha de Veracruz a Tenochtitlán ejercita una verdadera *maniobra de aproximación indirecta.* En ella su objetivo es importante, casi desmesurado, pues supone el dominio de enormes espacios y de todo un imperio combativo, organizado y demográficamente numeroso disponiendo de efectivos casi ridículos para la conquista. Y lleva ésta adelante en un proceso de larga duración cuyos episodios, aparentemente inconexos, resultan coincidentes en orden a la consecución del objetivo final. En este sentido controla, primero, el área de la base o zona de partida asegurándose la amistad de las tribus costeras. Se dirige, después, a Cempoala en un movimiento de apariencia divergente que va a proporcionarle las primeras unidades indígenas necesarias para completar su

ejército. Más adelante, se aparta del camino directo a la capital mexicana para dirigirse a Tlaxcala y encontrar en el belicoso pueblo el mejor aliado posible. Poco a poco, establece lazos de colaboración con todas las tribus del territorio hostiles a su enemigo. Actúa, psicológicamente, sobre la retaguardia adversaria para infundir en ella sentimientos de terror irracionales al alimentar la creencia de que los españoles son dioses. Golpea una sola vez, pero con máxima contundencia, en Cholula. Y, así, logra anular la voluntad de resistencia de Moctezuma y sus súbditos entrando pacíficamente en su capital.

En la última campaña, de Otumba a Tenochtitlán, utiliza, por el contrario, el modelo de *conflicto violento militar.* Con tal pauta, obtiene primero la superioridad de sus armas organizando un gran ejército de base indígena. Con él ocupa sistemáticamente los puntos fuertes del territorio, estrechando de forma paulatina el cerco de la masa guerrera enemiga para destruirla, finalmente, en una completa batalla de desgaste.

Por la aguda percepción de los objetivos, la tenacidad de los esfuerzos y la originalidad de sus soluciones, Cortés se coloca en las filas de los más destacados estrategas de todos los tiempos. Su obra, de dimensiones colosales, lo eleva a la categoría de los genios capaces de coronar empresas gigantescas con mínimos medios.

Resalta en Cortés un último rasgo enormemente sorprendente. Pudo erigirse en rey o emperador independiente y ni siquiera pondera tal posibilidad. Desde su triunfo sobre Pánfilo de Narváez, pudo comprobar que la lejana metrópoli poco o nada podría emprender contra quien era dueño y señor de amplios espacios y adictas multitudes. Entre éstas nadie puede disputarle una autoridad ganada con sonoras victorias. Los mismos consejeros de Carlos I temen la emancipación del alejado capitán general, consideran imposible someterle a un juicio de residencia en su feudo y aconsejan al emperador le atraiga a la Corte para separarlo de sus súbditos y tropas. Pero si la ambición resulta ilimitada e indiscutible en el conquistador, también sobresale de su estampa el respeto a la legalidad y la insobornable lealtad a la Corona.

La interpretación que Cortés aplica del principio de legalidad es curiosa y original. Como la inmensa mayoría de sus colegas de conquista, procura guardar las formas de manera estricta, quizá aún más como reminiscencia de sus estudios salmantinos. No asiste a un solo acontecimiento sin establecer el protocolo reglamentario. No adopta decisión alguna, ni ordena combate sin exigir que se levanten las actas preceptivas.

Tanto rigor formal no parece compatible con su clara rebelión frente al gobernador en funciones. Tres veces desobedece a su superior, pero las tres busca ardides legales propios de un experto en leyes. Cuando zarpa, sin permiso, de Santiago aparenta no entender las órdenes y el lenguaje de Velázquez, entablando con él un diálogo de sordos, que refrenda con cartas en las que formula promesas ajenas por complejo a sus obras. En Urabá, al romper definitivamente las capitulaciones para iniciar un poblamiento expresamente prohibido, se escuda en la voluntad democrática de la mayoría de los expedicionarios expresada con formalismos en los que hace intervenir al veedor real. Y la tercera vez, frente a Pánfilo de Narváez, esgrime títulos de legitimidad que se contraponen a los que presenta el representante del gobernador.

Sin duda de ninguna clase, Cortés llega a ser un insubordinado contumaz que elude la acusación de rebeldía mediante artificiosos argumentos. Rompe radicalmente con su superior jerárquico, pero vinculándose siempre a la suprema autoridad del Rey con una lealtad de raíces, muy probablemente, religiosas. Porque el extremeño es un profundo creyente, condición que confiesa con expresa insistencia en sus Cartas de Relación. Su fe refuerza en él la voluntad de lucha y tranquiliza su conciencia, dado que, entre sus propósitos, se encuentra la propagación del cristianismo. Pero su fe también impide cualquier extralimitación de poder que apunte a la independencia. El catolicismo que practica considera que toda la autoridad viene de Dios y que Él la delega en el Papa para las cuestiones del espíritu y en el Rey para los asuntos temporales. En consecuencia, jamás se plantea la ruptura con el soberano cuyo patrocinio persigue de forma constante. Pero de ningún modo acepta la dependencia de gobernantes de segundo orden.

La íntima convicción generadora de una fidelidad inquebrantable, característica de Hernán Cortés, es compartida por la inmensa mayoría de los conquistadores españoles y constituye el cemento que une sus obras aisladas al destino de una remota España.

Capítulo VI

FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA

Acontecimientos

Mientras del foco expansivo constituido por La Española-Cuba surge el poderoso impulso que conduce al dominio del espacio azteca, en los destacamentos españoles de la antigua Tierra Firme del Darién se preparan movimientos de no menor importancia. Su gobernador, el viejo, cruel y receloso Pedrarias Dávila, no es un personaje brillante pero sí tenaz. Para controlar el itsmo, una vez eliminado su rival Vasco Núñez de Balboa, multiplica las expediciones de corto radio, que no resultan, con frecuencia, afortunadas. En 1509 funda la ciudad de Panamá en la costa del Pacífico, a dieciocho leguas de Nombre de Dios, en un paraje poco saludable para el europeo. En ella, se asientan veteranos conquistadores y comerciantes deseosos de un rápido enriquecimiento, todos predispuestos a embarcarse en cualquier proyecto que permita abandonar la villa recién asentada para encontrar mejores condiciones de vida y mayores perspectivas de beneficio.

Desde España se presiona al gobernador del Darién para que proporcione nuevos territorios y bienes, lo que obliga a buscar caminos en todas direcciones. Hacia el norte, se sabe que Cortés se ha apoderado de una zona enorme y que sus capitanes avanzan cara al mediodía, como Alvarado que ha empezado a instalarse en Guatemala y Olid en Honduras. Hacia el sur, ha llegado a conocerse que la flota de Magallanes encontró el paso natural entre los océanos Atlántico y Pacífico en un punto distante del istmo sesenta grados de latitud, lo que demuestra la existencia de un verdadero continente por explorar. De esa masa terráquea, la fachada oriental ha sido ya dibujada por los datos que facilitaron, entre

otros, Alonso Niño, los marinos portugueses, Solís y el mismo Magallanes, pero la peligrosidad de tales tierras fue puesta en evidencia en la desgraciada incursión de Ojeda. En cambio, de la costa occidental o pacífica apenas se sabe nada, si bien llegan informes dignos de crédito que se refieren a un país maravilloso y rico llamado Birú.

En estas condiciones, Pedrarias decide no extenderse por el área atlántica meridional para evitar el choque con los violentos caribes y ocupar Nicaragua para frenar la expansión de Cortés, encomendando la misión a Francisco Hernández pese al obsesivo temor de que se le independice. Pretende también sondear, con precauciones, las costas del Pacífico aprovechando la posición de Panamá. Con este cometido autoriza, en 1522, una expedición dirigida por Pascual de Andagoya que llega hasta un río llamado Biruquete, donde le aseguran la existencia, más al sur, de un fabuloso imperio inca cuyas ciudades se encuentran repletas de oro y joyas. Andagoya, enfermo, se ve obligado a regresar convirtiéndose en enfervorizado apóstol de la empresa iniciada. Juan Basurto, designado para sucederle, muere prematuramente y el proyecto queda abierto a las iniciativas del inquieto vecindario panameño.

Los planteamientos e informes de Andagoya interesan a Gaspar de Espinosa, el juez que condenó a Núñez de Balboa, hombre acaudalado dispuesto a invertir en empresas prometedoras siempre que éstas no comprometan ni su nombre ni su persona. Busca un colaborador que actúe como hombre de paja a su servicio y lo encuentra en Hernando Luque, sacerdote rico, maestro de escuela de la ciudad, quien se encarga de captar a los ejecutantes idóneos de la idea, eligiendo para ello al hacendado local Francisco Pizarro.

Pizarro había nacido en Trujillo hacia el año 1478, hijo ilegítimo del capitán Gonzalo Pizarro, apodado el Largo, y de Francisca González Mateos. Su infancia fue de una pobreza extrema. Todos sus biógrafos afirman que pasó años cuidando puercos en el pueblo natal hasta que su afición a las armas le empujó a marchar a Italia con los Tercios del Gran Capitán. Existen escasos datos de su época juvenil hasta que en 1502 se acusa su presencia en Sevilla, donde se enroló para las Indias, a las cuales llegó, según la mayoría de los historiadores, formando parte de la cuarta flotilla organizada por Cristóbal Colón y, según otros, en el séquito de Nicolás de Ovando. De cualquier manera, su nombre comienza a sonar en 1509 como teniente de Ojeda que queda al mando de la guarnición

de San Sebastián a raíz del viaje de aquél a La Española. Continúa en la zona del istmo a las órdenes de Nicuesa. Acompaña a Núñez de Balboa en el descubrimiento del mar del Sur y, pese a ello, obedece puntualmente al gobernador Pedrarias cuando éste le ordena detener a su antiguo jefe. Parece un hombre de gran decisión y valor, subordinado a quien posea la autoridad legítima hasta límites exagerados, nada ilustrado, pues no sabe leer ni escribir, y de cerebro calculador y frío. Ha logrado un elevado nivel de vida siendo uno de los más prósperos vecinos de Panamá y cuenta con una amplia encomienda de indios.

La propuesta empresarial formulada por Luque a Pizarro no entusiasma inicialmente a éste, ya casi un cincuentón harto de actividad aventurera y apegado a su burguesa posición final. Sin embargo, la insistencia vence sus reparos y, al fin, se decide a participar poniendo como condición que lo haga también Diego de Almagro, viejo compañero de armas, hijo ilegítimo de un copero de Enrique IV y, como él, encomendero acomodado en la pequeña villa del Pacífico.

Luque, Pizarro y Almagro suscriben un contrato de sociedad comprometiéndose a repartir costos y beneficios por igual. Con su dinero y el de Espinosa, adquieren dos barcos y logran la autorización de Pedrarias ofreciéndole una sabrosa participación en las ganancias sin contrapartida alguna. El sacerdote se encarga de realizar los trámites y gestiones para la buena marcha de la expedición. Pizarro se responsabiliza de la recluta, instrucción y dirección del núcleo combatiente. Y Almagro asume los cometidos logísticos.

La preparación del viaje resulta laboriosa. Los barcos tardan diez meses en estar a punto y los trabajos obligan a invertir el capital íntegro de los socios más un crédito de seis mil pesos de oro. Hasta que el 14 de noviembre de 1524 zarpa Pizarro en el navío mandado construir por Núñez de Balboa cuando se proponía reconocer las costas del Pacífico. Con el capitán extremeño marchan ciento doce hombres. En el puerto queda Almagro a la espera de ultimar los arreglos de la segunda nave y con el encargo de acumular provisiones y bastimentos para atender las necesidades de los expedicionarios.

Pizarro toca en la célebre isla de las Perlas y rebasada Piñas, última tierra conocida, navega hacia el sur en medio de impresionantes tempestades. Siguiendo los consejos de Andagoya, desembarca junto al río Birú, pero al tercer día del reconocimiento de sus riberas la lluvia se hace interminable e impide la estancia, por lo que, otra vez en el barco, se avan-

zan sesenta kilómetros hasta un pequeño puerto natural donde la detención es obligada para dar descanso a la agotada tripulación. Las provisiones se acaban sin que aparezca el esperado Almagro. Montenegro, uno de los tenientes, es comisionado para volver a la isla de las Perlas en busca de comida. Los demás quedan en el campamento, bautizado como Puerto del Hambre, concediendo diez jornadas de crédito al comisionado. Pero la espera se prolonga 47 días, en los cuales las penalidades y la falta de alimentos ocasionan veinte muertos a la expedición.

El maíz y los puercos al fin proporcionados por Montenegro reaniman las fuerzas, planteándose el dilema de seguir esperando a Almagro, regresar ahora que los recursos lo permiten o proseguir exponiéndose al desastre. El capitán no lo duda. Su empresa no ha obtenido todavía sino pérdidas y de ningún modo acepta imitar a Andagoya. Ordena proseguir y lo hace costeando y practicando frecuentes desembarcos que no le proporcionan indicios satisfactorios. Encuentra claras huellas de canibalismo, pero no riquezas ni alimentos, hasta localizar un pueblo indígena en un valle de apariencia próspera al que se denomina Puerto Quemado.

En Puerto Quemado se inicia la reparación del navío, comido por la broma, y mientras el grueso expedicionario se aloja en las casas abandonadas por los lugareños, un destacamento al mando de Montenegro se interna en los manglares en busca de alimentos y contactos con tribus amistosas. Los habitantes reaccionan con violencia. Atacan la columna exploradora y le ocasionan tres muertos y varios heridos. Rechazados al fin, tras huir del combate abierto caen sobre el pueblo ocupado por los españoles, a los que causan catorce muertos y seis heridos, entre ellos Pizarro, antes de retirarse en derrota. Con tan alto índice de bajas seguir se hace imposible y tampoco parece prudente esperar los refuerzos de Almagro, a quien se da por perdido. En consecuencia, la nave pone rumbo norte para llegar a la provincia de Panamá, donde Pizarro, tal vez avergonzado, decide quedarse en el poblado indio de Chicamá enviando a la capital colonial sólo el barco con el tesorero Nicolás de Rivera y las escasas ganancias obtenidas.

En Chicamá se reencuentran Pizarro y Almagro. Éste había cumplido las instrucciones acordadas siguiendo el itinerario de la primera nave. Localizó los campamentos utilizados por la vanguardia siempre después de que ella los abandonara y en Puerto Quemado sufrió también los acosos indios, perdiendo Almagro en ellos un ojo. Pese a la herida grave siguió hasta el río San Juan, a cuatro grados de latitud norte, y allí giró

180 grados para volver a los espacios conocidos y reunirse con su compañero y socio apenas localizado.

En su aislado refugio, los dos capitanes analizan la situación y contrastan las experiencias vividas. Los dos piensan que la empresa de la que forman parte puede tener un gran futuro si consiguen penetrar en el interior continental superando las hostiles playas y manglares hasta el momento conocidos. Los dos consideran que para ello se necesitan más hombres y mejores medios. Los dos saben que el dinero no será fácil de obtener tras el fracaso de Andagoya y el mínimo éxito propio. Y los dos están convencidos de que el gobernador no facilitará ayuda alguna porque está obsesionado en sofocar la rebelión de Francisco Hernández en Nicaragua y porque recela de la fama de jefe prestigioso, ganada por Pizarro en las penosas jornadas sufridas. Pero, a pesar de todo, ambos deciden intentar de nuevo la aventura, encargándose Alvarado de reactivar las gestiones en Panamá con la ayuda de Rivera.

Alvarado convence a los financieros Luque y Espinosa y entre los tres logran el beneplácito de Pedrarias Dávila a costa de integrarle en la sociedad a partes iguales, sin arriesgar absolutamente nada, y de poner condiciones a la capitanía de Pizarro que indignan a éste y producen las primeras desavenencias entre los antiguos amigos.

Relevado del cargo Pedrarias, que se traslada a Nicaragua, la antigua sociedad vuelve a reconstituirse sobre nuevas bases y en un marco más formal. En enero de 1526 se reúnen los asociados. Hernando Luque oficia una misa solemne. Hernando del Castillo, escribano público, prepara el contrato de compañía. El sacertote, como mandatario y comisionado del licenciado Gaspar de Espinosa, entrega 20.000 peseos de oro en barras. Los dos capitanes hacen la cruz sobre el documento con un dedo mojado en tinta, firmando en su nombre sus apoderados Juan de Panes y Álvaro Quinós. El compromiso se firma bajo juramento, manifestándose con claridad que, desde ese momento, los dos capitanes actuarán juntos y en igualdad del mando.

La expedición, con 2 navíos, 3 lanchas o canoas y 160 hombres, parte ese mismo año dirigiéndose sin escalas intermedias al río San Juan. Hasta ese punto, distinguen en las costas poblados formados por habitaciones lacustres con indios de aspecto primitivo y débil, hostiles a cualquier acercamiento. En las escasas aproximaciones realizadas con las canoas de sesenta remeros, las pérdidas de expedicionarios son muy sensibles debido al escorbuto, a los esfuerzos realizados con insuficiente ali-

mentación, a los ataques de los caimanes y al efecto de las flechas indias emponzoñadas.

En el río San Juan, las circuntancias obligan a variar los planes. Pizarro monta un campamento donde se queda al cuidado de los enfermos y heridos. Almagro, con un navío, regresa a Panamá por refuerzos. Bartolomé Ruiz, con el otro navío, continúa las exploraciones hacia el sur para regresar al campamento setenta días después con esperanzadoras noticias.

El entusiasmo provocado por los informes de Ruiz se multiplica en el campamento al presentarse Almagro con ochenta nuevos voluntarios y positivas referencias del actual gobernador de Panamá, Pedro de los Ríos. La expedición embarca alegre y se dirige a la tierra de Catamez en el valle del río bautizado Santiago, donde escasean los bosques insanos y abundan las plantaciones de maíz. No obstante, la acogida india es muy hostil y los españoles se ven obligados a fortificarse en la playa quedando en estado de sitio. Los nativos demuestran poseer, además de una evidente riqueza, una notable organización que les proporciona gran fortaleza. Atacarles con pocos efectivos parece temerario y en vista de ello se desiste de hacerlo hasta obtener más refuerzos. Pizarro y Alvarado discrepan en las medidas a tomar y entre ambos surge un segundo y duro enfrentamiento que sólo se resuelve gracias a la mediación de Ruiz y de Rivera. Al final, parte Alvarado para Panamá y Pizarro, con 85 hombres, se refugia en la isla del Gallo, donde las enfermedades tropicales azotan al destacamento, forzando el envío del segundo navío también a Panamá para evacuar a los más débiles.

En Panamá, el convincente Almagro obtiene un éxito inicial de reclutamiento al relatar las grandes perspectivas de riqueza existentes para la empresa en curso, convenciendo también al gobernador de la conveniencia de proseguirla. Pero, inesperadamente, se difunde en la ciudad el contenido de una carta firmada por un individuo expedicionario llamado Sarabia y dirigida a Pascual de Andagoya. En sus líneas se relatan las penalidades sufridas y la dureza de trato ejercida por Pizarro magnificándose el poderío de los indios y desmintiéndose la posibilidad de obtener riquezas. La sacudida popular que produce la carta es tremenda. La inmensa mayoría de los reclutados desisten de continuar y el gobernador Pedro de los Ríos revoca las licencias concedidas y organiza una expedición de socorro con dos navíos, al frente de los cuales se coloca Pedro Tafur, con la orden de evacuar a los destacados en la isla del Gallo.

La flotilla de auxilio es recibida con enorme júbilo por la gran mayoría de los acompañantes de Pizarro, a quien entregan subrepticiamente una carta de Almagro y Luque, en la cual le instan a resistir a ultranza. Frente al general alborozo, se indigna el extremeño negándose a reembarcar y prometiendo públicamente no abandonar la isla hasta que a ella vuelva Almagro y se cumplan las cláusulas del contrato de compañía vigente. Arenga a sus hombres, que apenas le entienden. Les asegura que están al alcance de sus manos las grandes riquezas de las tierras de Catamez. Y cuando comprueba que pocos le escuchan compone un gesto espectacular. Desenvaina su espada y trazando con ella en el suelo una línea paralela a la del Ecuador, pide a grandes voces le sigan quienes aspiren a conseguir la riqueza y la fama. De una zancada cruza la línea pintada y erguido, con la espada en alto, espera. El asombro hace enmudecer al grupo. La mayoría se dirige a las barcos, pero un puñado de hombres sugestionados por el caudillo decide acompañarle cruzando la raya pintada en el suelo para formar a sus espaldas. Uno tras otro pasan Nicolás de Rivera, Pedro de Gandía, Juan de la Torre, Alonso Briceño, Cristóbal de Peralta, Domingo de Soraluce, Pedro Alcón, Alonso de Trujillo, Francisco de Cuéllar, Martín de Paz, Antonio de Carrión, García de Jerez y Alonso de Molina. Son trece modestos soldados que incluso esconden el apellido tras el nombre del pueblo de origen. Son unos perfectos desconocidos a quienes la Historia bautizará como «los Trece de la Fama».

En los barcos regresan a Panamá todos los defraudados por la empresa apenas iniciada y entre ellos viaja también un partidario de Pizaroo, Bartolomé Ruiz, encargado por éste de contactar con sus socios y de negociar con el gobernador la continuidad de los permisos concedidos.

Pizarro, mientras tanto, somete a su exigua tropa a una constante actividad que mantiene tensos los espíritus e impide abandonarse a la monotonía y la nostalgia. Manda construir un amplio esquife y en él la colonia entera, compuesta por los catorce españoles y seis indios tiempo atrás apresados por Ruiz, se traslada a otra isla situada mar adentro, totalmente deshabitada, a la que llamaron Gorgona. En ésta, organiza a diario guardias rigurosas con vigías oteando en permanencia el horizonte para descubrir la vela del deseado navío de Bartolomé Ruiz. Hace construir abrigos provisionales y canoas para la pesca. Distribuye cometidos agrícolas y pesqueros. Logra que la gente se aficione a fabricar rústicos muebles y utensilios semejantes a los existentes en las ciudades hispanas

y, así, consigue que transcurran cinco meses, al cabo de los cuales se presenta el leal emisario.

Bartolomé Ruiz viene con un barco tripulado y cargado de víveres, pero sin hombres de refuerzo. Trae también un mensaje del gobernador en el que, cediendo a la terquedad de Pizarro, reconoce los derechos que le asisten y le autoriza para proseguir la empresa iniciada con la condición expresa de que ésta termine antes de los seis siguientes meses.

La reacción de los pizarristas es casi inconcebible. Apenas cuentan con un barco, alimentos para una temporada y unos permisos formales para nada útiles en un mundo perdido y desconocido, los hombres se apresuran a lanzarse a la aventura. Dejan en la isla de Gorgona a uno de los expedicionarios con los seis indios transformados en fieles servidores para que cuiden a un tripulante enfermo de los recién llegados. El resto embarca y, en pocas horas, zarpa con rumbo sur-suroeste hacia la costa continental. La nave toca en la isla de Santa Clara, donde encuentran templos indígenas con adornos de oro que entusiasman a los españoles. Se alcanza la punta de Santa Elena y en la entrada al golfo de Guayaquil es localizado y apresada una balsa ocupada por guerreros indígenas que se dirigían a luchar con los habitantes de la isla de Puná. Los prisioneros no ofrecen resistencia y en poco tiempo entran en amigable trato con los navegantes. Con ellos como guías, recorren las hermosas costas del golfo y acaban por llegar ante Túmbez, la primera gran ciudad localizada al sur del Ecuador. Su aspecto es atractivo. En el puerto están ancladas numerosas balsas y almadías tripuladas por gentes vestidas con trajes de vivos colores y buenos tejidos, signo de una civilización avanzada. La urbe parece trazada con acertados criterios y, desde lejos, da la impresión de estar construida con sólidos materiales.

Pizarro ordena fondear en la boca del puerto y dispone que los guerreros apresados sean los primeros en desembarcar para que actúen de embajadores ante los gobernantes locales. La medida tranquiliza a los sorprendidos ciudadanos de Túmbez y permite que éstos establezcan, desde el primer momento, cordiales relaciones con los extraños viajeros ocupantes del navío. El *curaca* o cacique de la población envía embarcaciones cargadas de alimentos para, con ellas, dar la bienvenida a los visitantes blancos. Sube personalmente a bordo, acompañado por un noble inca, un «orejón», y escucha atentamente, a través de los intérpretes, las explicaciones que el capitán español le da sobre el poderío del Rey de España y la bondad de la doctrina evangélica de Cristo. Al retirarse, nadie

puede saber si ha entendido lo expuesto ni nadie está seguro de cuáles son sus íntimas intenciones. Por ello, Pizarro extrema la prudencia, prohíbe desembarcar a sus hombres y ordena que baje a tierra Alonso de Molina acompañado de un negro perteneciente a la tripulación de Bartolomé. Les encarga que lleven presentes al *curaca* y recojan cuanta información puedan sobre aquella comunidad indígena.

Molina regresa en estado de exaltación. Cuenta que su crecida barba, la negra piel del africano, las vestiduras y armas de ambos, admiran a los indígenas, en especial a las mujeres, provocando su asombro. Los regalos, entre los que figuraba un puerco y varias gallinas, produjeron grata sensación en el palacio. Y la acogida, en general, fue tan abierta y cordial que facilitó la obtención de las informaciones deseadas. Según todos los indicios, la población de aquella comarca estaba regida por delegados de un gran rey o emperador que gobernaba con prudente firmeza. Más al sur, los informantes repetían una y mil veces que existía otra ciudad floreciente llamada Chincha.

Para completar y contrastar los datos obtenidos, el jefe de la expedición dispone que desembarque un segundo embajador, Pedro Gandía, quien regresa confirmando que los indicios de riqueza son muy altos, que la ciudad tiene potentes instalaciones de defensa y que todo el personal hallado se muestra admirado por las riquezas que, dicen, guarda la ciudad sureña de Chincha.

En estas condiciones, Pizarro ordena seguir hacia el sur para buscar la mítica ciudad tan reiteradamente mencionada. Las condiciones meteorológicas son magníficas. Los vientos soplan suaves, las aguas se mantienen en calma, las corrientes no se oponen a la marcha y la navegación resulta placentera. A la vista van apareciendo costas desoladas y hermosos tramos densamente poblados dentro de un frondoso marco de vegetación. Sin incidente alguno, la nave recala sucesivamente en Payta, Sechura, Tangarata y Coaque. En todos los lugares, las recepciones indígenas son cordiales, intercambiándose alimentos por baratijas y pequeños obsequios. Pizarro se reúne siempre con los caciques para reiterarles, a través de los intérpretes, las bondades del Dios cristiano y la conveniencia de someterse al vasallaje del Emperador español. Recoge cuanta información se le presenta y sigue avanzando hasta alejarse 205 leguas de Panamá y casi alcanzar los diez grados por debajo del Ecuador. Al llegar a la altura de Santa, el capitán considera que se agota el tiempo concedido a la empresa y decide regresar. El regreso es también placentero.

En Túmbez, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginéz solicitan y obtienen permiso para quedarse en la ciudad indígena. En la isla Gorgona es recogido el expedicionario que quedó al cuidado de un enfermo. En todos los puntos de contacto se hacen subir a bordo algunos indios, muestras de la cultura y riqueza local, unas cuantas llamas —que se creían ovejas gigantes— y cuanto pueda servir como prueba del potencial existente en las tierras exploradas. Al fin, en el último día del plazo oficial concedido a la empresa, después de casi tres años de ausencia, el navío pilotado por Bartolomé Ruiz entra en el puerto de Panamá.

Los relatos de los expedicionarios y las muestras obtenidas desatan el entusiasmo entre la adormecida población colonial. Las perspectivas para una empresa de grandes proporciones no pueden ser mejores, pero el gobernador Pedro de los Ríos no lo ve así. Se niega a permitir que se despueble su provincia y se arriesguen más vidas en la conquista de un imperio remoto. Pizarro, Almagro y Luque estudian el futuro de su sociedad y cavilan el modo de reemprender las actividades, ahora con mayores efectivos para conquistar y poblar los espacios explorados. No tienen dinero para hacerlo porque lo consumieron todo en la fase recién concluida. Necesitan licencias y títulos que legitimen sus futuras acciones y como nada de ello puede encontrarse en Panamá, deciden ir a buscarlos a la patria y a recabarlos del Rey. Consiguen reunir, empeñándose aún más en deudas, mil quinientos ducados de oro para el viaje.

Antes de partir Pizarro para España, comisionado por sus socios, éstos se reúnen para fijar las peticiones a plantear. La gobernación de las tierras por descubrir habría de solicitarse para los dos capitanes, Pizarro y Almagro. Luque aspiraba al obispado. Bartolomé Ruiz debería obtener el cargo de alguacil y habrían de buscarse privilegios para los trece de la fama. Con estas pretensiones en la cartera y acompañado por una comitiva en la que participaban Pedro Gandía y algunos de los indígenas traídos como intérpretes portando muestras de oro, plata, tejidos, llamas y objetos del país peruano, Pizarro sale de Panamá, cruza el istmo y, en Nombre de Dios, embarca con el pasaje que acompaña al licenciado Corral. En el verano de 1528 llega a Sevilla.

En la capital andaluza, los formalismos legales plantean problemas. Martín Fernández de Enciso había llevado a los tribunales los acontecimientos que le afectaron en Tierra Firme y los jueces le otorgaron una ejecutiva por deudas contra los vecinos del Darién. En vista de ello, ape-

nas desembarcados tanto Pizarro como Corral, avecindados en el Darién, son apresados y los alguaciles embargan todas sus pertenencias. De esta manera, la llegada espectacular y triunfante que tenían preparada se trunca. La flamante comitiva queda dispersa en Sevilla con serias dificultades, incluso para sobrevivir.

Sin embargo, los servicios de información funcionan y la Casa de Contratación comunica al Consejo de Indias la arribada de aquel curioso grupo expedicionario cuyo cabecilla insiste en anunciar la conquista de un fabuloso imperio. Coincide la noticia con la estancia en Toledo, sede de la Corte, de otro personaje que está dando cuenta detallada no de ilusorias posibilidades sino de la real y completa dominación de un inmenso y rico espacio. Se trata de Hernán Cortés, quien había sido invitado a acudir a la metrópoli por el obispo de Osma, presidente del Consejo Supremo de las Indias, para examinar su conducta, ya que resultaba imposible someterle a un juicio de residencia efectivo, como pretendía el nuevo gobernador general de Nueva España, en el territorio que había sido escenario de sus hazañas.

Había llegado Cortés a España en mayo de 1528 con séquito deslumbrante. Traía en sus arcas 1.500 marcos de plata, 200.000 pesos de oro, abundantes metales sin evaluar y valiosos objetos de las culturas mexicanas. Le acompañaban Gonzalo de Sandoval, muerto en Palos a poco de embarcar, Andrés de Tapia, algunos distinguidos capitanes de la conquista, un hijo de Moctezuma y otros señores indígenas de Tenochtitlán, de Tlaxcala y de ciudades ahora vasallas. En la caravana que le rodeaba ofrecían diversión a los acostumbrados espectadores ocho «volteadores» de Palos, doce jugadores de pelota, indios engalanados, bufones, enanos y cuidadores de animales nunca vistos como tigres, papagayos y alcatraces. Con su aparatoso espectáculo se ganó la admiración de la Corte y con su palabra fácil y sincera conquistó el aprecio de su soberano, quien quedó convencido de la lealtad absoluta de un hombre que no dudó en acudir a postrarse a sus plantas cuando pudo haberse encastillado en su lejano feudo. En consecuencia, el monarca concedió a su capitán casi todo lo que pedía y le colmó de honores. Le otorgó los títulos de marqués del Valle de Oaxaca y capitán general vitalicio. Le concedió tierras, cotos y mercedes. A sus compañeros de conquista los recompensó con largueza, desde fray Juan de Zumárraga, nombrado obispo de México, hasta los caciques de Tlaxcala, a quienes premió por su ayuda al caudillo extemeño en las jornadas más duras. Lo que Carlos I no acep-

tó fue reponer a Cortés en el Gobierno General como ansiaba, para evitar que regresara a México con excesivo poder.

Para muchos comentaristas, el efecto producido por Cortés en el Emperador contribuyó a que se interesara por Pizarro. Dado lo conseguido por aquel fascinante extremeño no podía desdeñarse la oferta del encarcelado en Sevilla. Y Carlos da la orden de que se cancele la deuda de Pizarro y se le provea de medios suficientes para llegar a la Corte. En ésta, los dos caudillos extremeños se encuentran después de una presentación, también espectacular, del recién llegado, que ha exhibido por los pueblos una comitiva en la que abundan los indios, las mantas multicolores, las plumas y las grandes ovejas o llamas.

El Emperador, en estos momentos, acuciado por problemas urgentes, se encuentra en vísperas de marchar a Italia. Antes, quiere asistir a las Cortes de Monzón. Está reorganizando su Consejo, a cuya cabeza ha puesto al conde de Osorio. Pero, a pesar de todo, se halla tan interesado por los asuntos de las Indias que no duda en recibir personalmente a Francisco Pizarro. Lee detenidamente los memoriales de éste y estudia las quejas planteadas por las dificultades y trabas que el gobernador, Pedro de los Ríos, ha puesto a las expediciones. Pide a su visitante que amplíe los informes de palabra y éste se vuelca apasionadamente mostrando los indios y los signos de riqueza que ha traído de las lejanas costas del mar del Sur, donde, afirma, se encuentran las ciudades más civilizadas y las tierras más prósperas. El relato y las pruebas convencen a Carlos, que ordena someter a Pedro de los Ríos a un juicio de residencia y pide a Pizarro que prepare puntualmente sus pretensiones para proseguir su empresa.

Cuestiones de Estado aplazan la firma definitiva de las capitulaciones, pero éstas se formalizan el 26 de junio de 1529 en Toledo. En ellas se establece que ha de continuar el descubrimiento, conquista y población de la tierra del Perú, desde el pueblo de Temumpala hasta el de Chincha, en un espacio que se calculaba podía alcanzar doscientas leguas. A Pizarro se le concede el título de Gobernador y Capitán General de por vida de tal distrito, con un sueldo anual de 725.000 maravedises con el que había de sostener al Alcalde Mayor y a los Oficiales reales. Se le nombra Adelantado y Alguacil Mayor con capacidad para levantar cuatro fortalezas beneficiándose de sus rentas y sus tierras y se le otorgan escudo nobiliario, divisa y amplios honores. A Hernando de Luque se le designa obispo de Túmbez. A Almagro se le relega al cargo de teniente

de Túmbez con un sueldo de 50.000 maravedises y 200.000 para ayuda de costas, elevándosele al rango de hijodalgo y se le legitima a un hijo fruto de sus relaciones con Ana Martínez. A Bartolomé Ruiz le es concedido el título de Piloto Mayor de Mar del Sur, asignándose a su hijo la escribanía de Túmbez. Los «Trece de la Fama» son nombrados «Caballeros de la Espuela Dorada», reconociéndoseles la condición de hijosdalgo a los que no la tenían. Para estimular la entrada de españoles a Castilla de Oro o Nueva Castilla, se concede la máxima protección a las posesiones de los residentes; se exime a cuantos se asienten en el Perú del pago de diezmos sobre el oro obtenido en las minas, durante seis años; se les reconoce importantes ventajas tributarias; y se autoriza el paso a todos los españoles de cualquier región que fuere, salvo a quienes, como los judíos, moriscos y gitanos, estuvieran excluidos en las Ordenanzas de los Reyes Católicos, prohibiéndose, para evitar pleitos, la presencia en Perú de letrados y procuradores. En el orden económico, administrativo y organizativo, el Rey acepta aportar a la empresa veinticinco caballos y otras tantas yeguas de Jamaica, 300.000 maravedises pagaderos en Castilla del Oro para municiones y 200 ducados para equipamiento y transporte; autoriza la constitución de una fuerza compuesta por un núcleo de 150 hombres reclutables en Tierra Firme y las islas y un máximo de 50 auxiliares esclavos negros; y encarga a fray Reginaldo de Pedraza la preparación de un servicio religioso formado por seis dominicos a los que proporciona ornamentos, 20 ducados por cabeza para vestuario y un sueldo de 45.000 maravedises más 50 ducados de Panamá. Finalmente, se da un plazo límite de seis meses para que la expedición salga de territorio metropolitano previo el cumplimiento de diversas instrucciones de carácter reglamentario. A efectos de la sucesión en el mando, se determina que, caso de faltar Pizarro, habría de sustituirle su teniente general, Diego de Almagro.

Terminada la larga elaboración de las capitulaciones con intervención de la Emperatriz, por ausencia del Rey, Francisco Pizarro se afana en proveerse de todas sus patentes y despachos y completa su armamento burocrático con cartas y recomendaciones dirigidas a los gobernadores y autoridades del trayecto, al objeto de que no entorpezcan las gestiones de la empresa. Después, revestido de pompa, con todos los honores que acaba de obtener, se traslada a Trujillo, su ciudad natal, de donde saliera como un pordiosero anónimo. Levanta banderín de enganche atrayendo a numerosos aventureros de la zona extremeña y se rodea de una plana

mayor en la que coloca como elementos de su total confianza a sus dos hermanos naturales, Hernando y Juan, y a Gonzalo, su hermanastro.

Entre tanto, en Panamá, los socios de Pizarro no descansan. Almagro, Luque y Nicolás de Rivera tratan de encontrar recursos y hombres voluntarios para la empresa. Como el gobernador, Pedro de los Ríos, sigue oponiéndose por todos los medios a la iniciativa, llegando incluso a encarcelar a Pascual de Andagoya, piensan que las oportunidades pueden ser mayores en Nicaragua. Allí, los colonos han quedado aislados al prohibir el Rey, para proteger la mano de obra indígena, la construcción de caminos que unan Nombre de Dios con Panamá y Honduras con Ciudad León. Allí, además, ocupa el Gobierno Pedrarias Dávila, que estuvo ligado a la sociedad en sus orígenes. En consecuencia, con fondos obtenidos por Almagro, Rivera es enviado en un navío a Nicaragua obteniendo en poco tiempo un buen número de prosélitos dispuestos a engancharse en la expedición cuando ésta se organice. Entre los interesados se incluyen Hernando de Soto, Francisco Compañón y Hernán Ponce, colonos adinerados con astilleros capaces de construir naves del tipo de las necesarias para el futuro viaje. Pero Pedrarias reacciona en contra. Difunde la especie de que Almagro es un estafador y procura animar a Soto, Compañón y Ponce para que formen compañía con él y acepten dirigirse a Túmbez anticipándose a Pizarro. Ante ello, Rivera, a duras penas, consigue neutralizar las presiones del viejo codicioso y, tras convencer a los colonos de las falsías de éste, obteniendo su promesa de permanecer a la expectativa hasta la llegada de instrucciones de la metrópoli, regresa a Panamá.

Pizarro, simultáneamente, abandona su pueblo para apresurar los trámites de la expedición en Sevilla. Falta dinero, pero llega a obtenerse sin que conste en la Historia el origen. Algunos tratadistas piensan, sin pruebas, que fue Cortés el financiero en la sombra. Sea como fuese, superadas las angustias económicas, urge mandar a Tierra Firme noticias de los acuerdos alcanzados para que la sociedad no decaiga. Con tal fin, se envía un barco aislado en noviembre de 1529, en el que parten los primeros veinte soldados reclutados con copias de todos los pactos y trámites realizados. Pero detrás de este destacamento los problemas se complican. Faltan voluntarios animados a cruzar el océano y el tiempo y el dinero obtenidos se consumen. Por si fuera poco, algunos funcionarios de la Casa se exceden y tratan de revisar las operaciones de embarque para exigir el cumplimiento riguroso de las instrucciones dadas en las capitulacio-

nes. Como éstas no eran de posible cumplimiento estricto, y como tampoco la recluta alcanza el número de 150 hombres de armas convenido, Pizarro precipita la marcha saliendo en un navío antes de la llegada de los inspectores y da la orden al resto de la armada de que se le reúnan en La Gomera. Así se hace, tras engañar a los oficiales reales con los números de los estadillos de embarque, y la travesía se lleva a efecto sin el menor percance.

La flota toca tierra americana en el puerto de Santa Marta. Su gobernador y los vecinos tratan de convencer a los expedicionarios para que se asienten en el lugar y lo hacen relatando las calamidades soportadas por las anteriores exploraciones pizarristas. La moral de los bisoños voluntarios se debilita, por lo que el capitán ordena levar anclas para dirigirse a Nombre de Dios sin más escalas. En la ciudad del Darién el recibimiento, en cambio, es entusiasta. Las autoridades se ven obligadas a colaborar conforme a los mandamientos reales y la población celebra con alegría lo que se espera sea el comienzo de una gran aventura.

Los socios de Pizarro no comparten el júbilo general. Consideran que su compañero y embajador ha faltado a los juramentos prestados acumulando en su persona honores y prebendas contra lo acordado y concediendo a sus hermanos una prepotencia injustificada. Almagro es el más dolido, llegando a apartarse de la sociedad y de la empresa. Sin embargo, todos convienen en que sólo aceptando los hechos consumados pueden salvarse las inversiones y esfuerzos efectuados y, con dificultad, consiguen recomponer la armonía del bloque para dedicarse a la preparación de los navíos talando árboles en los bosques próximos al río de los Lagartos.

En Panamá, las desavenencias continúan por los constantes choques del insolente Hernando Pizarro con Almagro. Llega éste a iniciar los trámites de una nueva sociedad con Álvaro de Guijo y el contador Alonso de Cáceres, pero otra vez la mediación de Luque y Espinosa salva la situación después de que Pizarro prometa gestionar una gobernación para Almagro a partir del límite de la suya, no pedir al Rey nada para sí o sus hermanos hasta que se conceda a su socio cuanto se había previsto y distribuir las riquezas y botines a obtener sólo entre los tres fundadores.

La llegada desde Nicaragua de Hernando de Soto y Ponce de León con barcos, esclavos y medios de apoyo impulsa sobre manera a la empresa que, a fines de 1530, está lista para comenzar. El gobernador en funciones, como de costumbre, acuerda adelantarse en un navío para es-

perar en la isla de la Perlas a que Almagro se le reúna con una partida de hombres cuya incorporación se ha anunciado desde Nicaragua. Así, después de una solemne procesión y de una misa en la que comulgan todos los expedicionarios, Francisco Pizarro zarpa con 250 hombres en las últimas fechas de enero de 1531.

Como los refuerzos tardan, el caudillo extremeño no espera. Quiere evitar los conocidos padecimientos del paso por los manglares y trata de no tocar las costas de la comarca del río San Juan, que previamente había excluido del término de sus dominios, para dirigirse a la zona de Passaos y del río Santiago. Vientos crontarios le obligan a refugiarse en el puerto de San Mateo y, desde allí, ordena a los navíos que naveguen costeando en conserva, mientras él, con su caballería de 80 monturas, avanza por la ribera. La marcha es dura pero sirve para entrenar a los bisoños y para rodear de prestigio al jefe que hace alardes en fortaleza llevando los mayores pesos y da ejemplo ayudando a todos e los pasos difíciles.

Después de fatigosas jornadas se alcanza Coaque, un poblado de edificios bien construidos y rica apariencia, que es asaltado violentamente. Los habitantes huyen dejando en sus casas abundantes vituallas y un botín de joyas y ornamentos de oro superior al valor de 20.000 castellanos. De inmediato, Pizarro restablece el orden con sus fuerzas. Hace que se recuente todo lo obtenido para separar el quinto real y distribuir el resto regularmente. Envía mensajeros a los indios hasta lograr que éstos regresen a sus hogares y convivan en buena armonía con los soldados españoles. Y cuando se restablece la paz, remite tres navíos a Tierra Firme —dos a Panamá y uno a Nicaragua— con todas las riquezas acumuladas para que sirvan de señuelo a los indecisos. Encarga de la embajada a Bartolomé de Aguilar, a quien ordena compre cuantos caballos pueda, y él, con un puñado de veteranos, queda en la posición alcanzada a la espera del regreso de Aguilar y de la presencia de Almagro con los refuerzos previstos.

Desde abril a septiembre de 1531, el destacamento de Pizarro permanece aislado. El calor es tórrido. La alimentación, monótona, reducida a maíz y pescado. Una dolencia que se manifiesta en forma de bubas o verrugas contagiosas afecta a la mayoría, incluido el capitán. Pero éste vuelve a ser el animador del grupo. El jefe que jamás deja traslucir sus debilidades y constantemente atiende y cura a sus hombres, especialmente a los procedentes de Nicaragua, que desconocen las penalidades de la

zona y añoran las plácidas tierras centroamericanas. Hasta que aparece un barco en el que se presentan los inspectores nombrados por el Rey para la expedición. Son el veedor García de Saucedo, el tesorero Antonio Riquelme y el contador Navarro. Traen alimentos y noticias esperanzadoras. Según ellos, Almagro está ya ultimando los prepativos para reincorporarse. Y basta tal nueva para que Pizarro ordene levantar el real y marchar hacia Túmbez.

El avance de la pequeña comitiva se realiza en un ambiente de asombro atemorizado por parte de los nativos. Creen que son dioses aquellos extraños seres, barbudos, blancos, vestidos de metal y con monstruosas bestias veloces en las que montan. Los caciques salen a su encuentro para ofrecerles dádivas y prometer vasallaje. Nadie se les opone hasta después de rebasar Passoa y llegar a la bahía de Caraques, donde son asesinados dos españoles, motivando una cruel represalia. En Puerto Viejo, la alegría estalla al presentarse en un navío Sebastián de Belalcázar con 12 caballos y 30 hombres entre los que se cuentan algunos tan destacados como Mogrovejo de Quiñones, Fuentes y Juan de Porras. Con ellos, el capitán se cree señor de un verdadero ejército y se dispone a asaltar Túmbez, aunque realizando una maniobra preparatoria que discurre después de analizar la información que le proporciona su espía particular el indio Felipillo, apresado en los primeros viajes y transformado en un insustituible intérprete y asesor.

Según las informaciones captadas, como un fleco de la disputa montada a nivel imperial por los príncipes Huascar y Atahualpa, existe una verdadera guerra local entre los habitantes de la isla de Puná y los ciudadanos indígenas de Túmbez. Pizarro piensa aprovechar el conflicto inclinándose en favor de Puná cuando su cacique, Tumbalá, le ofrece la hospitalidad de su isla. El extremeño intenta ganar tiempo hasta que se le incorpore Hernando de Soto con los refuerzos anunciados y prefiere hacerlo en el territorio isleño. Pero cambia de parecer en el momento en que cree descubrir una conjura india preparada para aniquilar a los viajeros. Entonces, apresa a Tumbalá, libera seiscientos indios tumbecinos que se encontraban prisioneros en Puná, permitiéndoles saciar su sed de venganza matando a numerosos principales del lugar y autorizándoles luego a regresar a Túmbez para que relaten el comportamiento de los cristianos. Además, congrega a sus seguidores y reparte con ellos el botín acumulado, antes de que lleguen nuevas expediciones hispanas, para levantar su ánimo y resistir mejor los esperables ataques indios. Éstos no

se hacen esperar, sometiendo al campamento español a un continuo hostigamiento.

Al fin llega a Puná Hernando de Soto con algunos hombres y caballos, pero su presencia acarrea complicaciones, pues el recién llegado reclama el cargo de teniente del general que se le había prometido, encontrándose con que el puesto lo ocupa el hermano de Pizarro, Hernando. No sin manifestar con crudeza su malestar, cede Soto en sus pretensiones y, con su gente, se incorpora al grupo dispuesto para asaltar Túmbez. El paso de la lengua de mar que les separa del continente se efectúa con muchas dificultades por la violencia del oleaje y de las corrientes. El grueso de las fuerzas embarca en los dos navíos disponibles y por delante de éstos para guiarlos y preparar el desembarco, se hace que naveguen tres lanchas tripuladas por muy pocos españoles y algunos indios tumbecinos habituados a la pesca y a la maniobra naval en la zona. El movimiento está a punto de fracasar, porque los indios guías traicionan a sus supuestos aliados matando a algunos de éstos antes de huir. No obstante, a pesar de todo, el desembarco se realiza y los expedicionarios vuelven a reunirse en territorio continental, aunque teniendo enfrente un panorama muy diferente a lo esperado. La hermosa ciudad de Túmbez que vieron los primeros exploradores es ahora una ruina con las casas incendiadas o derruidas por los guerreros de Puná. La población ha escapado hacia los manglares y las montañas preparándose para la lucha contra los invasores. No queda ya ni rastro de aquellas fabulosas riquezas que se anunciaron para estimular el reclutamiento de los colonos.

La lucha se hace inevitable. Pizarro descubre que las masas indias refugiadas en los manglares se están concentrando para el ataque y prepara el plan de urgencia, que se ejecuta con gran velocidad. Espera a la noche y, cuando llega, remonta el río con cincuenta hombres, en las balsas indias utilizadas en la travesía. Salta a tierra a retaguardia del punto de concentración enemigo y, antes de amanecer, carga a caballo contra el campamento, provocando la confusión y el espanto de la indiada, que huye y es perseguida incansablemente durante quince días. Hasta que Calami, cacique de Túmbez, solicita la paz y acepta que los pobladores regresen a la ciudad para reanudar el sistema de vida en armonía con los vencedores.

Durante esta campaña, Pizarro acumula información del país en el que ha entrado. Confirma la existencia en el interior de grandes ciudades y hermosos templos con casas chapadas en oro y plata, especialmente en

Vilas y Cuzco. Le comunican sus informadores que el enorme espacio está organizado como un gran Estado con un jerarca supremo y gobernadores en cada una de las regiones. Confirma que una larga guerra civil viene asolando el territorio y dividiendo a sus pobladores, lo que le ofrece la posibilidad de intervenir aprovechando el conflicto. Y se dispone a hacerlo en cuanto logra la pacificación de su base de operaciones, donde deja una pequeña guarnición con el contador Navarro y el tesorero Riquelme al frente, para salir con el resto de la columna hacia el sur, el día 1 de mayo de 1531.

La marcha se desarrolla durante veinte días sin incidentes, pero con crecientes dificultades y privaciones hasta llegar a un fértil valle de pacíficos pobladores donde Pizarro decide instalar un establecimiento permanente. Encarga de ello a su hermano Hernando, mientras ordena a Soto que se interne en las serranías próximas para pacificar a las tribus montañesas que parecen hostiles, negándose a enviar emisarios al real español. Para ganarse la voluntad de los indígenas prohíbe a sus subordinados maltratarles o robarles, bajo pena de muerte. Simultáneamente impulsa la predicación intensiva del Evangelio insistiendo a los prisioneros, por intermedio del equipo de intérpretes, para que acepten la fe de Cristo y el vasallaje del Rey de Castilla. Esta política pacificadora es sólo interrumpida para castigar con las penas máximas a dos caciques acusados de intentar atacar a los españoles.

En el valle que los indios denominaban Tangara, los españoles fundan la ciudad de San Miguel, fijándose su perímetro y el de su circunscripción para poner el conjunto bajo la dirección de Hernando de Soto. Al puerto próximo de Payta llega un barco procedente de Panamá con alimentos y noticias, pero sin efectivos armados ni referencias concretas del momento en que arribará la parte de la empresa dirigida por Alvarado. Pizarro insiste en buscar fórmulas que atraigan correligionarios. Cuando regresa Hernando de Soto después de intensos combates con los montañeses y de obtener un abundante botín, manda fundir todo lo recogido hasta el momento y, en presencia de los oficiales reales, separa el quinto de la Corona, paga los fletes y las mercancías del barco recién venido y ordena que éste regrese a Panamá con los fondos obtenidos para que éstos contribuyan a resolver los problemas de la empresa y sirvan de acicate a los indecisos.

A la vista de la bondad del clima, la fertilidad del valle, de la existencia de un buen puerto y de la docilidad de los lugareños, Pizarro

llama a los efectivos que dejó en Túmbez e instala su nueva base de operaciones en San Miguel. Mientras se realizan los trabajos de acondicionamiento se presenta en la naciente ciudad un «orejón», o aristócrata inca, partidario de Atahualpa. Viene a buscar información sobre los invasores y la que obtiene no es ventajosa para los españoles. Los considera demasiado bruscos en su trato con el cacique local y juzga que son más débiles de lo que aparentan. Su informe condiciona la postura de Atahualpa, quien se dispone a atacar la reducida expedición de hombres blancos.

Ante los rumores de creciente hostilidad india, Pizarro reacciona, tomando la iniciativa. Lanza partidas de exploración para conocer los dispositivos adversarios. Soto y su hermano Hernando, que las dirigen, vuelven asegurando que las concentraciones de indios guerreros son muy numerosas y fuertes en las direcciones de Cuzco y Chincha. También confirman que la guerra civil está muy extendida inclinándose a favor de Atahualpa, lo que convence a Pizarro de que Atahualpa debe ser su objetivo permanente. Sabe que, si lo vence, la pacificación puede hacerse general y provechosa. Y reúne al grueso de su gente para marchar contra el emperador inca, iniciando el movimiento el 24 de septiembre de 1532.

La moral de la tropa hispana es escasa. Existen abundantes quejas por la pobreza del armamento disponible, por la falta de recursos y por la pequeñez del improvisado ejército. Pizarro afronta las murmuraciones y, tras una corta arenga, autoriza a que regresen a San Miguel quienes no deseen luchar. Aprovechan el ofrecimiento nueve hombres con seis caballos. El resto, compuesto por 102 infantes y 62 jinetes, sigue adelante.

A medida que la expedición se adentra en territorio inca, los indicios de riqueza y elevada cultura crecen. Los valles están perfectamente labrados. Los pueblos presentan un adelantado sistema urbanístico. Se descubre que aquellos indios de lengua quechua utilizan el sistema métrico decimal aplicando sus conocimientos matemáticos, preferentemente a la astronomía y a la arquitectura. La sensación de que es posible aspirar a inimaginables beneficios reanima la tropa. Y su avance se efectúa de un modo metódico. Pizarro, con el grueso, ocupa los poblados del fondo del valle estableciendo relaciones amistosas con los caciques. Hernando de Soto con la vanguardia explora las zonas montañosas y procura obtener las mayores presas asaltando ciudades como Caxas y Huacabamba. Los trofeos y joyas obtenidos son remitidos a San Miguel para su inmediato

envío a Panamá a fin de aportar más y más pruebas sobre la rentabilidad de la empresa.

Cerca de Zarán, los castellanos reciben una embajada de Atahualpa, que les entrega presentes como fórmula de saludo y bienvenida. Pizarro pide a los emisarios que anuncien a su señor su próxima visita. Y prosigue hacia Cajamarca, ciudad lejana en la que se supone están concentrándose los ejércitos del caudillo indio.

Durante casi dos meses se marcha en condiciones terribles. La buena calzada del «camino de los incas» se convierte en una dura senda al adentrarse en las sierras, y los ricos valles del principio, florecientes por una buena irrigación y superpoblados, son sustituidos por terrenos yermos, cuyos habitantes han abandonado sus casas para incorporarse a la concentración de Atahualpa. Las noticias sobre éste son contradictorias. Sus emisarios afirman que espera en Cajamarca para recibir a los españoles en paz y con honores. Los prisioneros hechos por el violento Hernando Pizarro, sometidos a tortura en contra de las instrucciones del Capitán General, confiesan que, efectivamente, el príncipe inca se encuentra en la zona de Cajamarca, pero preparándose para aplastar a los españoles después de desgastarlos con emboscadas dispuestas en los pasos montañosos. Sin embargo, Pizarro no altera sus planes iniciales. Quiere llegar hasta Atahualpa para someterle. Necesita información y, a fin de obtenerla, envía a uno de los nobles indios que le acompañan desde San Miguel para que se adelante hasta Cajamarca, se presente ante el caudillo rebelde y comunique cuanto observe de su actitud.

El frío va intensificándose a medida que la expedición trepa por las laderas montañosas. La columna adopta un dispositivo adecuado para la posibilidad de tener que combatir en cualquier momento. Delante marchan reducidas vanguardias dirigidas por los dos Hernandos, Pizarro y Soto. Pizarro manda el grueso formado con 60 caballeros y 40 peones. La retaguardia que protege los bagajes queda al mando de Juan Salcedo. Hasta que, cerca ya del territorio cajamarqués, se presentan a Pizarro dos nuevos emisarios incas con alimentos y diez robustas llamas. Insisten en que Atahualpa espera pacíficamente, pero son desmentidos furiosamente por el noble indio que se adelantó a Cajamarca. Éste comunica que fue tratado despectivamente por el emperador inca y que en todos lados encontró trazas de preparativos bélicos.

El avance prosigue, metódico y pausado, hasta divisar Cajamarca el 15 de noviembre de 1532. Entonces, la fuerza española se despliega

en tres núcleos dejando atrás la impedimenta y se dispone a entrar en una ciudad de construcciones sólidas y regulares, pero que parece abandonada por sus pobladores. La ocupación se inicia por el ala o núcleo que manda Hernando Pizarro. Bajo su protección los otros dos núcleos entran en la urbe y se atrincheran en los edificios que rodean la plaza. Sólo algunas mujeres circulan por las calles. A lo lejos se vislumbra un enorme campamento de tiendas grises en el que se encuentran las fuerzas de Atahualpa.

Va a producirse el primer encuentro entre dos caudillos que han venido observándose a distancia durante casi dos meses. Los dos recelan mutuamentente, pero Pizarro mantiene la iniciativa. Esperaba haber encontrado a Atahualpa en la plaza de la ciudad y, al no hallarlo, envía al gran campamento indio a su hermano y a Hernando de Soto con unas decenas de hombres armados, como embajadores, mientras él reconoce la ciudad, aloja a los indios cargueros en los lugares más protegidos, estudia las defensas, revisa las armas y alienta a sus soldados, muy impresionados por la soledad del pueblo y la amenazante cercanía del campamento inca.

Los dos capitanes comisionados son recibidos en el real de Atahualpa con frialdad y signos de desprecio. El príncipe está rodeado por sus nobles y esposas en medio de una formación compuesta por 40.000 guerreros. La comitiva española tiene que atravesar las filas de una multitud india perfectamente ordenada y armada con lanzas, hondas y lazos. El silencio es completo. Atahualpa no se digna dirigirse directamente a los emisarios blancos. Lo hace mirando al suelo y utilizando como interlocutor a un indio de su corte. La tensión crece por momentos y el agresivo Hernando Pizarro acaba por irritarse gritando al príncipe para pedirle que levante la cara y para advertirle que está hablando con el hermano de un gobernador subordinado al Rey más poderoso de la Tierra. Sin inmutarse, responde el inca que no teme a los españoles porque sus emisarios le han informado que no son tan terribles como aparentan. Pide que, si de veras poseen valor, se unan a él para dominar a los indios que aún no se han sometido a su mandato. Hernando, excitado, replica que los ejércitos allí presentes sólo podrían perseguir a la gente que se escondía sin combatir y que para pacificar el territorio bastarían diez caballos y un solo español. Atahualpa se ríe y Hernando de Soto, para intentar asustarle, salta sobre un caballo, al que obliga a hacer cabriolas consiguiendo que uno de los batallones indígenas retroceda intimidado. Ata-

hualpa, en cambio, no se inmuta ni cuando los espumosos belfos de la bestia rozan la brillante borla de lana roja que cubre su frente. Después, siempre con el ejército peruano impasible y alerta, se ofrece a los cristianos chicha en copas de oro y la embajada se retira con la promesa de que, al día siguiente, el rey visitará a los españoles en Cajamarca.

Los informes que recibe Pizarro de sus embajadores no son en absoluto tranquilizadores y por ello activa las medidas defensivas. A Gandía, el artillero real, le ordena que suba una pieza a la fortaleza de la ciudad y la mantenga preparada permanentemente con los auxiliares que precise. Monta las guardias, pero nadie duerme. La guarnición entera ronda las calles en inquieta espera. Al amanecer, los vigías avisan que una gran masa de indios sale de su campamento hacia la ciudad con paso lento. Poco después llega un enviado de Atahualpa para anunciar que su príncipe acude a visitar al jefe español, acompañado de guardia armada como lo hicieran el día anterior los castellanos. Al poco tiempo, otro enviado advierte que el príncipe llegará con su corte, sin guardia armada, y pide que se le aloje en la casa que tiene pintada una serpiente. La rapidez de los cambios de opinión aumentan la sensación generalizada de peligro. Los soldados empiezan a darse cuenta de que están en proporción de uno contra quinientos y temen verse encerrados por la multitud hostil. Pizarro les arenga y prepara el acto. Dispone que sea el padre Valverde quien reciba al visitante. Ordena a Gandía disparar contra las filas enemigas si da la voz de «¡Santiago!». Forma cuatro núcleos de combate y hace que se mantengan alertas en cada una de las cuatro casas que rodean la plaza principal. Una es ocupada por Hernando de Soto con quince jinetes, otra por Hernando Pizarro con efectivos análogos y la tercera sirve de refugio a Sebastián de Belalcázar con el resto de la caballería. Francisco Pizarro, con 20 peones armados de espadas y rodelas y 3 caballos, se instala en la más amplia y en ella prepara el escenario de la entrevista. Todos ruegan a Dios que les depare suerte para superar la temible prueba.

Al atardecer, la enorme comitiva de Atahualpa se detiene a las puertas de la ciudad. Delante marchan más de cuatrocientos siervos uniformados con los mismos colores limpiando el camino de guijarros y obstáculos. Tras ellos, sobre unas andas portadas por nobles, aparece sentada la figura engalanada del jefe inca. Detrás siguen otros nobles también sentados sobre andas y, protegiendo el conjunto, forman miles de guerreros con las armas escondidas bajo las camisas de algodón

y llevando sobre sus frentes brillantes patenas de oro, plata o cobre como distintivos de su categoría.

Y cerca del ocaso, Atahualpa envía un emisario para anunciar que piensa pasar la noche en el lugar alcanzado para visitar al gobernador español al día siguiente. Pizarro contesta que tiene preparada la cena de homenaje y no comerá hasta encontrarse con su ilustre visitante, pues arde en deseos de conocerle. Accede el indio y entra en la ciudad, asombrándose al encontrar la gran plaza vacía. Sus hombres se desparraman por ella a la carrera. Una docena de ellos trepa a la fortaleza e iza un gallardete como señal o aviso a los que quedan fuera. Gandía no reacciona esperando, disciplinadamente, órdenes. Como estaba previsto, sale de una de las casas el padre Valverde acompañado del intérprete y con la Cruz en una mano y la Biblia en la otra dirige un largo discurso en el que se refiere a la bondad de la religión cristiana, al poderío del Rey de España y a los deseos de Pizarro de gobernar junto con Atahualpa en armonía y paz. Replica el príncipe indio negándose a creer en las palabras de paz de unos hombres que se habían comportado más como ladrones que como amigos al haber arrebatado joyas y ropas a muchos de sus súbditos. El dominico trata de calmar al irritado monarca ofreciéndole la Biblia para que la examine, pero su gesto es desdeñado y la Biblia arrojada al suelo mientras Atahualpa insiste en que no se moverá de allí en tanto no se le devuelva cuanto tomaron los hombres blancos. El sacerdote recoge el libro sagrado y corre a refugiarse en el caserón de Pizarro.

Al ver huir a su modesto interlocutor, Atahualpa se pone en pie sobre las andas y da la señal de ataque a los suyos. En ese instante, Francisco Pizarro con su grupo armado arremete hacia el lugar donde se encuentran las andas y, a su voz, inicia el fuego la pieza artillera, siendo arrojados de la fortaleza los indios que en ella colocaran el gallardete. La confusión cunde en la masa de los sorprendidos nativos y se convierte en pánico al salir de las casas al galope los jinetes cargando sobre sus adversarios con los caballos recubiertos de sonoros cascabeles. La oscuridad de la noche se cierne sobre la ciudad. Las filas de guerreros retroceden en desorden. Sólo resisten valerosamente los portadores de las andas, que caen bajo las espadas españolas. Pizarro derriba a Atahualpa y lo retiene protegiéndole de la ciega furia de sus compañeros. El ataque se transforma en matanza cuando la muchedumbre india trata de escapar, encontrando cerrados por los españoles los dos únicos accesos de la

plaza. Al fin, la masa enloquecida logra romper unos metros de muralla y huye por la brecha perseguida por la enardecida tropa hispana. Hasta que con los clarines y la señal del cañón, el gobernador ordena a sus disciplinadas fuerzas que se replieguen y concentren en la ciudad. Dos mil cadáveres se contaron a la mañana siguiente. Ningún español resultó siquiera herido.

Pizarro conduce a su prisionero a la casa donde tenía preparada la recepción y en ella le trata como si nada hubiera ocurrido. Le anima para que no se entristezca manifestándole que su Rey es generoso y que su religión manda perdonar a los enemigos. Atahualpa, sin perder la dignidad, se desahoga a través de los intérpretes. Manifiesta que había tratado también de prender a los españoles por sorpresa aprovechando que, según sus espías, desensillaban los caballos por la noche. Lamenta amargamente el error al que le habían llevado sus informadores, al asegurarle que bastaría una mínima facción de su ejército para aplastar a los intrusos.

Los españoles permiten que Atahualpa se rodee de una pequeña corte formada por las mujeres y nobles supervivientes que fueron hechos prisioneros. Ante tal comportamiento, el príncipe inca ordena a algunos de sus auxiliares que vayan al campamento de sus súbditos para manifestarles que se encuentra bien, que la gente extranjera es poderosa y que desea seguir gobernando desde su encierro. Como salvoconducto, Pizarro dispone que los emisarios lleven una cruz en la mano pidiéndoles adviertan a sus compatriotas que, desde ese momento, el indio que no llevare el signo cristiano en la mano sería muerto inevitablemente por los soldados de España.

Por segunda noche consecutiva, ni un solo español duerme en Cajamarca aquel 16 de noviembre de 1532. Pizarro, con Felipillo y los demás intérpretes o «lenguas», pasa las horas dialogando con el príncipe inca. Entre los jefes antagonistas se empieza a establecer una mutua corriente de respeto e, incluso, de simpatía. Pero en el reducido grupo de castellanos la inquietud resulta intensa. Saben que el éxito obtenido ha sido fruto de una iniciativa genial y afortunada, pero no confían en las apariencias sosegadas del magnate indio apresado y temen que, con el nuevo día, se lancen sobre el reducto las masas guerreras indígenas que los rodean. Sin embargo, el amanecer ofrece un panorama tranquilizador. El campamento indio parece imperturbable. Por ninguna parte se observan formaciones guerreras. Sólo en los caminos se aprecian cadáveres y restos de la batalla.

A primeras horas de la mañana, Pizarro hace escribir una larga carta a la guarnición de San Miguel, relatando prolijamente los acontecimientos y el momentáneo término feliz de la empresa, que atribuye a protección divina. Pide sean transmitidas las noticias a su socio Espinosa y al licenciado Gama, quienes, en Panamá, se encargan de sus negocios para que, a su vez, hagan llegar la información a España e insten a Almagro a acelerar el envío de refuerzos. Después, vuelve a preocuparse por Atahualpa, trasladándole a una estancia de mayor espacio en la que pueda ser atendido por sus familiares y siervos bajo vigilancia armada. E, inmediatamente, se dedica a sus hombres forzándoles a la acción para impedir que cunda el desánimo. Ordena una limpieza general del recinto y el enterramiento de los cadáveres. Escoge a los jinetes que han demostrado mayor arrojo y, poniéndoles a las órdenes de su hermano Hernando, les manda dirigirse al campamento indio para registrarlo, apoderándose de cuanto de valor encuentren y apresar a quienes no lleven la cruz como salvoconducto ordenado. Algunos de sus subordinados le sugieren la idea de matar a los cabecillas y jefes de las disciplinadas formaciones indígenas para desarticularlas por descabezamiento. Pero el gobernador se niega aduciendo que los españoles habían ido a Perú a difundir la religión de Cristo y no la barbarie.

Despachada la partida exploradora, Pizarro se esfuerza en recoger toda la información posible sobre la situación. Diego Trujillo, soldado que precozmente aprendiera la lengua quechua y había pasado la noche hablando con algunos prisioneros, le comunica que uno de los principales generales peruanos llamado Rumiñahuí había rodeado la ciudad con más de seis mil guerreros, mientras se producía la entrada de Atahualpa, para asaltarla una vez anochecido. Su maniobra pretendía sorprender a la reducida fuerza hispana para evitar pérdidas innecesarias y conseguir apresar intactos los caballos y a algunos de los especialistas hispanos encargados de las bestias o capaces de enseñarles a realizar trabajos como la fundición de metales que habían visto desarrollar a lo largo de las dilatadas marchas y estacionamientos de la expedición. Rumiñahuí quedó paralizado ante la inesperada y brutal acometida de sus enemigos y al ver caer de la fortaleza a los agentes por él enviados y enterarse del apresamiento de su soberano y señor, decidió retirarse con sus fuerzas a Quito.

La información obtenida reafirma el riesgo de ataques masivos y, ante ello, Pizarro revisa y redobla las guardias y coloca vigilantes y espías en

torno al regio prisionero para impedir que, desde la prisión, pueda comunicar con los suyos y ordenarles un nuevo ataque.

Mientras, Hernando Pizarro con quince jinetes había encontrado en el camino al campamento enemigo formaciones de guerreros indios impávidos cuyos jefes se acercaban a la partida de los españoles mostrando la cruz en la mano en señal de acatamiento. En el real indio el recibimiento no fue entusiasta, pero sí respetuoso. Las gentes preguntaban si Atahualpa había muerto y al enterarse de que sólo se encontraba prisionero, parecían tranquilizadas. No se opusieron a que los soldados españoles quebraran cuantas lanzas y armas encontraban, permitiéndoles apoderarse de las estatuas y utensilios elaborados en oro o plata. El botín alcanzó pronto el valor de 80.000 pesos de oro, 1.000 marcos de plata y 12 enormes esmeraldas de valor incalculable. Cuando la partida vuelve a Cajamarca lleva consigo un gran rebaño de llamas, un tesoro importante y un contagioso entusiasmo provocado por la visión de las lujosas instalaciones incas visitadas.

Las buenas nuevas y los ricos bienes aportados por los exploradores exaltan a los europeos encerrados en la ciudad. En un frenesí de codicia desordenada, saltan de júbilo, se mezclan con las escoltas indias y con el rebaño de llamas creando una confusión cortada de raíz por el sereno Pizarro. Éste ordena con energía despejar la plaza, expulsar las llamas y redoblar las guardias. A continuación exige la revisión rigurosa de las riquezas obtenidas y hace que las armas capturadas se distribuyan a los indios porteadores y guías que les han acompañado para constituir con ellos una fuerza auxiliar. Calmado el alboroto y asegurado el orden, vuelve al aposento de Atahualpa para observar las visitas, cada vez más frecuentes, que le hacen sus dignatarios llegados de todos los puntos del territorio. El príncipe se muestra engolado y altanero ante sus súbditos y amistoso ante su aprehensor. De pronto, descubre el interés que despiertan en los hispanos las joyas y elementos de oro, y hace una proposición a Pizarro a través, como siempre, de Felipillo. Ofrece llenar de oro y plata la habitación en que permanece, si se le deja marchar libremente.

El asombroso ofrecimiento de Atahualpa es acogido con incredulidad, por lo que éste lo concreta aún más comprometiéndose al envío de emisarios a Cuzco, Jauja, la región de Chincha y el templo de Pachacamaj, donde existen los mayores depósitos auríferos, para rellenar de metal la sala de 25 pies de largo por 15 de ancho hasta la altura de una línea blanca pintada en las paredes, en un plazo menor de cuarenta días.

Promete no urdir ninguna traición en ese tiempo y cumplir cuanto le ordenen los españoles. Pizarro acepta y, en pocos días, comienzan a llegar a Cajamarca las primeras remesas de vasijas y ornamentos de oro y plata, que van acumulándose en el recinto entre la admiración y el entusiasmo de la guarnición.

La posición de Francisco Pizarro a partir de estos momentos resulta peculiar. Con poco más de un centenar de hombres mantiene una ciudad aislada en la que, poco a poco, va depositándose un tesoro fabuloso. La clave de la seguridad del destacamento radica en el rehén principesco sometido a prisión, a quien se permite recibir en sus aposentos a comisiones cada día más numerosas de magnates indios procedentes de todo el territorio peruano. Sin embargo, la actitud del prisionero va inquietando progresivamente al gobernador español al advertir indicios que le hacen sospechar de su posible doblez. Atahualpa acepta pasivamente los esfuerzos catequísticos de su aprehensor y se muestra amistoso con él, aunque sin perder la dignidad. No disimula su carácter cruel, alardeando de las matanzas de prisioneros ordenadas tras sus victorias en la guerra civil para sembrar los campos con sus vísceras y fabricar tambores con sus vientres. Llega a demostrar su desprecio a los enemigos bebiendo chicha en la calavera de su hermano Atoc, vencido en Ambato. Manifiesta su deseo de hacer lo mismo con el cráneo de su hermano Huascar, legítimo heredero del imperio peruano tras la muerte del anterior emperador «Cuzco el Viejo», exigiéndole Pizarro, en este punto, que ordene a sus súbditos respetar la vida de Huascar caso de caer en sus manos. Y, en general, Atahualpa adopta medidas cada vez más cautelosas en sus entrevistas con las embajadas exteriores, haciendo dudar de la rectitud de sus reales instrucciones.

Una psicosis de alarma va extendiéndose entre la guarnición cristiana. Circula el rumor de que Atahualpa ha ordenado secretamente a sus ejércitos asediar la ciudad para asaltarla por sorpresa. Se da por seguro que uno de sus generales, llamado Chalcuchima, acampa con cuarenta mil guerreros en las cercanías de la plaza. Se teme ser víctimas, en cualquier instante, de la ferocidad conocida de los peruanos. Pero Pizarro no permite que tales sentimientos afecten la moral de sus subordinados y los combate obligando a éstos a mantener un constante grado de actividad febril. Dispone sea derribada la pared o muralla que circunda la plaza de Cajamarca y se construya en su centro un templo donde el padre Valverde pueda rendir culto al Altísimo, lo que ocupa numerosos brazos

en tareas materiales absorbentes mientras ordena continuas partidas de reconocimiento y exploración que nunca encuentran rastros de las supuestas concentraciones indias.

Cercana la Navidad, la situación ofrece un cambio sustancial. Llega de San Miguel un mensajero anunciando que se encuentran en un puerto próximo tres naves procedentes de Panamá y otras tres de Nicaragua, con 150 hombres de armas y 80 caballos, capitaneados por Almagro. La presencia en el territorio de un nuevo núcleo de invasores blancos refuerza en el campo indio la sensación de que el lejano emperador de España está dispuesto a enviar más fuerzas para fortalecer su vanguardia. Según los informadores, el guerrero Chalcuchima se retira con su ejército de las proximidades de Cajamarca.

Pizarro recobra la iniciativa. Ordena a Almagro que se le incorpore en el menor tiempo posible y decide enviar partidas españolas a los lugares de donde procede el oro para acelerar los transportes del rescate.

Expira el plazo propuesto por Atahualpa sin que se alcance la cantidad de oro precisa para llenar la habitación prevista, aunque las perspectivas son favorables. Para seguir impulsando el rescate, tres españoles —Martín Bueno, Juan de Zárate y Pedro Moguer— son enviados a Cuzco, a quince jornadas de distancia, con una pequeña escolta india para tomar posesión de la capital peruana y regresar con las máximas riquezas posibles. Lo hacen con pasmosa sencillez y a Cajamarca, fuera ya de plazo, llegan remesas cada vez más frecuentes y valiosas.

El 14 de abril de 1533 acude Almagro con los suyos, efectuándose el reencuentro de los capitanes y socios en plena armonía. Los recién venidos quedan asombrados por la riada de riquezas que confluyen en el real castellano.

A partir del mes de junio, la plaza de Cajamarca se convierte en una inusitada fábrica. Los oficiales reales toman detallada nota, en los libros, de las piezas que salen de la habitación del inca. Nueve forjas atendidas por indios adiestrados se encargan de fundir los objetos de todas clases llegando a hacer barras de oro por valor de 80.000 pesos en un solo día. El día 18 comienza la distribución del más fabuloso tesoro conocido en los últimos siglos.

El reparto hace temer disputas y luchas de ambiciones, que Pizarro ataja con perspicacia. Nombra hundidores, marcadores y pesadores oficiales para rodear la distribución del mayor formalismo. Propone, sin que nadie se oponga a su criterio, regalar al Rey, como donativo voluntario,

las joyas más sobresalientes, e inmediatamente se separan los cántaros de más capacidad y hermosura, valorados en 100.000 pesos. Luego, ordena la entrega a los almagristas de 20.000 pesos para atender los fletes de los barcos y pagar las deudas contraídas. Inmediatamente hace que se separe el quinto real, que asciende a 150.096 pesos de oro y 5.048 marcos de plata. Y para proceder al reparto individual exige que todos los expedicionarios elijan oficiales o delegados responsables de efectuar las cuentas y vigilar la distribución. Dicho reparto se realiza ordenadamente, empezando por pagarse los derechos de los oficiales reales y los jornales de los fundidores para irse haciendo a continuación las partes proporcionales a tenor de las jerarquías y esfuerzos acreditados. Así, al gobernador se atribuyen 57.000 pesos de oro, 2.000 marcos de plata y las andas en que había sido hecho prisionero Atahualpa, valoradas en 25.000 pesos; a los caballeros se conceden 9.000 pesos y 300 marcos y a los peones aproximadamente la mitad de estas cantidades, con especiales premios para los que intervinieron en las fructíferas jornadas de Cuzco y Pachacamaj.

La euforia invade a los soldados españoles, repentinamente ricos, pero crece también el nerviosismo ante el temor de que sus fortunas puedan perderse. Se rumorea que Atahualpa ha preparado una gigantesca conjura para aniquilar a sus aprehensores. Noticias alarmistas señalan la presencia de concentraciones guerreras en las cercanías de la plaza que no son localizadas en las frecuentes salidas efectuadas. Al mismo tiempo, Chalculchima, maltratado por Atahualpa y amenazado de tortura, señala la presencia de otros grandes depósitos de riqueza en Cuzco y en las minas de Callao y revela las estructuras de las fuerzas adictas a Atahualpa, que se aproximan con el caudillo Quizquiz a la cabeza.

Ante la tensa expectación ambiente, Pizarro determina que el tesoro del Rey sea enviado a Panamá y de allí a España bajo la custodia de su hermano Hernando con la escolta correspondiente, en la que autoriza se enrolen cuantos lo deseen. Lo hacen veinticinco hombres por motivos de enfermedad, cansancio o por haber logrado sus expectativas de ganancia. Entre ellos figuran el cronista Cristóbal de Mena y el secretario de Pizarro, Francisco Jerez.

Apenas abandonan Cajamarca los hombres de Hernando, se presentan en la ciudad emisarios secretos de unos hermanos de Atahualpa que solicitan la protección de los españoles frente a los desmanes de Quizquiz, que está procediendo a la recluta forzosa de tropas, arrasando aque-

llos pueblos que no le secundan. Pizarro concede hospitalidad a los dos príncipes alojándolos en su misma casa y establece especiales lazos de amistad con uno de ellos llamado Tupac Hualpa.

Los datos facilitados por los nuevos huéspedes y los avisos de la presencia próxima de fuerzas indias leales a Quizquiz intranquilizan a los conquistadores, quienes presionan a Pizarro para que resuelva el problema planteado por el regio prisionero, al que consideran desleal. Reunidos los capitanes en consejo piden unos la cabeza de Atahualpa por traicionar las promesas hechas y por la crueldad empleada en la guerra civil y en el asesinato de su hermano Huascar. Se inclinan otros por destituirlo y colocar en el trono peruano al amistoso Tupac Hualpa. Algunos defienden la inocencia del prisionero considerando que muchas de las culpas que se le atribuyen nacen sólo de la intervención maliciosa del intérprete Felipillo, enemigo personal del reo, y enamorado de una de sus mujeres. Finalmente, se imponen los más radicales, apoyados por Almagro, el tesorero Riquelme, los oficiales reales y fray Vicente Valverde, quienes consideran que, en justicia, debe darse muerte al prisionero bien en la hoguera si mantiene su fanatismo pagano o en el cadalso si acepta el Evangelio.

La sentencia es comunicada por Pizarro a Atahualpa, que la recibe sin inmutarse, preparándose a morir en el plazo concedido de dos horas. Acepta el bautismo, siendo ejecutado a media noche en un cadalso levantado en la plaza iluminada por los hachones vacilantes que sostienen los soldados. El cadáver es velado por la guardia hispana entre los lamentos de las mujeres del ajusticiado, que piden morir para acompañarle en el más allá.

Por la mañana, Pizarro envía emisarios a aquellos lugares donde se advierte la presencia de las tropas leales al inca y dispone la realización de solemnes honras fúnebres. El cuerpo amortajado es conducido a la iglesia, donde se celebran sus exequias. Asisten todos los españoles y en las horas siguientes se presentan en la ciudad los caciques de las poblaciones vecinas con ofrendas de gratitud por haber sido liberados de la tiranía. El gobernador aprovecha tal circunstancia, propone la elevación al Incanato de Tupac Hualpa y, como éste acepta gozoso, fija la ceremonia de coronación para el día siguiente. Los caciques de la comarca reconocen a su nuevo señor, quien, después de ayunar cuatro días, recibe la borla roja y jura acatar las condiciones de un tratado de paz, amistad y vasallaje con el Rey de España. El territorio queda así pacificado momentánea-

mente y este hecho es transmitido a los expedicionarios de Hernando para que de ello informen a las autoridades de Panamá y a la Corte española cuando en ella se presenten con el tesoro.

Hernando Pizarro y sus hombres, componiendo un pintoresco cortejo, cruzan con dificultades las tierras y las sierras que separan Cajamarca de San Miguel de Pira. Los signos de inquietud son evidentes tras esparcirse la noticia de la muerte de Atahualpa. Los caciques no salen al encuentro de la comitiva y los campesinos se alejan de ella. Algunos indios porteadores huyen con su preciosa carga y unas cuantas llamas se despeñan. De todos modos, logran ganar la costa y embarcar, siendo recibidos en Panamá en medio de una explosión de júbilo popular preparada por los licenciados Espinosa y Gama desde que recibieron la anterior carta de Pizarro. Éstos se habían ocupado de transmitir a Nicaragua, Guatemala y España el triunfo de la empresa de Pizarro, creando un ambiente de expectación nunca antes conocido.

En tanto que las noticias llevadas por los enviados de Francisco Pizarro conmocionan Europa, éste tropieza con nuevas dificultades derivadas de la ejecución de Atahualpa. La pacificación anunciada no se confirma. Los caciques de lugares cercanos a Cajamarca, temerosos, continúan enviando presentes a los españoles pero se cortan las remesas procedentes del exterior, donde los partidarios del inca ajusticiado se consideran desligados de la obligación que éste les impuso. Dos de sus antiguos generales destacan por su influencia: Rumiñahuí en la zona de Quito y Quizquiz en la capital Cuzco.

Después del entierro cristiano de Atahualpa, algunos parientes y consejeros se suicidan como muestra de duelo. Los que quedan en Cajamarca solicitan y obtienen permiso para llevar el regio cadáver a Quito. Lo hacen en una solemne comitiva que es recibida con todos los honores por Rumiñahuí, quien, después de la ceremonia, organiza una fastuosa fiesta mortuoria. Los magnates se embriagan con chicha y Rumiñahuí ordena a su guardia el asesinato de todos los familiares presentes, haciendo tambores humanos con sus pellejos por su abandono del monarca ajusticiado. Simultáneamente, los exploradores de Hernando de Soto comunican que Quizquiz se ha hecho fuerte en Cuzco declarándose rebelde a los hispanos.

Pizarro convoca consejo de capitanes, en el que Almagro propone atacar Cuzco para posesionarse de la capital imperial. Se acepta la idea pero, antes, Pizarro considera necesario fortalecer San Miguel de Pirúa como

puerta esencial del territorio y encarga su gobernación a Sebastián Belalcázar. Una vez asegurado este punto, se procede a preparar la incursión a Cuzco, que se emprende a mediados de 1533 con una columna militarmente organizada en dos núcleos. En vanguardia marcha un destacamento ligero con Almagro y Hernando de Soto. Detrás, una pesada y lenta comitiva al mando de Pizarro custodia los bagajes y el tesoro, integrándose en ella los incas leales con el nuevo emperador Tupac Hualpa y el general Chalcuchima como figuras destacadas, rodeados de gran boato por sus familiares y nobles miembros de la recién constituida corte.

En el grueso de la comitiva, Tupac Hualpa muere de una extraña enfermedad y el general indio Chalcuchima es ejecutado, acusado de connivencia con los rebeldes. Los servicios de información señalan que Quizquiz intenta cerrar el paso de Xaquixahuana.

En estas circunstancias, Pizarro detiene momentáneamente el avance y reagrupa sus efectivos. El destacamento enviado a la costa regresa con el capitán Gabriel de Rojas y diez hombres que acaban de llegar a tierra peruana desde Nicaragua y traen inquietantes informes. Según ellos, el piloto Juan Fernández, enemistado con Belalcázar, marchó a Panamá, Nicaragua y Guatemala para hacer propaganda de las riquezas peruanas y propiciar nuevas e independientes empresas de conquista. En Guatemala encontró a Pedro Alvarado, que volvía de España eufórico por los honores recibidos y que decidió pasar con sus gentes al Perú en doce naves que, en Nicaragua, asaltaron violentamente las de Rojas, quien, a duras penas, logró escapar y adelantarse a la flota del intruso.

Pizarro alerta a la guarnición de San Miguel y prosigue su plan de conquista. Con tres núcleos mandados por Almagro, Soto y su hermano Juan Pizarro se dispone a atacar el reducto defensivo organizado por Quizquiz, pero no llega a hacerlo puesto que, de éste, deserta el príncipe Manco, heredero legítimo del Incanato, quien se presenta con los nobles «orejones» de su plana mayor para entregarse a los españoles. La deserción provoca la retirada de Quizquiz, que abandona Cuzco no sin antes saquear e incendiar la ciudad.

Con la celeridad habitual, el gobernador de la Nueva España toma sobre la marcha trascendentes decisiones. Procede, en primer lugar, a la coronación solemne del Manco como nuevo Inca, difunde a los cuatro vientos la noticia y, a continuación, autoriza el saqueo de Cuzco, que efectúan tanto los españoles como sus aliados los indios de los valles costeros de San Miguel y los yanacones del valle de Jauja. Unos y otros entran a

saco en los templos, palacios y sepulturas obteniendo un botín casi superior al del rescate de Atahualpa, siendo minuciosamente contabilizado por los oficiales reales y distribuido entre los soldados tras separar el quinto real. Cada español recibe, como mínimo, 4.000 pesos de oro, despreciándose en general la plata y pedrería debido al peso adicional que su abundancia representaba. Y cuando Francisco Pizarro comprueba cómo sus subordinados y aliados están colmados de riquezas y dispuestos a defenderlas a cualquier precio, los reúne, les arenga y procede a tomar posesión de la capital peruana en nombre del Rey de Castilla y León, don Carlos I. Los ídolos locales son entonces arrasados, la Cruz se implanta en todos los lugares y en una misa solemne los españoles dan gracias a Dios por la protección recibida.

Instalados los españoles en la milenaria ciudad peruana, vuelven a circular rumores de amenazadoras concentraciones indias dirigidas por el infatigable Quizquiz. Pizarro en persona se encarga de recorrer los alrededores de la capital con cien castellanos y, una vez seguro de la normalidad inmediata, envía a Almagro y Hernando de Soto hacia Jauja, donde el poblamiento iniciado por Riquelme parece peligrosamente presionado. El cuartel general del gobernador en Cuzco se convierte en el centro de decisiones políticas y en base de la nueva corte indiana. Pizarro, ateniéndose a una de las cláusulas de las Capitulaciones de Toledo, trata de mantener en lo posible el régimen político existente en las tierras conquistadas, imponiendo vasallaje a los señores naturales y desterrando la idolatría para sustituirla por la religión cristiana. Para ello, decide acabar con la provisionalidad de Manco como Inca y busca el modo de formalizar su rango. A este fin convoca a los orejones, manifestándoles el deseo de respetar sus tradiciones y señoríos, y logra convencerlos de que aclamen a Manco como señor supremo, ya que pertenece a la regia estirpe de Huayna Capaj. Al mismo tiempo, envía emisarios a todas las regiones para que manifiesten el deseo de los españoles de no hacer mal a nadie y animen a que se recobre el sistema de vida cotidiana. Procura que los habitantes regresen a sus hogares cuzqueños, aposenta las tropas de modo que no estorben a los indígenas, y él se instala en un gran palacio con su séquito y bagaje. Sus huéspedes son regiamente servidos por las viudas e hijos de Atahualpa, los orejones prisioneros de Cajamarca y las hermanas del monarca ajusticiado. Una de ellas, bautizada con el nombre de Inés de Huayllas Ñusta, amante de Francisco Pizarro, habría de darle dos hijos: don Gonzalo y doña Francisca.

En pleno proceso de normalización política indígena se produce la irrupción en territorio peruano de Pedro Alvarado con sus fuerzas procedentes de Guatemala y Nicaragua. Su localización es imprecisa y Francisco Pizarro distribuye sus efectivos para controlar el espacio sin perder las riendas del poder. Confía en que Belalcázar domine la zona de San Miguel. Ordena que Riquelme se mantenga en Jauja y que Hernando de Soto asegure Vilcas frente a los restos derrotados de las huestes de Quizquiz. Envía correos a Almagro, que marchaba camino de San Miguel, otorgándole poderes omnímodos para el gobierno de las tierras bajas y dándole instrucciones para un eventual encuentro con Alvarado. Deja como gobernador de Cuzco a su hermano Juan Pizarro y, poniéndose al frente de soldados escogidos, se dirige a la costa con la intención de realizar un poblamiento cerca del templo de Pachacamaj.

Estaba Pizarro a punto de realizar una fundación en un puerto abrigado próximo al valle de Nascha cuando sus espías le advierten que las formaciones de Quizquiz amenazan Jauja. Sin dudar un momento, se dirige a esta población decidiendo evacuarla aun sin llegar a cumplirse los pronósticos de los informadores. Antes, Diego Agüero y Luis Moscoso le comunican cuanto había sucedido con respecto a Alvarado, quien, con centenares de españoles e indios centroamericanos, desembarcó en Puerto Viejo. La suerte no le había acompañado inicialmente. Las fatigosas marchas hacia el interior y el paso de las sierras con heladoras temperaturas causaron numerosas bajas en sus filas desmoralizando a sus tropas mucho antes de que éstas se acercaran a la zona de Quito.

Enterado Belalcázar, en San Miguel, de los movimientos de Alvarado, sale con sus fuerzas hacia Quito para impedir la entrada de los intrusos. En Tomebamba consigue la alianza de los indios cañaris, ancestrales enemigos de los incas, que le proporcionan una importante fuerza auxiliar de guerreros. Con ellos logra abatir la oposición de Rumiñahuí, el antiguo general de Atahualpa, en las batallas de Zoropalta, Teocajas y Riobamba. Descansa doce días en este lugar y prosigue hasta Quito, donde vence la resistencia que le oponen las fuerzas reunidas de Rumiñahuí y Quizquiz. Conquistada la ciudad, se encomienda a los capitanes Pacheco y Díaz la persecución de los vencidos. Éstos logran reagruparse y con 15.000 efectivos tratan de reconquistar la ciudad, siendo finalmente rechazados gracias al concurso de los cañaris. Tras la refriega, cae en manos españolas un importante botín y la situación se consolida con la llegada de Almagro a Quito. El viejo mariscal tuerto arenga a los hom-

bres de Belalcázar, enardece a los suyos contra los del intruso Alvarado y, enterado de que éste se aproxima a Riobamba, organiza una columna de 180 hombres con la que ocupa dicha localidad.

Desde Riobamba, Almagro lanza una partida exploradora dirigida por Idiáquez, que es capturada por la gente de Alvarado, quien envía una carta a la guarnición española comunicando que dispone de permisos del Emperador para conquistar tierras en el mar del Sur, que ha invertido buena parte de su fortuna en la armada y ejército de la expedición y que está dispuesto a entrar en las tierras que caigan fuera de los límites de la gobernación del adelantado Francisco Pizarro sin dar lugar a disensiones con el mismo. Almagro, contando con fuerzas sensiblemente inferiores a las de su antagonista, reacciona con astucia. Manda embajadores al campo de Alvarado ofreciendo negociaciones pacíficas. Consigue que los emisarios realicen una eficaz labor de zapa en la moral de las cansadas tropas alvaradistas haciéndoles ver lo ilegal de su presencia y las ventajas que alcanzarían en caso de unirse a los legítimos ocupantes. Establece una fundación en Riobamba nombrando regidores y alcaldes y hace que sean estas autoridades civiles quienes parlamenten con el adelantado de Guatemala exhibiendo sus derechos. Y, al fin, logra que Alvarado acepte abandonar la empresa a cambio de cien mil castellanos de oro por los gastos y fatigas pasados. Como el acuerdo necesitaba ser ratificado por el gobernador de Nueva Castilla, Alvarado y Almagro deciden reunirse con él en Pachacamaj. El mariscal, para prevenir nuevos incidentes, deja a Belalcázar al mando de las llamadas «provincias equinocciales», dispone que Pacheco efectúe un poblamiento en Puerto Viejo para cerrar el paso a futuros advenedizos y ordena a Miguel de Estete haga otro tanto en Chimu, cerca de la actual Trujillo, para proteger la zona de incursiones de Quizquiz.

En Pachacamaj, Pizarro, con su reserva y con todos los pobladores de Jauja, recibe con los mayores honores a Alvarado. Ratifica el pacto, efectúa el pago con cargo a los «dineros de difuntos» y concede licencia para regresar con el adelantado de Guatemala a cuantos de sus hombres le piden abandonar el territorio por considerarse suficientemente enriquecidos. De este modo, en 1534 se produce de modo natural un importante relevo de conquistadores. Se van los más agotados. Quedan los mejor arraigados y los recién llegados con Alvarado, ansiosos de gloria y de fortuna.

Una vez que hubo partido Alvarado con los emigrantes voluntarios, Belalcázar comunica que uno de sus capitanes había conseguido batir por enésima ocasión a las tropas de Quizquiz, las cuales, enfurecidas contra el desafortunado jefe, habían acabado asesinándole. La buena noticia, que afianza la pacificación territorial, anima a Pizarro a reanudar su labor organizativa. Mantiene a Belalcázar como gobernador de Quito y suscribe un nuevo acuerdo de sociedad con el mariscal Almagro, confiriéndole poderes para gobernar, en su nombre, la región de Cuzco y emprender nuevas conquistas en la tierra de los chiriguanes, tribus nunca dominadas totalmente por los incas. Los dos socios aceptan ir a medias en los gastos y beneficios de las empresas a desarrollar. Como al gobernador general le parece excesivo el espacio existente entre Cuzco y Quito sin que Jauja ofrezca condiciones adecuadas para establecer la sede del poder político centralizado, busca el emplazamiento para una definitiva capital del territorio. Tras intensiva actuación de los exploradores y con los informes de Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Benito, se elige para ello el lugar de Lima, trazándose los planos de la que se llamaría Ciudad de los Reyes por haberse tomado la decisión de fundarla el 6 de enero de 1535. Los pobladores de Jauja son obligados a trasladarse a la nueva urbe y ayudar a la construcción de su primer edificio, la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.

Pizarro, entusiasmado con la fundación, dedica el año entero a impulsar las edificaciones. Treinta y seis casas se levantan en ese plazo sobre el trazado de calles con nombres de rancio sabor extremeño como las de Espaderos, Mantas o Bodegones. Capitanes como Riquelme, Ribera, Tello, Alonso Martín, Salcedo y Aliaga se establecen como ilustres vecinos con mansión propia. El propio gobernador se aposenta con la princesa inca Inés Huayllas y sus hijos en un edificio provisional mientras se erige un grandioso palacio.

Asentada suficientemente Lima, Pizarro revisa el estado de su gobernación. Encuentra satisfactoria la gestión llevada a cabo por Miguel Estete y las medidas por él tomadas en la nueva ciudad de Trujillo, dentro del fértil valle de Chimu. Confirma a Belalcázar en Quito con jurisdicción sobre Caxamalca, San Miguel y Puerto Viejo. Y estando en plena revista territorial, un inmigrante venido de la Península, llamado Cazalleja, le comunica oficiosamente que el Rey ha otorgado a Almagro la gobernación de la región de Chincha, donde se encuentra ubicada Cuzco, aunque los originales de las disposiciones reales con los términos concre-

tos de la concesión han quedado en poder de Hernando Pizarro, quien preparaba el regreso desde España.

A la vista de la situación y antes de que lleguen los despachos regios, Pizarro releva a Almagro en la gobernación de Cuzco encomendándole sólo los descubrimientos en tierras chiriguanas y, para sustituirle, vuelve a designar a su hermano Juan. Almagro, sin embargo, se niega a reconocer la autoridad de los Pizarro en su demarcación y dos de éstos, Juan y Diego, son apresados por Hernando de Soto con el pretexto de protegerlos.

Corre Francisco Pizarro a Cuzco, se entrevista con Almagro en la iglesia local y ante el Inca Manco, Hernando de Soto y los caciques de las tribus próximas, los dos socios se reconcilian. No obstante los favorables gestos, en el fondo nace ya un enconado enfrentamiento entre pizarristas y almagristas mucho más fuerte que los términos del acuerdo formal suscrito el 12 de junio de 1535. Consciente de ello y para evitar choques, Almagro prepara una expedición a las zonas no discutibles de su probable gobernación, a las que se da el nombre de Nueva Toledo, llevándose con él a la mayoría de los venidos con Pedro Alvarado, sobre quienes se había ganado una notable influencia. Como segundo, lleva de teniente a Rodrigo Ordóñez, hombre valeroso y experimentado en las guerras de Italia, donde tomó parte en el Saco de Roma.

Alejado Almagro con los suyos, Pizarro deja a su hermano Juan en Cuzco y vuelve a la Ciudad de los Reyes, donde se hace recibir triunfalmente y se comporta de un modo dispendioso regalando joyas a cuantos le piden favores. Envía al prudente y diplomático Alonso de Alvarado a conquistar las tierras chachapoyas mientras Sebastián de Belalcázar funda en la costa Santiago de Guayaquil y apresa, abandonado de los suyos, al belicoso Rumiñahuí, que muere con gran entereza sin proferir lamento ni confesar los lugares donde se había escondido el tesoro milenario de Quito. Este mismo capitán informa sobre la existencia del supuesto reino de El Dorado, cuyo soberano, según las leyendas, se revestía de oro en polvo, y comunica la localización del poderoso reino de los chinchas en las cercanías de Urabá.

Lima prospera en paz. El obispo de Tierra Firme levanta en ella una catedral y fray Miguel de Ordóñez funda un monasterio de la Merced. La tranquilidad y vida rutinaria animan a algunos vecinos a solicitar el regreso a la patria para disfrutar de las ganancias. Se prepara a tal fin un nuevo reparto que queda interrumpido por la llegada de Hernando

Pizarro. Éste se presenta con documentos reales en los que se amplía la gobernación reconocida a Francisco Pizarro en sesenta leguas a partir de las cuales se concedía un nuevo territorio gubernativo, de doscientas leguas de longitud, del que se hacía titular a Almagro. Esto zanjaba la cuestión de Cuzco dejándolo en área pizarrista y demostraba el reconocimiento de los méritos de Pizarro por el propio Rey, quien agradeció el enorme quinto recibido y el fabuloso regalo entregado, concediéndole la facultad de nombrar sucesor en el gobierno y la exclusiva de conquistas en el área de su jurisdicción. Además, el césar había entregado 36 cédulas firmadas en blanco para la fundación de otras tantas ciudades, con la condición de que Hernando volviera cuanto antes a la metrópoli con el oro últimamente recaudado y con un obsequio semejante al que se le hizo en la anterior ocasión.

Todo parecía estar en calma cuando una fuerte marejada de problemas sacude el territorio. Tizo, sobrino del Inca Manco, se subleva con los indios de los llanos. Manco trata de huir de Cuzco y es aprisionado por Juan Pizarro. Para restablecer la situación, Hernando es enviado a Cuzco con la investidura de teniente de gobernador y justicia mayor. Grandes contingentes de indígenas bajados de las sierras sitian Lima. La población se defiende, pero pierde todo contacto con el resto de las guarniciones, por lo que el gobernador envía por mar mensajes de socorro dirigidos a las autoridades de Panamá y a Hernán Cortés, a quien recuerda antiguas promesas de colaboración. El levantamiento general no cede durante meses pero, poco a poco, las incursiones a caballo van abriendo brecha en los dispositivos indios, que se debilitan por disminución de efectivos al llegar la época de las cosechas. Refuerzos de voluntarios van llegando en respuesta a las peticiones de auxilio.

En Cuzco, mientras tanto, las cosas no discurren mejor que en la capital. Hernando, fiado en las muestras de afecto del regio prisionero, dio libertad a Manco, quien escapó para ponerse al frente de centenares de miles de indios que, con nuevos generales, rodearon la ciudad colocándola al borde del aniquilamiento. Las casas se perdieron una a una cayendo incluso la fortaleza en manos de los asaltantes, mientras los edificios eran pasto de las llamas. En un desesperado contraataque, que permitió recuperar la fortaleza, murió Juan Pizarro, y sólo mediante continuados actos de heroísmo pequeños grupos de castellanos consiguieron efectuar salidas para proveer de alimentos a los cercados, abriéndose camino entre masas indias que utilizaban *ayllos,* o boleadoras, para

abatir los caballos y disponían de mosquetes y armas españolas capturadas en los combates. La reducida guarnición sufrió más de doscientos muertos.

Al descongestionarse la situación y disponer de efectivos llegados de Panamá, Pizarro envía hacia Cuzco, con órdenes de pacificar antes el valle de Jauja, a una columna de 500 hombres dirigida por Alonso. Una sustancial variante en la situación ocurre cuando Almagro, cuya expedición a Chile o Nueva Toledo ha fracasado, regresa, pacta con Manco y envía mensajes conminatorios a Hernando Pizarro y Alonso Alvarado para que depongan las armas y se sometan a su gobernación dando por supuesto que en ella se incluye Cuzco. Los almagristas se apoderan de la ciudad el 18 de abril de 1537, hacen prisioneros a los hermanos Pizarro y entregan la vara de alcalde a Gabriel Rojas, mientras el Inca Manco reanuda las hostilidades desistiendo de los tratos previos.

Enterado del desarrollo de los acontecimientos, Francisco Pizarro reacciona ordenando a Alonso Alvarado que se haga fuerte en la zona alcanzada y no ataque Cuzco hasta la llegada del propio gobernador, que pensaba dirigirse a ella a marchas forzosas con una fuerte columna. Sin embargo, sus planes se vienen abajo porque el 12 de julio los almagristas, capitaneados por el notable Ordóñez, sorprenden en Abancay y Apurinaj a Alvarado haciéndole preso junto con sus capitanes Lerma y Garcilaso. Ante lo cual, Pizarro adopta una actitud defensiva ordenando fortificar Lima y Trujillo mientras confía en que una embajada parlamentaria logre convencer a Almagro de su ilegal situación a la vista de las disposiciones reales. Encomienda tal cometido primero a Nicolás de Rivera y luego a sus antiguos socios los licenciados de la Gama y Espinosa. Entre tanto, da instrucciones para acelerar la fabricación de armas y pólvoras con que tener bien aprovisionado a su ejército, distribuye dádivas para atraerse a los tibios y dudosos y organiza una guardia personal o reserva con los mejores arcabuceros y lanceros nombrando maestre de campo a Pedro Valdivia.

El panorama político peruano en estos momentos es complicado. Persiste el levantamiento de los indios, especialmente en la zona de Cuzco, donde Ordóñez derrota a la gente de Manco alejando el peligro. La división entre cristianos se ahonda y radicaliza si bien, todavía, no llega a degenerar en choques armados. Belalcázar desde Quito envía a Lima frecuentes cartas con expresiones de obediencia pero, en la práctica, actúa de forma autónoma y efectiva dedicándose a poblar y conquistar en bus-

ca de El Dorado. Almagro en Cuzco, con los hermanos Pizarro como rehenes y Ordóñez como jefe militar, se erige en gobernador independiente dedicándose a ampliar su esfera de gobernación, especialmente sobre Chincha. Francisco Pizarro controla el resto del territorio y para recuperar la integridad del poder que le corresponde se prepara para la guerra robusteciendo sus fuerzas armadas y recurre a métodos diplomáticos y negociadores, sin excesivos escrúpulos morales, para someter a los insumisos. Contra Belalcázar envía a Lorenzo de Aldama en calidad de simple visitador, pero con instrucciones y cédulas secretas que le capacitan para asumir funciones trascendentes a medida que las circunstancias se lo permitan. En el pleito con Almagro, muerto repentinamente su hábil socio Espinosa, juega la baza del Provincial de la Orden de la Merced, padre Bobadilla, para que actúe como árbitro componedor en las negociaciones con los almagristas. Con estas medidas y tras múltiples avatares, consigue que el 24 de noviembre de 1537 las dos partes enfrentadas firmen un acuerdo comprometiéndose a desmontar sus ejércitos y a esperar la sentencia de un juez de límites nombrado por el Rey. Se concede a Almagro un puerto y un navío para comunicarse con el exterior, debiendo en cambio despoblar Chincha.

Como Almagro se niega a liberar a Hernando Pizarro, el gobernador general rompe parcialmente el pacto jurado apoyándose en unas reales disposiciones y cédulas traídas de Castilla por Pedro Ansúrez de Camporredondo que exigían a todos esperar la decisión sobre los límites del Consejo de Indias. De nuevo se agrian las mutuas relaciones pero, finalmente, Hernando Pizarro es dejado en libertad y se reincorpora a Lima jurando vengarse de las afrentas sufridas.

Libre Francisco Pizarro de temores sobre posibles represalias familiares e instigado por el odio enfermizo de su hermano Hernando, abandona la actitud negociadora y exige terminantemente la devolución de Cuzco. Una verdadera guerra civil estalla entre los pizarristas o bando de «Pachacamá» y los almagristas o bando de «Chile». Los españoles se enfrentan entre sí en sangrientos encuentros y tras diversas alternativas, el 6 de abril de 1538, Domingo de Ramos, se produce el desenlace en la batalla de Salinas. En ella, las fuerzas de los pachacamás, dirigidas por Hernando Pizarro con la colaboración de capitanes tan distinguidos como Valdivia, Moscoso, Peransúrez, Gonzalo Pizarro y Alonso Alvarado, se enfrentan al ejército de los «chilenos», compuesto por 500 castellanos, 200 de ellos a caballo, apoyados por 6.000 indios de Paulo

Inca, hermano de Manco, bajo el mando general de Ordóñez. Una multitud de indígenas venidos de todos los valles contemplan desde las alturas la feroz pelea fratricida, que termina cuando el soldado Fuentes decapita sobre el propio campo al general Ordóñez y el burgalés Lerma es acribillado y rematado provocando la rendición de los almagristas.

Hernando, posesionado de Cuzco, organiza diversas expediciones conquistadoras para alejar de la ciudad muchos efectivos de lealtad dudosa. Envía a Pedro Gandía a la región de Ambaya, a Alfonso Mercadillo a la de Chupayos y a Pedro Vergara a la de Bracamoros. Y, sin piedad, encierra al viejo y achacoso Almagro sometiéndole a un riguroso proceso.

Francisco Pizarro, que se ha mantenido en los llanos durante el conflicto, aloja en su casa al hijo del vencido, Almagro el Mozo, y se dirige a Cuzco con públicas manifestaciones de afecto hacia su antiguo socio y la aparente pretensión de sustraerlo a las iras del cruel Hernando. Pero no se apresura dando tiempo a que aquél acelere el trabajo de los escribanos y, escudándose en una supuesta conjura liberadora preparada por el capitán Mesa, procede a ejecutar con garrote a Almagro en la prisión, para decapitar después su cadáver en la plaza como muestra de la justicia aplicada a quienes se rebelaban contra el poder legítimo.

Cuando la tragedia se ha consumado y mientras Hernando recorre distintos destacamentos para terminar de desarmar a los «chiles» dando muerte también a Mesa, Francisco Pizarro se instala en Cuzco y procede a terminar con la crónica rebeldía de Manco, refugiado en Viticos. Trata primero de atraerlo mandándole emisarios con ofertas de paz y olvido, pero el Inca responde matando a los correos. Envía después para reducirle una columna dirigida por el factor Yllan Suárez de Carvajal y el capitán Villadiego. Éste, inexperto por ser un recién llegado, comete el error de agotar a sus tropas en marchas forzadas haciéndolas alcanzar, extenuadas, las alturas cercanas a Vilcas, donde el Inca, montado a caballo como otros de sus principales y con grandes efectivos armados, les ataca y arrolla ocasionando veintitrés muertos a los castellanos, entre los que figura su capitán. La derrota enfurece al gobernador general, quien se prepara para dirigir en persona una definitiva expedición de castigo, pero la simple noticia de los preparativos inducen a Manco a levantar el campo y replegarse sobre el reducto de Viticos. Por su parte, Gonzalo Pizarro bate en Cochabamba a una fuerte confederación de caciques y logra el acatamiento y pacificación de los consara y pocona.

Concluida la lucha con Almagro, dominada la mayor parte del país,

Pizarro se consagra a completar la infraestructura que permita facilitar la gobernación del enorme territorio. Las nuevas empresas de poblamiento, además, obligan a permanecer en actividad a los inquietos componentes de la colonia española.

Su personal posición respecto a la metrópoli ofrece rasgos contradictorios. De una parte, el Monarca reinante le colma de honores por sus éxitos concediéndole el ansiado título de maqués de la Conquista. Pero también la Corona, enojada por las disputas intestinas del Perú, está a punto de enviar un juez de residencia que aclare y exija responsabilidades. La designación recae en Vasco de Castro, a quien se oponen múltiples intrigas para entorpecer su llegada al territorio.

La ejecución de las órdenes reales que mandaban hacer un general repartimiento de tierras origina un creciente descontento interno. Pocos quedan satisfechos, acusando a Pizarro unos de parcialidad con los suyos y otros de ingratitud con sus leales de siempre. Los más indignados son los vencidos almagristas, muchos de los cuales quedan reducidos a situaciones de estrechez y casi de miseria agrupándose, poco a poco, en torno a Diego Almagro el Mozo. Las provocaciones a que son sometidos por el secretario de Pizarro, Antonio Picado, acentúan el malestar y favorecen la organización de una conjura para matar al gobernador. Los avisos que éste recibe al respecto son despreciados.

Sólo después de reiterados ruegos de los suyos, accede Pizarro a ordenar el apresamiento del grupo de Chile y la apertura de la correspondiente información. A la medida se anticipan los afectados, que en número próximo a la treintena y dirigidos por Juan de Rada invaden el palacio del Gobierno al grito de «Viva el Rey y mueran los tiranos». La guardia y servidumbre apenas ofrecen resistencia. El viejo gobernador, a sus 63 años, les hace frente acompañado de un mínimo número de fieles, entre los que estaba su hermanastro Martín de Alcántara. Una estocada en el cuello acaba con el caudillo y con él pierden la vida su hermanastro y los pajes Cardona y Vargas. La casa es saqueada. La intervención del obispo de Quito impide que el cadáver sea ultrajado y conducido al rollo, pero los almagristas se apoderan del gobierno municipal, nombran regidores, apresan a numerosos vecinos y persiguen desaforadamente al cobarde Picado. Doña Inés de Muñoz, cuñada de Pizarro, amortaja los cadáveres, los entierra provisionalmente en una iglesia y salva la vida de los hijos del marqués escondiéndolos en conventos y casas amigas.

La muerte de Pizarro origina la llamada «Guerra de Chupas», finali-

zada con la muerte del Mozo y sus principales camaradas. Hernando Pizarro no regresa a América, casándose en España con Francisca, hija de su hermano el conquistador. Gonzalo Pizarro, que a punto estuvo de descubrir el curso total del Amazonas, volvió deshecho a Quito para dedicar el resto de su existencia a otra pendencia civil.

Perú quedó convertido en un semillero de discordias, pero la obra del gran Francisco Pizarro hizo también del país la sólida plataforma que no sólo proveyó de inmensas riquezas a España sino que permitió rematar su acción continental extendiendo los dominios de Castilla a Colombia, la Amazonía, Chile y el cono sur americano.

Consideraciones estratégicas

1. *Situación dialéctica*

La expansión de España hacia el sur siguiendo el litoral del Pacífico se produce poco después del asalto a la América del Norte protagonizado por Hernán Cortés. La situación existente en las altas esferas del Estado español cambia muy poco. Desde ellas, se sigue observando con interés cuanto acontece en las Indias, pero no se les dedica una atención preferente, porque los sucesos internos y las inquietudes europeas absorben las mayores energías.

Después de un primer y breve contacto con Castilla, Carlos I pasa a Aragón, donde trata, en las cortes de Zaragoza y Barcelona, de obtener recursos y apoyos para su candidatura al trono imperial de los Habsburgo. Sin demasiado éxito en sus gestiones y cuando se encuentra en serios apuros económicos, en diciembre de 1519, le llega un inesperado regalo de oro mejicano enviado por Cortés. La largueza de los tesoros recibidos asombra al monarca cuyos ojos se vuelven a las Indias como filón de riquezas digno de ser tenido muy en cuenta para financiar sus empresas europeas. Pero su atención es fugaz, puesto que, abierta la sucesión al Imperio, necesitaba marchar con urgencia a los Países Bajos, camino de Alemania.

En marzo de 1520, en rápidas jornadas, Carlos vuelve a Castilla, convoca las Cortes Generales para celebrar sesiones en Santiago y La Coruña y se prepara para embarcar rumbo al canal de la Mancha. A su paso por Burgos y Valladolid detecta crecientes signos de hostilidad popular. Los

castellanos se sienten ofendidos por ser su Rey un extranjero desconocedor de su lengua, porque se rodea de una Corte de flamencos que ocupan los puestos clave del Estado ignorando las particularidades del país, porque ha permanecido más tiempo en Aragón que en Castilla y porque pretende recaudar, antes de tiempo, impuestos que empobrecen a la ciudadanía. El malestar es palpable durante el desarrollo de las Cortes de Santiago-La Coruña, que, después de varias alternativas, aceptan la recaudación del subsidio solicitado. A finales de abril, Carlos abandona España y, tras permanecer algún tiempo en Inglaterra y los Países Bajos, logra ser coronado Emperador Electo Romano en Aix-le-Chapelle el 23 de octubre de 1520.

A poco de su salida de España, en ésta se producen graves conflictos internos mal controlados por el regente provisional Adriano de Utrech. En Castilla se levantan los comuneros y en Valencia la Germanía o Hermandad.

El 1521 es decisivo para el gobierno del Emperador, que, desde su Corte europea, refuerza la regencia española asociando a ella las prestigiosas figuras del almirante y el condestable de Castilla. Los comuneros, mal dirigidos y divididos, consiguen apoderarse en Tordesillas de la Reina Juana, sin lograr que ésta refrende sus propósitos. Vencedores de los realistas en Torrelobatón, su rectora Junta de Ávila no acierta a sumar a su bando muchas de las provincias castellanas, extremeñas y andaluzas, que se declaran favorables al Rey. Las rencillas provocan la deserción de algunos de sus jefes como Pedro Girón y Laso de la Vega. Su débil moral provoca su ruina en Villalar, donde los sublevados huyen y es apresado Juan de Padilla, quien, con muy pocos fieles, ofrece una heroica e inútil resistencia. Ajusticiado el cabecilla y ocupado el último reducto, Toledo, pese a la obstinada oposición de la enérgica María Pacheco, viuda de Padilla, y del belicoso obispo Acuña, la rebelión se extingue.

Solapándose con el movimiento anterior, Navarra es invadida por un ejército francés al mando de André de Foi, que llega hasta Logroño para ser rechazado, primero, por espontáneos grupos españolistas y, al fin, vencido en Noain por tropas reales.

En Valencia y Baleares el movimiento de la Germanía cristaliza y se apunta victorias sobre los gobernantes locales en Játiva y Gandía, pero, como consecuencia de algunos reveses en Oropesa y Almenara, los juramentados se descomponen, rindiéndose después de la captura de su dirigente Peris, quien de inmediato es cuarteado.

Con toda esta serie de acontecimientos y conmociones que se suceden entre 1517 y 1522, los asuntos de Indias quedan sólo atendidos por los funcionarios de la Casa de Contratación y los especializados miembros del Consejo de Castilla, quienes actúan con arreglo a los planes estratégicos anteriores sin tener capacidad ni ocasión de concebir otros nuevos.

A mediados de 1522 Carlos I regresa a España, entrando por Santander. Llega revestido de la dignidad imperial, ya habla castellano, de su séquito han desaparecido los flamencos y le respalda un cuerpo de 3.000 lansquenetes con un tren de artillería de 74 cañones. Sus primeros actos revelan decisión y prudencia al ordenar el ajusticiamiento de los cabecillas de las rebeliones y tratar con benignidad al resto.

Los años siguientes son en España de euforia. Se aprecia el gobierno de un monarca firme y se celebran sus éxitos europeos. La lucha contra el luteranismo cala muy hondo en las católicas estructuras hispanas y el orgullo y la admiración crecen al contemplar la pompa con que embajadas del mundo entero acuden a solicitar la libertad de Francisco I de Francia, vencido y preso en Pavía.

El Emperador reestructura la gobernación del Estado. Su primer ministro es el prudente piamontés Gattinara, a quien suceden, en 1530, dos secretarios. Uno, Granvela, se ocupa de los asuntos del Imperio. El otro, Francisco de los Cobos, atiende las cuestiones de España, Italia e Indias, de las que también se ocupan una serie de órganos colegiados entre los que descuellan el Consejo de Estado, el Consejo Real de Castilla y el Consejo de Indias, este último institucionalizado en 1524, al morir el obispo Fonseca.

Desde su inicio, el Emperador se reserva la presidencia del Consejo de Indias, si bien el nombramiento de presidente nominal recae en el Gran Canciller de las Indias, junto al cual se designan ocho consejeros, un fiscal y dos secretarios con un matemático y un geógrafo como asesores permanentes. Las competencias de la institución son muy amplias. Posee amplias facultades legislativas, pues debe traducir en disposiciones con rango de ley las decisiones de la Corona. Administrativamente provee los principales indianos, les asigna cometidos y fija los límites territoriales de jurisdicción y competencia. Es también tribunal superior de apelación e, incluso, interviene en algunos casos en primera instancia, concediendo siempre el plazo de un año para dar lugar a que los asuntos correspondientes a los dominios ultramarinos pudiesen llegar a España.

Su primer presidente y sucesor del todopoderoso factor de la temática indiana, Juan Rodríguez de Fonseca, es Francisco García de Loaisa, confesor del Emperador y superior de la Orden de los Dominicos en España, quien impregna de preocupación religiosa toda la producción legal emanada del Consejo. Sobre él ejerce notable influencia su hermano de hábito fray Bartolomé de las Casas, primero monje recluido en el monasterio de Santo Domingo, prior en Puerto Plata, después. Elevado Loaisa a cardenal en 1530, durante su permanencia en Roma fue sustituido nominalmente por el conde de Osorio y en la práctica por Francisco de los Cobos. Pese al sentido político de éste, Loaisa impone sus criterios al Consejo, arrinconando toda iniciativa de carácter estratégico para aplicarse a buscar las bases de una convivencia hispano-india con criterios cristianos. Sus disposiciones pretenden organizar la administración de los dominios, defender los derechos de los nativos y controlar a los virreyes, adelantados y gobernadores regulando las informaciones y juicios de residencia. Este sentido tienen las Ordenanzas de 1534, 1536 y 1539, que son recopiladas en las Nuevas Leyes de Indias firmadas por Carlos I en Barcelona, el 20 de noviembre de 1542.

Bajo esta batuta superior que vigila y controla sin impulsar iniciativas de nuevo orden, actúa el cada vez más voluminoso y poderoso órgano burocrático formado por la Casa de Contratación, asentada en Sevilla. Cada uno de sus tres jueces oficiales dirige un verdadero ministerio y la Casa dispone de capilla y prisión propias. La oficina del Piloto Mayor, la de Correos y la Escuela de Navegación son la admiración de los visitantes extranjeros y contribuyen a ejercer una continua influencia en el tráfico hacia las Indias y en cuanto en aquéllas se produce.

Como consecuencia de la estructura y actividad de estos importantes órganos de dirección y gestión, la obra de la Corona en estos tiempos es fundamentalmente consolidadora y se dirige a ordenar y organizar lo dominado. La labor de conquista queda en manos de los asentados al otro lado del océano, los cuales deben asumir las empresas expansivas buscando para ello la financiación precisa. Aunque, eso sí, debiendo dar cuenta inmediata de sus pasos a las autoridades coloniales y metropolitanas, aceptando la presencia vigilante de funcionarios en todas las expediciones y entregando inexorablemente a los representantes del Tesoro hasta el último maravedí de la parte del botín correspondiente al Emperador.

La confrontación entre los españoles y las masas pobladoras del Nuevo Mundo, en esta fase, se desarrolla sin apenas intervención ofensiva del

Estado. En el norte, los dominios de España crecen como una mancha de aceite a consecuencia de la tremenda impresión producida por la caída del imperio azteca, que ha anonadado a los pueblos colindantes. Allí, la presión expansiva proviene de Cortés y sus capitanes. En el centro, tras un largo período de relativa estabilidad sin notorios cambios, el viaje de Andagoya despierta el interés ofensivo. Sus relatos sobre un fabuloso imperio instalado en las meridionales costas del Pacífico animan a los colonos locales, que hacen llegar a España sus proyectos expedicionarios obteniendo una autorización formal poco entusiasta y magra de respaldo material. Pese a ello, el centro de gravedad del proceso conquistador se traslada hacia esta zona.

2. *Estrategas del momento*

En la cumbre del Estado español, durante la primera parte del reinado de Carlos I, no se distingue la actuación de verdaderos estrategas o dirigentes creadores de naturaleza político-militar. Las ausencias del Rey, primero, y sus preocupaciones imperiales, luego, apartan al monarca de la problemática indiana. Ésta queda en manos del tecnócrata Rodríguez de Fonseca, muy preocupado por el buen orden de los asuntos ultramarinos, pero sin dotes de conductor creativo. Su sucesor, García de Loaisa, carece de mentalidad guerrera. Es un espíritu religioso investido de gobernante profundamente peocupado por implantar la justicia y dirigir con rectitud las relaciones políticas en las lejanas tierras de allende los mares. Otros personajes influyentes en las altas esferas, como el secretario Cobos, contemplan los territorios americanos con un interés prioritariamente económico para tratar de obtener en ellos los recursos ansiosamente reclamados por los negocios internos e internacionales. Por tanto, la labor del conjunto dirigente se preocupa mucho más de consolidar lo ya obtenido que de lanzarse a nuevas aventuras.

En la plataforma mexicana continúa en estos años la gran figura del estratega Cortés. Su labor pacificadora y consolidadora sigue siendo impresionante. También lo son sus expediciones a las Higueras y las que encomienda a Alvarado hacia Guatemala, y hacia Honduras a Olid, que se le rebela.

En sus cartas solicita al Emperador que se emprendan expediciones hacia La Florida, en el Atlántico y por las costas del Pacífico hacia el sur y hacia California. Pero su energía es asfixiada desde España, donde se

teme su posible independencia y se le llega a ordenar un juicio de residencia. Indignado por ello, se presenta en la Corte en 1528, donde es festejado y colmado de honores. Confirmado en el cargo de capitán general de Nueva España se le mutila, en cambio, su poder civil al designarse primer virrey del nuevo continente a Antonio de Mendoza. Retirado en Cuernavaca, aún acomete algunas expediciones en las que llega hasta la Baja California, pero sin capacidad práctica para poblar por los obstáculos que le levanta el nuevo gobernante y que le obligan, finalmente, a regresar a España.

Cuando en el norte declina la estrella de Cortés en Panamá surge, pujante, otra de no menor brillo. Es un veterano, casi viejo, soldado curtido en las duras campañas del istmo. Analfabeto, ha conseguido amasar una pequeña fortuna y se ha instalado como encomendadero. Hasta ahora se ha distinguido por su bravura y subordinación sin que su personalidad destaque de forma sobresaliente. Parece un hombre acabado y llamado a terminar sus días en la tranquilidad muelle de la retaguardia colonial. Pero es una furia de la Naturaleza contenida hasta que las circunstancias le dan ocasión de estallar. Es un jefe nato, predestinado para mandar. Posee un carácter violento y sin escrúpulos, capaz de imponerse a todos en todo momento, combinado con una extraña sensibilidad que entusiasma a sus seguidores hasta el fanatismo. Como Hernán Cortés, es valeroso hasta la temeridad, exigente consigo mismo, inasequible al sufrimiento y al desaliento, inteligente, flexible e imaginativo. Pero más allá de estas cualidades comunes, su comportamiento es casi la antítesis del otro gran capitán extremeño. Lo que en Cortés es reflexión y cálculo en Pizarro es pasión e ímpetu. Lo que aquél tiene de cerebral, éste lo tiene de instintivo.

Francisco Pizarro, en un nuevo momento de relajamiento conquistador del Estado, va a ser la figura que conciba, dirija y ejecute el asalto español al sur continental americano. Su condición de gran conductor político-militar quedará acreditada al dominar el gran imperio inca, proporcionando a España la segunda gran plataforma que, como la mexicana, le permitirá la posesión estable de todo el continente.

3. *Plan estratégico inicial*

Durante la etapa inicial del reinado de Carlos I, con las conmociones producidas al asentarse en el Trono, ni él ni los responsables de la direc-

ción nacional se encuentran en condiciones de atender con sosiego la situación de ultramar para introducir grandes modificaciones en su curso. Las preocupaciones estatales prioritarias y la ausencia de estrategas superiores impiden la formulación de nuevos planes generales, ante lo cual el engranaje administrativo prosigue actuando con arreglo a los precedentes. En la metrópoli, los asuntos del Nuevo Mundo se tratan de forma rutinaria, dejándose la iniciativa operativa a los expedicionarios, lo que propicia actuaciones como la de Hernán Cortés.

Poco a poco van conociéndose los éxitos del capitán extremeño y la Corona se percata de la ingente magnitud de su empresa. Las remesas de oro que llegan a la Península demuestran el potencial de riqueza encerrado en los remotos dominios. Los registros efectuados por los geógrafos certifican la enorme extensión de los territorios conquistados. Las informaciones llegadas de la otra orilla atlántica exponen el peculiar comportamiento de un capitán general que, en franca rebeldía con su gobernador, ha conseguido ocupar y pacificar la Nueva España. Todo esto despierta un renovado interés por los asuntos americanos, pero también suscita hondas preocupaciones. Los sucesores de Fonseca consideran suficiente lo conseguido en el aspecto territorial. Hombres de rígida conciencia religiosa, mucho más inclinados a la reflexión que a la acción, adoptan una postura conservadora. Se consideran satisfechos con lo ya logrado porque suponen, con lógica, que una mayor extensión sería difícil de controlar con los elementos y efectivos disponibles. Desean establecer un orden político equilibrado en las colonias a imagen y semejanza del castellano. Quieren hacer efectiva la evangelización, siempre perseguida. Aspiran a explotar las riquezas coloniales para fortalecer las arcas del Tesoro público. Y pretenden, por encima de todo, asegurarse la posesión permanente de lo conquistado cerrándolo a las apetencias extranjeras y a las veleidades separatistas.

Como ha venido ocurriendo en las fases anteriores, cuando Carlos I se afianza en el Trono no hace que se redacte un plan completo de actividad estratégica digno de ser conservado en los archivos, pero obra como si lo hubiera sancionado con la mejor de sus firmas colocándole todos los sellos de su autoridad. Bajo su cetro, el Estado español adopta medidas coherentes que apuntan a una suprema *finalidad:* consolidar lo conquistado para pacificar los dominios, cristianizarlos, españolizar su población y extraer del conjunto la riqueza posible. A tales efectos, la *idea de actuación* que parece presidir las iniciativas se orienta a reservar la fuer-

za para respaldar el poder de los representantes reales en las colonias e implantar en ellas una Administración eficaz del mismo estilo que la castellana. Los eslabones de ésta deben ser múltiples y con limitadas facultades individuales, estrechamente dependientes de la Corona a fin de impedir excesos de autonomía capaces de derivar hacia el separatismo y difíciles de corregir por causa de la distancia. La seguridad del conjunto frente a posibles apetencias extranjeras se confía a los órganos responsables de la política exterior europea, que habrán de extender una espesa red de tratados y enlaces matrimoniales reales capaces de distraer a las cancillerías de la temática americana ofreciéndoles motivos de atención más sugestivos y tentadores en el Viejo Continente. Los objetivos a lograr son: el establecimiento de un orden legal semejante al de Castilla, que afiance la estabilidad y conceda al indio la ciudadanía a través de su conversión al cristianismo; la instalación de un cuerpo de gobernantes de plena confianza real que garantice el cumplimiento de sus disposiciones y la custodia de sus intereses; el desarrollo de una malla burocrática que interrelacione las competencias dificultando la adopción de iniciativas y facilite la vigilancia permanente en los extremos y remotos dominios, y la búsqueda de estímulos que propicien la obtención de riquezas con financiación preferentemente privada e inevitable participación real en los beneficios.

La *misión* derivada de este planteamiento se asigna al Consejo de Indias, que dispondrá para cumplirla de un fuerte crédito legislativo otorgado por el Emperador, del auxilio técnico-administrativo proporcionado por la Casa de Contratación y del ejército de funcionarios desplegado en ultramar, cuyo nombramiento, dependencia y ámbito de poder se señalan desde el Consejo.

El plan, de naturaleza preponderantemente política y de claro carácter defensivo, impone dos *condiciones de ejecución* previas. La de regular la emigración para evitar el asentamiento colonial de grupos que dificulten la castellanización. Y la de controlar minuciosamente el comercio a fin de que no puedan desviarse los recursos sacados del Nuevo Continente.

A nivel operativo, los planes que concibe Cortés y somete a la sanción real se quedan en simples proyectos por causa de recelo gubernamental. Los que surgen en el área de Panamá ofrecen una naturaleza inicialmente comercial sin sentido estratégico.

En Panamá y Tierra Firme, al comienzo de la fase se encuentra el anciano Pedrarias, preocupado por defender de competidores lo que con-

sidera un personal coto de dominio. Inquieto por la expansión del foco encendido por Cortés, trata de cerrarle el paso ocupando Nicaragua pero facilita escasos medios al encargado de la ocupación por su enfermizo temor a las emancipaciones. Su espíritu, carente de empuje, no puede consentir intentos de progresión a lo largo del litoral atlántico, hacia el sur, porque le consta la existencia de belicosas tribus indígenas. Desoye las incitaciones de Andagoya, dado que penetrar en el Pacífico meridional es internarse en lo desconocido. Sólo se muestra propicio a autorizar empresas mercantiles de corto alcance que no comprometan sus fuerzas y recursos garantizándole una alta participación en los beneficios. Será una de ellas la que inicie un proceso que acabará alcanzando la mayor importancia estratégica.

Quien primero se percata del valor que pueden encerrar las noticias facilitadas por Andagoya no es ni un gobernante ni un militar sino Gaspar de Espinosa, un capitalista con alto sentido de empresa comercial. Y quien acierta a elaborar un proyecto viable eligiendo los directores idóneos es Hernando Luque, sacerdote aburguesado que merece pasar a la historia como consumado descubridor de talentos. Pizarro y Almagro no intervienen inicialmente como planificadores, sino como meros ejecutantes que aceptan la responsabilidad de dirigir una expedición cuyo fin último radica en establecer relaciones comerciales con un legendario imperio. Los planes de ambición estratégica empezarán a formularse mucho después, cuando los capitanes acumulen información y experiencia. Posiblemente la concepción básica se produzca en el apartado retiro de Chicamá, donde Almagro y Pizarro tienen ocasión de revisar acontecimientos y de programar expectativas. Pero la maduración definitiva de la idea conquistadora debe ocurrir en el tiempo de forzosa espera que consume Francisco Pizarro en la isla del Gallo. Luego, las circunstancias de cada momento le obligarán a establecer planes concretos de campaña siempre derivados de la idea general.

4. *Comportamiento operativo*

Desde que Pizarro acepta incorporarse a la empresa, revela una enérgica personalidad y se comporta con un estilo inimitable que mantendrá a lo largo de todo su proceso conquistador. Exige a los financieros la formalización de un contrato de compañía que reconozca su condición de

socio e impone la incorporación a la empresa de su amigo Almagro. Se reserva el mando operativo y descarga en su colega la responsabilidad logística. Una vez dispuesto a acometer el empeño no le importa endeudarse invirtiendo todos sus ahorros y reservas. La impaciencia domina su ser negándose a esperar que la flotilla se complete para lanzarse a la acción en cuanto dispone del primero de los barcos. El ritmo que impone a la expedición es febril. Ordena avanzar continuamente, pese a las lluvias y tempestades, hasta la extenuación de los tripulantes. Cuando las provisiones se agotan se mantiene en la posición alcanzada sin siquiera considerar la posibilidad de repliegue. Apenas cuenta con recursos para sobrevivir, reanuda el avance para aceptar la renuncia al intento sólo cuando las bajas superan el 30 por ciento de los efectivos, dejándole materialmente sin fuerzas. En su espíritu, el forzado regreso le abruma como una pesadilla. Para él, los tremendos esfuerzos realizados no son un paliativo de la íntima sensación de fracaso y, avergonzado, se esconde en Chicamá para no ver menoscabado su orgullo en la ciudad de origen.

La adversidad y el fracaso le paralizan momentáneamente pero no le abaten. En cuanto Alvarado le tienta para proseguir, olvida el pasado y vuelve a la carga.

La segunda tentativa de Pizarro y Almagro es casi reproducción de la primera. Formalizan un contrato de sociedad con los capitalistas. Navegan hacia el sur deteniéndose en los ríos San Juan y Santiago por agotamiento de las tripulaciones. En ambos puntos, después de discrepar sobre la actitud a tomar, Pizarro queda en tierra para evitar que la empresa termine en un regreso prematuro y Almagro retrocede para buscar provisiones y refuerzos. La segunda espera tiene un final épico en la isla del Gallo. El nuevo gobernador, conforme a la política conservadora de España en aquel momento, pretende dar por finalizada la empresa evacuando a los expedicionarios sobre Panamá. Pero Pizarro se niega y, con el verbo y el gesto encendidos, convence a trece de sus hombres para que le acompañen.

Más de 150 días permanece el destacamento pizarrista en las desoladas islas del Gallo y Gorgona. Cinco meses de privaciones y de soledad, perdidos en los confines del mundo con la remota esperanza de que Pedro de los Ríos autorice la continuación de la sociedad y de que los socios acepten el envío de refuerzos. Cinco meses de calvario capaces de enloquecer a los espíritus más fuertes de no mediar la instintiva sabiduría del capitán. Éste, para combatir la inactividad, el mayor de los peli-

gros, somete a sus hombres a un vertiginoso ritmo de trabajo. Aun sin existir riesgos inmediatos, establece rigurosos turnos de guardia, agotadores tiempos de vigilancia, duras obras de albañilería y tareas propias de artesanos que obligan a olvidar la soledad y crean un artificial ambiente de normalidad ciudadana, asfixiando la añoranza con el cansancio físico. Mantiene así en forma los cuerpos y los espíritus hasta el punto de que, llegados los permisos y los auxilios, aquellos antecesores del imaginado Robinson Crusoe no se plantean ni por un instante volver a la civilización. Prefieren seguir a su irrefrenable jefe en un único y vulnerable navío por la temible ruta del sur.

La minúscula expedición fondea ante Túmbez con tanta insolencia como si estuviera protegida por una poderosa armada y aun se atreve a internarse en lo desconocido porque los amistosos indios les han hablado de una mítica ciudad llamada Chincha. Próximo a terminar el plazo concedido por el gobernador, el navío regresa a Panamá cargado de ricos presentes obtenidos por rescate y con la gente de a bordo eufórica por los indicios de riqueza observados en el país del Perú. Su capitán trae las pruebas de que no es una quimera el objeto perseguido por la compañía mercantil a la que pertenece y sueña con explotar lo entrevisto apoderándose del espacio incaico.

El gobernador, consecuente con las instrucciones recibidas, se niega a prorrogar de nuevo la licencia de compañía y los socios se gastan sus últimos ahorros en enviar a Pizarro a la Corte para buscar el refrendo real y la necesaria financiación. La comisión que le encargan es puntual y concreta. Todos, él el primero, han acordado solemnemente qué cargos deben solicitarse y quiénes han de desempeñarlos mediante nominación oficial.

Pese a sus cincuenta años, edad avanzada para la época, Pizarro cruza el Atlántico con todo preparado para efectuar una espectacular entrada en la Corte. Sin embargo, las circunstancias no le favorecen al desembarcar en Sevilla. Por formalismos jurídicos se encuentra preso y con sus modestos medios embargados. La coincidente llegada de Cortés con una deslumbrante comitiva eclipsa cualquier otro intento de impresionar con las apariencias. Pero este cúmulo de contrariedades tampoco influye en quien salió de España miserable y regresa ansioso de gloria. Apenas liberado, organiza su pequeño circo de indígenas y llamas para presentarse en Toledo con la mayor pompa.

El antiguo porquerizo no se amilana ante la impresionante majestad

del Rey más poderoso de la cristiandad. Su fuerte personalidad sugestiona al Emperador convenciéndole de cuanto solicita. Tan ambicioso de poder como libre de escrúpulos, Pizarro olvida los compromisos adquiridos con sus socios pidiendo para ellos modestos nombramientos y para sí los títulos de gobernador y capitán general. Y lo consigue todo, incluso que —contra el criterio defensivo general— la Corona comprometa importantes recursos en su empresa y autorice con todo detalle una ambiciosa operación de conquista.

Como de costumbre, la reacción de Pizarro tras obtener las favorables capitulaciones es arrolladora. Haciendo ostentación de lujo marcha a su pueblo natal para asombrar a los antiguos vecinos. Emprende una rápida recluta de voluntarios. Incorpora a sus tres hermanos en los puestos de mayor categoría para asegurarse la fidelidad más absoluta en la cumbre de la expedición. Organiza la armada apresuradamente y, con engaños y trampas, burla a quienes pretenden enredarle en las reglamentarias redes burocráticas. La prisa le espolea, haciéndole ordenar la salida de su armada cuando aún se encuentra a falta de considerables efectivos.

En Tierra Firme, Pizarro utiliza la técnica de los hechos consumados para resignar a sus indignados socios y vuelve a la acción con idéntico estilo al de sus primeras incursiones. Se adelanta a la flota. No espera los elementos que ha de aportar Almagro, lanzándose sin vacilaciones sobre la conocida zona del río Santiago. La acción atrae como un imán al acero de su carácter y en ella se sumerge con ímpetu volcánico.

Refugiado en el puerto de San Mateo, estima peligroso el encierro en las bodegas de los hombres de armas y las bestias de carga. Teme que la quietud enmohezca las almas y los cuerpos, por lo cual ordena a la caballería la realización de duras marchas terrestres, en tanto la flota navega sin perder de vista las orillas. Personalmente encabeza la esforzada progresión para predicar con el ejemplo y curtir en el sacrificio el espíritu de sus noveles soldados. Coaque es su primer objetivo. Allí permite un fugaz pillaje y reparte con puntualidad el botín a fin de que sus soldados de fortuna empiecen a sentirse materialmente satisfechos de la empresa. Restablece de inmediato la paz y despacha las naves a Panamá y Nicaragua para buscar refuerzos, mientras él, con un puñado de elegidos, permanece en el tórrido destacamento conquistado.

Tras meses de difícil aislamiento, en cuanto se entera de que están preparados los refuerzos, sin esperarlos, se dirige a Túmbez aprovechando el reverencial asombro de los nativos hacia los jinetes hispanos. Reci-

be con afecto a los caciques amistosos y castiga con crueldad cualquier agresión a su tropa. Se informa de las disensiones existentes entre Atahualpa y Huascar y las utiliza en beneficio propio tomando partido por uno u otro sin escrúpulo alguno. Los combates de Puná y Túmbez demuestran su gran capacidad táctica, que se reafirma en el audaz avance hasta San Miguel efectuado con un método digno del mejor general. Detrás deja siempre una base de operaciones capaz de canalizar los apoyos logísticos y de garantizar la acogida en caso de forzosa retirada. Por delante envía una rápida vanguardia que reconoce los caminos, explora el territorio, asegura los pasos difíciles y acomete toda formación indígena localizada dedicándose al saqueo para acumular riquezas. En medio, marcha el grueso con el capitán, que se esfuerza en pacificar lo alterado buscando alianzas y evangelizando poblaciones.

Elige con acierto un nuevo centro de operaciones en un rico valle y funda San Miguel, donde concibe y plantea el definitivo plan estratégico de conquista. La finalidad última es dominar el inmenso imperio de los incas, cuyas características y dimensiones conoce por las referencias recogidas en su prolongado avance. Para ello, su idea es aprovechar las oportunidades que pueda ofrecerle la guerra civil que asola el campo adversario. El objetivo seleccionado es, nada más y nada menos, que Atahualpa, el caudillo triunfante y todopoderoso cuya caída supondría, en opinión del capitán general, la oportunidad de controlar el poder imperial. Y hacia él se dirige en derechura sin más fuerza que un centenar de infantes y seis decenas de jinetes.

Asombra el modo en que penetra un mínimo ejército en el espacio inca. Cincuenta y tres jornadas de marcha ininterrumpida, muchas de ellas en duro terreno de montaña, introducen a la menguada tropa en un ambiente cada vez más siniestro. Se sabe que el enemigo organiza un gran ejército en Cajamarca para aplastar a los invasores y dispone emboscadas en los pasos montañosos del recorrido. No se producen indicios de que puedan llegar refuerzos. Pero nada arredra al capitán.

Atahualpa comete el error de evacuar Cajamarca para concentrar su multitudinario ejército en un campamento próximo. Pizarro, que poco hubiera podido hacer si se le hubiera obligado a luchar en campo abierto, se atrinchera en la ciudad y tiene la osadía de enviar una orgullosa embajada al real de su enemigo con exigencias de rendición y vasallaje. Vuelve a equivocarse el príncipe inca, al intentar engañar a los españoles presentándose, desarmado, para distraer su atención y facilitar el asalto

por sorpresa de sus 40.000 guerreros. El capitán general, conocedor de la añagaza, distribuye sus medios en torno a la gran plaza cívica y se apodera del ilustre, e insensato, visitante desencadenando una furiosa reacción que acaba en bárbara matanza.

Paralizado el ejército indio por la captura de su señor, Pizarro refuerza las defensas para prevenir ataques, concede el prisionero un trato regio y le permite conectar con su campamento mediante emisarios siempre que las disposiciones del príncipe le favorezcan. Transmite, vía San Miguel, a Panamá y a España las noticias de cuanto ha ocurrido solicitando se acelere el envío de refuerzos. Y de nuevo, en Cajamarca, combate con el trabajo la forzosa pasividad de sus subordinados ordenando una escrupulosa limpieza del recinto, el entierro de los cadáveres y la construcción de un templo. Mientras, el registro efectuado sin oposición en el campamento indio permite acumular un rico tesoro en joyas y oro que, rápidamente distribuido, eleva el entusiasmo de los expedicionarios.

Por tercera vez consecutiva Atahualpa —asombrado por el jubiloso efecto producido en los españoles por las riquezas— yerra ofreciendo un fabuloso rescate por su persona y enviando mensajeros a todas sus provincias a fin de que los reúnan y entreguen a los españoles sin combatir. La consecuencia de este infortunado proceder es un rápido enriquecimiento de los hispanos que redobla en ellos su espíritu de lucha, cada vez más decididos a defender, por cualquier medio, la inesperada fortuna obtenida. Además, las partidas organizadas por los castellanos se hacen más frecuentes y audaces al no encontrar ninguna oposición violenta por obediencia a las instrucciones del magnate prisionero.

Al comenzar 1533 y enterarse de la llegada a San Miguel de los deseados refuerzos españoles, Pizarro pasa a la ofensiva destinando una columna a combatir a Chalcuchima y saquear los templos indígenas de mayor esplendor. Su seguridad de dominio es tanta que a Cuzco envía sólo tres castellanos sin escolta, los cuales regresan con fantásticas riquezas después de tomar posesión formal de la gran ciudad incaica.

Conseguida la incorporación de la columna de Almagro, el capitán general se siente dueño de una fuerza incontenible, apresurándose a buscar la cohesión en su seno mediante una prudente distribución de riquezas que hace a todos acaudalados sin despertar envidias ni originar polémicas. No obstante, la codicia levanta temores tan injustificados como ciegos. El terror a perder la fortuna fija en Atahualpa las preocupaciones y provoca un generalizado movimiento de inquietud que aca-

ba por exigir la cabeza del prisionero. Aunque con disgusto, Pizarro se deja presionar sin oponerse al ajusticiamiento de un príncipe que acepta la muerte con una entereza y dignidad ejemplares. Honra su memoria con solemnes ceremonias y aprovecha la ocasión para sentar en el trono inca a un soberano por completo adicto. Con ello obtiene un triunfo absoluto cuyo eco conmueve a Europa entera.

Pero la muerte de Atahualpa no ha sido un acierto, pues actúa como un revulsivo sobre el pueblo inca. Pizarro, que atinó al elegirlo como objetivo porque su apresamiento paralizó a una nación mucho más potente de lo imaginado, se equivoca trágicamente al destruirlo. Lo que se desarrolló con una dominación pacífica se transforma en una guerra sangrienta, si bien el capitán general no se inmuta por el cambio de panorama y afronta sin vacilaciones la nueva situación.

El plan de guerra de los españoles trata, en primer lugar, de asegurar San Miguel de Pirúa, plaza que les garantiza la permanente conexión con el mar. Reforzada su guarnición, Pizarro descarta el enfrentamiento directo con los ejércitos de Rumiñahuí y Quizquiz y prefiere dirigirse sobre Cuzco, la capital del territorio. Por el camino, establece alianzas con las tribus de los llanos, lo que elimina adversarios y le proporciona tropas auxiliares numerosas. Pese a ello, deja una sólida guarnición española en Jauja para asegurarse el importante valle y las comunicaciones con retaguardia. Después, al morir su protegido Tupac Hualpa, se declara protector del heredero legítimo al Incanato, el príncipe Manco, y convierte lo que era un conflicto de invasión en una guerra civil de sucesión en la que se mezcla fortaleciendo un bando en la misma medida que debilita al adversario. Asalta y ocupa Cuzco, permite su saqueo para añadir espíritu de lucha a sus enriquecidos subordinados y se detiene para hacer frente a la columna hispana del intruso Pedro Alvarado. Mientras, negocia políticamente con los orejones hasta conseguir que aclamen como Inca al Manco y se enlaza sentimentalmente con una de las hermanas de Atahualpa. Su lucha ya no es de extranjeros contra nativos enfrentados por un trono, en uno de los cuales se ha hecho incluir Pizarro por vínculos políticos y hasta afectivos.

Pizarro desarrolla una campaña admirable para enfrentarse simultáneamente a los rebeldes incas enemigos de Manco y a las fuerzas dirigidas por su compatriota Alvarado. Inicialmente, utiliza como pilares de su maniobra las plazas fuertes de Cuzco, Jauja, Vilcas y San Miguel y se coloca al frente de una móvil reserva dispuesta a asestar los golpes

decisivos. Rehúye el encuentro con Quizquiz y evacúa Jauja con objeto de evitar una batalla de desgaste desfavorable para sus escasos efectivos pero cierra con cuidado el valle. Belalcázar bate a Ruimiñahuí y asegura Río Bomba y Quito con la colaboración de las tribus costeras aliadas. Almagro neutraliza a Alvarado mediante negociaciones que acaban en una fuerte indemnización económica y un saludable relevo de efectivos. Puerto Viejo y Chimu aseguran el territorio frente a posibles invasiones externas y a incursiones de Quizquiz. Y, al morir éste, víctima de sus propios seguidores, la pacificación se produce, procediendo Pizarro a una completa reorganización territorial que culmina con la fundación de Lima como capital del gobierno, después de una minuciosa selección de emplazamientos.

Antiguas intrigas y viejos disgustos provocan un sordo conflicto de competencias entre Alvarado y Pizarro provisionalmente resuelto al alejarse aquél para intentar la conquista de Nueva Toledo. El país prospera en paz aparente sin que el gobernador se percate de que crecen los rescoldos de rebeldía latentes hasta encender la hoguera de una nueva sublevación. El Inca Manco se levanta contra los españoles y centenares de miles de guerreros arrasan los campos estrellándose contra la heroica defensa hispana de las ciudades fortificadas.

La llegada de importantes contingentes españoles, que acuden desde Panamá y Nicaragua en respuesta a las peticiones de auxilio, alivia una situación que vuelve a complicarse por el inesperado regreso de Almagro. Ahora se produce una nueva guerra civil, que esta vez afecta a los españoles. Almagristas y pizarristas se combaten con furia, aliados los primeros al insumiso Inca Manco. La energía y la astucia de Pizarro, que actúa sin el menor freno moral, le otorgan el triunfo de las armas en la batalla de Salinas para acabar definitivamente los enfrentamientos al ajusticiar con el vil garrote a su antiguo amigo y socio Almagro.

Francisco Pizarro, duro y hábil gobernante, consigue definitivamente el control del Imperio inca, alejando a sus adversarios. Establece las bases de un dominio pacífico y permanente, apoyando los canales del gobierno sobre una red de ciudades fuertes sagazmente elegidas y fortificadas. Logra que la Corona recompense su obra concediéndole los títulos que demandaba su orgullo y consigue entorpecer las investigaciones ordenadas para examinar sus dudosos procedimientos. Pero el ingrato nepotismo de sus decisiones, el despiadado trato hacia sus enemigos y el desprecio de los vencidos acaban por perderle. Muy pocos incondiciona-

les le defienden cuando el odio por él generado impulsa a sus asesinos. Su muerte, pese a todo, es tan gallarda como las de Atahualpa y Rumiñahuí, sus notables y dignos rivales.

5. *Principios de actuación y modelo estratégico adoptado*

La larga y complicada obra de Francisco Pizarro es, por encima de todo, consecuencia de la aplicación permanente del principio de *voluntad de vencer.* El deseo de triunfo, materializado en cada momento en la consecución de unos objetivos concretos, es un vendaval incontenible que impulsa el ánimo indomable del extremeño, convirtiéndole en una especie de apisonadora humana. Ningún obstáculo puede detenerlo. Ningún freno, material o moral, es capaz de contener al individuo convencido de que el fin justifica los medios. Esa voluntad le permite resistir en situaciones límite durante desesperantes plazos interminables, como si su espíritu y su cuerpo fuesen sobrehumanos, contagiando de su acerada dureza a los subordinados y actuando como un resorte para hacerle superar múltiples fracasos. Le modela como un ser cuyos sentimientos se supeditan siempre al interés de la idea que obsesiona su cerebro. Le transforma en un gigantesco ser humano con virtudes y defectos colosales que le hacen arrollador, seguidor implacable de la presa elegida e invulnerable a cualquier debilidad o desfallecimiento.

Consecuencia natural de su férrea voluntad es el constante recurso a la *reiteración de esfuerzos.* Todas sus empresas son resultado de impulsos sucesivos que llevan al triunfo por el camino de la tenacidad. En sus campañas, cuando sus energías y recursos se agotan haciendo imposible la prosecución de los proyectos, no abandona ni retrocede, simplemente espera cuanto sea necesario hasta recobrar las fuerzas y reanudar la acción. Tal proceder, muy acusado en el plano estratégico, se combina sorprendentemente con una notable *flexibilidad* en el terreno táctico, donde, con frecuencia, modifica las disposiciones adoptadas para adaptarse a las circunstancias en los imprevistos cambios de situación.

El principio de la *unidad de mando* es, para Pizarro, sagrado. La centralización del mismo en su persona es condición exigida por él en los contratos, que desarrolla rodeándose de fieles incondicionales como sus hermanos y que aplica olvidando, incluso, la justicia para aniquilar, como en el caso de su colega y amigo Almagro, a quien intente reducir sus com-

petencias. El complemento de su celo por el mando absoluto es la práctica de una *ejemplaridad* no moral sino combativa. Su comportamiento, reprobable en muchos aspectos que afectan a la ética y la justicia, resulta irreprochable desde el punto de vista militar. En todos los momentos ocupa los lugares de mayor riesgo y fatiga para mostrarse como el que más resiste, el que menos se impresiona ante el peligro y el que mejor combate. Obtiene así una permanente superioridad anímica sobre sus tropas y es reconocido como jefe indiscutible por quienes necesitan sentirse bien mandados en situaciones críticas.

Operativamente, practica la *seguridad* a fin de precaverse de la acción enemiga evitando ser soprendido. Basa su seguridad en la posesión de una rica información sobre el adversario y el medio en que se mueve, en el secreto con que oculta sus intenciones y en el acertado despliegue de sus tropas que le garantizan el dominio de los puntos fuertes. Pero también apoya su seguridad en un sentido de la iniciativa y de la audacia casi temerarios que producen los efectos favorable de la *sorpresa,* frustrando cualquier proyecto premeditado del enemigo, obligándole a combatir en lugares y momentos inesperados y frente a medios y procedimientos por él desconocidos.

El *aprovechamiento del éxito,* impulsando la actividad para beneficiarse de la disminuida capacidad combativa del adversario, es actitud permanente del extremeño, que utiliza tanto en las esferas políticas de Panamá, España o Cajamarca como en las intervenciones militares de Túmbez, San Miguel, Jauja, la misma Cajamarca y Cuzco.

En general, Francisco Pizarro es el astro estratega que oscurece la presencia de cualquier otro dirigente en esta fase. Su figura irrepetible, única, ofrece las dotes del más duro guerrero asociadas al frío cálculo que recomendaban Sun-Tzé o Maquiavelo. El repaso de sus actuaciones produce encontrados sentimientos de admiración y repulsa. Pero su obra no puede ser discutida. Desde la indigencia de un mísero cuidador de cerdos se alza hasta la gloria de un capitán que conquistó para España y la Cristiandad todo un imperio.

Durante este último tiempo de implantación americana, España no proyecta ningún nuevo plan estratégico. Tal vez Carlos I y sus asesores comprendieron que lo más rentable para el Estado estribaba en dejar hacer a los extraordinarios súbditos destacados al otro lado del Atlántico, vigilándolos con cuidado, pues la grandeza de sus obras los tornaba peligrosos. Consciente e inconscientemente, esta postura permitió recoger,

a precio mínimo, las abundantes cosechas de expansión trabajadas por personajes como Cortés y Pizarro. Y concedió a España el control efectivo de un Nuevo Mundo.

El modelo de planteamiento estratégico utilizado por Pizarro, tanto en sus campañas de conquista como en la guerra civil por él protagonizada, constituye una variante mixta de lo que Beaufre denomina «maniobra de aproximación indirecta» y «proceso subversivo». El marqués de la Conquista pretende el más ambicioso de los objetivos secundarios, que individual y aparentemente no tienen especial conexión con la finalidad última, pero que le proporcionan el control de grandes espacios. Después, provoca la división y la lucha armada en el seno del campo adversario introduciéndose beligerantemente en la contienda intestina como parte de uno de los bandos. Se vale para ello, unas veces, del apresamiento de Atahualpa, otras, de la protección a Tupac Hualpa o al Inca Manco y, finalmente, de la realización de teatrales protestas de afecto hacia Alvarado mientras permite que sea ejecutado por su hermano. Pese a la preferencia por la intriga política y los movimientos para la ocupación de puntos clave, no desdeña el combate directo en los momentos decisivos. Túmbez, la larga marcha hasta Cajamarca, la lucha en esta ciudad, la campaña por Cuzco, las operaciones para sofocar el generalizado levantamiento indígena y el desarrollo de la guerra contra los almagristas o «chiles» ponen de manifiesto sus espléndidas condiciones tácticas de rasgos clásicos.

CONCLUSIONES

El examen detenido de un proceso tan dilatado como el de la implantación española en América permitiría extraer, indudablemente, múltiples apreciaciones de gran variedad y riqueza. Sin embargo, en esta obra van a destacarse sólo, siguiendo la pauta del método utilizado, aquellos aspectos que más impresionan desde una óptica estratégica militar.

Respecto a la situación dialéctica mantenida entre el Viejo y el Nuevo Mundo, desde que Colón pisa Guanahaní hasta que Francisco Pizarro muere en Lima, es evidente que reúne todas las características de una guerra o conflicto violento prolongado. Existe un bando, europeo y cristiano, que desea ocupar —conquistar es la palabra utilizada por la inmensa mayoría de los tratadistas— las tierras que van apareciendo con todos sus elementos humanos y materiales. Frente a él, el bando de los indígenas no renuncia a sus posesiones y se resiste activamente a la invasión. Chocan, pues, dos voluntades colectivas que se disputan el mismo objetivo y no dudan en recurrir a la violencia armada para alcanzar sus propósitos.

Los españoles forman un bloque cohesionado y fuerte. Están unidos por un acendrado espíritu religioso que, además de proporcionar un vigoroso impulso combativo, robustece la autoridad del soberano. Su nivel de conocimientos es elevado, estando a la altura de los más avanzados de su tiempo. Disponen de potentes medios de combate entre los que destacan las armas de fuego, aún poco desarrolladas, la ballesta, la espada y demás armas blancas de acero así como el caballo, utilizado para el transporte y la lucha. Para la época que corre, sus elementos son de alta calidad aunque están sujetos a importantes limitaciones. Porque gran parte de la fuerza del conjunto se encuentra hipotecada en empresas

europeas. Porque un inmenso foso oceánico separa la plataforma nacional del teatro de operaciones haciendo prohibitivos los movimientos de masas, lentos los transportes y desmesuradamente largas las comunicaciones. Y porque, como consecuncia de todo ello, España sólo puede desplegar en el frente americano pequeños destacamentos de combatientes y colonos que, en gran medida, deben buscar por sí mismos y sobre el terreno, su subsistencia y armamento.

El bloque indígena es incomparablemente superior en número, no necesita separarse de su base operativa y tiene la ventaja de actuar en terreno conocido favorable a la defensa. Pese a lo cual, sus deficiencias son graves. Está internamente divido por causas de orden político, religioso, étnico y hasta de lengua. Desconoce la escritura y la rueda así como los medios y procedimientos guerreros europeos. Y su armamento, apto para la lucha personal y la emboscada pero poco efectivo para el encuentro en campo abierto, consta de arcos flecheros, lanzas, espadas de obsidiana, hondas y armaduras vegetales.

El desarrollo de la contienda es casi continuamente favorable a los españoles, que en los comienzos aprovechan el efecto de sorpresa mágica producido por su aparición. Pero éste es fugaz, pues pronto los nativos descubren que ni los invasores son inmortales ni sus caballos monstruos, perdiéndose el respeto reverencial que antes les paralizaba. Entonces, dispersa la vanguardia hispana, se vale de una mezcla de acción política continuada y violencia brutal intermitente que desconcierta al adversario más que el irracional miedo de los primeros momentos. Los jefes que dirigen la implantación se revelan, por lo general, excelentes diplomáticos y muy buenos guerreros en el aspecto táctico.

Tácticamente a lo largo del proceso menudean las escaramuzas y los combates menores y son pocas las batallas de envergadura. Éstas se producen sólo en los momentos críticos caracterizándose por el reducido grado de mortalidad. El estilo utilizado por España en América se aparta del modelo histórico habitual. En la antigüedad, la crueldad con el vencido era consustancial con la lucha y tiene sus exponentes máximos, tal vez, en las batallas de Cannas y Zama, donde pueblos tan cultos como los cartagineses y romanos se niegan a hacer prisioneros y pasan por las armas a todos los derrotados. En la época moderna, naciones tan evolucionadas como las occidentales, para forzar la rendición del adversario, recurren a matanzas de centenares de miles de ciudadanos enemigos, como ocurre en Hiroshima y Nagasaki o en los aplastantes bombardeos

con fósforo de Hamburgo y otras macrociudades. España, por mentalidad religiosa y necesidad política —sus mínimos grupos no pueden por sí solos dominar grandes espacios prolongadamente—, hace que sus tropas nunca se ensañen y prefieran catequizar o interesar económicamente o políticamente a los prisioneros para convertirlos en embajadores o mensajeros pacíficos que lleven ofertas de concordia poco exigentes a sus tribus de origen. El resultado de tal iniciativa les proporciona, con frecuencia, notorios beneficios. Lo que tampoco es óbice para que en episodios aislados y situaciones críticas —Tlaxcala, Choluca, Cajamarca— la furia hispana desencadene matanzas violentísimas e inesperadas que, afectando a grupos reducidos, provoquen efectos aterrorizantes y ejemplarizadores capaces de compensar su manifiesta inferioridad numérica.

La táctica utilizada en las batallas es sencilla y de corte clásico, con planteamientos predominantemente defensivos como consecuencia de la normal y exagerada superioridad numérica del enemigo. El despliegue suele efectuarse en tres núcleos: vanguardia o zona avanzada, grueso que embebe a la artillería y reserva poderosa que inicialmente permanece escondida. La vanguardia efectúa y mantiene el contacto con las formaciones adversarias, obtiene información, obliga al desencadenamiento de ataques enemigos prematuros que caen en el vacío porque los escalones adelantados hispanos retroceden premeditadamente, y desgasta la penetración de los atacantes mientras los canaliza hacia la zona donde se asienta el grueso. Éste, apoyado en montículos o zonas fuertes donde se emplazan los escasos cañones, forma un círculo de radio muy reducido en el que asoman por todos lados las lanzas como si se tratara de un erizo. Las masivas oleadas atacantes, desordenadas y cansadas por la acción de la vanguardia, se estrellan contra el grueso estorbándose los combatientes unos a otros debido a la estrechez del frente que se les ofrece al choque. Cuando éste se produce y, como un hormiguero, los indígenas rodean el grueso, surge de uno de los flancos una ruidosa reserva de caballos enjaezados con cascabeles que, al galope, arrolla a quienes se le oponen sembrando la confusión en las ya desordenadas filas. Inmediatamente, múltiples contraataques protagonizados por escuadras agresivas saltan del dispositivo español para abatir a los príncipes y jefes indios localizados, cuya caída supone la desbandada de sus subordinados. Al generalizarse la huida, una persecución limitada y prudente impide las reorganizaciones rivales inmediatas, captura prisioneros con fines informativos y se detiene

por fin al observar la presencia de nuevas columnas voluminosas o al alejarse demasiado del resto de los compatriotas.

La conducción general de la guerra americana es dirigida por dos categorías de estrategas. Los superiores, a nivel de Estado, planifican la acción general y vigilan la ejecución de la misma para frenarla o impulsarla conforme a las variaciones de situación. Los Reyes Católicos conjuntamente, primero, y Fernando de Aragón en solitario, después, son los promotores y autores de la gran estrategia conquistadora; el cardenal Cisneros y Carlos I la prolongan con sensibilidad y acierto. Subordinados a ellos, una serie de estrategas operativos ajustan los planes generales a las condiciones objetivas de cada lugar y cada momento, concibiendo, preparando y ejecutando las maniobras político-militares que desembocan en la batalla decisiva o en el pacto diplomático de vasallaje para alcanzar y mantener los objetivos deseados. Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés y Francisco Pizarro destacan sobre todo en esta condición. El primero es el precursor, un jefe que surge del anonimato imponiéndose a los demás mediante el coraje y el ejemplo para alcanzar el mar del Sur, objetivo trascendental en el proceso, en una asombrosa campaña sin apenas bajas que termina en la dominación pacífica de la Tierra Firme del Darién. Cortés es el genio, el cerebro hecho acción, el prototipo del general-gobernante, el artista que, solo, se apodera del mando y con mínimas fuerzas asalta el poderoso y resistente imperio azteca derrochando fe, astucia, sensibilidad psicológica, decisión y cálculo. Pizarro es la encarnación del ímpetu, un fenómeno del género humano que arrastra con fuerte carisma y, sin freno alguno, arrolla cuanto se le pone en el camino hacia el objetivo elegido. La obra de los tres proporciona a España una triple plataforma que afianzándose en México, en el istmo y en Perú, permite la dominación del Nuevo Mundo. Junto a ellos sobresalen dos personajes de intervención decisiva. No pueden catalogarse como estrategas porque no demuestran especiales cualidades políticas y militares. Se trata de Cristóbal Colón y de Fernando de Magallanes. Los dos excepcionales marinos y exploradores con voluntad hercúlea, tesón irreductible y habilidad genial consiguen uno descubrir las Indias Occidentales, para llegar el otro a las Orientales. Sin Colón, el proceso de implantación no se habría iniciado. Y sin Magallanes no habría alcanzado la dimensión especial que tuvo.

La gesta conquistadora de todo un continente comienza, efectivamente, gracias a Colón. Su proyecto explorador, comercial en el planteamien-

to y en el fondo, es acogido por los Reyes Católicos, en especial por Isabel, no como una iniciativa de alcance estratégico sino como una sugestiva aventura. Favorecen la decisión de afrontarla unas circunstancias únicas, irrepetibles. Cuando el gris navegante luso-genovés presenta su fantástica oferta, España acaba de conquistar el último baluarte mahometano de su territorio después de ochocientos años de guerras de religión. La euforia popular y regia es casi delirante. Una pesadilla de siglos acaba de despejarse y los responsables del último y definitivo golpe se sienten embriagados de éxito, convencidos de ser casi todopoderosos. Más aún cuando debajo del trono palpita la fuerza de dos potencias recién unidas en íntima comunión.

Los fabulosos objetivos propuestos por Colón atraen el espíritu de unos Reyes ávidos de gloria. Se aspira, nada menos, que a llegar por un camino propio al emporio de las riquezas de la Tierra para plantar en ellos la Cruz. Se pretende alcanzar lo que al mismo tiempo constituye un inmenso campo de evangelización y una mina de poder. Cierto que las probabilidades de éxito son mínimas, en opinión de los sabios oficiales, pero cierto es también que el precio por intentarlo es mínimo, casi ridículo. Se necesitan sólo un par de barcos, que pondrá el pueblo de Palos en pago de pasadas irregularidades, y cubrir unos gastos reducidos que en gran parte serán atendidos por financieros privados. En la apuesta, la ganancia puede ser inmensa y el riesgo prácticamente nulo. Y la mente decidida y calculadora de los monarcas la aceptan invirtiendo en ella todas las condiciones honoríficas y utópicas que el autor de la idea exige, pero muy pocos recursos materiales.

Una vez que el primer viaje colombino culmina, el panorama cambia a los ojos de la Corona española. Ahora se ha abierto, palpablemente, una ruta oceánica y al final de ella han aparecido tierras que pueden ser parte de las Indias. Lo que parecía un sueño quimérico se ha transformado en realidad tangible y el mérito real radica en apreciarlo así reaccionando rápidamente para asegurarse la posesión de lo descubierto y proseguir el intento. Su primer plan, que servirá de marco a toda la conquista, es una ponderada combinación de medidas políticas y militares. Trata de asegurarse internacionalmente la exclusiva de uso del espacio afectado, marítimo y terrestre, de ensanchar la ruta naval abierta y de ocupar en permanencia las posiciones ultramarinas localizadas para cristianizar las poblaciones paganas y continuar los sondeos iniciados. El plan se cumple brillantemente por cuanto respecta a las superiores esferas del

Estado, desde las que se gana la batalla diplomática, se crea una infraestructura metropolitana adecuada a la previsible gran envergadura de las operaciones y se organiza, con recursos públicos, una fuerte expedición colonizadora. En el aspecto operativo los resultados son pobres por falta de un estratega capaz. Colón, maestro en el arte de navegar y en la exploración, posee escasas dotes de mando y de gobierno. Bajo su imperfecta dirección se consigue el dominio de La Española, fuente de riquezas modestas, pero asimismo se obtiene la impresión general de que las Indias siguen sin aparecer, opinión nunca aceptada por el almirante. El ensayo de una «maniobra de aproximación indirecta» para perseguir un ambicioso objetivo con medios modestos resulta válido pero no brillante.

La relativa decepción ocasionada por los primeros resultados estratégicos hace que la Corona introduzca en el primitivo plan sustanciales variantes. Reafirma la finalidad pretendida, mantiene la vigilancia y el control de las acciones pero retira las fuerzas directamente dependientes del Estado y deja las operaciones al arbitrio de la iniciativa privada. Ello supone renunciar al carácter eminentemente ofensivo de los primeros momentos para afrontar una actitud de frente estabilizado. A Colón se le recortan las atribuciones generales para repartirlas entre diversos jefes con limitada jurisdicción territorial. Éstos, en pequeña escala, utilizan el modelo estratégico de «conflicto violento» dentro de la ya crónica maniobra de «aproximación indirecta» propiciada por el Estado. De esta manera, los resultados vuelven a ser mediocres, concretándose en la consolidación de dos focos avanzados de actividad, separados entre sí, asentándose uno en Santo Domingo y el otro en la Tierra Firme del Darién.

El descubrimiento de la mar del Sur por Balboa motiva un nuevo impulso estatal hacia adelante. La expedición de Pedrarias Dávila demuestra el interés de un Estado que vuelve a invertir recursos y ya se preocupa de organizar administrativamente las colonias mientras financia a Magallanes para que definitivamente materialice el sueño iniciado por Colón. Coincide esta actitud ofensiva con la aparición de una notable generación de estrategas operativos. Vasco Núñez de Balboa, el primero en el tiempo en distinguirse, consagra la efectividad de la «maniobra de aproximación indirecta» como modelo de gran utilidad en la confrontación directa. Sin bajas y con la amenaza militar ejecutada de manera aislada, aunque muy dura, asegura el paso terrestre entre los océanos y domina un considerable espacio territorial en el que se asienta con seguridad el comercio transatlántico.

Después de él, la complicada sucesión al trono de España vuelve a relentizar las acciones americanas dejándolas a merced de los gobernadores de ultramar y al cuidado de los mercaderes. El Estado se limita a vigilar las actuaciones y a burocratizar las relaciones para evitar excesos emancipadores y garantizar la recepción de los beneficios que le corresponden. Es un Estado muy intervencionista pero poco inversor, interesado en dejar hacer a los particulares porque su actividad le genera crecientes bienes sin exponer medios económicos cada vez más orientados a las empresas europeas. La situación que crea es propicia para los grandes estrategas operativos de origen vulgar, como Cortés y Pizarro, que se apoderan de pequeñas cuotas de poder local para obtener triunfos de rango universal. Y así, con un Estado tan pasivo como alerta, se produce el empuje definitivo que lleva a dominar las partes fundamentales del continente.

En cincuenta años, con el empleo de efectivos mínimos y menguados recursos económicos, España logra un imperio occidental sólo comparable al de su notable vecina Portugal. Lo consigue gracias a unos certeros estrategas superiores y operativos que proyectan planes estratégicos adecuados. Planes que se aplican con unos criterios o principios permanentes entre los que sobresalen la voluntad de vencer, la libertad de acción, la reiteración de esfuerzos, el aprovechamiento de la sorpresa, el sentido de iniciativa y la ejemplaridad militar personal. Planes, en fin, que llegan a desarrollarse por la especial categoría de los hombres que en ella participan.

En el proceso implantador de España participan, esporádicamente, dirigentes geniales tanto a nivel de la conducción general como de la operativa. Ellos constituyen un elemento importante que deja una huella histórica decisiva. Pero su obra se hace posible por la extraordinaria calidad de la gente que les secunda. De los individuos surgidos de un pueblo español forjado en guerras de siglos y empapado de espíritu católico hasta los tuétanos.

El hombre expedicionario, producto de la sociedad española de aquel tiempo, es un ser que, aislado y solo, es capaz de sobrevivir años incrustado en tribus indígenas, como es el caso de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, o de realizar hazañas portentosas, como ocurre entre muchos con Diego Méndez. Aislado en pequeños grupos, aguanta meses de travesía en mares desconocidos y aterrorizantes, soporta las mayores calamidades, resiste meses y años sin perder la esperanza, echa raíces en

el suelo que alcanza y se defiende hasta el aniquilamiento esté bien o mal mandado. Cuando a su frente se ponen jefes de calidad, les sigue cualquiera que sea la empresa y por fantásticos que resulten unos objetivos tan míticos como la imperial Tenochtitlán, la fantástica Chincha o el fabuloso El Dorado. Entonces realiza marchas tan duras como las de Cajamarca, supera desastres como el de la «Noche Triste», vence en batallas desesperadas como la de Otumba y se atreve a formar guarniciones mínimas separadas centenas de kilómetros para materializar el dominio de espacios grandiosos.

El español que realiza la conquista —castellano en buen número pero también andaluz, extremeño, gallego, asturiano-leonés, cántabro, vasco, navarro, aragonés, catalán, levantino, balear y canario— ofrece una curiosa mezcla de emigrante, colono y soldado. Emigrante porque escapa de su patria con ansias de mejora aunque no, como ocurre ahora, para integrarse en estructuras sociales ya establecidas sino para instalarse en un mundo nuevo y hostil. Es un colono forzoso puesto que, quiera o no, necesita hacer habitable la tierra que pisa y extraer de ella lo preciso para sobrevivir. Y es un soldado o guerrero de características muy especiales.

El expedicionario español de la época conquistadora va a combatir bajo unas banderas y acepta la disciplina de unas fuerzas organizadas con una forma de integración peculiar. No procede de glebas ni de sistemas de reclutamiento forzoso. No es un mercenario que entra en filas por una paga. Es un voluntario que acepta el ingreso en un destacamento armado en condiciones de asociado a la empresa militar que va a emprenderse. Contrata con su capitán las condiciones del servicio y en las capitulaciones que otorga y le otorgan se establece con frecuencia que él mismo ha de atender a su armamento y subsistencia, a cambio de una parte precisa en los beneficios que se obtengan. Así, sus cualidades raciales idóneas para la clase de guerra en que se empeña, unidas al interés empresarial que le animan, le convierten en el ejecutante adecuado que se necesitaba para una obra colosal.

Desde el punto de vista estrátegico, la obra realizada por España en los cincuenta primeros años de su presencia en América es admirable. Se propuso dos objetivos finales: enriquecerse con los recursos de las Indias y cristianizar pueblos paganos. Con esta doble finalidad se planificaron las acciones, éstas fueron dirigidas por estrategas superiores y operativos y se ejecutaron mediante la intervención esforzada de reducidos grupos expedicionarios de peculiares soldados. Y los dos objetivos se alcanzaron.

En lo material hasta el punto de que las remesas de Indias enriquecieron la metrópoli y permitieron a la Corona afianzarse en el trono imperial de Occidente. Y en lo espiritual, porque España colocó la Cruz redentora donde sólo existían ídolos exigentes de sangre, cambió las costumbres salvajes indígenas por las normas de convivencia europeas y llevó el saber de sus científicos y de sus universidades a un inmenso espacio aún ignorante de los conocimientos más elementales.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1451. Nace en Castilla Isabel la Católica, y, probablemente, Cristóbal Colón en Génova.
1452. Nace Fernando el Católico, en Sos del Rey.
1469. Matrimonio de Isabel y Fernando.
1474. Carta de Toscanelli al portugués Martins sobre posible ruta occidental a las Indias.
1475. En la «Concordia de Segovia», Isabel y Fernando son reconocidos Reyes de Castilla.
1476. Cristóbal Colón llega a Portugal después de un naufragio.
1478. Nace Francisco Pizarro en Trujillo.
1480. Colón reside en Porto Santo.
1481. En España, la Inquisición instaura la unidad religiosa.
1485. Nace en Medellín Hernán Cortés. Portugal rechaza los planes de Colón y éste se presenta en La Rábida.
1486. Primera entrevista de Colón con los Reyes Católicos (Salamanca).
1487. El portugués Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza.
1488. Nace en Córdoba Hernando, hijo natural de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez.
1491. Segunda entrevista de Colón con los Reyes Católicos (Santa Fe).
1492. Conquista de Granada por los Reyes Católicos. Firma de las Capitulaciones de Santa Fe (17 de abril). La flota colombina sale de Palos (3 de agosto). La flota abandona Canarias (6 de septiembre). Llegada de Colón a Guanahaní (12 de octubre). Hundimiento de la nao *Santa María* y construcción de Fuerte Navidad (diciembre).
1493. Colón abandona el Caribe rumbo a España (enero). Llegada de Colón a Lisboa (4 de marzo) y a Palos (14 de marzo). Los Reyes Católicos reciben a Colón en Barcelona (mayo). Bula papal *Inter Caetera* (13 de mayo). Inicio del segundo viaje de Colón (25 de septiembre). Colón arriba a isla Do-

minica (3 de noviembre). Se encuentra destruido Fuerte Navidad (noviembre).

1494. Bendición de la primera ciudad hispana en América (La Isabela, 6 de enero). Tratado de Tordesillas (7 de junio).

1496. El almirante Colón inicia el regreso a España (10 de marzo) para llegar a Cádiz (11 de junio). Entrevista de Colón con los Reyes Católicos en Burgos (octubre). Matrimonio de Juana de Castilla con Felipe, el Hermoso.

1497. Los Reyes confirman a Colón sus títulos honoríficos. Juan Caboto, al servicio de Inglaterra, recorre Labrador, Terranova y Nueva Escocia.

1498. El portugués Vasco de Gama llega a Calcuta, en el Extremo Oriente. Se inicia el tercer viaje de Colón en Sanlúcar (30 de mayo), alcanzando Trinidad (31 de julio), las bocas del Orinoco y La Española.

1500. Bobadilla arresta a Colón, que regresa preso a España (noviembre). El portugués Cabral descubre Brasil. Comienza la trata de negros en América.

1501. Nicolás de Ovando es nombrado gobernador en sustitución de Bobadilla.

1502. El 13 de febrero zarpa la brillante flota de Ovando. Se inicia el cuarto viaje de Colón (11 de mayo), recorriendo Martinica, Honduras y Panamá. Probable llegada de Francisco Pizarro a las Indias.

1503. Colón recorre Veragua y queda aislado en Jamaica. Oficialización de la Casa de Contratación de Sevilla.

1504. El destacamento de Colón es rescatado. Estancia en Santo Domingo y regreso a España (7 de noviembre). Hernán Cortés embarca en Sanlúcar de Barrameda y llega a Santo Domingo. Culmina la conquista española de Nápoles. Muere Isabel la Católica (26 de noviembre).

1505. Las Cortes de Toro nombran regente a Fernando el Católico.

1506. Muere en Valladolid Cristóbal Colón (20 de mayo). Fernando el Católico abandona la Regencia y marcha a Aragón. Matrimonio con Germana de Foix. Muere Felipe el Hermoso, en Burgos. Cisneros propicia la nueva Regencia de Fernando el Católico.

1508. Expediciones de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz Solís al Caribe y la Patagonia.

1509. Comienza a actuar, oficiosamente, el Consejo de Indias. Diego Colón es nombrado gobernador de La Española. Expediciones de Nicuesa a Veragua y Alonso Ojeda a Castilla de Oro. Francisco Pizarro empieza a distinguirse como teniente de Ojeda.

1511. Diego Velázquez coloniza Cuba. Creación de la Audiencia de Santo Domingo.

1512. Vasco Núñez de Balboa localiza el mar del Sur (Pacífico). Anexión de Navarra al Reino de España.

1513. Expedición de Ponce de León a Florida. Núñez de Balboa toma posesión

del mar del Sur. Pedrarias Dávila es nombrado gobernador de Tierra Firme y Castilla del Oro.

1514. Llega Pedrarias a la Antigua del Darién. Primer juicio a Balboa. Núñez de Balboa es nombrado adelantado de la mar del Sur.

1516. Muere Fernando el Católico (23 de enero). Carlos I sube al trono. Juan Díaz de Solís llega al mar del Plata.

1517. Expedición de Hernández de Córdoba al Yucatán.

1518. Juan de Grijalba reconoce las costas mexicanas. Hernán Cortés prepara su expedición y abandona Santiago (18 de noviembre).

1519. Cortés zarpa de La Habana (18 de febrero) y ocupa Tenochtitlán (8 de noviembre). Magallanes inicia su viaje de circunvalación. Vasco Núñez de Balboa es ajusticiado en Acla.

1520. Coronación de Carlos I como Emperador en Aix-la-Chapelle. Magallanes alcanza el Pacífico. Combate entre las fuerzas de Cortés y Pánfilo de Narváez (28 de mayo). Muere Moctezuma (27 de junio). Batalla de Otumba (7 de julio).

1521. La nao *San Antonio* llega a España y difunde el hallazgo del estrecho de Magallanes. Cortés reconquista Tenochtitlán. Carlos I sale de España. Rebeliones de los Comuneros y las Germanías.

1522. Expedición de Andagoya al río Biruquete. Pacificación interna de España. Regreso de Carlos I.

1523. Espinosa, Luque, Almagro y Pizarro forman compañía para explorar el Perú.

1524. Primera salida de Francisco Pizarro hacia Perú (14 de noviembre). Se institucionaliza el Consejo de Indias.

1526. Nueva expedición de Pizarro hacia Perú. Permanece aislado en la isla de Gallo.

1528. Separadamente, Hernán Cortés y Francisco Pizarro visitan a los Reyes en España.

1529. Firma de las Capitulaciones para la conquista del Perú. Regreso de Pizarro a Panamá.

1531. Pizarro inicia la conquista de Perú (enero). Ocupación de Túmbez.

1532. Pizarro ocupa Cajamarca y apresa a Atahualpa.

1533. Muerte de Atahualpa.

1534. Se fundan las ciudades de Trujillo y Lima.

1535. Expedición de Alvarado a Chile.

1536. Sublevación del Inca Manco. Luchas intestinas españolas en Perú.

1538. Batalla de Salinas. Ejecución de Almagro.

1540. Definitivo regreso a España de Cortés.

1541. Muere asesinado Francisco Pizarro en Lima.

1547. Muere en España Hernán Cortés.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

* Para el estudio del marco general de la acción y encuadramiento de los acontecimientos se han utilizado las siguientes historias de carácter general:

Modesto Lafuente, *Historia general de España,* vols. II y III, Montaner y Simón (S. A.). Obra de carácter enciclopédico, con gran lujo de datos expuestos, con técnica anticuada pero de gran rigor y efectividad.

Marqués de Lozoya, *Historia de España,* vol. III, Salvat, 1969. De técnica expositiva moderna, ofrece una adecuada visión de conjunto y referencias anecdóticas interesantes.

Luis Ulloa Cisneros, *Historia Universal,* vol. VI (América), Instituto Gallach, 1932. Obra de gran peso específico interesante porque refleja el punto de vista americano, dada la condición de su autor, catedrático de la Universidad de Lima.

* Con intención de acercar el foco narrativo al espacio globalmente afectado por la implantación española se ha recurrido preferentemente a:

Antonio Ballesteros y Baretta (dir.), *Historia de América,* Salvat, 1960. Dentro de ella los trabajos consultados con mayor intensidad fueron:

— «Génesis el descubrimiento» (A. Ballesteros).
— «Los portugueses» (Jaime Cartesao).
— «Colón» (A. Ballesteros).
— «Primeros tiempos» (Armando Melón y Ruiz Gordejuela).
— «México» (Ángel de Altolaguirre y Duvale).
— «Perú» (Manuel Ballesteros Gaibrois).
— «Nueva Granada» (Demetrio Rama).
— «Chile» (Francisco Esteve Barba).
— «Los virreinatos de los siglos XVI y XVIII» (Cayetano Alcázar).

* A fin de contemplar los hechos desde la perspectiva del tiempo en que ocurrieron se han utilizado como obras fundamentales:

Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias (Hispania Victrix, primera y segunda parte con todo el descubrimiento y cosas notables que han acontecido desde que se ganaron hasta el año 1551),* Editorial Iberia, 1985. Relato que intenta ser completo de lo sucedido en el Nuevo Mundo. De lectura difícil por su lenguaje y enrevesada exposición. Ha sido tachada por los expertos de imprecisa y poco objetiva. Pese a todo, ofrece una panorámica impresionante avalada por quien fue testigo de los hechos.

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España,* Espasa Calpe, 1975. Puntual y exhaustivo relato expuesto con gran sencillez, precisión y objetividad. Ha sido cantera de múltiples versiones modernas.

Bartolomé de las Casas, *En defensa de los indios* (Colección de memoriales y escritos), Editoriales Andaluzas Unidas, 1985. Compendio de escritos-denuncia elaborados con pasión evangelizadora. Tuvieron enorme influencia en la preparación de las leyes de Indias y motivaron, incluso, una orden imperial paralizadora de la Conquista.

Hernán Cortés, *Cartas de relación,* Instituto Gallach, Ediciones Océano. Éxito. Incompleta colección de las cartas remitidas por Cortés a la Corona. Contienen su versión personal de los acontecimientos en los que participó.

Consejo de la Hispanidad, *Recopilación de las leyes indias.* Texto completo de las normas dictadas por España para la convivencia en el Nuevo Mundo. Su conocimiento parece necesario para obtener una impresión realista de la situación.

* A efectos de detalle en cada una de las fases, se consultaron las obras que a continuación se citan:

Diputación Provincial de Granada, *América, hombre y sociedad* (Actas de las primeras jornadas de historiadores americanistas celebradas en Santa Fe, Granada del 11 al 15 de octubre de 1987).

Carlos F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI,* Espasa Calpe (Austral).

Barón de Nervo, *Isabel la Católica,* Ediciones Luz, 1940.

Juan Domínguez Barneta, *Cisneros,* 1950.

José García Mercadal, *Cisneros,* 1940.

Roger Bigalow Merriman, *Carlos V el Emperador y el Imperio español en el viejo y Nuevo Mundo,* Espasa Calpe, 1960.

José María Asensio, *Cristóbal Colón,* ed. monumental, restringida y numerada.

Manuel Ballesteros Gaibrois, *Cristóbal Colón,* Editorial Nacional, 1950.

Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés,* Espasa Calpe (Austral).

Carlos Pereyra, *Hernán Cortés,* Espasa Calpe (Austral).

William Taylor, *Hernán Cortés,* Dalmau-Socios, 1989.

Universidad de Salamanca, *Actas del primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés,* 1986.
Manuel Ballesteros Gaibrois, *Francisco Pizarro.*

* *Como base para el examen estratégico, se han utilizado los siguientes textos:*

Carlos Von Clausewitz, De la Guerra, Escuela Naval Militar, 1945.
J. Rocquancourt, *Arte e historia militares.*
J. Vial, *Cours d'Art et d'Histoire Militaires,* París, 1861.
Bernard Druene, *Historia Universal de los Ejércitos,* Hispano-Europea, 1960.
Mao-Tsé-Tung, *Escritos militares,* Editorial Rioplatense, 1972.
Mao-Tsé-Tung, *Guerra de guerrillas,* Editorial Huenvill, 1966.
Álvaro Navia Ossorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, *Reflexiones militares,* edición especial de la Escuela Superior de Guerra de España.
Archiduque Carlos (atribuido), *Principios de estrategia,* Imprenta Real de Madrid, 1830.
General Beaufre, con prefacio de B. H. Liddell Hart, *Introducción a la estrategia,* Instituto de Estudios Políticos de Madrid, 1965.
General Alonso Béquer, *Ciclo de conferencias sobre geopolítica y estrategia.* Trabajos recopilados con fines didácticos por las Escuelas de Estado Mayor y Superior del Ejército de España.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Acuña, Antonio Osorio de, 271.
Adriano de Utrech, 271.
Aguado, Juan, 69, 70, 71, 72, 96, 105.
Agüero, Diego, 261.
Aguilar, Bartolomé de, 242.
Aguilar, Jerónimo de, 191, 192, 218, 295.
Agustín, san, 24, 50.
Ailleret, Federico, 16.
Ailly, Pierre d', 45.
Alaminos, Antón de, 143, 144, 146, 195.
Alba (duque), 117, 140.
Alburquerque, Alfonso de, 154, 156.
Alburquerque, Diego de, 140.
Alcántara, Martín de, 269.
Alcón, Pedro, 233.
Aldama, Lorenzo de, 267.
Alderete, Jerónimo de, 208.
Alejandro VI, papa, 62, 68, 69, 91, 107.
Alejandro Magno, 12.
Alfagran (o Alfragano), Ahmad ibn Mohammed, 45.
Alfonso, Fernando, 187.
Alfonso V, rey de Portugal, 43, 44.
Algava, Pedro de, 34.
Almagro, Diego de, 229, 230, 232, 233, 236, 239, 240, 241, 242, 243, 252, 255, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 278, 279, 281, 283, 285, 286.
Almagro, llamado el Mozo, Diego de, 268, 269, 270.
Almeida, Francisco de, 156.
Alvarado (hermanos), 188.
Alvarado, Alonso de, 264, 266, 267.
Alvarado, Pedro de, 145, 146, 181, 182, 183, 188, 190, 191, 193, 195, 196, 203, 204, 208, 217, 222, 227, 231, 232, 259, 261, 262, 263, 264, 274, 279, 284, 285, 288.
Álvarez Cabral, Pedro, 104, 107, 154, 163.
Álvarez Chico, Juan, 206.
Andagoya, Pascual de, 228, 229, 230, 231, 232, 240, 274, 278.
Ansúrez de Camporredondo, Pedro, 267.
Aracaona, 135.
Arana, Diego de, 57.
Aranda, Juan de, 156, 157.
Arbenda (artillero de Cortés), 190.
Arbolanchas, Pedro, 149, 151, 154.
Aron, Raymond, 16.
Arráez, Juan, 79.
Atahualpa, 243, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 260, 261, 282, 283, 284, 286, 288.
Atoc, 254.
Ávila, Alonso de, 188, 190, 193, 195, 206, 218.
Ayora, Juan de, 152.
Badajoz, Gonzalo de, 152.
Ballester, Miguel, 75.
Ballesteros, Antonio, 30, 56.
Barba, Pedro, 189.
Barros, Gama, 44.
Bastidas, Rodrigo de, 106, 118, 129, 133, 154, 163.
Basurto, Juan, 228.
Beaufre, André, 13, 17, 18, 19, 101, 175, 224, 288.
Belalcázar, Sebastián de, 243, 249, 259, 261, 262, 263, 264, 266, 267, 285.
Belisario, 14.

Belvís, Pablo, 70.
Benítez, Joan, 190.
Benito, Alonso Martín de, 263.
Bermúdez, Agustín, 203.
Bethencourt, Juan de, 33, 34.
Boabdil el Chico, rey de Granada, 49.
Bobadilla, Francisco de, 78, 79, 80, 81, 97, 98, 105, 107, 108, 109, 110, 129, 133, 178, 267.
Bobadilla, Isabel de, 151.
Bobadilla, Beatriz de, marquesa de Moya, 51, 63.
Bocanegra, Antonio, 33.
Bonnet y Reverón, Buenaventura, 34.
Boyl, Bernardo, 63, 68, 69, 70, 89, 95, 98.
Braganza (dinastía), 42.
Braquemont, Roberto de, 33.
Briceño, Alonso, 233.
Briviesca, Jimeno, 74, 77.
Brodi, Bernard, 16.
Bueno, Martín, 255.
Butier, Pierre, 33.
Caboto, Juan, 105.
Caboto, Sebastián, 105.
Cacama, 205.
Cáceres, Alonso de, 241.
Calami, 244.
Calixto III, papa, 45, 68.
Camargo, Juan de, 141.
Caonabó, 65, 71, 86.
Cappa (padre), 67.
Careta, 120, 147, 152, 169.
Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 117, 156, 157, 182, 210, 212, 225, 237, 238, 260, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 287, 292.
Carlos VIII, rey de Francia, 49.
Caro, Garci, 189.
Carrión, Antonio de, 233.
Cartagena, Juan de, 157, 158, 159, 173.
Casanova, Guillaume, 40.
Casas (familia), 34.
Casas, Alfonso de las, 34.
Casas, Bartolomé de las, 46, 60, 80, 120, 137, 179, 187, 273.
Castillo, Hernando del, 231.
Castro, Fernando de, 34.
Castro, Vasco de, 269.
Catalani de Sévérac, Jourdan, 25.
Cemaco, 121.
Cerda, Luis de la, marqués de Medinaceli, 51.
Cerón, Juan, 141.
Cervantes (bufón de Diego Velázquez), 181, 186.
César, Julio, 12.
Cisneros, Francisco Jiménez de, 115, 116, 117, 128, 135, 140, 161, 163, 210, 212, 292.
Clausewitz, Karl von, 14, 15, 16, 21, 224.
Clemente VI, papa, 33.
Coanococh, 205.
Cobos, Francisco de los, 272, 273, 274.
Colombo, Bartolommeo, 39.
Colombo, Bianchinetta, 39.
Colombo, Domenico, 39, 40.
Colombo, Giacomo, 39.
Colombo, Giovanni Pellegrino, 39.
Colón, Bartolomé, 41, 42, 45, 71, 72, 73, 75, 76, 77, 81, 111, 115, 127, 132, 134, 140, 142.
Colón, Cristóbal, 38-39 passim, 143, 154, 157, 160, 165, 172, 181, 209, 212, 228, 289, 292, 293, 294.
Colón, Diego, 44, 46, 49, 51, 63, 67, 70, 71, 79, 80, 107, 108, 114, 115, 117, 118, 124, 135, 137, 139, 140, 141, 142, 164, 166, 168, 179, 182, 183.
Colón, Hernando, 39, 40, 48, 59, 60, 115.
Comagre, 123, 149.
Compañón, Francisco, 240.
Corbalán, 66, 95.
Córdoba, Gonzalo de, 12.
Cortés, Hernán, 136, 146, 169, 177-228, 237, 238, 240, 265, 270, 274-278, 280, 288, 292, 295.
Cortés de Monroy, Martín, 177.
Cortesao, Jaime, 30.
Cosa, Juan de la, 52, 53, 63, 106, 118, 119, 133, 134.
Costa, Álvaro da, 157.
Covilhao, Diego de, 48.
Cuauhpopoca, 202.
Cuauhtemoc, 204, 206, 209.
Cuéllar, Francisco de, 233.
Cuitlahuac, 204, 205.
Cunchillos o Conchillos, Lope de, 116.
Cusa, Nicolás de, 43.
Chalcuchima, 254, 255, 256, 259.
Chanca (doctor), 63.
Chiape, 148.
Chievres, Guillermo de Croÿ, señor de, 210.

Dávila, Alonso, 145, 146, 181.
Deledeule, Juan, 63.
Deza, fray Diego de, 48.
Dias, Bartolomé, 48, 107.
Díaz, Ruiz, 261, 263.
Díaz de Pisa, Bernal, 66.
Díaz de Solís, Juan, 154, 155, 167, 171, 206, 228.
Díaz del Castillo, Bernal, 185, 187, 190.
Duero, Andrés del, 184, 186, 203.
Elcano, Juan Sebastián, 165.
Enciso, Martín Fernández de, 120-124, 147, 149, 150, 152, 236.
Enrique, infante don, 60.
Enrique el Navegante, 30, 31, 42, 43, 44, 82.
Enrique III de Trastamara, rey de Castilla, 33.
Enrique VII, rey de Inglaterra, 105.
Enríquez Arana, Beatriz, 48, 60.
Enríquez de Colmenares, Rodrigo, 122, 123, 124, 150.
Epaminondas, 12.
Escalante, Juan de, 188, 190, 195, 218, 221.
Escobar, Pedro, 75, 114, 195, 196.
Escobedo, Rodrigo de, 57.
Escribano (administrador de Cortés), 188.
Escudero, Pedro, 187, 195, 196.
Espinosa, Gaspar de, 150, 151, 152, 153, 228, 229, 231, 241, 252, 258, 266, 267, 278.
Espinosa, Juan, 115.
Esquivel, Juan de, 117, 120, 141.
Estete, Miguel de, 261, 263.
Falerio, Ruy, 156, 157.
Federico de Prusia, 12.
Felipe el Hermoso, 116, 128.
Felipillo, 243, 251, 253, 257.
Feria (conde), 183.
Fernández, Juan, 259.
Fernández de Enciso, Martín, 118.
Fernández de Lugo, Alfonso, 53.
Fernández de Navarrete, Martín, 55, 60.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 80, 151.
Fernando II el Católico, rey de Aragón y V de Castilla, 47, 49, 50, 61, 72, 88, 89, 104, 115, 116, 117, 128, 131, 135, 136, 140, 150, 154, 155, 161, 163, 165, 171, 210, 212, 292.
Ferrer, Jaume, 33.
Fieschi, Bartolomé, 108, 113, 114, 115.
Figueroa, Luis de, 213.
Foi, André de, 271.
Fontanarossa, Giacomo, 39.
Fontanarossa, Susana, 39.
Francisco I, rey de Francia, 272.
Gaeta, Nicolás de, 79.
Gama (licenciado), 252, 258, 266.
Gama, Vasco de, 104, 107.
Gámez, Pedro, 75.
Gandía, Pedro de, 233, 235, 236, 249, 250, 268.
Garabito, Andrés, 152, 153.
Garay, Francisco de, 141, 182, 199, 212.
García, Gil, 115.
Garcilaso de la Vega, Sebastián, 266.
Garnica, Gaspar de, 189.
Gattinara, Mercurino Arborio (marqués de), 272.
Gengis Khan, 12.
Germana de Foix, 116, 210.
Giraldini, Antonio, 47, 50.
Girardi, 41, 43.
Girón, Pedro, 271.
Godoy, Diego, 190, 195.
Gomes, Esteban, 158, 159.
Gomes de Espinosa, Gonzalo, 158.
Gómez Gallego, Vasco, 158.
González Mateos, Francisca, 228.
Gould, Alicia B., 53.
Grado, Alonso de, 202.
Granvela, Antonio Perrenot de, 272.
Gricio, 116.
Grijalba, Juan de, 145, 146, 169, 181, 183, 184, 187, 188, 192, 212, 214, 218.
Grivas, 20.
Guacanagari, 56, 57, 65, 85.
Guanarteme, Fernando, 34.
Guaybena, 141.
Guerra, Cristóbal, 129, 133.
Guerrero, Gonzalo, 192, 295.
Guevara, Ernesto Guevara, llamado Ché, 16, 20.
Guijo, Álvaro de, 241.
Gutiérrez, Pedro, 55, 57.
Guzmán, Pedro, 190.
Habsburgo (dinastía), 210, 270.
Hart, B. H. Liddell, 16, 17.
Hastings, Juan de, 33.
Hatuey, 142.
Hernández, García, 46.
Hernández Coronel, Pedro, 73.
Hernández de Córdoba, Francisco, 143, 144,

145, 169, 181-182, 184, 191, 192, 212, 214, 228, 231.
Herrera, Lope de, 62, 91.
Hinojeda, Pedro de, 115.
Huascar, 243, 254, 257, 282.
Huayllas Ñusta, Inés de, 260, 263.
Isabel I la Católica, reina de Castilla, 39, 47, 49, 51, 61, 72, 77, 89, 104, 115, 116, 128, 135, 139, 161, 163, 177.
Ixtlilxóchitl, 205, 207.
Jacotencalt, 200.
Jaime I el Conquistador, rey de Aragón y Cataluña, 28.
Jerez, Francisco, 256.
Jerez, García de, 233.
Jerez, Pedro, 186, 187.
Juan II, rey de Aragón, 40.
Juan II, rey de Portugal, 31, 44, 45, 58, 62, 68, 82, 88.
Juan I la Loca, reina de Castilla, 116, 145, 210, 271.
Juanes de Fuenterrabía, 188.
Juárez, Catalina, 179, 180.
Juárez, Juan, 180.
Juárez, Pedro, 188.
La Fuente, Modesto, 53.
Lares, Amador de, 184, 186, 188, 190.
Laso de la Vega, 271.
Lauria, Roger de, 28.
Lope, Diego, 106, 129, 133, 154.
Lerma, García de, 266, 268.
Le Verrier, Juan, 33.
Loaisa, Francisco García de, 273, 274.
López, Francisco, 33.
López, Martín, 206.
López Carvalho, Juan, 158.
López de Gómara, Francisco, 120, 148, 190, 198.
Lugo, Francisco de, 193, 195.
Luque, Hernando, 228, 229, 231, 233, 236, 238, 240, 241, 278.
Magallanes, Fernando de, 156, 157, 158, 159, 160, 165, 167, 171, 173, 227, 228, 292, 294.
Maindeville, John de, 45, 67.
Maireni (o Mairón), 65.
Malinche, 222.
Manco Cápac II, 259, 260, 264, 265, 266, 268, 284, 285, 288.
Manuel I el Afortunado, rey de Portugal, 103, 156.
Manzanedo, Bernardino, 213.
Mao-Tsé-Tung, 14, 16, 20, 224.
Maquiavelo, Nicolás, 14, 219, 287.
Margarit, Pedro, 63, 67, 68, 69, 89, 95, 98.
Margarita de Habsburgo, 210.
Marocello, Lancerotto, 33.
Márquez, Diego, 64.
Martín, Benito, 182.
Martín de la Gorda, Andrés, 81.
Martínez, Ana, 239.
Martínez, Fernán, 115.
Martínez de Fregenal (hermanos), 189.
Martins, Fernando, 43.
Mártir de Anglería, Pedro, 61.
Medina (bachiller), 178.
Medinaceli (duque), 48.
Medina-Sidonia (duque), 48.
Mejía, Gonzalo, 188.
Memet II, 27.
Mena, Cristóbal de, 256.
Méndez, Diego, 112, 113, 114, 129, 134, 295.
Mendoza, Alonso de, 206.
Mendoza, Antonio de, 275.
Mendoza, Luis de, 157, 158.
Mendoza, Pedro González de, 47, 48, 60.
Mercadillo, Alonso, 268.
Mesa (capitán), 268.
Mezquita, Álvaro de, 159.
Millán, Juan, 186.
Mino, 203.
Mirueña, Andrés, 115.
Misericordia, fray Gaspar de la, 115.
Moctezuma, 194, 195, 196, 197, 199, 201, 202, 203, 204, 205, 209, 221, 222, 223, 225, 237.
Mogrovejo de Quiñones, 243.
Moguer, Pedro, 255.
Mojica, Adrián, 75.
Molina, Alonso de, 233, 235, 236.
Moniz de Perestrello, Felipa, 42, 46.
Montejo, Francisco de, 145, 146, 181, 189, 195, 198, 218, 220.
Montenegro, Fernando de, 230.
Morales, Gaspar de, 152.
Morla, Francisco de, 187, 190, 191, 218.
Moscoso, Luis, 261, 267.
Muliarte, Miguel, 46.
Muñoz, Inés de, 269.

Napoleón I Bonaparte, emperador de Francia, 12, 14, 21.
Narváez, Pánfilo de, 120, 141, 142, 181, 203, 204, 205, 206, 222, 225, 226.
Navarro (contador), 243, 245.
Nicuesa, Diego de, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 129, 135, 136, 137, 138, 150, 152, 179, 182, 229.
Niebla (conde), 34.
Niño (familia), 52, 53.
Niño, Francisco, 178, 192.
Niño, Pedro Alonso, 72, 106, 129, 133, 154, 163, 228.
Núñez de Balboa, Vasco, 121, 122, 123, 124, 129, 136, 139, 143, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 160, 162, 164, 165, 166, 167, 169, 170, 171, 173, 174, 175, 227, 228, 229, 292, 294.
Núñez Sedeño, Juan, 188, 190.
Núñez Varela, Francisco, 177.
Ocampo, Sebastián de, 141.
Ojeda, Alonso de, 63, 66, 77, 97, 106, 107, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 129, 135, 136, 137, 150, 154, 163, 179, 181, 182, 228.
Olano, Lope de, 120, 121, 129, 136.
Olea, Cristóbal de, 207, 208.
Olid, Cristóbal de, 181, 187, 188, 190, 195, 208, 218, 227, 274.
Olmedo, fray Bartolomé de, 190, 218.
Ordás Escobar, Diego, 187, 188, 189, 190, 191, 195, 196, 206, 218.
Ordóñez, fray Miguel de, 264.
Ordóñez, Rodrigo, 264, 266, 267, 268.
Orozco, Francisco de, 190.
Ortiz, Diego, 44.
Osorio (conde), 238, 273.
Ovando, Nicolás de, 107, 108, 109, 113, 114, 116, 129, 131, 132, 133, 134, 137, 138, 140, 178, 228.
Pacra, 145.
Pacheco, Alonso, 261, 262.
Pacheco, María, 271.
Padilla, Juan de, 271.
Palacios Rubios, Juan López de, 150.
Pané, Ramón, 63.
Panes, Juan de, 231.
Panquiaco, 123, 147.
Passamonte, Miguel de, 179, 181.
Paulo Inca, 267-268.
Paz, Isabel de, 177.
Paz, Martín de, 233.
Pedrarias Dávila (Pedro Arias de Ávila), 140, 143, 147, 150, 151, 152, 153, 167, 170, 171, 212, 227, 228, 229, 231, 240, 294.
Pedraza, fray Reginaldo de, 239.
Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón, 32.
Pedro I el Cruel, rey de Castilla, 32.
Peñasola, María de, 152.
Peralta, Cristóbal de, 233.
Peransúrez o Peranzurez, 267.
Peraza (familia), 34.
Perestrello, Bartolomé, 42.
Pereyra, Carlos, 190.
Pérez, Álvaro, 115.
Pérez, Juan, 63.
Pérez, Pedro, 63.
Pérez de Luna, Fernando, 67.
Pérez de Marchena, fray Juan, 46, 47, 49.
Pérez de Meneses, Hernando, 152.
Peris, Vicente, 271.
Picado, Antonio, 269.
Piccolomini, Eneas Silvio, 45.
Pinelli, Francisco, 52.
Pinzón (hermanos), 52, 56, 106, 129.
Pinzón, Francisco Martín, 53.
Pinzón, Martín Alonso, 51-59, 89, 93.
Pinzón, Vicente Yáñez, 53, 55, 133, 135, 141, 143, 154, 163, 167.
Pío II, papa, 45.
Pizarro, Francisco, 120, 121, 153, 171, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 246, 247, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 275, 278, 279, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 292, 295.
Pizarro, Gonzalo, 240, 244, 267, 270.
Pizarro, Hernando, 240, 241, 245, 246, 247, 248, 249, 252, 253, 256, 258, 264-265, 266, 267, 268, 270.
Pizarro, Juan, 240, 259, 261, 264, 265.
Pizarro, Gonzalo, llamado el Largo, 228.
Pizarro Altamirano, Catalina, 177.
Polo, Marco, 24, 43, 45, 49, 67, 75, 87, 124, 126, 154.
Ponca, 147.
Ponce, Hernán, 240.

Ponce de León, Juan, 63, 141, 143, 144, 168, 241.
Porcallo de Figueroa, Vasco, 183, 186, 189.
Porras (hermanos), 113.
Porras, Francisco, 108, 114.
Porras, Juan de, 243.
Portocarrero, Alonso Hernández de, 188, 190, 194, 195, 198, 218, 220.
Preste, Juan, 24, 25.
Puerto, Francisco de, 155.
Quesada, Gaspar de, 158.
Quevedo, fray Juan de, 150, 152.
Quinós, Álvaro, 231.
Quintanilla, Alfonso de, 48, 51.
Quintero, Alonso, 178.
Quintero, Cristóbal, 53.
Quizquiz, 256-263, 284, 285.
Rada, Juan de, 269.
Ramos de Lares, Martín, 187.
Rangel, Rodrigo, 188, 203.
Rascón, Gómez, 53.
Rejón, Juan, 34.
Renato (Reynel), rey de Provenza, 40.
Reyes Católicos, 34, 38, 39, 47, 51, 59, 62, 68, 69, 79, 81, 83, 88, 90, 92, 93, 96, 98, 99, 100, 101, 107, 108, 128, 129, 136, 239, 292, 293.
Ríos, Pedro de los, 232, 236, 238, 240, 279.
Riquelme, Antonio, 243, 245, 257, 260, 261.
Rivera, Nicolás de, 230, 231, 232, 233, 240, 266.
Rodrigo (médico de Juan II de Portugal), 44.
Rodríguez, Cristóbal, 79.
Rodríguez, Sebastián, 189.
Rodríguez Cabezudo, Juan, 52.
Rodríguez de Fonseca, Francisco, 116.
Rodríguez de Fonseca, Juan, 61, 62, 69, 70, 72, 74, 77, 81, 91, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 105, 106, 107, 108, 116, 117, 131, 150, 155, 157, 164, 272, 273, 276.
Rodríguez Mafra, Juan, 158.
Rodríguez Serrano, Juan, 158.
Rojas, Gabriel de, 259, 266.
Roldán, Francisco, 71, 75, 76, 77, 78, 80, 109, 110.
Ruano, Juan, 187.
Ruiz, Batolomé, 232, 233, 234, 235, 236, 239.
Ruiz de Avedaño, Martín, 33.
Rumoñahuí, 252, 258, 261, 264, 284, 285, 286.
Salamanca, Juan de, 205.
Salcedo, Diego, 114.
Salcedo, Juan, 247.
Salvago, Cristoforo, 40.
Salle, Gadifer de la, 33, 34.
San Martín, Andrés, 158.
Sánchez de Carvajal, Alonso, 75, 108, 110.
Sánchez Tarfán, Pedro, 188.
Sánchez Reina (padre), 158, 159.
Sánchez Tovar, Fernán, 33.
Sandoval, Gonzalo de, 188, 202, 203, 204, 207, 208, 237.
Santa Clara, Antonio de, 186.
Santángel, Luis de, 50, 51, 52, 88.
Santo Domingo, Alonso de, 213.
Sarabia, 232.
Saucedo, Francisco, 190, 197, 218.
Saucedo, García de, 243.
Séneca, Lucio Anneo, 41.
Serrao, Francisco, 156.
Soraluce, Domingo de, 233.
Soto, Diego de, 189, 190.
Soto, Hernando de, 240, 241, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 258, 259, 260, 261, 264.
Suárez de Carvajal, Yllan, 268.
Sun-Tzé, 13, 14, 224, 287.
Tafur, Pedro, 232.
Talavera, Bernardino de, 119, 120.
Talavera, fray Fernando de, 47.
Tapia, Andrés de, 208, 237.
Tello, Juan, 263.
Tello Guzmán, Antonio, 152.
Tendilla (conde), 61.
Tenesor Semidán, 34.
Teoca, 149.
Terreros, Pedro, 108, 109.
Tisin, Juan de, 63.
Tizo, 265.
Toledo, María de, 117, 140, 179.
Tolomeo de Alejandría, 24, 41, 45, 47.
Torre, Juan de la, 233.
Torecha, 147.
Torres, Antonio de, 66, 70, 72, 95.
Torres, Francisco de, 155.
Toscanelli, Paolo del Pozzo, 43, 44.
Trasierra, Juan, 80.
Trastamara (dinastía), 32.
Tría (hermanos), 187.
Triana, Rodrigo de, 55.
Tristán, Diego, 108.

Trujillo, Alonso de, 233.
Trujillo, Diego, 252.
Tumaco, 149.
Tumbalá, 243.
Tupac Hualpa, 257, 259, 284, 288.
Tyro, Mauricio de, 45.
Usagre, Bartolomé de, 190, 203.
Valdivia, Pedro, 123, 266, 267.
Valverde, fray Vicente, 249, 250, 254, 257.
Vallejo, Alonso, 81.
Vargas, Andrés, 115.
Vargas, Fernando, 115.
Vázquez de Ayllón, Pedro, 203.
Velasco, Pedro de, 46.
Velázquez, Juan, 80.
Velázquez, Diego, llamado el Mozo, 203.
Velázquez de Cuéllar, Diego, 142, 143, 145, 146, 168, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 191, 192, 194, 195, 196, 197, 198, 203, 213, 214, 215, 216, 218, 223, 226.
Velázquez de León, Juan, 188, 190, 195, 196, 202, 203, 218.
Vélez, Alonso, 52.
Vergara, Pedro, 268.
Vespucio, Américo, 104, 106, 133, 143, 154, 155.
Vinicio, José, 44.
Villadiego (capitán), 268.
Villafaña, Francisco de, 207.
Wellington, Arthur Wellesley, duque de, 12.
Wyllie, J. C., 16.
Zamundio, 123.
Zárate, Juan de, 255.
Zauzamas, 33.
Zumárraga, fray Juan de, 237.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Abancay, 266.
Acla, 152, 153, 171.
África, 24, 26, 30, 31, 37, 38, 45, 48, 59, 68, 103, 156.
Aix-la-Chapelle, 271.
Alborán (mar), 34.
Alejandría, 26.
Alemania, 270.
Almenara, 271.
Amazonas (río), 106, 154, 270.
Amazonía, 270.
Ambato (batalla), 254.
Ambaya, 268.
Andalucía, 34, 54, 105.
Antillas, 56, 59, 64, 101, 107, 126, 153, 162, 171, 172, 173, 182, 197, 211, 212, 213.
Apurinaj, 266.
Arabia, 48.
Aragón, 32, 34, 38, 40, 89, 116, 210, 270, 271.
Argelia, 16.
Asia, 26, 43, 54, 107, 154, 165, 209.
Asunción (isla), 75.
Atlántico (océano), 27, 28, 30, 34, 37, 41, 45, 105, 134, 153, 155, 160, 161, 165, 209, 227, 274, 280, 287.
Azores, 37, 38.
Azamor, 156.
Azúa, 113, 179.
Azúa de Compostela, 135.
Badajoz, 72, 80.
Bahamas, 55.
Baja California, 275.
Balcanes, 27, 34, 271.
Balsas (Las), 171.
—río, 153.
Baracoa, 142, 180, 181.
Barcelona, 26, 59, 60, 68, 182, 270, 273.
Basilea (concilio), 34.
Bastimento, 111.
Bayano, 142.
Bayona, 59.
Belón (río), 111, 134.
Bímini, 143.
Birú (río), 229.
Biruquete (río), 228.
Bolao, 134.
Bosnia, 27.
Borgoña, 40.
Borinquen, 124.
Bracamoros, 268.
Brasil, 69, 104, 106, 155, 171.
Bristol, 105.
Buena Esperanza (cabo), 48, 104.
Buena Vista, 74.
Bujía, 161.
Bulaque, 56.
Buquebuca, 149.
Burdeos, 33.
Burgos, 72, 116, 131, 135, 161, 270.
Cabo Verde, 62, 68, 69.
Cáceres, 177, 178.
Cádiz, 61, 63, 69, 70, 71, 8, 82, 108.
Caicos (islotes), 55.
Cajamarca, 247, 249, 251, 253, 254, 255, 256, 258, 260, 282, 283, 287, 288, 291.
Calcuta, 104.
California, 209, 274.
Camagüey, 142.

Canarias, 32, 33, 34, 38, 43, 49, 53, 68, 69, 73, 87, 90, 108, 126.
Cannas (batalla), 290.
Caparra, 141.
Caraques, 243.
Caribe (mar), 78, 154.
Caribes (islas), 74, 109.
Cartagena, 54, 118, 120, 121.
—cabo, 40.
Castilla, 28, 32, 33, 34, 37, 38, 40, 43, 50, 55, 58, 60, 61, 62, 76, 88, 91, 115, 116, 117, 124, 128, 136, 139, 149, 151, 161, 168, 181, 183, 210, 211, 245, 267, 270, 271, 272, 277.
Castilla de Oro, 117, 150, 239.
Cataluña, 34, 38, 60.
Catamez, 232, 233.
Catoche (cabo), 144.
Caxamalca, 263.
Caxas, 246.
Caureca, 147, 148.
Ceilán, 25.
Ce-Kiang, 43.
Cempoala, 195, 197, 199, 203, 221, 224.
Cerdaña, 103.
Cipango, 49, 56, 110, 154.
Ciudad de los Reyes, 263, 264.
Ciudad León, 240.
Coaque, 235, 242.
Coatzacoalco, 202.
Cochabamba, 268.
Coibo, 70.
Coiba, 151, 167.
Colombia, 117, 270.
Concepción (isla), 75, 134.
Constantinopla, 26, 27.
Córdoba, 47, 48, 60.
Corea, 16.
Coruña (La), 270, 271.
Coyohuacán, 207.
Cozumel, 145, 191, 192, 193, 217, 219.
Cruz de Cuba (cabo), 112.
Cuauhnauac, 207.
Cuba, 55, 56, 67, 94, 120, 124, 136, 141, 142, 143, 144, 146, 153, 164, 168, 169, 172, 177, 179, 180, 182, 184, 190, 195, 196, 197, 198, 199, 203, 212, 213, 216, 220, 227.
Cuenca, 118.
Cuernavaca, 207, 275.
Culúa, 195.
Cuzco, 245, 246, 253, 255, 256, 258, 259, 260, 261, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 283, 284, 287, 288.
Chalco, 207.
Chapultepec, 208.
Chicamá, 230, 278, 279.
Chile, 266, 269, 270.
Chimu, 262, 263.
China, 25, 43, 45.
—mar, 67, 95.
Chinca, 235, 238, 246, 253, 263, 267, 280, 296.
Chíos (isla), 40.
Cholula, 200, 201, 203, 222, 223, 225, 291.
Chupayos, 268.
Dabaibe, 152.
Darién, 106, 111, 116, 117, 122, 123, 147, 150, 151, 152, 154, 162, 163, 164, 166, 167, 169, 173, 212, 227, 237, 241.
Dominica (isla), 64, 109.
Écija, 191.
Egipto, 26.
España, 18, 30, 34, 38, 46, 48, 49, 51, 58, 61, 62, 66, 67, 68, 69, 71, 75, 76, 77, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 91, 94, 97, 100, 102, 103, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 116, 123, 124, 125, 133, 134, 135, 136, 138, 140, 143, 147, 149, 152, 154, 155, 156, 158, 159, 160, 162, 163, 165, 167, 169, 170, 171, 172, 175, 182, 183, 196, 198, 203, 209, 210, 211, 214, 220, 226, 227, 234, 237, 251, 252, 256, 258, 259, 264, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 280, 283, 287, 288, 290, 291, 293, 295.
Española (La), 56, 64, 67, 70, 72, 73, 75, 77, 78, 82, 94, 95, 96, 97, 102, 106, 107, 108, 109, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 120, 122, 123, 124, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 143, 150, 152, 162, 164, 166, 168, 172, 178, 180, 181, 183, 198, 206, 212, 227, 229, 294.
Etiopía, 25, 48.
Europa, 11, 18, 23, 25, 28, 29, 31, 32, 33, 37, 40, 59, 60, 61, 87, 103, 154, 163, 165, 258, 284.
Fernandina (isla), 55, 141, 190.
Flandes, 27, 35, 37, 103, 115, 210.
Florida, 105, 143, 144, 212, 274.

Francia, 30, 32, 40, 45, 48, 103.
Fuerteventura, 34.
Gallo (isla), 232, 278, 279.
Gandía, 271.
Ganges (río), 110.
Gascuña, 35.
Génova, 26, 39, 40, 45.
Gibraltar (estrecho), 27, 28.
Gomera (isla), 53, 54, 63, 178, 241.
Gorgona (isla), 233, 234, 236, 279.
Gracia (isla), 75, 110.
Gran Cairo, 144.
Gran Canaria, 34, 63.
Granada, 32, 47, 48, 81, 82, 107.
Granada (México), 201.
Gravesend, 33.
Grecia, 161.
Grijalba (río), 192.
Guadalquivir (río), 59, 114.
Guadalupe (isla), 64.
Guanahaní, 55, 94, 289.
Guanajes (islas), 143.
Guatemala, 227, 258, 259, 261, 262, 274.
Guayaquil (golfo), 234.
Guinea, 44.
Guinea (golfo), 31, 37.
Habana (La), 144, 189.
Haití, 56, 64.
Hibueras, 209.
Hierro (isla), 63, 96.
Hiroshima, 290.
Honduras, 227, 240, 274.
—golfo, 110.
Huacabamba, 246.
Huelva, 46.
Huerta (La) (isla), 110.
India, 48.
Indias, 24, 30, 33, 37, 44, 49, 59, 68, 70, 72, 77, 81, 82, 89, 91, 93, 95, 96, 103, 104, 130, 134, 151, 160, 165, 177, 178, 238, 270, 272, 294, 296.
—mar, 103, 116, 123, 126, 135, 136, 138, 139, 147, 150, 162, 165.
Indias Occidentales, 61, 97, 292.
Indias Orientales, 84, 99, 127, 130, 132, 160, 209, 292.
Índico (océano), 26.
Indochina, 25.
Indostán, 25.
Inglaterra, 32, 35, 67, 162, 271.
Insulina, 25.
Irlanda, 47.
Isabela, 65, 66, 67, 70, 71, 75, 80, 95.
Isabella (isla), 55.
Islandia, 29, 42.
Italia, 43, 52, 91, 103, 161, 177, 184, 228, 238, 264, 272.
Ixtacmxtitlán, 200.
Ixtapalapa, 207, 208.
Jalapa, 200.
Jamaica, 67, 112, 113, 114, 117, 120, 124, 129, 134, 136, 141, 142, 164, 179, 182, 188, 199, 206, 239.
Jardines de la Reina (islas), 112, 189.
Játiva, 271.
Jauja, 253, 260, 261, 262, 263, 266, 284, 285, 287.
—valle, 259.
Karamania, 27.
Kathay, 49, 67, 100.
Krimea, 27.
Kubhilay, 110, 154.
Lagartos (río), 241.
Lanzarote, 33.
Lares de Guahaba, 135.
León, 61.
Liguria, 61.
Lima, 263, 264, 265, 266, 289.
Lisboa, 41, 42, 44, 46, 58, 59, 62, 68, 88, 90, 105, 128, 156.
Lobos (isla), 155.
Lucayas (islas), 55, 143.
Macaca, 188.
Madera (isla), 37, 38, 42.
Magreb, 27.
Malaca, 154, 156.
Málaga, 48.
Maldonado, 155.
Malta, 16.
Mancha (canal), 27, 29, 35, 38, 270.
Marigalante (isla), 64.
Mármol (cabo), 121.
Marsella, 40, 54.
Martín García (isla), 155.
Martinica, 109.
Matanzas, 145.
Mazalquivir, 103.
Medellín, 177.
Mediterráneo (mar), 24, 25, 28, 30, 34, 49.
Melilla, 103.

México, 198, 205, 238, 292.
—valle, 207.
Michoacán, 205.
Milanesado, 161.
Moldavia, 27.
Molucas, 154, 156.
Montevideo, 155.
Mujeres (punta), 191, 192.
Nagasaki, 290.
Nascha (valle), 261.
Navarra, 32, 124, 161, 271.
Negro (mar), 26.
Nicaragua, 228, 231, 240, 241, 242, 255, 258, 259, 261, 278, 281, 285.
Noain, 271.
Noli, 40.
Nombre de Dios, 111, 121, 122, 152, 171, 227, 236, 240, 241.
Normandía, 33.
Nueva Castilla, 239, 262.
Nueva España, 35, 209, 237, 259, 275, 276.
Nueva Toledo, 264, 266, 285.
Oaxtepec, 207.
Odiel (río), 53.
Orán, 38, 103, 161.
Orinoco (río), 75.
Oropesa, 271.
Otranto, 27.
Otumba (batalla), 205, 222, 224, 225.
Ozama (río), 79, 117.
Pacífico (océano), 102, 124, 153, 165, 171, 172, 209, 211, 212, 227, 228, 229, 270, 274, 278.
Países Bajos, 29, 83, 210, 270, 271.
Palencia, 48.
Palestina, 16.
Palma (La), 53.
Palos de Moguer, 46, 51, 52, 53, 58, 59, 106, 178, 237.
Panamá, 117, 151, 167, 212, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 235, 236, 240, 241, 242, 245, 247, 252, 255, 256, 258, 259, 265, 266, 275, 277, 279, 280, 281, 283, 285, 287.
Pánuco, 202, 206.
Paria, 74.
—golfo, 76, 106.
Passaos, 242.
Passoa, 243.
Patagonia, 104, 154, 158.
Pavía (batalla), 272.
—universidad, 39.
Payta, 235, 245.
Perlas (isla), 153, 229, 230, 242.
Perú, 120, 238, 239, 252, 259, 269, 270, 280, 292.
Pinos (isla), 110, 134, 189, 212.
Pocorosa, 149.
Porto Belo, 111, 112.
Porto Santo (isla), 42, 44.
Portugal, 30, 31, 32, 34, 37, 40, 41, 45, 48, 50, 62, 68, 69, 83, 84, 88, 90, 91, 94, 99, 103, 108, 127, 130, 154, 155, 156, 157, 160, 162, 166, 295.
Potochán, 192.
Puerto Quemado, 230.
Puerto Real, 135.
Puerto Rico, 64, 109, 124, 136, 141, 143, 164.
Puná (isla), 234, 243, 244, 282.
Quinsay, 43.
Quinto, 39.
Quiriviri (isla), 110.
Quito, 252, 258, 261, 263, 264, 266, 269, 270, 285.
Reino Unido, 20.
Restelo, 58.
Río de Janeiro, 104, 155, 158.
Río de la Plata, 155, 158, 171.
Riobamba, 262.
—batalla, 261.
Roa, 210.
Rochela (La), 33.
Rojo (mar), 26.
Roma, 25, 26, 62, 69, 264.
Rosellón, 103.
Salado (batalla), 32.
Salamanca, 47, 48, 50, 115.
—universidad, 177, 179.
Salinas (batalla), 267.
Salvatierra de la Sabana, 135.
San Agustín (cabo), 106, 155, 158, 163.
San Antón (cabo), 145, 188, 190.
San Cristóbal de la Habana, 142.
San Juan (río), 230, 231, 232, 242, 279.
San Juan Bautista, 64.
San Juan de la Maguana, 135.
San Juan de Puerto Rico, 141, 164.
San Juan de Ulúa, 192, 194, 219.
San Mateo, 242, 281.
San Miguel, 245, 246, 247, 255, 261, 263,

282, 283, 284, 287.
—golfo, 148.
—valle, 259.
San Miguel de Pira, 258.
San Miguel de Pirúa, 258, 284.
San Salvador, 55.
San Vicente (cabo), 40.
Sancti-Spíritus, 142, 144, 188.
Sanlúcar de Barrameda, 74, 114, 155, 158, 178.
Santa, 235.
Santa Catalina (isla), 155.
Santa Clara (isla), 234.
Santa Elena (punta), 234.
Santa María de la Antigua, 122, 124, 139, 140, 147, 151, 152, 162, 170, 171.
Santa María de la Concepción, 55.
Santa María de la Victoria, 194.
Santa María de las Azores, 58.
Santa María de los Remedios (isla), 192.
Santa María de Yáguana, 135.
Santa Marta, 241.
Santander, 210, 272.
Santiago (isla), 74, 134.
—río, 232, 242, 279, 281.
Santiago de Compostela, 270, 271.
Santiago de Cuba, 142, 146, 168, 180, 182, 184, 185, 187, 188, 189, 190, 216, 226.
Santiago de la Vega, 141.
Santo Domingo, 75, 76, 79, 80, 81, 108, 109, 113, 114, 117, 118, 119, 120, 122, 123, 126, 134, 139, 140, 146, 147, 154, 162, 164, 166, 168, 177, 178, 179, 294.
Sanova, 40.
Sechura, 235.
Segovia, 115.
Segres, 31.
Segura de la Frontera, 206.
Servia, 27.
Sevilla, 34, 38, 54, 59, 61, 72, 77, 80, 81, 91, 108, 110, 114, 115, 134, 139, 140, 145, 151, 153, 154, 155, 156, 158, 160, 161, 211, 228, 236, 238, 240, 273, 280.
Shetland (islas), 42.
Siria, 26.
Sudán, 27.
Sur (mar), 123, 124, 136, 139, 140, 143, 149, 151, 152, 153, 154, 160, 166, 167, 169, 170, 171, 172, 173, 177, 229, 238, 262, 292, 294.
Tabasco, 144, 192, 194, 219.
Taclopán, 196.
Tacuba, 197.
Tajo (río), 58.
Támesis (río), 33.
Tangara, 245.
Tangarata, 235.
Tartaria, 47.
Temumpala, 238.
Tenerife, 53, 155, 158.
Tenochtitlán, 196, 200, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 221, 222, 223, 224, 225, 237, 296.
Teocajas (batalla), 261.
Tepeaca, 206, 207.
Tepeyecac, 206.
Ternate, 156.
Terranova, 42, 43, 105.
Tezcoco, 196, 202, 204, 205, 207, 208.
Tezmelucán, 207.
Tiburón (cabo), 112, 113.
Tierra Firme, 67, 87, 106, 107, 117, 129, 133, 135, 139, 143, 147, 150, 153, 162, 166, 167, 170, 171, 172, 211, 220, 239, 240, 242, 264, 276, 281.
Tierra Firme de Veragua, 116.
Tierra Firme del Darién, 227, 236, 292, 294.
Tile (isla), 41.
Tlacopám, 202, 204, 205.
Tlacoplán, 207.
Tlaxcala, 197, 200, 201, 205, 206, 207, 222, 225, 237, 291.
Todo, 43.
Toledo, 237, 238, 271, 280.
Tomebamba, 261.
Tordesillas, 69, 210, 271.
—Tratado, 95, 102, 103, 127, 154, 155, 162.
Torrelobatón (batalla), 271.
Trinidad (Cuba), 142, 188.
Trinidad (isla), 74.
Trujillo, 228, 239.
Trujillo (Perú), 262, 263, 266.
Tumanamá, 123, 149.
Túmbez, 234, 236, 238, 239, 240, 243, 244, 246, 280, 281, 282, 287, 288.
Turcas (islotes), 55.
Txopantxingo, 200.
Urabá, 119, 121, 122, 123, 150, 154, 212, 226, 264.
Valaquia, 27.

Valencia, 47, 178, 271.
Valladolid, 115, 156, 210, 270.
Vela (cabo), 106.
Venecia, 26, 45.
Veracruz, 197, 198, 199, 221, 224.
Veragua, 111, 117, 119, 120, 129, 134, 150, 154, 179.
—río, 120.
Vietnam, 16.
Vilas, 245.
Vilcas, 261, 268, 284.
Villalar (batalla), 271.
Villaviciosa, 210.
Viticos, 268.
Vizcaya (golfo), 35.
Watling (isla), 55.
Winchelsea, 33.
Xaaraguá, 75.
Xaraguá, 77, 81, 113, 142, 179.
Xaquixahuana, 259.
Xocotla, 200, 221.
Xochimilco, 207.
Yáquimo, 118, 135.
Yautepec, 207.
Yebra (río), 111.
Yucatán, 144, 145, 182, 191, 192, 212, 214, 217.
Zama (batalla), 290.
Zaragoza, 270.
Zarán, 247.
Zoropalta (batalla), 261.

COLECCIÓN
MAR Y AMÉRICA

El Pacífico ilustrado: del lago español a las grandes expediciones.
Tráfico de Indias y política oceánica.
La Marina española en la emancipación de Iberoamérica.
Expansión holandesa en el Atlántico (1590-1800).
Astronomía y navegación en España. Siglos XVI-XVIII.
El mar en la historia de América.
Piratas y bucaneros.
Las naves del Descubrimiento y sus hombres.
España en la defensa del Mar del Sur.
Armadas españolas de Indias.
Cuatro siglos de cartografía en América.
Expediciones españolas del siglo XVIII. El paso del Noroeste.
Función y evolución del galeón para la Carrera de Indias.
La Marina en el gobierno y administración de Indias.
Navegantes portugueses.
Navegantes franceses.
Navegantes británicos.
Navegantes italianos.
Navegantes españoles.

COLECCIÓN
INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

La independencia de Argentina.
La independencia de Venezuela.
La independencia de Santo Domingo.
La independencia de Colombia.
La independencia de Puerto Rico.
La independencia de Chile.
La independencia de Ecuador.
La independencia de Centroamérica.
La independencia de Uruguay.
La independencia de Cuba.
La independencia de Perú.
La independencia de Bolivia.
La independencia de Brasil.
La independencia de México.
La independencia de Paraguay.
La independencia de Filipinas.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de mayo de 1992.

El libro *Estrategias de la implantación española en América,* de Eduardo de Fuentes Gómez de Salazar, forma parte de la Colección «Armas y América», dirigida por el General Miguel Alonso Baquer, Secretario Permanente del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN, Madrid.

COLECCIÓN ARMAS Y AMÉRICA

- La estrategia española en América durante el Siglo de las Luces.
- Estrategias de la implantación española en América.
- Generación de la conquista.
- El soldado de la conquista.

En preparación:

- Rebeliones indígenas en la América española.
- Los Ejércitos Realistas en la Independencia hispanoamericana.
- Últimos reductos españoles en América.
- El mantenimiento del sistema defensivo americano.
- Ejército y milicias en el mundo colonial americano.
- Armas blancas en España e Indias.
- Estructuras guerreras indígenas.
- Ordenanzas Militares en España e Hispanoamérica.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

Eduardo de Fuentes Gómez de Salazar

ESTRATEGIAS DE LA IMPLANTACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA